

A black and white portrait of Mariano Ben Plotkin, a man with a mustache, looking slightly to the right. The text is overlaid on the portrait.

Mariano  
Ben Plotkin

JOSÉ  
INGENIEROS

El hombre que lo quería todo

BIOGRAFÍAS ARGENTINAS





A black and white portrait of Mariano Ben Plotkin, a man with a mustache, looking slightly to the left. The portrait is the background of the entire page.

Mariano  
Ben Plotkin

JOSÉ  
INGENIEROS

El hombre que lo quería todo

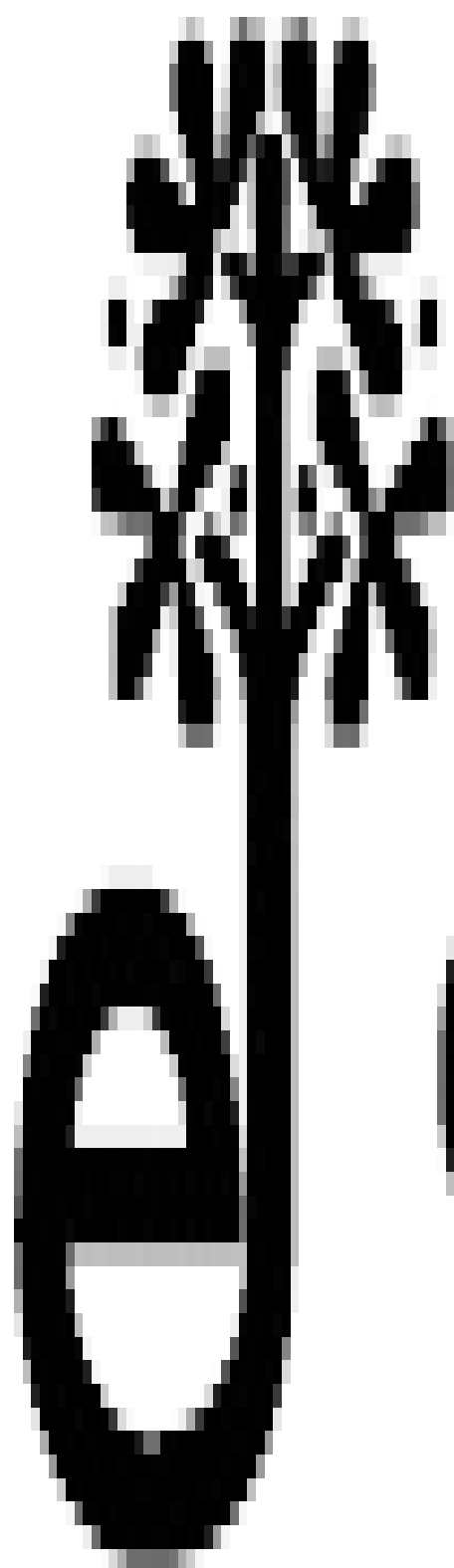
BIOGRAFÍAS ARGENTINAS



Mariano Ben Plotkin

**JOSÉ INGENIEROS**

El hombre que lo quería todo



edhoso

José Ingenieros fue médico, psiquiatra, criminólogo, sociólogo, filósofo, escritor y docente, pero sobre todo un “maestro de la juventud” como le gustaba llamarse. Se hizo conocer por sus trabajos sobre criminología, psiquiatría y psicología. Sus ideas sobre la sexualidad femenina y el amor estaban a la vanguardia y sus libros de historia mantienen hasta hoy sus rasgos novedosos. Fue un “pillo”, un “excéntrico”, un “atrevido”, un faro intelectual y un socialista sui generis. Pocas personalidades definen tan bien la cultura de un momento histórico, la Argentina que pasa del siglo XIX al siglo XX, como él.

En esta notable biografía, que une la trama de la ciencia y la política, de la intimidad y los saberes del Estado, concebida con la pericia del historiador y escrita con fluidez y la intensidad de la prosa de ficción, Mariano Ben Plotkin va a la búsqueda de este hombre de múltiples identidades y de ambiciones casi ilimitadas. Investigó sus libros, su correspondencia personal, su actividad pública y los secretos de la privacidad. Ante nosotros desfilan las ideas, las polémicas con sus contemporáneos, su relación con los políticos, su padre, su novia, su amante, sus amigos, sus hijos, sus viajes, sus disputas y sus frustraciones. Al mismo tiempo, desfila un país abierto al mundo entre 1877 y 1925, ávido de acceder a la modernidad y de ser un actor destacado en el concierto de naciones. El retrato de ese tiempo está excepcionalmente pintado, es tan vívido y complejo como la vida de José Ingenieros.

▪

Plotkin, Mariano Ben

José Ingenieros : el hombre que buscaba la gloria / Mariano Ben Plotkin. - 1a ed.  
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-628-653-4

1. Biografías. I. Título.

CDD 920

▪

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición: octubre de 2021

Edición en formato digital: diciembre de 2021

© Mariano Ben Plotkin, 2021

© de la presente edición Edhasa, 2021

Avda. Córdoba 744, 2º piso C

C1054AAT Capital Federal

Tel. (11) 50 327 069

Argentina

E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

<http://www.edhasa.com.ar>

Diputación, 262, 2º 1ª, 08007, Barcelona

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

<http://www.edhasa.es>

ISBN 978-987-628-653-4

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Conversión a formato digital: Libresque

# Índice

[Cubierta](#)

[Portada](#)

[Sobre este libro](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota preliminar](#)

[Notas](#)

[Introducción](#)

[Los problemas del género biográfico](#)

[Notas](#)

[Capítulo I. José Ingenieros. Un siciliano en Buenos Aires](#)

[Los Ingegneros: Una familia italiana en Buenos Aires](#)

[Salvatore entre el socialismo y la masonería](#)

[José Ingenieros y su infancia mítica](#)

[El joven Ingenieros y la literatura](#)

[Ingenieros, editor precoz](#)

[Notas](#)



## Capítulo II. El joven socialista

Ingenieros socialista

La Montaña de Ingenieros y Lugones

Ingenieros, socialista después de. La Montaña

Las polémicas con los anarquistas

Alejamiento del Partido Socialista

Ingenieros después de su alejamiento del partido

Notas

## Capítulo III. Entre la ciencia y los saberes de Estado

Ingenieros, los saberes de Estado y los Archivos de Psiquiatría

Los Archivos de Psiquiatría

Ingenieros y la criminología

Ingenieros y la sexualidad

Ingenieros y la simulación

La histeria y la sugestión

La psicología, entre la biología y la filosofía

Entre la ciencia y los fenómenos paranormales

Notas

## Capítulo IV. Europa y los límites de lo posible

Ingenieros científico: posicionamientos y estrategias

Ingenieros croniqueur

[Ingenieros y los dominios de la cultura europea: “El amigo Max” y los judíos](#)

[Ingenieros, Roca y los límites de lo posible](#)

[Regreso triunfal](#)

[Notas](#)

[Capítulo V. Ingenieros, analista de la sociedad](#)

[La sociología como ciencia natural](#)

[El problema racial y la construcción de la nacionalidad](#)

[Digresión necesaria: Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas, interlocutores de Ingenieros](#)

[De la economía y la biología a las ideas](#)

[Ingenieros, las mujeres y el amor](#)

[Notas](#)

[Capítulo VI. Segundo viaje a Europa y El hombre mediocre](#)

[Masonería y sociabilidad en la Argentina de entresiglos](#)

[El conflicto con Sáenz Peña](#)

[Las inseguridades del Dr. Ingenieros](#)

[Ingenieros en Europa: momento de crisis](#)

[El hombre mediocre: ¿una autopsia moral del presidente Roque Sáenz Peña?](#)

[El retorno](#)

[Notas](#)

[Capítulo VII. La vuelta a la política entre la Rusia soviética y los avatares de la República Verdadera](#)

[Ingenieros en los comienzos de la República Verdadera](#)

[Ingenieros e Yrigoyen: la reunión que no fue](#)

[Ingenieros, entre la Gran Guerra y la Revolución Soviética](#)

[Ingenieros y la intelectualidad de posguerra](#)

[La Revolución Soviética y los ideales nuevos](#)

[Ingenieros y la Reforma Universitaria](#)

[Notas](#)

[Capítulo VIII. Ingenieros filósofo: entre el materialismo y el “idealismo”](#)

[Ingenieros moralista](#)

[Revista de Filosofía: un nuevo emprendimiento editorial y cultural](#)

[Notas](#)

[Capítulo IX. El último Ingenieros. Del panamericanismo a la Unión Latinoamericana](#)

[Ingenieros en los Estados Unidos](#)

[El descubrimiento de América Latina y el panamericanismo](#)

[Estados Unidos: el deslumbramiento “sarmientino”](#)

[El latinoamericanismo y la Unión Latinoamericana](#)

[El latinoamericanismo de Ingenieros entre París y México](#)

[Ingenieros en México: de la expectativa al desencanto](#)

[Notas](#)

[Capítulo X. La muerte de José Ingenieros y después..](#)

[Notas](#)

[Coda. El Pepe Ingenieros y yo](#)

[Notas](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía seleccionada](#)

[Sobre el autor](#)



BIOGRAFÍAS ARGENTINAS

colección dirigida por

GUSTAVO PAZ y MIRTA LOBATO

Colección concebida por JUAN SURIANO

*A Pascuel, como siempre*

## Nota preliminar

Resulta muy difícil seguir las trayectorias de los libros de José Ingenieros. Lo que comenzaba como un artículo o un panfleto, luego, agregado a otro material, se publicaba en forma de libro, el que se iba engrosando significativamente a lo largo de las sucesivas ediciones. Además, el mismo texto se publicaba muchas veces con variaciones considerables en distintos lugares (usualmente España y Argentina) de manera más o menos simultánea. Esto sin contar con las traducciones a otros idiomas. Para este libro me basé en las versiones de sus textos agrupadas en sus Obras completas, que son tenidas por definitivas<sup>1</sup>. En los casos en que lo consideré necesario, confronté estas versiones con otras anteriores, lo que está señalado en las notas correspondientes. A efectos de evitar el exceso de notas, traté de limitar al mínimo las atributivas. La bibliografía consultada se encuentra ubicada al final del volumen.

La correspondencia entre Ingenieros y sus padres está por lo general escrita en italiano. Las traducciones de las cartas al castellano, así como las de todos los textos en lengua extranjera, me pertenecen. En el caso de la correspondencia, sin embargo, el Fondo José Ingenieros del CeDInCI conserva algunas cartas transcritas y traducidas por Delia (Kamia) Ingenieros, hija de José. En estos casos utilicé estas últimas versiones, contrastándolas con los originales en italiano cuando estos se encontraban disponibles. Esto está marcado debidamente en las notas. Para las citas textuales de correspondencia y publicaciones, preferí mantener la ortografía original.

A lo largo del texto utilizo la versión castellanizada del apellido Ingenieros, excepto en referencias de textos del biografiado que estaban firmados con la versión original de su apellido: Ingegnieros. Como el resto de su familia no cambió el apellido, conservo la ortografía original para referirme al padre y al hermano de José. Las abreviaturas que utilizo en las notas es la siguiente:

FJI: Fondo José Ingenieros (CeDInCI).

IAI: Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín.

ARR: Archivo Ricardo Rojas.

AGLA: Archivo de la Gran Logia Argentina.



## NOTAS

[1 Ingenieros, José, Obras completas. \(Buenos Aires: Ediciones Mar Océano, 1962\).](#)

## Introducción

En enero de 1913, algunos diarios de Buenos Aires publicaron la carta de renuncia a todos sus cargos que un prestigioso psiquiatra enviaba desde Europa al presidente de la nación, Roque Sáenz Peña. El motivo principal que esgrimía el renunciante era que estaba a punto de publicar un libro en el que se referiría al presidente en “términos que por justos podrán parecerle irrespetuosos”. El texto estaba cargado de ironías: hacía mención a la “afiebrada laboriosidad impresa por S.E. a la administración nacional” y terminaba deseando a Sáenz Peña que “Dios tenga a S.E. en su santa gracia”, a pesar de que el firmante de la misiva era un conocido ateo, anticlerical y masón. Quien se atrevía a dirigirse de esta manera al titular del Poder Ejecutivo nacional era un inmigrante siciliano que había llegado al país de pequeño y que, a efectos de castellanizar su apellido, acababa de sacarle la segunda “g” a Ingegnerios: estamos hablando del doctor José Ingenieros, y el libro al que se refería era *El hombre mediocre*, en el que señalaba explícitamente que el modelo al que remitía el título mismo no era otro que la persona a quien estaba dirigida su carta. Esta renuncia pública reflejaba una faceta importante del personaje que Ingenieros estaba construyendo para sí en ese momento: la del intelectual independiente, cuya carrera había sido exclusivamente el fruto de su esfuerzo, talento e inteligencia y que, desde la posición que se había forjado, podía dirigirse al poder desde un lugar de supuesta igualdad.

Ingenieros logró, a lo largo de sucesivas transformaciones de la imagen que fue componiendo de sí mismo, y de una serie de estrategias que incluían la simulación de manera prominente, integrarse (aunque de manera siempre precaria, como veremos) a distintos ambientes de sociabilidad de la elite local. Por otro lado, su indiscutible talento le permitió convertirse en uno de los intelectuales latinoamericanos con mayor reconocimiento internacional. Durante su vida construyó –a veces de manera simultánea, otras sucesiva– diversos espacios de acción dentro de los cuales intentaba (y por lo general, lograba) posicionarse en lugares relativamente centrales; esto originó el cruzamiento de múltiples identidades que, en algunas ocasiones, entraban en tensión entre sí. El joven socialista-anarquista (y dirigente del también joven Partido Socialista) de

fines de la década de 1890 devino pronto en el arquitecto de una serie de “saberes de Estado” y en aspirante a integrarse en la elite técnica estatal de la “República Posible”<sup>1</sup>. También lo vemos transformarse en un científico reconocido y en uno de los representantes más claros del cientificismo de tinte positivista en la Argentina. Simultáneamente, actuaría como secretario informal del general Julio A. Roca, al tiempo que pretendía seducir a una de sus hijas. Poco después, escribiría textos sociológicos, filosóficos e históricos y reflexionaría acerca de la cuestión nacional, sin abandonar nunca del todo su mirada internacionalista.

La ruptura con el presidente Sáenz Peña –originada en el veto que este último había interpuesto a su nombramiento como profesor titular en la Facultad de Medicina– marcó los límites de sus posibilidades de integración en el Estado. A partir de ese momento, su trayectoria sufrió nuevos virajes: reconvertido en un intelectual independiente, abandonó la ciencia por la filosofía, devino en “maestro de la juventud”, en uno de los mentores espirituales de la Reforma Universitaria, en un firme adherente a la Revolución Soviética y, finalmente, en un referente internacional del latinoamericanismo antiimperialista.

Las múltiples identidades que Ingenieros fue construyendo, así como su capacidad casi infinita para reciclarse, lo convierten en un personaje particularmente apto para analizar, a través de su trayectoria, las posibilidades y limitaciones de integración y ascenso social existentes en nuestro país para un “inmigrante venido en tercera clase”, tal como se definía a sí mismo en privado, entre finales del siglo XIX y la década de 1920. Seguir a Ingenieros a lo largo de su vida, de sus triunfos y de sus fracasos, de sus seguridades y de sus inseguridades, es decir, tanto en los aspectos “diurnos” como en los “nocturnos” de su trayectoria, me permitió introducirme en los múltiples mundos en los que se desenvolvía, casi todos ellos constitutivos de la cultura y del Estado modernos.

En muchas oportunidades, Ingenieros se movía en los extremos de lo posible, definiendo los límites de lo pensable y decible de la época en que le tocó vivir. En otras, lo vemos desenvolverse integrándose dentro de tendencias ya establecidas, aunque siempre tratando de ocupar una posición de liderazgo. Sus trabajos sobre criminología, psiquiatría y psicología, así como su labor editorial, contribuyeron a constituir esos campos disciplinarios en el país. Algunas de sus ideas sobre la sexualidad femenina y el amor fueron francamente vanguardistas. Varios de sus textos de historia resultaron metodológicamente novedosos, y unos

pocos pueden ser leídos con provecho hasta el día de hoy. Sin embargo, su continua adhesión (aunque matizada en su madurez) al cientificismo y al monismo materialista tornaron anacrónicas muchas de sus ideas, en momentos en que los vientos de la filosofía y, más en general, de la cultura apuntaban hacia otros nortes. En algunos aspectos de su pensamiento, podría decirse que Ingenieros fue, hasta el final de su vida, un hombre del siglo XIX; en otros, adelantaría tendencias del siglo siguiente. Su adhesión a la Revolución Soviética fue particular no por lo precoz, sino por lo duradera, y por su independencia respecto del naciente Partido Comunista. Su conversión en portavoz del antiimperialismo, por otro lado, lo muestra más como un seguidor de tendencias ya firmemente establecidas que como un pionero, y lo mismo puede decirse de su apoyo (no carente de matices, sin embargo) a la Reforma Universitaria. Acompañarlo mientras tanteaba los extremos y “surfeaba” olas ya existentes nos permite sumergirnos en las características de la sociedad y la cultura en las que le tocó vivir.



## LOS PROBLEMAS DEL GÉNERO BIOGRÁFICO

Las múltiples identidades entre las que Ingenieros transitaba y que no se limitaban a su trayectoria intelectual hacen de su vida un objeto fascinante, pero también plantean fuertes desafíos para quien intenta analizarla. La biografía es un género particularmente problemático. En efecto, ¿cómo escribir la historia de una vida sin caer en lo que Pierre Bourdieu llamó “la ilusión biográfica”, es decir, en la suposición de que “la vida es una historia”?<sup>2</sup> En términos más simples, ¿cómo conservar la unidad del sujeto/objeto desde el punto de vista analítico cuando nos confrontamos con un individuo cruzado, como es el caso de Ingenieros, por las múltiples imágenes (y realidades) que se configuraron y proyectaron sobre él a partir de sus propias intenciones, de sus relaciones con los otros y de las posiciones sociales que fue ocupando (y, en algunos casos, construyendo)? Obviamente, no hay respuestas simples para estas preguntas, más allá de un reconocimiento de las complejidades inherentes a la tarea de biografiar. Tal vez, tener presente la distinción que realizara Paul Ricoeur entre la “mismidad” –lo que permanece inmutable en el sujeto–, por un lado, y la “ipseidad” por otro, que remite “a la temporalidad, a la promesa, a la voluntad de una identidad mantenida a pesar del cambio”<sup>3</sup>, constituya un buen punto de partida. Hasta qué punto logré dar cuenta adecuadamente de estas tensiones, se verá a lo largo de este libro.

Pero estas, desde luego, no son las únicas dificultades vinculadas al género biográfico. A lo largo de la escritura debí tomar una serie de decisiones que determinaron la forma del producto final. La primera y, tal vez la más importante, tuvo que ver con la de si privilegiar (en palabras tomadas del título de un libro de Oscar Masotta) “conciencia o estructura”, es decir, si debía poner el foco en la vida de mi biografiado como agente relativamente autónomo o en los factores externos que condicionaban su trayectoria. Para decirlo en otras palabras, si tomamos la vida de una persona como un texto complejo y cargado de tensiones y contradicciones que puede, sin embargo, ser leído e interpretado, ¿qué tipo de relaciones establecemos entre el mismo y el contexto en que se desenvuelve? A lo largo de este libro intenté vincular ambos niveles de análisis desde una perspectiva que, a falta de un mejor término, definiría como

dialéctica. Creo que el mundo en que le tocó vivir a Ingenieros (como nos ocurre a todos nosotros) generó condiciones de posibilidad y limitaciones no solo para su accionar, sino también para su pensamiento; pero, por otro lado, ese mundo no hubiera sido el mismo sin Ingenieros. Con esto quiero decir que si una biografía de Ingenieros se justifica es por lo que nos dice de su relación con el mundo, de las posibilidades que el mundo le ofrecía y por la manera en que el propio biografiado, testeando los límites, contribuyó a modificar ese mundo que ya estaba ahí cuando él vio la luz y que seguiría ahí después de su muerte.

Otra decisión a la que me enfrenté –luego de haber renunciado al propósito insensato de escribir una “biografía total”– consistió en determinar el recorte que realizaría, y qué aspectos de la vida de mi biografiado enfatizaría. La presente, por lo tanto –y como cualquier otra biografía–, no es “la” biografía de Ingenieros, sino “una” biografía, entre las muchas posibles. Ingenieros era un intelectual y, por lo tanto, analizo sus ideas –al menos las que, por múltiples motivos, considero más relevantes– y sus escritos. Creo, sin embargo, que a veces estas resultan menos interesantes que su acción como gestor cultural. Me detengo en sus aparentes contradicciones (producto, algunas veces, aunque no siempre, de lecturas apresuradas o mal digeridas) y en las tensiones irresueltas dentro de sus textos. Pero también intento articular sus ideas con el contexto más amplio y, sobre todo –y gracias a la nutrida correspondencia privada que se encuentra disponible en su archivo–, con distintos aspectos de su vida personal. Mi intención fue introducirme en su vida (o en algunos aspectos de la misma) para intentar entender tanto su singularidad como lo que tenía de representativo de su época.

Este libro se compone de diez capítulos y de una coda en la que intento reflejar lo que la experiencia biográfica y mi relación con Ingenieros produjeron en mí. Aunque los capítulos siguen un orden razonablemente cronológico (algunos más que otros), en realidad, y precisamente para evitar la “ilusión biográfica”, preferí focalizarme en temas o problemas más que en seguir de manera lineal la trayectoria vital de mi biografiado. Es por eso que el lector o la lectora encontrará algunas superposiciones, vueltas atrás en el tiempo y otras “irregularidades” en mi narrativa por las que me disculpo de antemano.

## NOTAS

1 A lo largo de este libro, el término alberdiano “República Posible” se refiere a lo que habitualmente se conoce con el nombre de “República oligárquica”: el sistema establecido en 1862 que duraría hasta la presidencia de Hipólito Yrigoyen, primer presidente elegido genuinamente por el voto popular. “República Verdadera”, también de origen alberdiano, se refiere al período que va entre la elección de Yrigoyen en 1916 y el golpe de Estado de 1930.

2 Bourdieu (1994).

3 Dosse (2007), p. 343.

## Capítulo I

### José Ingenieros. Un siciliano en Buenos Aires



## LOS INGEGNIEROS: UNA FAMILIA ITALIANA EN BUENOS AIRES

En una ficha del segundo censo nacional de 1895 correspondiente a la 5ta sección de la Ciudad de Buenos Aires, aparecía la familia Ingenieros (sic, Ingegnieros hubiera sido lo correcto: José castellanizó su apellido décadas más tarde) compuesta por: Salvador (nacido en 1848), de profesión periodista; su esposa Ana Tagliavia de Ingenieros (su nombre era, en realidad, Marianna, nacida en 1853), modista; y sus dos hijos: Pablo (Paolo), de veintidós años, relojero, y José, de dieciocho, estudiante. Poco sabemos de Paolo, el primogénito de la familia, más allá de que sería propietario de una casa editorial que publicaría algunos trabajos de José después de muerto este, y de que la relación entre ambos hermanos no era del todo fluida: Ingenieros no permitiría que sus hijos lo llamaran “tío”<sup>1</sup>. Según la ficha censal, todos salvo José eran de nacionalidad italiana. En realidad, José también lo era; había nacido en 1877 en Palermo, Sicilia, con el nombre de Giuseppe Ingegnieros. En la columna en la que se solicitaba a los censados que declararan su religión (si no profesaban la fe católica) se lee: “libres pensadores”.

Census Capital Sec 12

11

No.	Name	Sex	Age	Color	Mar.	Prof.	Rel.	Sch.	Val.	Prop.	1900		1910		1920	
											Pop.	Pop.	Pop.	Pop.	Pop.	Pop.
1	John Jones	V	40	C	M				1000		1	1	0			
2	John Jones	M	38	C	M				1000		1	1	0			
3	John Jones	V	15	S		Student			1000		1	1	0			
4	John Jones	M	12	S					1000		1	1	0			
5	John Jones	M	10	S					1000		1	1	0			
6	John Jones	M	8	S					1000		1	1	0			
7	John Jones	M	6	S					1000		1	1	0			
8	John Jones	M	4	S					1000		1	1	0			
9	John Jones	M	2	S					1000		1	1	0			
10	John Jones	M	1	S					1000		1	1	0			
11	John Jones	M	1	S					1000		1	1	0			
12	John Jones	M	1	S					1000		1	1	0			
13	John Jones	M	1	S					1000		1	1	0			
14	John Jones	M	1	S					1000		1	1	0			
15	John Jones	M	1	S					1000		1	1	0			
16	John Jones	M	1	S					1000		1	1	0			
17	John Jones	M	1	S					1000		1	1	0			
18	John Jones	M	1	S					1000		1	1	0			
19	John Jones	M	1	S					1000		1	1	0			
20	John Jones	M	1	S					1000		1	1	0			

John Jones

Foto 1: Ficha del censo de 1895 donde aparece la familia Ingenieros (sic) al final

Los Ingenieros (uso la forma castellanizada) formaban parte de la gran ola inmigratoria italiana que llegó a nuestro país a partir de las últimas décadas del siglo XIX y, en particular, se contaron entre los más de cien mil provenientes del sur del país (sobre un total de cerca de cuatrocientos mil peninsulares) que arribaron al puerto de Buenos Aires entre 1879 y 1888. Para el momento en que Salvatore llegó a la Argentina junto con su familia, a principios de la década de 1880, los italianos constituían el 32% de la población total de la ciudad. En esos años, las publicaciones periódicas italianas se encontraban entre las de mayor tirada. Hacia 1887, por ejemplo, La Patria Italiana tiraba once mil ejemplares, mientras que La Nación (el diario más importante del país) tiraba dieciocho mil. A pesar de que la presencia de los italianos se hacía sentir sobre todo en los espacios urbanos –particularmente en Buenos Aires y Rosario–, también el mundo rural se transformaba con la ola inmigratoria, dando origen a lo que se conoció como la Pampa Gringa.

Aunque la mayoría de los inmigrantes estaba bien integrada en la sociedad porteña, hacia finales del siglo XIX la presencia masiva de los italianos generó una reacción de tipo nativista entre algunos sectores de la elite política e intelectual, reacción que se hizo evidente no solamente en escritos de tipo político y social, sino también en la literatura. Sin embargo, basta con examinar la lista de fundadores de instituciones tales como el Club Industrial, creado en 1875, o la Unión Industrial Argentina establecida en 1887, por no mencionar los sindicatos obreros de reciente formación, para observar la gran presencia de peninsulares en esos y otros espacios de sociabilidad que se iban conformando por esos años. Los italianos figuraban tanto entre los patrones como entre los obreros de las nacientes industrias. La integración de los italianos se hacía sentir en todos los niveles de la sociedad. Los más exitosos de ellos lograron incluso establecer alianzas matrimoniales con miembros de la elite local.

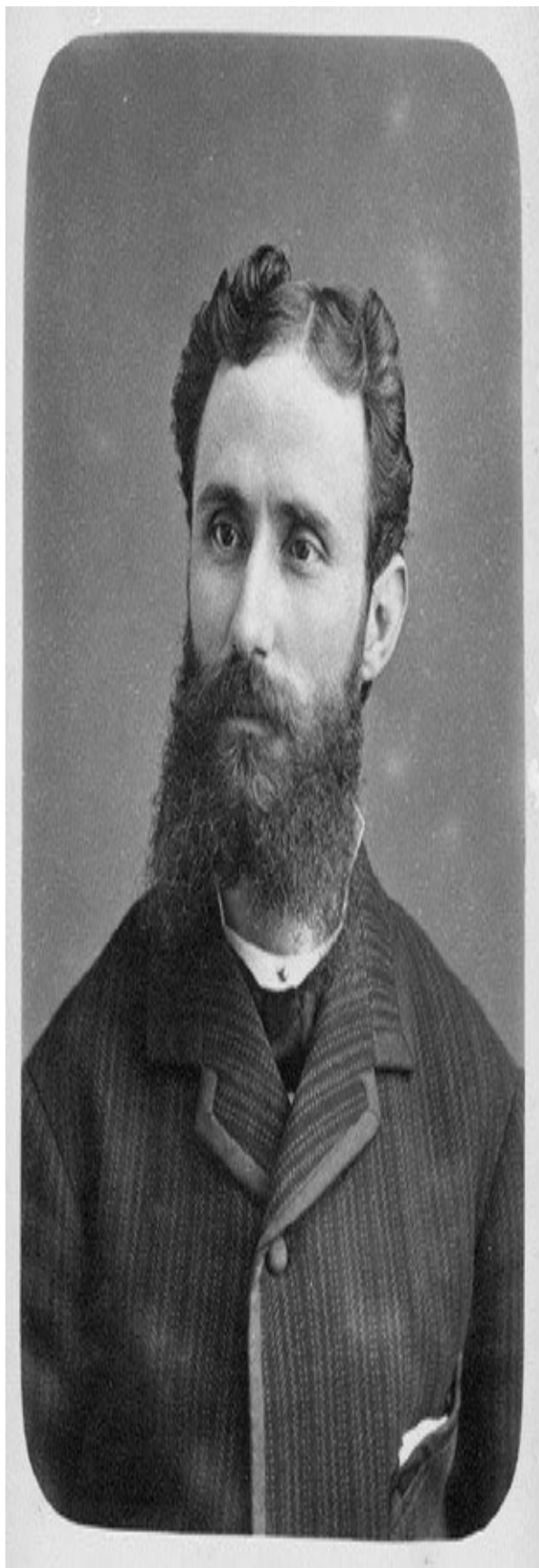
La integración de los Ingenieros, y en particular la de José, a la sociedad local fue facilitada por su participación en un espacio de sociabilidad de características particulares: la masonería (sobre la que me detendré en el capítulo VI), más tarde el Partido Socialista y por la educación que le proporcionó Salvatore. Aunque José era el hijo menor, la familia Ingenieros decidió invertir

fuertemente en su formación. José completó su escolaridad primaria en la escuela de Catedral al Norte, dirigida por el prestigioso educador Pablo Pizzurno, y luego cursó los estudios secundarios en el Colegio Nacional Central (más tarde Colegio Nacional de Buenos Aires). Esta educación le otorgó la posibilidad de ingresar en la Facultad de Medicina (y, por un breve lapso, en la de Derecho, que abandonó pronto), donde cursó las carreras de farmacia y medicina, y de entablar relaciones con miembros de la elite social e intelectual local. Pero no fueron solamente los mecanismos institucionales de socialización los que influyeron en la trayectoria de José. Su padre, Salvatore, periodista, activo masón y militante socialista, fue una figura importantísima en su recorrido intelectual. Además, hasta su muerte en 1922, Salvatore parece haber sido la única persona con la que José sinceraba sus dudas y sus inseguridades, como se verá más adelante.

## SALVATORE ENTRE EL SOCIALISMO Y LA MASONERÍA

Salvatore Ingegneros Napolitano, el padre de José, había nacido en Palermo en 1848, un año clave para la política europea. En su juventud había pertenecido a la comunidad valdense; más tarde se alejaría completamente del cristianismo y, a lo largo de su vida madura, expresó un ferviente anticlericalismo que heredaría José<sup>2</sup>. Salvatore se casó con una amiga de la infancia, Marianna Tagliavia, hija de un combatiente muerto por la causa de Garibaldi, con quien tendría sus dos hijos. Aparentemente José fue nombrado así (Giuseppe) por el abuelo materno.

Como se señaló, Salvatore fue un activo masón, y alcanzó el grado 33 (el máximo). Una vez en la Argentina fue fundador y director de la Revista Masónica y miembro activo de la logia Unione Italiana, de la que llegó a ocupar el cargo de Venerable. Desde su juventud en Italia, Salvatore se ocupó del periodismo socialista y dirigió varias publicaciones. Además, fue uno de los fundadores de la filial de la Asociación Internacional del Trabajo (AIT: Primera Internacional) en Sicilia. En 1874 editó el primer periódico socialista de la isla: *Il Povero*, junto con el antiguo *communard* exiliado y fundador de la sección de la AIT francesa, Benoît Malon, con quien estableció una estrecha amistad. El periódico fungía como órgano del Circolo di Propaganda Socialista de Sicilia, sección de la AIT, de cuyo cuerpo directivo Salvatore formaba parte. Una carta con su firma, dirigida a la Comisión de Correspondencia de la AIT, fechada el 14 de julio de 1873, daba noticia de que, junto con seis personas más, había constituido el Círculo de Propaganda en Palermo con el objeto de propagar “desde el borde extremo de Italia [...] los principios de la gran Asociación Internacional del Trabajo”. Salvatore ocupó un lugar fundamental en la educación de José, a quien le transmitió sus valores e ideología política.





Fotos 2 y 3: Salvatore Ingegneros de joven y Marianna Tagliavia de joven

Cortesía CeDInCI

En 1880, cuando la situación política de Italia le resultó insostenible, Salvatore decidió emigrar junto con su familia a Montevideo, donde llegó portando cartas de recomendación de la masonería italiana –incluyendo una nota manuscrita de Giuseppe Garibaldi, por entonces Gran Maestro de la masonería de su país– para sus pares latinoamericanos. Su partida hacia el Río de la Plata no pasó desapercibida para las autoridades italianas, que informaron a la legación en Uruguay acerca de la inminente llegada de un “elemento peligroso”: Salvatore, “socialista y masón”<sup>3</sup>. Luego de pasar unos años en Uruguay, donde Salvatore estableció una fábrica de sombreros para damas, la familia Ingenieros se mudó a Buenos Aires. En esta ciudad, Salvatore se dedicó al comercio (no pude determinar de qué tipo), al periodismo y a participar activamente en la masonería local. Aunque abandonó la militancia política, siguió frecuentando grupos socialistas y anarquistas, sobre todo de exiliados italianos. José Ingenieros creció en un ambiente familiar penetrado profundamente por ideas izquierdistas y por la masonería.

Salvatore permaneció en Buenos Aires junto con su esposa y sus hijos hasta 1904, año en que el matrimonio volvió a su país de origen; José y Paolo optaron por quedarse en Argentina. Marianna volvería a Buenos Aires luego del fallecimiento de su marido en 1922 y moriría en abril de 1925, pocos meses antes que José.



Foto 4: Salvatore Ingegneros en 1920

Cortesía CeDInCI

## JOSÉ INGENIEROS Y SU INFANCIA MÍTICA

José Ingenieros nació Giuseppe Ingegnieros el 24 de abril de 1877 en la ciudad de Palermo, Sicilia, en el número 45 de la Via Candelai, donde hoy existe lo que parece ser un cabaret abandonado. Sobre su propia infancia, como sobre otras etapas y aspectos de su vida, existen más mitos –muchos de los cuales fueron contruidos por el propio protagonista– que datos concretos. Desde joven, José fue elaborando una imagen de sí mismo que fue luego aceptada sin mayores críticas: se presentaba como un niño brillante (casi un prodigio), precoz e indisciplinado. En un discurso pronunciado con motivo de un agasajo del que fue objeto por haber obtenido un premio otorgado por la Academia Nacional de Medicina por su tesis doctoral, Ingenieros recordaba, sin afectar modestia, el siguiente episodio de su niñez:

Un niño cursaba grados elementales en el Instituto Nacional dirigido por un virtuoso educacionista. Le otorgaron la medalla destinada al mejor alumno del Instituto; y el niño, menos contento por esa distinción de cuanto lo hubiera estado recibiendo un cartucho de caramelos, regresó al hogar, comunicó el resultado de los exámenes y con gesto displicente entregó a su madre aquel premio cuyo valor no comprendía.

Ajeno a la emoción provocada, oyó de pronto a su espalda sollozos mal reprimidos; volvió la cabeza y vio a su madre, la medalla entre las manos, los ojos húmedos de llanto.

He oído referir que el niño, inconsciente en sus 7 años del por qué de aquellas lágrimas, corrió hacia su madre, trepó sobre sus faldas, y echó a llorar él también, diluyendo en ese llanto virgen, cuyas fuentes ciegan para siempre la edad que pasa, las sílabas de una frase justificativa:

–No llore, no llore, no lo haré más: ¿Qué culpa tengo si me han dado esa medalla?



n. 67

200. 9



# MUNICIPIO DI PALERMO

DIREZIONE DELLO STATO CIVILE E LEVA

## Estratto dal Registro degli Atti di Nascita

Nel Registro degli Atti di Nascita di questo Comune dell'anno 1877  
 Vol. 119 Parte 1<sup>a</sup> Serie 1<sup>a</sup> trovato ~~iscritto~~ iscritto un atto portante il N. 1726  
 dal quale risulta che in Palermo  
Via Cardelino N. 45 il giorno quattro  
 del mese di Aprile dell'anno 1877  
 alle ore 5 è nato Ingegniero Giuseppe  
di Valatore e di Caporici Maria

L'atto fu compilato in data 06-4-1877 dall'Ufficiale dello Stato  
 Civile di Palermo alla presenza del dichiarante e di due testimoni, con la for-  
 malità di legge,

Da annotazioni marginali non risulta essere stato celebrato matrimonio della  
 persona cui l'atto si riferisce

Si rilascia il presente per uso fessione

del 10-3-1875

IL REDATTORE RESPONSABILE  
Raymond

L'UFFICIALE DELLO STATO CIVILE  
Raymond



11 MAR 1875

Foto 5: Acta de nacimiento de José Ingenieros.

Cortesía CeDInCI





Foto 6: Casa natal de Ingenieros en 45 Vía Candelai en Palermo, Sicilia/

Cortesía CeDInCI



Foto 6 bis: Edificio de la casa natal de José Ingenieros en la actualidad.

Foto cortesía de Cecilia Benedetti



## Foto 7: José Ingenieros ca. 1880

Cortesía CeDInCI

No sabemos si este episodio efectivamente tuvo lugar; lo que sí sabemos es que, aunque su ingenio e inteligencia –así como su dedicación y capacidad de trabajo– impresionaron a quienes tuvieron la oportunidad de interactuar con él, durante su escolaridad el joven Ingenieros parece haber cosechado más sanciones por mala conducta que buenas notas por su desempeño académico. Su boletín de calificaciones correspondiente al año 1888, por ejemplo, registra un promedio menos que modesto de 3,6 puntos, siendo su nota más alta un 9 en geografía, y la más baja, un 0 en dibujo. Su calificación en francés fue de 2, lo que resulta curioso. En un relato autobiográfico publicado en 1915, José recordaría que, durante su infancia, su padre “para enseñarme italiano, francés e inglés me encargaba traducciones, tasadas a razón de 5 centavos la página”. A juzgar por los resultados escolares, la estrategia educativa de Salvatore no parecía haber dado los resultados esperados, aunque de adulto José efectivamente hablaría y escribiría fluidamente el francés. También resulta extraño que Ingenieros haya mencionado la necesidad de que su padre le enseñara italiano, cuando resulta claro que esa era la lengua que se hablaba en la casa y en la que creció. Toda la correspondencia futura con sus padres estaría escrita en ese idioma, aunque a veces teñido de dialecto siciliano y contaminado con expresiones en español. Más bien, esta referencia puede haberse debido a su obsesión (en 1915) por separarse de su condición de “inmigrante siciliano” y, por lo tanto, de mostrar su ajenidad respecto del mundo italiano de sus padres. Más adelante volveré sobre este tema.

El boletín mencionado también registra una calificación de “pésima” en conducta. Salvatore fue citado en diversas oportunidades por las autoridades escolares debido al mal comportamiento de su hijo. La fama de “travieso” e histrión que José cultivó como estilo propio a lo largo de su vida parece haber sido un rasgo propio desde su tierna infancia. Tampoco el certificado analítico que testimonia su paso por la universidad refleja a un alumno particularmente dedicado. Si bien recibió un premio por su tesis, la misma había obtenido en la Facultad una calificación de nueve<sup>4</sup>. El promedio general de toda su carrera fue un modesto 6.74. Sergio Bagú atribuye este desempeño mediocre al tiempo que

le insumía su actividad política.

Muy pronto Ingenieros se hizo conocer por sus travesuras, excentricidades y muestras de independencia, tanto dentro como fuera de la escuela, lo que le valió en su casa los apodos de “fósforo” y “chispa”. Augusto Bunge, compañero de estudios de José en el Colegio Nacional, y luego de militancia en el Partido Socialista, recordaría las travesuras de su compañero siciliano en una semblanza escrita para la revista *Nosotros* en 1925. Aunque la asistencia al Colegio Nacional proporcionaba a alguien como Ingenieros la oportunidad de vincularse con miembros de la elite como el propio Bunge, este tipo de relaciones no se establecía de manera inmediata. Al respecto, señalaba Bunge: “Nos tratamos apenas en ese entonces. Tal vez porque nos despreciáramos un poco: él a mí como ‘cajetilla’ [...] y yo a él como ‘atorrante’”.

# Colegio Nacional de la Capital

Mes de Abril

Boletín del alumno José Ingegnieros

Aprovechamiento.

Idioma Nacional	5	cinco
Historia	4	cuatro
Geografía	9	nueve
Aritmética	2	dos
Francés	2	dos
Dibujo	0	cero

Conducta Pésima

Penitencias impuestas

Faltas de asistencia una

Buenos Aires, Mayo de 1888

EL VICE-RECTOR.

## Foto 8: Boletín de calificaciones de José Ingenieros del año 1888

Cortesía CeDInCI

Fueron probablemente sus pillerías las que le proporcionaron al joven José una popularidad que rompía (parcialmente) las barreras de clase; al menos eso parecía sugerir Bunge con una anécdota. En este caso, la víctima de José había sido un profesor de dibujo. Bunge recordaba a Ingenieros como un “pésimo alumno” en la asignatura (la calificación obtenida parece corroborarlo); sin embargo, el profesor no parecía haber sido mucho mejor. Se trataba de un inglés “barbudo y barrigón” que exageraba su propia miopía a efectos de pasar por alto con cierta dignidad la inconducta de sus alumnos. Ingenieros no perdió la oportunidad de sacar ventaja de la bondad o debilidad de su docente, y un día se presentó a clase con unos anteojos de factura casera, confeccionados por él mismo con alambres. Al ser llamado al frente para mostrar sus trabajos, Ingenieros, munido de sus “anteojos”, alegó que estaba enfermo de la vista. Cuando el docente le pidió que se acercara para analizar mejor la situación, continuaba Bunge: “Ingenieros se levantó sin vacilar, subió a la tarima con toda naturalidad, y se sometió a la inspección ocular del profesor con el aire más inocente del mundo”.

La travesura le salió bien en aquella oportunidad, probablemente más por la desidia del docente que por su habilidad como óptico amateur. El profesor, a pesar de la risa de los alumnos, aceptó la excusa del futuro médico. En realidad, según Bunge, el joven Ingenieros estaba probando sus dotes de psicólogo precoz. Cuando aquel le preguntó en el recreo por qué había cometido la travesura, José respondió que: “estaba seguro de que Mr. Ryan [tal el nombre del profesor de dibujo] podía quizá ver que los anteojos eran de alambre, pero que en caso de verlos no iba a decir nada, tan solo para no tener cuestiones”.

Ingenieros creció en el seno de un ambiente familiar muy politizado, y su temprana juventud también lo fue. Durante la Revolución del 90, con solo trece años de edad, parece haber participado, al menos según el relato de su hija Delia, en “episodios callejeros”. No sabemos si esta participación fue de naturaleza política o, más bien, como también señalaba Bunge, producto del relajamiento de la disciplina general provocada por la crisis y sus secuelas.



Tal vez por su fama de excéntrico y atrevido, alrededor de Ingenieros se fueron tejiendo leyendas desde temprano. El 29 de diciembre de 1896, por ejemplo, el periódico socialista Buenos Aires publicó una nota titulada “Incidente en Magdalena. Catolicismo y Socialismo”, en la cual relataba que, en una iglesia de Magdalena, el cura local había comenzado a echar desde el púlpito diatribas contra el socialismo, sus fundadores y propagandistas:

Cuadró la casualidad que se encontrase en el templo, el Sr. José Ingeniero [sic] que se había trasladado a la Magdalena con el objeto de dar una conferencia sobre el socialismo, y no pudiendo resistir los ataques que el prudente pastor dirigía [sic] a los socialistas, subió al púlpito y desde allí rebatió con energía los insultos soeces de aquél. El cura, creyendo que aquello importaba un ultraje, salió a la calle a pedir auxilio a la policía que arrestó al señor Ingeniero [sic].

Este episodio ha sido contado y adornado de diferentes maneras en muchas oportunidades y nunca fue desmentido públicamente. Sin embargo, Delia informa que el mismo Ingenieros negó categóricamente (aunque en privado) la veracidad de estos hechos frente a dos amigos.

## EL JOVEN INGENIEROS Y LA LITERATURA

Desde muy joven, Ingenieros había mostrado inquietudes (aunque no necesariamente aptitudes) literarias. Su amistad con Leopoldo Lugones y su encuentro con Rubén Darío, llegado a Buenos Aires en 1893, reforzaron estos intereses. Muy pronto, Darío se convirtió en el centro de atención del Ateneo de Buenos Aires, un heterogéneo espacio de sociabilidad literaria y artística creado en 1892, que adquirió gran prestigio. Allí, junto con otros jóvenes, según recordaba en sus memorias el poeta nicaragüense, “alborotábamos la atmósfera con proclamaciones de libertad mental”. Ingenieros se sumó muy pronto, y Lugones hizo lo propio luego de su arribo a Buenos Aires. Recordaba Darío que, en esas reuniones de El Ateneo, “José Ingenieros, con su aguda voz y su agudo espíritu, nos hacía vibrar en súbitos entusiasmos itálicos”. Junto con Carlos de Saussens, Antonio Monteavaro, Alberto Ghirardo, Eugenio Díaz Romero, Ricardo Jaimes Freyre, Roberto J. Payró y otros, Ingenieros formaría parte de una suerte de “proto-bohemia” porteña conformada alrededor del autor de *Azul*. Al respecto, recordaba Darío: “Claro es que mi mayor número de relaciones estaba entre los jóvenes de letras, con quienes comencé a hacer vida nocturna, en cafés y cervecerías. Se comprende que la sobriedad no era nuestra principal virtud”.

El carácter exacto de esta “bohemia” local ha sido discutido, y algunos de quienes habrían participado de ella en algún momento, como Manuel Gálvez, han negado su existencia. Es que, al menos según Gálvez, el tipo de vida que llevaban los poetas y aspirantes a serlo en Buenos Aires, que se reunían en cafés y que compartían tanto la relativa pobreza como una simpatía por el progresismo social que en muchos casos los acercaba al anarquismo, era, sin embargo, bien diferente del que había descrito Henri Murger en París medio siglo antes<sup>5</sup>. Como señalaba en sus memorias el autor de *La maestra normal*, a diferencia de los personajes de *Les scènes de la vie de bohème*:

Casi todos teníamos algún empleo, lo que significa un sometimiento a la disciplina. No vivíamos, como los personajes de Murger, de a tres o cuatro

juntos, sino cada cual en su casa y con su familia. La mayoría nos íbamos temprano a nuestras casas. No trasnochaban sino los que trabajaban en los diarios de la mañana. La mujer estaba en absoluto ausente de nuestras reuniones, cuya castidad hoy parecería incomprensible.

Siempre según el recuerdo de Gálvez, la dimensión humorística e histriónica de las reuniones se las reservaba para sí el grupo de Ingenieros:

¿Buen humor? Se hacían chistes, casi siempre sobre los ausentes. El grupito que rodeaba a José Ingenieros solía hablar de la Syringa y de las iniciaciones. Contaban ellos haber sometido a las pruebas del agua, del fuego, del aire y de la tierra a cierto zapatero de la calle Rivadavia, pobre diablo que, por el lujo de andar entre literatos, se prestó a las fechorías que quisieron hacerle. Pero debo declarar que jamás asistía a esas “iniciaciones”, ni sé de ninguno de mis amigos que las haya presenciado ni estoy seguro de que hayan acontecido alguna vez.

Más de una vez, el propio Ingenieros, al enfatizar su dedicación al trabajo como una de sus virtudes cardinales, negó su participación en la “bohemia” de Buenos Aires. En una carta escrita desde París a su amigo Roberto J. Payró, Ingenieros le señalaba: “Yo, a pesar mío, nunca fui bohemio. Animal de labor e hijo de familia, por necesidad y por costumbre mi hora de café y mis noches de vagancia fueron contadas”<sup>6</sup>. En una especie de largo poema autobiográfico, inédito y sin fecha, pero probablemente escrito en esa época, que se encuentra en su archivo, Ingenieros se sinceraba al respecto. Reproduzco un fragmento:

Yo no sé qué maldita suerte me ha designado

La bárbara cadena con que estoy amarrado.

¡Y os juro, hermanos míos, señores, compañeros,

Que es demasiada carga para tan pocos fueros!

Y que estoy harto y loco, desangrado, molido

De tanto macerarme y haberme contenido [...]

Aunque todo lo contrario me empeñe en demostrar

Junto a la mesa amiga del café familiar [...]

Alrededor de Darío se constituyó también un grupo de carácter entre lúdico y literario formado por jóvenes con aspiraciones literarias y talento diverso, llamado La Syringa. El círculo más estrecho estaba formado por cinco “Pentarcas”: José Ingenieros, el crítico José Ojeda y los poetas y periodistas Antonio Monteavaro, José Pardo y Luis Doello Jurado y, en torno de ellos, un círculo algo más excéntrico<sup>8</sup>. El grupo se disgregó con la partida de Darío, pero renació más tarde alrededor del propio Ingenieros. En esta segunda etapa se sumaron Manuel Ugarte y Florencio Sánchez. Delia Ingenieros (firmaba sus escritos como Delia Kamia) señalaba que: “Lugones fue el heredero literario del poeta [Darío]. Ingenieros devino el factor conglomerante del grupo, al que imprimió, como dijimos, un carácter cada vez más lúdico y mistificador”. Tanto el carácter mistificador y el sentido lúdico a los que se refiere Delia pueden verse con claridad en la nota que Ingenieros publicó en la revista Ideas en 1905, sobre el origen del grupo:

La Syringa, institución de estética y de crítica, preexiste, existe y subsiste. Es un exponente del espíritu dionisiaco y, como él, remonta su origen hasta la primera sonrisa del piteco ancestral. Todo syringo es dionisiaco; puede, ulteriormente, ser apolíneo.

Cierta noche de conversaciones satanistas, en el salón del “Ateneo”, Rubén Darío y yo prolongamos la plática hasta el amanecer. Y tuvimos este diálogo:

–Rubén: nace el lucero. Maullará por tres veces el gato negro.

–Déjame pensar en el unicornio...

–Oye...

Y oímos, a lo lejos, los tres maullidos, tristes y dolorosos como una queja sepulcral.

Rubén continuó:

–Presentes las voces macabras...

Y acercando sus labios a mi oído, murmuró misteriosamente:

–¡Eres syrningo!

–Tu posees el quinto grado, –le respondí.

–Es también el tuyo, pues de otro modo no me interpretarías.

Y poniendo en contacto las yemas de nuestros pulgares, permanecimos silenciosos durante cuatro horas, sorprendidos por el descubrimiento recíproco.

Es cuanto puedo revelar, exotéricamente, sobre la esencia y origen de la Syrninga. Las revelaciones de carácter esotérico son imposibles: perderá la voz quien intente hablarlas y sufrirá parálisis de la mano quien ose escribirlas; por otra parte, serían absolutamente incomprensibles para los “incícices”, es decir, para los “no-syrningos”.<sup>9</sup>

Círculo lúdico-literario, la Syrninga, con sus rituales influenciados por la masonería, se convirtió pronto en una vidriera para las boutades de Ingenieros, quien aparecía como personaje en un poema humorístico de la pluma del propio Darío, escrito en 1898 con motivo del proceso de “transmigración” de uno de los miembros del grupo. Aparentemente, el propio Ingenieros (cuyo interés por la música lo llevó a investigar sobre la “afasia musical”, aparte de ser considerado un buen pianista) lo musicalizó, convirtiendo al poema en un himno de la Syrninga:

Ludovico se sigue así,  
sufrirá en su transmigración.

Tornarse ha en un ouistití  
Querrá ver a José Martí.  
Y daranle a comer maní  
Y daranle a leer a Pi  
Y oirá música de Chapí,  
Ingegneros le hará fí! fí! [...].

La Syringa fue una de las expresiones que el modernismo –entendido no como un mero movimiento literario, sino como un cúmulo de experiencias de vida– tuvo en nuestras playas. En ella se mezclaba una adhesión al positivismo científicista con un interés por el espiritismo en sus diversas dimensiones y un nietzschismo antiburgués; pero también eran parte de esta visión del mundo el socialismo (y el anarquismo) y la masonería, con sus ritos secretos y su progresismo social.

A partir de 1898, con el lanzamiento por parte de Eugenio Díaz Romero de El Mercurio de Buenos Aires, publicación apoyada por José María Ramos Mejía (Díaz Romero era bibliotecario del Departamento Nacional de Higiene, dirigido por Ramos Mejía que había sido profesor de Ingenieros), los jóvenes modernistas contaron con un órgano de expresión propio. Ingenieros escribió artículos sobre cuestiones sociales (a las que me referiré en otros capítulos) y estaba, además, a cargo de la sección sobre letras italianas, donde publicó un texto sobre Gabriele D'Annunzio, cuya obra elogiaba. Esto le permitió criticar a su amigo Lugones por su falta de comprensión de los escritos del italiano:

Lugones, tiene actualmente, una desfavorable predisposición contra todo lo que tiene saber a modernismo. Hay en esto cierta animosidad, de apóstata. Me explico. Lugones tuvo su crisis de modernismo y llegó en sus primeras erupciones hasta el límite extremo de lo que, con o sin acierto, se dio en llamar decadentismo. Hoy, que ya está en la cumbre, lo veo más cerca de Hugo y de Taine que de Verlaine o Mallarmé. ¡Y esta misma evolución lo hace cruelmente

injusto con sus cofrades y maestros de ayer!<sup>10</sup>

Ingenieros terminaba la nota haciendo referencias a La Syringa e incluía a Lugones entre sus miembros. Esto, por motivos que no son totalmente claros, motivó el enojo del poeta y así se lo hizo saber a su amigo en una carta privada<sup>11</sup>. Luego de un intercambio, el asunto quedó zanjado. Poco después, Lugones invitaba a Ingenieros a cenar a su casa para celebrar su curación de una enfermedad de la cual aparentemente lo había tratado José. El poeta señalaba en tono socarrón (y conociendo las debilidades de su amigo) que: “si los manjares no han de ser muy variados, en cambio, adornaremos la mesa con hermosas señoritas de las cuales puede escoger Ud. una, seguro que ella quedará encantada”<sup>12</sup>. Ambos amigos se sumaron al socialismo en el último lustro del siglo XIX y se separaron del mismo a principios del siguiente (Lugones antes que Ingenieros). A partir de ese momento, sus derivas políticas comenzaron a divergir rápidamente. El año 1903 encontró a Lugones apoyando la candidatura oficial de Manuel Quintana y a Ingenieros del lado contrario. Hacia 1924, sobre el final de la vida de Ingenieros, su última transformación en latinoamericanista lo acercó a Víctor Raúl Haya de la Torre y a José Carlos Mariátegui. Lugones, mientras tanto, proclamaba en Perú “la hora de la espada”.

Resulta interesante resaltar la convergencia entre literatura, medicina e intelectualidad en sentido más general dentro mismo de las instituciones estatales. Como recordaría Ingenieros en su semblanza de Ramos Mejía escrita luego de la muerte de este último, su antiguo profesor y mentor tenía debilidad por la literatura: siendo director nacional de Higiene, “[...] muchas veces un médico del puerto hacía muchas horas de antesala para ver a Ramos Mejía, que estaba ocupadísimo [...] en escuchar las entusiastas lecturas de Paul Verlaine o Gabriel D’Annunzio con que lo deleitaba su poeta bibliotecario”. Concluía Ingenieros, “alguna vez yo, aunque socialista, no desdeñaba concurrir a la biblioteca del Departamento Nacional de Higiene, atraído por el té y los bizcochuelos del estado, con que Díaz Romero obsequiaba generosamente a sus colaboradores más íntimos”. El Departamento de Higiene y luego el Hospital San Roque se convirtieron en espacios de socialización para un grupo variopinto de intelectuales.

Mientras tanto, Ingenieros continuaba sus estudios de farmacia y medicina. La primera profesión le permitió contribuir rápidamente a las siempre precarias

finanzas familiares. Más tarde, ya recibido de médico, sería casi el único sostén de la familia. Como recordaría en 1915: “Desde los 18 años contribuí al sostén de mi familia y después de los 22, médico ya, asumí todas las responsabilidades; llevo, así, quince años de trabajo profesional del que vivimos tres generaciones, pues ya soy padre a mi vez”<sup>13</sup>. Para ese entonces, sus padres ya habían vuelto a Sicilia. Sin embargo, la correspondencia entre José y sus padres revela que estos dependían del dinero que aquel les seguía enviando, no siempre de buena gana. Así, por ejemplo, en 1920 Salvatore escribía en un tono furioso a su hijo por este motivo. Aunque José había subido los envíos de 2.500 a 5.000 liras, esto se licuaba por la devaluación de la moneda italiana: “creías haber resuelto nuestra situación económica, mientras que de hecho [...] hiciste un buen negocio en la miseria de tus padres”<sup>14</sup>.



## INGENIEROS, EDITOR PRECOZ

A partir de las últimas décadas del siglo XIX, la ciudad de Buenos Aires se vio inundada de publicaciones diversas de toda clase. Diarios de nuevo tipo que, gradualmente, fueron incrementando su caudal de noticias a expensas de las notas de opinión, revistas literarias, publicaciones más o menos especializadas y anales diversos reflejaron, y a la vez contribuyeron a constituir, una esfera pública cada vez más dinámica. En muchas oportunidades, las redacciones de estas publicaciones conformaron, además, activos espacios de sociabilidad para intelectuales, políticos, periodistas y literatos, tanto aspirantes como ya consagrados.

Hijo de un editor, a lo largo de su vida Ingenieros participó en, y modeló diversos espacios de sociabilidad vinculados a sus intereses intelectuales o profesionales, y una de las herramientas que utilizó a estos efectos fueron sus numerosas empresas editoriales. Ingenieros fundó y/o dirigió al menos seis publicaciones periódicas: la revista estudiantil *La Reforma* (1893); *La Montaña* (1896-7), en colaboración con Leopoldo Lugones; el efímero periódico literario *El Lirio Rojo*, también en colaboración con Lugones; una revista científica: *Archivos de Psiquiatría, Criminología y Ciencias Afines* (1902-1913); *Revista de Filosofía* (1915-1929) y participó activamente hasta su muerte –y fue inspirador– de un periódico destinado a promover la unidad latinoamericana: *Renovación*, creado en 1923. Además, Ingenieros fue fundador, director y financiador de la colección de libros “*La Cultura Argentina*” que apareció en 1915. Una simple aritmética nos revela que, a partir de su primera experiencia con *La Reforma*, cuando contaba con dieciséis años de edad, hasta su muerte en 1925, Ingenieros pasaría no más de siete años de su existencia sin dirigir algún tipo de empresa editorial. De esos siete años de “abstinencia editorial”, seis los pasó en el extranjero.

Estos emprendimientos ocuparon un lugar central y en algunos casos constitutivo de diversos campos disciplinarios; en este sentido, Ingenieros puede ser caracterizado como un gestor cultural. Por otro lado, también participó como colaborador en una cantidad innumerable de diarios y revistas de todo tipo (científicos, populares, culturales), dentro y fuera del país. A través de estos

medios, Ingenieros difundió sus teorías científicas, sus ideas políticas y filosóficas, así como también sus impresiones de viaje, especulaciones sociológicas, nociones estéticas y hasta algunos intentos literarios, al tiempo que entablaba polémicas sobre temas diversos con personajes cuidadosamente elegidos. En lo que resta del capítulo me voy a concentrar en su primera y precoz experiencia como editor.

## **La Reforma. Periódico Literario Estudiantil**

Luego de una huelga estudiantil ocurrida en el Colegio Nacional en 1892 en la cual Ingenieros habría jugado un rol protagónico, el 1.º de junio de 1893 vio la luz el primer número de La Reforma. Periódico Literario Estudiantil<sup>15</sup>. Su primera nota editorial comenzaba señalando que “Una nueva estrella viene a brillar en los vastos horizontes del periodismo argentino”. Aunque los editores se reconocían novicios en el manejo de la pluma, tenían, sin embargo, la certeza de que la nueva estrella no sería fugaz. La Reforma venía a llenar un vacío existente en la prensa argentina, no porque faltaran periódicos literarios, sino “por la organización incompleta y defectuosa de la mayor parte de ellos”. Frente a esta situación desoladora, La Reforma, con “patrióticos y elevados fines”, iría a “prestar su ayuda a la naciente literatura argentina, a la vez que encamina a la juventud en el sendero del saber y de la verdad”.

¿De qué se trataba este periódico estudiantil, cuyos editores se declaraban a la vez novicios en el arte de la escritura y capaces de llevar a cabo la obra que revistas mucho mejor establecidas no habían logrado completar debido a su “organización incompleta y defectuosa”? En realidad, una mirada rápida sobre La Reforma, que en su segundo número anunciaba que saldría tres veces por mes y cuya dirección honoraria era ejercida por el poeta modernista Leopoldo Díaz, remite más a una publicación de política estudiantil que propiamente literaria. La dirección efectiva de la publicación la ejercía el propio Ingenieros.



## Foto 10: José Ingenieros en 1890

Cortesía CeDInCI

El primer artículo, titulado “Una necesidad”, hacía referencia a la necesidad de que el rector del colegio, el prestigioso ingeniero y matemático Valentín Balbín, renunciara de inmediato a su cargo, dada su aparente incapacidad para administrar la escuela de manera adecuada. En su reemplazo se proponía al vicerrector: Idelfonso Ramos Mejía. En el número del 20 de junio de 1893 se acusaba a Balbín de encabezar una administración “antiprogresista y retrógrada que busca sus intereses personales y no los del establecimiento que dirige (sic)”. Más adelante, frente a un episodio en el que el tesorero de la escuela había sido acusado de robar dinero del establecimiento, la revista concluía: “Prepare el Dr. Balbín su renuncia si quiere abandonar en la forma menos deshonrante posible, ese Colegio Nacional cuyo adelanto y progreso ha retrasado dos lustros en un año de mala administración”.

El primer número incluía una “sección literaria” con versos de Díaz y de miembros de la redacción (algunos, como el futuro arquitecto Icilio Chiocci, tendrían una destacada trayectoria futura, aunque no en el mundo de las letras), así como alguna producción del propio Ingenieros. Sin embargo, lo cierto es que esta sección no ocupaba un lugar central en la revista. En ese primer número, Ingenieros contribuyó con un texto irónico titulado “La guardia nacional salteña” en la que se relataba una batalla entre miembros de la guardia nacional y un grupo de asnos que, confundiendo el uniforme verde de los soldados con alfalfa, intentaron devorarlos. También se incluía una sección de “Apuntes” con material didáctico y otra de chistes, algunos de tono subido.

Aunque se trataba de un periódico estudiantil, la publicación contaba con avisos publicitarios que permitirían explicar su financiamiento. La rápida merma de estos avisos después del primer número, sin embargo, permite también explicar por qué la estrella que estaba destinada a perdurar en el firmamento finalmente se convirtió en fugaz. A partir del segundo número, el staff que administraba la revista quedó conformado por José Ingenieros como director, José Altieri como redactor, y el futuro fiscal, juez y cofundador (junto con Ingenieros) del Centro Socialista Universitario, Domingo Guglielmelli, como administrador.

Las bromas y el estilo mordaz de Ingenieros estaban presentes desde el comienzo: la revista se convirtió en una vidriera de las travesuras de su director. El número VI (20 de julio de 1893) relataba cómo la plana mayor de la revista – bajo la inspiración del propio Ingenieros– había logrado filtrarse en un evento que tuvo lugar en el teatro Onrubia, haciéndose pasar por miembros de la Comisión de Orden. No solamente habrían logrado su objetivo principal, que consistía en ser admitidos en el teatro sin pagar la entrada, sino que la nota exaltaba el “heroísmo” e imaginación del grupo encabezado por Ingenieros.

A pesar de que no todas las notas estaban firmadas, no resulta difícil identificar, por su estilo, las que provenían de la pluma del Ingenieros. Estas, por otro lado, no se limitaban a críticas a la dirección del Colegio, sino que abordaban también temas más generales, referidos a políticas educativas. Y en este sentido, como sería una constante a lo largo de su vida, Ingenieros elegía muy bien con quién discutir, así como el tono de las discusiones y el espacio en que las mismas se llevaban a cabo: en general, en publicaciones que él mismo dirigía, lo que le permitía no solamente quedarse con la última palabra, sino también fijar las reglas de juego del debate. El número del 1.º de julio de 1893, por ejemplo, abría con un artículo bastante extenso, sin firma, titulado “Los colegios nacionales. Comienza la debacle”. En ella, el autor –podemos fácilmente identificar el estilo de Ingenieros– refutaba ácidamente una nota del prestigioso educador e inspector técnico de escuelas (y uno de los promotores más firmes del positivismo a nivel local) Andrés Ferreyra, publicada en La Prensa el 18 de junio anterior, en la que este expresaba su oposición a un decreto presidencial que limitaba el número de cátedras que podía ejercer simultáneamente un profesor secundario. El argumento de Ingenieros era claro: “En el caso (imaginario) que contáramos con profesores inteligentes, tenemos la seguridad que absolutamente ninguno podría dar lección de 23 materias (esceptuado [sic] el señor Ferreyra) sin dedicar siquiera un par de horas diarias a cada una”.

A lo largo de su trayectoria, La Reforma mostró las simpatías de sus editores (y, sobre todo, de su director) por la causa de la Unión Cívica. El número correspondiente al 9 de julio de 1893 comenzaba con un homenaje a los héroes del 25 de mayo de 1810, del 3 de febrero de 1852 y del 26 de julio de 1890. En el número del 20 de agosto se mencionaba que la publicación había salido con atraso debido a que el 30 de julio el director, José Ingenieros, “se puso en marcha hacia la provincia de Buenos Aires con el fin de ocupar el puesto que su patriotismo le señalaba en las filas del Ejército Revolucionario”. No se especificaba la naturaleza de las acciones revolucionarias del joven José.

Como todas las futuras empresas editoriales de Ingenieros, La Reforma se insertó rápidamente en una red de intercambio internacional de publicaciones. Las facilidades que el correo argentino proporcionaba para el recibo de publicaciones extranjeras, considerado como parte de la tarea civilizatoria realizada por el Estado, hacían posible este flujo de textos producidos fuera del país<sup>16</sup>. No pude establecer si salió algún número más de la revista posterior al VIII, pero lo cierto es que su cierre no estaba previsto por sus editores, sino más bien todo lo contrario, puesto que se anunciaba que, a partir del número IX la publicación saldría con frecuencia quincenal. Números futuros contarían con la colaboración de “varios miembros del Ateneo”, y con la de escritores y políticos europeos de la talla de Emilio Castelar, Emilia Pardo Bazán, y otros.

En esta primera experiencia editorial de la juventud ya se pueden percibir algunos rasgos que se observarían en sus publicaciones posteriores. En primer lugar, Ingenieros tendería a lo largo de su vida a utilizar las publicaciones periódicas como espacios para la construcción de su imagen pública. Aparecía como el líder no solamente de la publicación, sino del grupo que lo secundaba. En segundo lugar, en su participación en La Reforma ya se esbozaba el carácter polifacético de Ingenieros que fungía a la vez como editor, escritor, ácido comentarista sobre temas de toda índole, personaje político, etc.

Entre la masonería, la “bohemia”, los círculos letrados más formales, el Partido Socialista (tema del próximo capítulo), grupos editoriales de revistas y los ámbitos educativos de la elite, Ingenieros se fue insertando en una densa red de sociabilidad que le permitía interactuar con expresidentes, miembros de la elite intelectual, aspirantes a escritores y otros ya consagrados, artistas y pensadores diversos. Pronto ocuparía, además, un lugar central en el naciente campo científico, sin abandonar los otros espacios de interacción. El caso de Ingenieros no era único en este último aspecto. La elite intelectual del Buenos Aires de entresiglos era suficientemente pequeña e inespecífica como para que fuera común encontrar a los mismos personajes en diversos ámbitos. Médicos-escritores coexistían con políticos-escritores, muchos de ellos afiliados a la masonería. A nadie asombraba demasiado que el director del Departamento Nacional de Higiene organizara una tertulia literaria en el organismo a su cargo, y que le dedicara al menos tanto tiempo a esa actividad como a las que eran específicas de su función.

Esta situación de inespecificidad del campo intelectual cambiaría gradual pero rápidamente. En ese sentido, como en otros, podría decirse que Ingenieros

cabalgaba entre dos eras; es más, casi se podría decir que se encontraba a la vanguardia de la que se avecinaba, de especialización profesional, pero sin abandonar la que iba quedando anacrónica: la de los polígrafos. Esto será en parte el tema de los capítulos que siguen.

## NOTAS

1 Amalia, la hija menor de Ingenieros, recordaría luego: “Pablo me pareció siempre un hombre medio tenebroso, me daba la impresión de ser persona mala. Delia siempre me mandaba a mí, me sugestionaba, a hacer cosas y me dijo: al hablarle a papá nómbrale al tío Pablo a ver que dice, a ver si verdaderamente es tío, puesto que si es hijo de la abuelita tiene que ser nuestro tío. Así lo hice y papá dijo que no le dijéramos tío sino señor Pablo”. FJI. 3.6.1 Carpeta con entrevistas llevadas a cabo por Delia Ingenieros, hija mayor de José.

2 Muchas décadas más tarde, sus hijos recordarían los enojos de Ingenieros con su madre cuando esta intentaba regalarles a los niños estampas religiosas. También, en una oportunidad, quiso despedir a una niñera que había trabajado en la familia por años, cuando descubrió que había hecho un pesebre de navidad.

3 Ver “Investigación sobre el impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata”, Boletín, n° 1. Departamento de Sociología y Cátedra de Historia Social, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1961. Agradezco a José Carlos Chiaramonte por haberme facilitado acceso a este material.

4 En un episodio contado muchas veces, Ingenieros, molesto por la obligación que le imponían de costear la impresión de la tesis, en una de sus típicas boutades terminó por dedicarla “al modesto y laborioso Maximino García, portero de la Facultad”.

5 Murger, Henri, Escenas de la vida bohemia (Buenos Aires: Sopena, 1945). La edición original en francés, Les scènes de la vie de bohème, había sido publicada en 1849.

6 Carta de José Ingenieros a Roberto J Payró. Reproducida en Payró, “Recuerdos”, Nosotros, número extraordinario dedicado a la memoria de José Ingenieros, año XIX, n.º 199 (diciembre de 1925), p. 475.

7 FJI. Carpeta A.3 Trabajos científicos.



[8 Ver Delia Kamia \(1968\), p. 213.](#)

[9 En una tarjeta de invitación fechada en noviembre 18 de 1904, se lee:  
“Señor.....](#)

Sírvase concurrir a la alimentación ofrecida al pentarca \* Doctor Ingegnieros, el domingo 20 del corriente, sobre el pailebot revolucionario “Eugenia Altieri”, heroicamente ensangrentado por las expediciones de Julio Herrera y el Coronel Pampillon.

Saludan a Ud, Esotéricamente, Antonio Monteavaro- José Ojeda- Luis Doello- José Pardo

Exotericamente, Florencio Sánchez- Diego Fernández Espiro

Hipotéricamente, José Altieri- Polero Escamilla

X Asistirá el Periodista de la Magdalena

Z.La asistencia y alimentación es gratuita

Punto de Cita: Rivadavia 1356 a las 11 a.m.”

FJI. Carpeta A.2. La Syringa.

[10 Ingenieros, José, “Letras italianas”. El Mercurio de América, agosto de 1898, p. 153.](#)

[11 Lugones señalaba como uno de sus argumentos para no figurar en La Syringa públicamente el hecho de que “había contraído deberes que Ud. no tiene”. Por otro lado, Lugones también expresaba su desprecio por ciertos miembros de la agrupación, diciéndose superior a ellos, aunque sin nombrarlos directamente. FJI A.6.1 SAA/8.4/5.3 Doc. 55.](#)

[12 FJI. A.6.1 SAA/8.4/5.3 Doc. 64. Carta de Leopoldo Lugones a José Ingenieros del 4 de agosto de 1900.](#)

[13 Mundo Estudiantil. Revista Quincenal Ilustrada, año I, n.º 1 \(7 de agosto de 1915\), reproducido en Nosotros, número extraordinario..., op. cit.](#)

14 FJI A-6-4 Correspondencia familiar. SAA/8-4/103 Doc. 3. Carta de Salvatore a José Ingenieros del 25 de noviembre de 1920.

15 La huelga se produjo en el contexto de un conflicto entre laicistas y clericales. Como resultado del mismo, un grupo de profesores del colegio, encabezados por Calixto Oyuela, se retiraron del mismo y fundaron el Instituto Libre de Segunda Enseñanza.

16 Agradezco a Lila Caimari por haberme facilitado esta información.

## Capítulo II

### El joven socialista

En sus memorias, el escritor Manuel Gálvez recordaba con ironía que, a pesar de que su padre y su tío habían sido amigos de Julio Argentino Roca, él no había tenido oportunidad de conocer al expresidente durante su temprana juventud: “Le debo ese placer a Ingenieros [...] el socialista de 1900, el futuro maximalista de 1918”. Más adelante discutiré las simpatías de Ingenieros por la Unión Soviética (y su acercamiento previo a Roca). Por ahora me aproximaré a su temprana vida política, poniendo énfasis no solamente en sus ideas, sino también en su accionar concreto y en la construcción de su imagen como “personaje político”.

## INGENIEROS SOCIALISTA

El acercamiento del joven José Ingenieros al socialismo estuvo en parte condicionado por su historia familiar, como vimos. El hogar de los Ingenieros se convirtió en un espacio de sociabilidad en el que convergían exiliados italianos republicanos, socialistas, anarquistas y masones. Sin embargo, su acercamiento a Juan B. Justo resultó fundamental para su temprana trayectoria política. El contacto político inicial entre Ingenieros y Justo, que había sido su profesor de Clínica Quirúrgica (materia en la que había obtenido un discreto ocho de calificación), se produjo de manera casual cuando Justo lo invitó, junto con su condiscípulo Ángel Giménez, a acompañarlo a una manifestación para reclamar la jornada laboral de ocho horas. Ingenieros sería uno de los fundadores del futuro Partido Socialista y un protagonista de sus primeros años. En 1894, junto con Giménez y otros, Ingenieros fundó el Centro Socialista Universitario (CSU), del cual sería su primer secretario. El Partido Socialista y la masonería constituían dos importantes espacios de sociabilidad para jóvenes con ideas progresistas.

El Partido Socialista se estructuró originalmente alrededor de núcleos preexistentes organizados a partir de grupos nacionales (e idiomáticos) diversos, tales como Les Egaux, el Fascio dei Lavoratori y otros, a los que adhirió poco después el Verein Vorwärts. Algunas de estas asociaciones ya publicaban periódicos en sus lenguas de origen. La mayoría de los dirigentes de estas agrupaciones tenían un manejo muy precario (o nulo) del idioma español. Por otro lado, mientras el Fascio había adoptado el programa del Partido Socialista Italiano, el Vorwärts había hecho lo propio con el de la Social Democracia alemana. Bajo el liderazgo de Justo, esta dirigencia sería pronto reemplazada por otra de origen nacional y unificada bajo un programa común. El partido pronto cambió su nombre del originario Partido Socialista Obrero Internacional a Partido Socialista Obrero Argentino. Con el tiempo, se exigiría ciudadanía argentina para formar parte del Comité Central. Sin embargo, en un principio existían fuertes dificultades de comunicación entre los miembros de las distintas asociaciones.

El programa original del partido incluía como objetivos la supresión de la

presidencia y vicepresidencia de la república, como así también del senado. El Poder Ejecutivo debería estar conformado por una “comisión ejecutiva”, cuyos miembros podrían ser removidos en cualquier momento por la Cámara de Diputados, que sería el único cuerpo legislativo. Desde el punto de vista de la legislación social, se incluían como objetivos a lograr el salario mínimo, el descanso semanal obligatorio, la creación de tribunales laborales de mediación con representantes de obreros y patrones y el establecimiento de impuestos sobre la renta y la herencia, entre otras medidas.

En abril de 1895 ya encontramos a Ingenieros como uno de los quince delegados a la convención constituyente del partido, de cuyo comité central fue elegido secretario general. En esa convención se definió la carta orgánica y el programa mínimo. Menos de un mes más tarde, era el orador principal en el acto del Primero de Mayo y en la inauguración del local socialista de Barracas. En octubre del mismo año, fue delegado y secretario de la convención que cambió el nombre al partido, convención en la que se decidió la participación de los socialistas en las elecciones de 1896, para las cuales se lo propuso como candidato a diputado. “En homenaje a la seriedad del Partido”, sin embargo, Ingenieros decidió declinar el honor, para el cual lo hubiera descalificado de todas maneras la Constitución Nacional que establecía como edad mínima para los diputados los veinticinco años; Ingenieros solo contaba con diecinueve.

En la convención de 1896, Ingenieros y su amigo Leopoldo Lugones lideraban informalmente lo que podría caracterizarse como el ala ultraizquierda del partido, en contraste con la mirada más reformista de Justo. De hecho, ambos amigos lograron imponer temporariamente sus puntos de vista por sobre los de Justo, e introducir enmiendas al proyecto de estatuto y a la declaración de principios en lo que respecta a las alianzas políticas (eliminar esta posibilidad) y a los métodos para la toma el poder. El periódico anarquista El Perseguido, en su edición del 14 de marzo de 1897, destacaba la consolidación de la corriente “antiautoritaria” encabezada por Ingenieros y Lugones dentro del Partido Socialista. Dos años después, sin embargo, Justo lograría imponer sus puntos de vista y, de manera permanente, su liderazgo dentro del partido.

Durante esos años formativos, Ingenieros, con menos de veinte de edad, logró forjarse un nombre no solo a nivel local (llegó a ser redactor de La Vanguardia, periódico donde publicó una importante cantidad de notas sobre temas diversos), sino también en los nacientes movimientos socialistas de Chile y Brasil. Sus relaciones con Juan B. Justo, que en un principio parecen haber sido bastante

cercanas, no tardaron en agriarse, en buena medida por la indisciplina de Ingenieros, que le valió al menos una suspensión del partido: en 1897 se le aplicó una sanción disciplinaria por lo que parecía ser una de sus características bromas. Según explicaba el propio Ingenieros en un impreso dirigido al partido que reproduzco íntegro:

El sábado 23 del corriente dirijí (sic) a un compañero de Barracas una carta privada en que, dando expansión a mi buen humor consuetudinario, simulaba revelarle planes urdidos contra nosotros y en que urdía planes de represalia no menos pérfidos; abrigaba la intención de sacarlo del error el día siguiente a la 1 PM, hora en que lo citaba en el Centro Socialista de Estudios.

Desgraciadamente, asombrado por lo enmarañado del asunto, y creyéndolo todo cándidamente, fue, el compañero de Barracas a pedir una aclaración a otros compañeros que él supuso debieron aludirse en ella; digo que él supuso porque yo no hacía en mi humorística carta nombres ni alusiones personales de ninguna especie<sup>1</sup>.

El hecho de que Ingenieros prefiriera referirse al incidente como una broma, y que hiciera referencias a su “buen humor consuetudinario” como excusa, muestra hasta qué punto su imagen como bromista, siempre testeando los límites, ya estaba instalada. Lo cierto es que Justo le envió una carta fechada el 4 de mayo de 1897 expresando que el problema finalmente había sido resuelto, aunque dejando claro su disgusto por el incidente<sup>2</sup>. En el archivo de Ingenieros se encuentra un borrador de la respuesta de este. Aunque no podemos saber con precisión si el tono del borrador se conservó en la versión final, Ingenieros se dirigía a Justo de un modo desafiante y lleno de ironías. Refiriéndose al voto general sobre su situación, sostenía Ingenieros: “[...] sinceramente me causa mucha gracia su [de Justo] creencia de que el último voto general hace suponer algo relacionado con la opinión de la mayoría. No, Dr. Justo, que mayoría ni que ocho cuartos [...]”<sup>3</sup>. Y un poco más adelante: “Pero creer que el resultado es igual a la opinión [...]. No, Dr. Justo, Ud. no cree eso ni lo puede creer. Sería un caso de anormalidad, de autosugestión”. Respecto de una nota firmada por once miembros del partido sobre el caso, en la que lo trataban de desequilibrado, hipócrita, ambicioso, farsante e indigno de pertenecer al partido, decía

Ingenieros: “Una de dos. O es cierto lo que se dice –y el comité ha procedido mal de levantarme la suspensión y los once firmantes deberían acusarlo ante el partido pidiendo su destitución. O no es cierto –y en este caso deben declararlo así bajo pena de expulsión”. Terminaba el borrador de la nota invitando a Justo a la Cruz Roja a verlo, si creía conveniente conversar sobre el tema: “No voy a su casa –decía el aún estudiante a quien había sido su profesor–, porque estoy de guardia desde las 8 de la mañana hasta las 7 de la noche todos los días, inclusive los domingos”.

Aunque se trató de un episodio menor, resulta revelador porque pone en evidencia algunos rasgos de la personalidad de Ingenieros. Aunque quedaba claro que la falta había sido cometida por él, terminaba exigiendo la expulsión de quienes habían escrito la nota en su contra. Demandaba la “retractación a-priori (sic) de los once firmantes del manifiesto [...]. Sin este requisito, yo o ellos no cabemos en el partido”.

Las muestras de indisciplina de Ingenieros no acabaron aquí. En noviembre del mismo año, Ingenieros y Lugones enviaron una nota al “Secretario del Comité Local del PSOA” en respuesta a una aparente amonestación de este último por sus inasistencias reiteradas e injustificadas a las reuniones del partido. La nota de Ingenieros y Lugones sostenía que: “bajo ningún pretexto permitiremos amonestaciones de ningún género, ni notas con entonación autoritaria, vengan de donde vinieran”. Esto era así porque: “[...] nuestra asistencia a las reuniones del Partido Socialista es puramente voluntaria i por afinidad integral, pues tenemos la costumbre de no hacer sino lo que nos da la gana”<sup>4</sup>. En esta nota los autores reemplazaban el saludo de estilo: “Salud y Revolución Social”, por un provocativo “Salud i armonía social”.

En los comienzos del acercamiento de Ingenieros al socialismo, Justo cumplió un papel educativo, recomendándole lectura y dándole consejos de todo tipo. En 1895, por ejemplo, Ingenieros le indicó a Justo que había leído textos de John Stuart Mill y que pensaba abordar a continuación la obra de David Ricardo. Justo le respondió: “Me alegro muchísimo de que haya leído a Stuart Mill, y que esté por meterle diente a Ricardo. Este es más difícil de entender. Todo eso será una buena preparación para leer después a Marx”<sup>5</sup>. Por lo tanto, podemos inferir que hacia 1895 Ingenieros no había leído a estos últimos dos teóricos. En realidad, la creciente biblioteca de Ingenieros se iba nutriendo de una heterogénea gama de autores, todos leídos en traducciones a los dos idiomas (aparte del español) que podía manejar con cierta facilidad: el francés y, sobre

todo, el italiano. Esa biblioteca estaba, en términos generales, compuesta por obras de Darwin y de Herbert Spencer, que fue un autor fundamental para la generación de Ingenieros como lo había sido para la anterior; de Achille Loria, de quien Ingenieros tomó su férreo determinismo económico; de Enrico Ferri, con quien más adelante desarrollaría una relación personal bastante estrecha. A estos se sumaban autores franceses (o que escribían en ese idioma), tales como el archileído Max Nordau (con quien luego también entablaría una relación personal); el sociólogo de origen ruso (aunque escribía en francés) Jacques Novikow, quien, paradójicamente, se oponía tanto al determinismo económico de los socialistas como al darwinismo social en general, dos temas que resultaban caros a Ingenieros; y otros como Gabriel Tarde y Émile Durkheim. Estos últimos representaban dos escuelas opuestas de sociología y habían mantenido agitados debates, aparentemente ignorados por Ingenieros. De Durkheim, Ingenieros citaba sus textos sobre división social del trabajo, y de él tomó la idea de la especificidad de lo social utilizada para criticar al organicismo de Spencer. Tarde, por otro lado, era uno de los autores que encabezaban, junto con Alexandre Lacassagne, lo que se conocía como “Escuela Francesa” de criminología, que se oponía al férreo determinismo de la escuela positiva italiana, y que enfatizaba los factores sociales sobre los biológicos como causas del delito. Aunque Ingenieros permanecería fiel (aunque con matices, como veremos) a la “escuela italiana”, citaba, muchas veces sin mostrar las diferencias entre ambas formas de pensamiento, a Tarde y a Lacassagne. La heterogeneidad mostrada por el universo de lecturas de Ingenieros no era única de él, sino que formaba parte del clima intelectual de la época. Varios socialistas prominentes se sentían más cercanos a Spencer y a los italianos que a Marx, y abrevaban, como Ingenieros, de un universo de fuentes bastante ecléctico. Antonio De Tomaso, con motivo de la recepción de Ferri en la Argentina en 1908, le diría al italiano que muchos socialistas argentinos (e Ingenieros podría contarse entre ellos) no habían aprendido los fundamentos de la doctrina leyendo a los clásicos, sino su libro acerca del socialismo y la ciencia positiva, texto muy citado por Ingenieros y promocionado por el diario La Vanguardia.

Más que constituir un sistema de lecturas, las de Ingenieros (así como las de muchos de sus contemporáneos) reflejaban un clima de época en el que coexistían autores cuyas ideas parecerían hoy incompatibles, pero que no eran vistos de esa manera en el período de entresiglos. En el caso de Ingenieros, muchas veces el énfasis estaba puesto más en la cita misma, como sistema de autoridad, que en el contenido de las ideas de los autores que referenciaba. Este sistema de citas, por un lado, resultaba innovador: sus “estados de la cuestión”



revelaban un enorme esfuerzo por estar à la page, difícil de encontrar en los escritos de la mayoría de sus contemporáneos. Pero, por otro lado, el exceso de citas también podría reflejar la conciencia que Ingenieros tenía de la fragilidad de su propia legitimidad como autor reconocido. Si necesitaba apoyar sus argumentos en un número inusual de referencias, esto se debía a que consideraba que su solo nombre no alcanzaba aún para legitimarlos. Más adelante, cuando se transformó en un intelectual de renombre internacional, las referencias se aligerarían en sus textos.

Las ideas expuestas por Ingenieros reflejaban muchas veces las tensiones generadas por estas lecturas heterogéneas. Así, nuestro autor podía –a veces dentro del mismo texto– mostrarse como un revolucionario radical y como un reformista; como un férreo defensor de la idea de selección natural y como alguien que matizaba sus aristas más extremas; como cercano –o contemporizador, al menos– al anarquismo y como su enemigo declarado.

El primer texto sobre socialismo escrito por Ingenieros, que le proporcionó cierta fama (luego sería traducido al portugués y publicado en Brasil), fue un folleto intitulado “¿Qué es el socialismo?”, publicado cuando su autor contaba con dieciocho años de edad, y cuya inminente aparición había sido anunciada por La Vanguardia en agosto de 1895. Uno de los temas que articula este texto (y en general el pensamiento de Ingenieros durante esta etapa) fue la llamada “cuestión social”, es decir, la percepción de que la miseria dejaba de ser un asunto individual y se convertía en un asunto colectivo, en algo inherente a la modernización económica y al trabajo libre. Desde el punto de vista de su experiencia, Ingenieros estuvo muy marcado por las secuelas de la crisis de 1890. La solución a la cuestión social consistiría, según su punto de vista, en la suspensión del interés, es decir, de la remuneración de los capitalistas, dejando a los productores, de esta manera, la totalidad del producto de su trabajo. Para ello resultaba indispensable socializar los medios de producción.

En este texto temprano, Ingenieros planteaba una condena moral del capitalismo. Sin embargo, hay que señalar que para Ingenieros ni los industriales ni los comerciantes formaban parte de la clase capitalista que, por lo tanto, quedaba reducida a los rentistas. La concentración de la economía que se venía sufriendo y que, según Ingenieros, tenía al Estado como uno de sus protagonistas, haría desaparecer a los industriales en beneficio de los rentistas. El objetivo del socialismo consistiría en “suprimir esa diferencia de clases y erigir una sola de productores instruidos, libres, iguales y dueños del producto íntegro de su

trabajo”. El socialismo, para Ingenieros (como para Justo y otros), constituía una necesidad, y precisamente por eso, su establecimiento sería producto de una “evolución” de la cual la “revolución” consituiría, sin embargo, su etapa final.

Según esta mirada, los movimientos prematuros, tales como la Comuna de París, habían sido y resultarían siempre estériles. Llama la atención al respecto el hecho de que, menos de dos años después de la publicación de “¿Qué es el socialismo?”, Ingenieros y Lugones fecharan el diario La Montaña en el “año XXVI de la Comuna”. El propio Lugones se había mostrado crítico respecto del evolucionismo mostrado por Ingenieros en “¿Qué es el socialismo?”. En una carta de octubre de 1895 el escritor, luego de criticarle la falta de definiciones concretas de términos tales como “justicia” y “libertad”, le señalaba que: “desde luego ningún socialista cree ya en la transformación pacífica, i Ud. mismo predice la revolución”<sup>6</sup>. Las fuentes de las que abrevaba Ingenieros en “¿Qué es el socialismo?” eran también heterogéneas. En su cruzada contra el Estado burgués, Ingenieros reclutó en su ayuda nada menos que a Graham Sumner (Ingenieros lo menciona como Summer), quien es reputado como el primer profesor de sociología de los Estados Unidos, de ideas ultraliberales y profundamente antisocialistas.

La relativa moderación mostrada por Ingenieros en “¿Qué es el socialismo?” se debía probablemente al hecho de que el texto estaba dirigido, sobre todo, a los estudiantes, provenientes la mayoría de ellos de sectores acomodados y conservadores. Por ello intentaba tranquilizar a su audiencia al aclarar que no militaba “en las filas más avanzadas del socialismo”. Acerca de la religión, por ejemplo –a pesar de que siempre mostró y seguiría mostrando un anticlericalismo militante, sin matices–, Ingenieros señalaba que dependía exclusivamente del albedrío personal y que, por lo tanto, no era apropiado realizar propaganda en ese sentido en nombre del partido.

“¿Qué es el socialismo?” concluía con un llamado explícito a los estudiantes: “Estudiantes: el socialismo, acabáis de verlo, no es el espectro rojo que, sanguinario y destructor, los hacían soñar en vuestra infancia los que os han educado en la escuela de la opresión y los que os enseñaron a leer en el libro de la vergonzosa calumnia [...]”. Acto seguido, se concentraba en cuestiones gremiales que interesaban directamente a sus interlocutores; en particular, hacía foco en los problemas que la concentración de las actividades económicas por parte del Estado acarrearía a los nuevos profesionales. Las consecuencias se materializarían en el hecho de que los médicos atendieran mayor cantidad de

pacientes en hospitales con el concomitante decrecimiento de la demanda de nuevos profesionales. A la Asistencia Pública, Departamento de Higiene, hospitales secundarios y sanidad militar “[...] acude el que ha cursado doce años entre libros, enfermos y cadáveres, para pasar a desempeñar el rol, bien mezquino, por cierto, de asalariado”. Un problema similar sufrirían los ingenieros, en un país en el que “cualquier capataz enriquecido a costa de sus compañeros de trabajo, tiene el derecho de proyectar y construir, compitiendo contra la ciencia con el arma poderosa del dinero [...]”. Era por eso que, según Ingenieros, no solo el proletariado se acercaba al socialismo, sino que “las clases profesionales han llegado también a renegar del liberalismo [que, en la visión de Ingenieros, implicaba una paradójica concentración de actividades en manos del Estado] y a desear un movimiento en el orden social, que los coloque en posición más holgada”. El socialismo no era solamente una necesidad histórica que implicaba la redención del proletariado, sino también, en la versión que Ingenieros presentaba a sus colegas estudiantes (a quienes caracterizaba como “obreros de la ciencia”), un refugio para profesionales desempleados o subempleados frente a su absorción por un Estado en rápida expansión que paradójicamente promovía, según él, el liberalismo.

### ***La polémica con Germán Avé-Lallemant***

“¿Qué es el socialismo?” circuló entre estudiantes y militantes y, como se indicó, fue traducido luego al portugués y publicado en Brasil. También le valió críticas a su autor, entre ellas la del ingeniero alemán radicado en la Argentina, funcionario público y difusor temprano del marxismo en nuestras playas, Germán Avé-Lallemant, cofundador del periódico El Oprimido en 1890. En una carta fechada en noviembre de 1895, escrita en respuesta al envío por parte de Ingenieros de su texto, Avé-Lallemant hacía notar la falta de lecturas básicas puesta en evidencia por el autor de “¿Qué es el socialismo?”:

Lo que echo de menos y me parece que ha errado U. es la somera explicación de la parte científica. Sus apreciaciones históricas contienen errores. De la grande teoría filosófica nada dice U. y en lo que contiene de dogmas económicos ha

incurrido en aseveraciones antimarxistas, que creo nacerán de la lectura de las obras de Loria y Ferri que contienen muchas incongruencias, que se reflejan también tan a menudo en las columnas de La Vanguardia<sup>7</sup>.

Las críticas de Avé-Lallemant continuaron de manera pública. En una nota aparecida en el número del 23 de noviembre de 1895 del periódico Vorwärts, bajo el título de “Centro Socialista Universitario”, luego de valorar “la significación del movimiento socialista entre los estudiantes argentinos”, el ingeniero alemán intentaba mostrar la ignorancia del autor de “¿Qué es el socialismo?”. El primer punto que irritaba a Avé-Lallemant era la distinción que Ingenieros había establecido entre un socialismo latino, más libertario y revolucionario, y otro de origen anglosajón, más evolucionista y gradualista. Avé-Lallemant negaba esta diferencia, pero concluía con lo obvio: Ingenieros estaba “más influido por Spencer y por Ferri que por Marx”. En realidad, Avé-Lallemant estaba criticando a todo el socialismo criollo vinculado a La Vanguardia, del cual Ingenieros era solo un emergente. En una carta dirigida a Karl Kautsky, publicada para el periódico berlinés Die Neue Zeit del cual era colaborador habitual, Avé-Lallemant era más explícito<sup>8</sup>:

Aquí [en la Argentina] el elemento estudiantil resulta muy perjudicial para la causa. Nuestros estudiantes, con pocas excepciones, constituyen una masa de jóvenes, totalmente inculta e ignorante, caracterizada además por un delirio de grandeza de origen español. Una editorial regida por compañeros ha hecho de la traducción española del libro de Ferri Socialismo y ciencia positiva la biblia de los socialistas locales. La misma editorial publicó también la obrita de un estudiante que rebosa de ignorancia y absurdos. En la misma se adjudica a Marx la teoría del plus-suelo, por la que el “el consumidor paga al empresario”.

Desde luego, la “obrita de un estudiante que rebosa de ignorancia y absurdos” era el texto de Ingenieros.

Ingenieros respondió punto por punto a las críticas de Avé-Lallemant en una nota publicada también en Vorwärts (número del 8 de febrero de 1896), defendiendo a sus autores de cabecera: Ferri y Loria, así como también la

ausencia de discusiones de tipo filosóficas. Ingenieros se permitía también recomendar a su interlocutor la “lectura de Spencer y de Ferri para que no imite a la Santa Sede y coloque en el índice a autores que él no ha estudiado”. Es que, en visión de Ingenieros, “la escuela filosófica positiva a la cual ambos autores pertenecen coincide completamente con la filosofía del socialismo”. Ingenieros respondía a las críticas de Avé-Lallemant sobre el concepto de plusvalía citando un tramo del capítulo XXII del tercer tomo de El Capital en su versión alemana, que se había publicado poco antes. Lo curioso del caso es que, aparte de la evidencia presentada de que Ingenieros por entonces muy probablemente no había leído a Marx, parece claro que, hasta mucho más adelante, nuestro autor poseía, en el mejor de los casos, un conocimiento muy rudimentario del idioma alemán. Todavía en 1905, Ingenieros escribía desde Alemania a sus amigos que, aunque había oído decir que las muchachas de ese país eran tan fáciles como las francesas, él no había podido comprobarlo debido a su incapacidad para comprender el idioma. Resulta claro que los objetivos de Ingenieros con las Damen alemanas en 1905 hubiera requerido un manejo del alemán mucho más simple que la lectura del libro de Marx<sup>9</sup>. Es probable, por lo tanto, que la cita de Das Kapital fuera de segunda mano, tomada de otro texto.

Paralelamente a sus escritos tempranos, Ingenieros se mostraba activo en lo que hoy llamaríamos “militancia de base”. En 1896 participó en una huelga de ferroviarios en Tolosa. En la sección final de un documento vinculado a la huelga figuraba un reconocimiento especial para “José Ingegneros, estudiante de medicina, que abandonó sus estudios por ayudarnos en el movimiento, y que durante dos meses permaneció en Tolosa, lejos de su hogar y de sus tareas, para mantener bien alta la bandera del proletariado. Hasta después de la huelga ha prestado buenos servicios a nuestra sociedad de resistencia”. Otro agradecimiento estaba destinado a Leopoldo Lugones, “el poeta socialista, que con su frase de fuego llevó a la conciencia de los huelguistas de Sola y de Tolosa el espíritu de lucha de clase, arrancando siempre las más calurosas ovaciones”.

## *LA MONTAÑA DE INGENIEROS Y LUGONES*

El primer número de La Montaña. Periódico Socialista Revolucionario, dirigido por José Ingenieros y Leopoldo Lugones, apareció fechado el 12 Vendimiario del Año XXVI de la Comuna, lo que, traducido al calendario convencional, vendría a ser el 1.º de abril de 1897, y se anunciaba con una periodicidad quincenal. Este emprendimiento coincidía con el momento más radical del pensamiento político de Ingenieros, diferente del que había expresado en “¿Qué es el socialismo?” solo dos años antes. Como señala Horacio Tarcus, La Montaña se movió entre el modernismo y el socialismo revolucionario y fue, tal vez, el primer intento llevado a cabo en el país de articular las vanguardias política y estética: en su primer número se publicó el poema “Metempsicosis” de Rubén Darío. Las notas editadas en el periódico de Ingenieros y Lugones no se limitaban a cuestiones políticas, sino que también se incorporaban noticias sobre el desarrollo del arte y las ciencias en Europa e incluso se reproducían poemas y textos literarios, muchas veces en sus idiomas originales (francés e italiano).

El primer artículo del periódico fue una especie de manifiesto titulado “Somos Socialistas”. El objetivo del socialismo consistía fundamentalmente en socializar los medios de producción, porque “la autoridad política, representada por el Estado, es un fenómeno resultante de la apropiación privada de los medios de producción, cuya transformación en propiedad social implica, necesariamente, la supresión del Estado y la negación de todo principio de autoridad”. Aunque la meta de la supresión del Estado y de todo principio de autoridad podría parecer cercana a la de los anarquistas, se diferenciaban de estos ya que, para los editores de La Montaña, el Estado era un epifenómeno de la propiedad privada y no el origen del problema. Por otro lado, los redactores de La Montaña aceptaban la participación parlamentaria como táctica política, aunque no como fin en sí mismo.

Sin embargo, para algunos socialistas La Montaña se acercaba peligrosamente al anarquismo. La sociedad Vorwärts de Rosario informaba a Ingenieros y Lugones en una nota del 1.º de mayo de 1897 firmada por el dirigente de la misma, Miguel Bickel, que la asociación deseaba dejar de recibir el periódico. Los argumentos aducidos eran, por un lado, que Vorwärts estaba compuesta por

miembros germano-parlantes, muy pocos de los cuales dominaban el español (la nota está plagada de errores ortográficos y gramaticales que revelan un manejo bastante precario de la lengua por parte del propio Bickel). Pero el problema más grave, a juicio de los germano-rosarinos, era que La Montaña se acercaba demasiado al anarquismo.

En el número del 1.º julio de 1897, Ingenieros volvería sobre la naturaleza del socialismo en un artículo titulado “Socialismo y Revolución”. En este texto, el autor se proponía, por un lado, desenmascarar a los “falsificadores” del socialismo y, por otro, enfatizar el carácter revolucionario de La Montaña. Nuestro autor hacía notar que “la clase opresora, no pudiendo domar la hidra roja [...] ha disfrazado con mantos rojos a muchos de sus fieles y los ha rotulado con el mote: socialismo”. Entre las mentiras que sostenían estos falsificadores, Ingenieros mencionaba la necesidad de la armonía entre patronos y obreros, la mancomunidad de intereses entre capital y trabajo, la caridad, las cooperativas y que el Estado acaparara todos los medios de producción regimentando a los individuos. Ingenieros convertiría muchas de estas “mentiras” en verdades solo unos pocos años más tarde, cuando adhiriera al “socialismo de Estado” que, en tiempos de La Montaña, consideraba la forma más aborrecible de mentira y falsedad. Para Ingenieros, el verdadero socialismo “se caracteriza porque aspira a la socialización de todos los medios de producción y a la supresión de la existencia de clases sociales dentro de la sociedad humana; siendo consecuencias lógicas de esto la desaparición del estado y de la falsa moral burguesa”. La transformación social inherente al socialismo debía ser revolucionaria. Ingenieros denostaba a aquellos supuestos socialistas que, en el afán de atraer al partido a pequeñoburgueses e industriales, renunciaban al calificativo de revolucionarios, como lo había hecho él mismo dos años antes en “¿Qué es el socialismo?”.

A lo largo de la vida del periódico se publicaron varias notas (algunas firmadas por el propio Ingenieros) en contra de la acción directa propugnada por el anarquismo. La Montaña publicó un artículo sumamente crítico respecto del atentado al rey Humberto de Savoya el 28 de abril de 1897. Sin embargo, se dejaba en claro que el culpable no era quien había cometido el atentado, el anarquista Pietro Acciarito, sino la “actual organización social”. En otro artículo de junio de 1897, titulado “Anarquistas y socialistas”, Ingenieros se mostraba más conciliador, sosteniendo que, en rigor de verdad, los objetivos de socialistas y anarquistas eran básicamente los mismos. Al igual que su padre, José simpatizaba con los anarquistas partidarios de la organización, en oposición a los

no organizativos.

La redacción de La Montaña señalaba que “[...] las columnas de La Montaña quedan abiertas para todo escrito o polémica con la más absoluta libertad de ideas”, y esta oportunidad fue rápidamente aprovechada por los propios anarquistas. En el número del 23 de julio de 1897, una nota firmada por el médico anarquista irlandés Juan Creaghe puntualizaba las diferencias entre socialistas y anarquistas “que no han sido comprendidas todavía por los redactores de La Montaña”. Los anarquistas eran, en la visión de Creaghe, más avanzados que los socialistas, en parte por las diferentes percepciones que estos grupos ideológicos tenían respecto de la cuestión social. Creaghe criticaba a Achille Loria por el hecho de que considerara la cuestión social como un asunto puramente económico. Para Creaghe y los anarquistas, por el contrario, se trataba de “una cuestión de libertad”. Mostrando un sistema común de lecturas, sin embargo, Creaghe rescataba las ideas de Spencer. Por otro lado, Creaghe disputaba la política participacionista de los socialistas: “votar es renunciar”.

La carta de Creaghe fue respondida por Ingenieros y Lugones con una larga nota titulada: “Observaciones a la carta precedente”, en la que refutaban punto por punto los argumentos del anarquista. En primer lugar, Ingenieros y Lugones sostenían que la carta de Creaghe no demostraba nada respecto de lo avanzado de las ideas anarquistas. Por otro lado, defendían las posturas de Loria, aunque con algunos matices: “Aquiles Loria (que no es un socialista, sino un sociólogo, cuyas observaciones y conclusiones concuerdan, casi todas con las del socialismo), demuestra en el artículo citado que la cuestión social revista actualmente una forma económica”. Sin embargo, señalaban que eso no significaba que la cuestión social fuera una cuestión puramente económica, como los anarquistas atribuían a los socialistas. Finalmente, puntualizaban los editores de La Montaña, los socialistas participaban en las elecciones no para formar parte de la política burguesa, sino precisamente en contra de la misma. Sin embargo, la participación en la lucha política también respondía a otras motivaciones menos revolucionarias y más vinculadas al realismo político: “Es muy cierto que tomando parte en la lucha política se reconoce prácticamente el sistema existente, etc. ¿Y acaso podemos dejar de reconocer que las cosas existen tales como existen? ¿O acaso es partidario Creaghe de la negación del mundo exterior?”.

En las páginas de La Montaña es posible encontrar un grupo bastante heterogéneo de autores y de temas. Ya en el primer número aparece un texto del



difusor del marxismo y antiguo militante guesdista francés Gabriel Deville sobre “La sociedad sin Estado” en la que se sostenía que la supresión de las clases sociales implicaba la del Estado. Enrico Ferri, por su parte, sostenía en otro artículo la primacía del determinismo económico, en línea con lo propuesto por Loria. Junto con estas notas más o menos previsibles y otras de Loria que lo eran aún más, encontramos algunas de –o acerca de– autores menos canónicos, tales como el militante homosexual y socialista británico Edward Carpenter, de cuya Defensa de los criminales Ingenieros escribió una reseña positiva. Más adelante La Montaña publicó un texto del propio Carpenter sobre el mismo tema (la defensa de los criminales). Carpenter sostenía una noción relativista de la moral y del delito que Ingenieros también haría propia en sus textos especializados escritos con posterioridad. En el número 5 del 1.º de junio de 1897 Ingenieros hacía una defensa de Oscar Wilde, cuyo juicio por homosexualidad había resonado en la prensa local, utilizando argumentos tomados de Carpenter.

Ingenieros fue también el autor de cuatro artículos titulados “Los reptiles burgueses”, el primero de los cuales le valió una multa y el secuestro de un número de La Montaña. Escrito con el tono de ironía y acidez que lo caracterizaba, estas notas consistían en una fuerte crítica a las elites religiosas, políticas y económicas. En uno de ellos, Ingenieros describía una supuesta visita al santuario de Luján y el asco que le habían producido los burgueses que iban a rezar al tiempo que reprimían su sexualidad. La segunda entrega de “Reptiles burgueses” se ocupaba de denunciar la falsa moral burguesa; la tercera centraba su atención en un tema que lo tocaba más de cerca: los intelectuales. Ser reconocido como intelectual era, según Ingenieros, la máxima aspiración del burgués. Sin embargo, esta supuesta “intelectualidad” de los burgueses tenía, según Ingenieros, signos que él mismo se ocupó de desenmascarar: “Creo haber descubierto el macrómetro de la ignorancia burguesa; la intelectualidad del millonario omnívoro se puede medir por su mayor o menor tendencia a ensalzar y saborear las bellotas históricas o literarias con que los Mitre y los Oyuela alimentan su coprofagia intelectual”<sup>10</sup>.

La cuarta entrega focalizaba su atención en los políticos y parlamentarios. Sin importar los buenos atributos que cada parlamentario pudiera tener individualmente, el hecho de que todos ellos fueran burgueses ponía en evidencia “que en una cámara de diputados o senadores burgueses triunfa por regla general todo lo malo, todo lo bajo, todo lo abyecto; por ser esto lo que tienen en común”. El parlamento argentino era un templo de mediocres, en el cual los talentos y saberes especializados estaban ausentes. Utilizando imágenes

escatológicas a las cuales Ingenieros era tan afecto cuando se trataba de mostrar desprecio por alguien, sostenía que los parlamentarios habían sabido flotar en la marea burguesa “de la misma manera que flotan las sustancias fecales en la superficie de los líquidos de un orinal”. ¿Por qué, se preguntaba Ingenieros retóricamente, siendo el parlamento una institución degradada por la corrupción, pretendían los socialistas participar en él? La respuesta que se daba era tajante: “Porque el estiércol parlamentario es un abono excelente para hacer vegetar con vigor y rapidez la propaganda socialista”.

Para comprender la mediocridad de los parlamentarios, Ingenieros recomendaba la lectura del libro *El hombre mediocre* del francés Ernest Hello. Este libro, cuyo título correcto es *L'Homme*, publicado originalmente en 1872, contenía un capítulo titulado “L'homme mediocre” en el cual Ingenieros se inspiraría, y más que eso también, aunque casi sin citarlo, para escribir su libro homónimo tres lustros más tarde. Lo que resulta interesante es que Hello era un autor ultracatólico que, sin embargo, parecía también haber formado parte del canon de Ingenieros. Para Hello, los hombres superiores eran los santos.

Las ideas revolucionarias de Ingenieros y Lugones se articulaban con un profundo elitismo. En el número 12 de *La Montaña* del 15 de setiembre de 1897, por ejemplo, Ingenieros publicó un artículo titulado “La paradoja del pan caro (divagación)” donde exponía con claridad su concepto de “pueblo”. Es posible establecer una línea de continuidad entre este artículo y algunas ideas expuestas más adelante en textos como *El hombre mediocre*, pertenecientes a otra etapa de su vida. El argumento de Ingenieros partía de una supuesta perplejidad: el precio del pan se elevaba todos los días y, sin embargo, esto no provocaba una reacción popular:

Lo extraño, lo único extraño, es que el pueblo está mudo. Se creería que le han cortado la lengua; o que solamente la tiene para lamer las manos perfumadas del amo que lo azota y lo hambrea. ¿Cómo no protesta?... ¿Dónde están las voces? ¿Dónde los corazones? (y, por qué no: ¿Dónde están los puños?).

Ingenieros respondía a sus propias preguntas. El problema era que “las cabezas del pueblo están saturadas de esos hediondos miasmas morales que se llaman

prejuicios”. Sacerdotes que enseñan la importancia de la vida futura, mercaderes del patriotismo que le llenan el estómago “con mierda nacionalista” y los políticos burgueses que, en vez de atender a sus reclamos, “les muestran en su acreditada linterna mágica republicana la moralidad política y administrativa, la reforma constitucional” eran los culpables de esta situación. El pueblo, en vez de ser un agente revolucionario, era conceptualizado como la víctima pasiva de aquellos que se disponían a –y estaban en condiciones de– domarlo. Horacio Tarcus ha puntualizado la ausencia total de corresponsales de origen obrero en el periódico, así como el desinterés del mismo por cuestiones vinculadas directamente al mundo del trabajo. Más adelante, esta concepción del socialismo desprovista de su dimensión obrera generaría fuertes polémicas entre Ingenieros y Adrián Patroni, entre otros. Algunas de estas polémicas se ventilarían en las páginas de La Vanguardia.

Como iba a ser una constante a lo largo de sus años formativos, Ingenieros utilizó las páginas de La Montaña para establecer polémicas con individuos que ocupaban un lugar mucho más prominente que el suyo en el naciente campo intelectual argentino. Como luego lo haría en 1902 de manera mucho más explícita desde las páginas de los Archivos de Psiquiatría, también en La Montaña (número del 15 de junio de 1897) Ingenieros intentó entablar una polémica con Paul Groussac, director de la Biblioteca Nacional. Estas polémicas eran construidas cuidadosamente por Ingenieros con el propósito de aparecer disputando cuestiones conceptuales con quienes a todas luces eran sus superiores en términos de prestigio. El tema que eligió Ingenieros en esta oportunidad fue la concepción errónea sobre el socialismo sostenida por Groussac. Sin embargo, el intelectual francés no pareció haber considerado necesario contestar o, tal vez, ni siquiera llegó a enterarse de las críticas del joven redactor de La Montaña. El argumento de Ingenieros era que Groussac demostraba su ignorancia respecto de lo que era el socialismo al sostener que Echeverría era socialista. Ingenieros terminaba su nota en un tono condescendiente señalando que “en verdad otro no puede esperarse de quien desconoce el inmenso caudal científico acumulado en los últimos 50 años por los verdaderos socialistas”.

Como ya señalé, no solo la política campeaba por las páginas de La Montaña. El número 11 del 1.º de setiembre de 1897 incluía una nota de Ingenieros sobre las ciencias ocultas. Se trataba de un artículo en el que elogiaba la implantación de una supuesta “Facultad de Ciencias Herméticas” en Buenos Aires. Tanto Ingenieros y Lugones, como buena parte de los intelectuales de su generación, mostraban un profundo interés por las ciencias ocultas y el espiritismo. Volveré

sobre esto. Sin embargo, la nota en cuestión era más bien una crítica a la “ciencia oficial (burguesa)”: “Tan odioso como el monopolio de los medios de producción por la clase capitalista es, sin duda alguna, el monopolio que de la ciencia pretenden hacer los sabios que podemos llamar oficiales”.

La experiencia de La Montaña fue breve. A pesar de sus veleidades revolucionarias y de su naturaleza fuertemente provocativa, los editores no ocultaban el carácter estudiantil de su empresa. Un impreso, probablemente distribuido con el periódico y fechado el 1.º de octubre de 1897, informaba a los lectores que por tres meses se suspendería la publicación. Uno de los motivos aducidos era “la imposibilidad de consagrar a su redacción, durante ese tiempo, toda la actividad que requiere, debido a la proximidad de la época final del año que recarga exesivamente (sic) de tareas a la juventud que estudia”<sup>11</sup>. Es decir, que la revolución debía esperar a que finalizara la época de exámenes finales.

## INGENIEROS, SOCIALISTA DESPUÉS DE LA MONTAÑA

En enero de 1898, Ingenieros publicó en la Revista de Derecho, Historia y Letras, recientemente creada por Estanislao Zeballos, un artículo que, debidamente transformado, iba a conformar el núcleo de su posterior libro *La sociología argentina: “De la barbarie al capitalismo. El determinismo histórico en la historia americana”*. Este texto apareció luego en francés en la revista *L’Humanité Nouvelle*, dirigida por el anarquista-socialista (y masón) A. Hamon, cuyo libro sobre el anarquismo Ingenieros reseñaría críticamente en *El Mercurio de América*. “De la barbarie al capitalismo” se trataba de un análisis materialista, fuertemente influido por las ideas de Loria, de la historia del país, y por extensión, de América Latina. En este texto, Ingenieros abandonó (o al menos matizó fuertemente) la noción de que el capitalismo era esencialmente parasitario: ahora era caracterizado como la “etapa superior de la civilización”<sup>12</sup>. Ingenieros adoptaba en este artículo una mirada fuertemente determinista de la historia: “cada fenómeno histórico tiene sus razones determinantes que no podrían haber dejado de producirlo y, a su vez, tiene que determinar fatalmente otros fenómenos históricos”. Más adelante, luego de mencionar a Marx, Engels y Loria, puntualizaba que “este factor económico es el que, en último análisis, determina, principalmente, la morfología de todas las instituciones sociales, desde las sencillísimas de la horda depredatriz hasta las complicadas del capitalismo industrial”.

Como iba a sostener y elaborar más adelante, en este trabajo Ingenieros planteaba que el imperialismo constituía una necesidad derivada de la lucha por la vida, que determinaba que los pueblos más civilizados debían emprender la conquista de los que lo eran menos. En el siglo XVI, la Europa burguesa se oponía a la América salvaje y bárbara a la que se impuso por un proceso de necesidad histórica. Sin embargo, los resultados fueron diferentes en el norte y en el sur del continente. En el primero, Inglaterra, país que había alcanzado las “formas superiores de producción y de cambio que caracterizan el sistema capitalista”, trasplantó a América su alto nivel de desarrollo y civilización, o expresado en las metáforas médicas que tanto atraían a Ingenieros: “inoculó el virus de su fuerza y su superioridad y sembró gérmenes que se traducen, en la

actualidad, en la supremacía económica de ese país sobre el continente americano”. España, por otro lado, emprendió la conquista ya agotada por el largo proceso de la Reconquista: “El XVI señaló para ella el comienzo de la época de decadencia que la ha conducido a ocupar uno de los grados inferiores en la escala de los pueblos civilizados”.

A juicio de Ingenieros, las luchas por la independencia argentina se explicaban exclusivamente por la decadencia económica y política de España. Las guerras civiles posindependencia habían sido producto del desequilibrio económico entre la región del litoral, más avanzada, y la del interior que lo era menos, pero también el resultado de la falta de educación política. Esta situación de caos interno había sido a veces compensada por la presencia “saludable” de dictadores que introducían elementos de progreso a cambio de “un poco de libertad perdida”.

A continuación, el texto de Ingenieros cambiaba de tema y focalizaba en el presente. Pasaba a demostrar con cifras detalladas que los salarios en la Argentina no eran más altos que los de los países europeos, y que el proletariado, por lo tanto, vivía en nuestro país en condiciones de opresión y precariedad similares a las de sus pares en el viejo mundo. Junto con el proletariado manual, aparecía también el intelectual, que preocupaba particularmente a Ingenieros. En la sección siguiente, el artículo pasaba a analizar el desarrollo del socialismo en el país. La parte más sustancial de esta discusión consistía en una exposición detallada no solamente de la situación del socialismo, sino también de la del anarquismo y sindicalismo en la Argentina, para lo cual Ingenieros analizaba publicaciones y membresías de todas las tendencias de izquierda existente en ese momento.

En 1898, Ingenieros también publicó otro texto que tendría trascendencia. En este caso, se trataba de un artículo originado en una conferencia pronunciada el 12 de febrero de ese año en el Centro Socialista Obrero. La aparición de “Cuestión argentino-chilena. La mentira patriótica. El militarismo y la guerra” fue anunciada (y el texto publicitado) en Revista Masónica, dirigida por Salvatore y, más adelante, sería favorablemente reseñado por el hispanista y editor Albert Savine en L’Humanité Nouvelle. En “La mentira patriótica”, Ingenieros se proponía mostrar la inutilidad de la guerra en un contexto fuertemente internacionalizado bajo el sistema capitalista. En los tiempos modernos, la guerra, que originariamente había servido como instrumento para la lucha por la vida, había perdido su razón de ser objetiva. Solo quedaba la

razón patriótica, desechada por el autor, ya que el patriotismo era un sentimiento artificial, creado por políticos. En el mundo actual, sostenía Ingenieros, la guerra ponía en peligro a la libertad y resultaba incompatible con la justicia; jamás podría ser un factor de progreso.

### ***Ingenieros en Brasil y Chile***

Ingenieros enviaba regularmente ejemplares de La Montaña junto con otros materiales de lectura a Chile y Brasil, donde la publicación era bienvenida e Ingenieros tenido como una suerte de mentor intelectual, a pesar de su juventud. El 6 de abril de 1897 el dirigente socialista chileno Alejandro Escobar Carvallo escribía una larga carta (doce carillas) a Ingenieros, agradeciéndole el envío de materiales y consejos para la organización del movimiento socialista chileno. Aparte de invitarlo a Chile –luego de que el diferendo de límites se hubiera solucionado, a efectos de evitar problemas con la prensa burguesa–, donde los socialistas chilenos serían “sus servidores y discípulos”, le mencionaba que tanto La Montaña, que recién acababa de salir, como el texto “¿Qué es el socialismo?” eran sus lecturas preferidas. En diciembre de ese mismo año, el joven Francisco Garfias Merino, por entonces cercano al anarquismo, también agradecía a Ingenieros el envío de literatura. En este caso la lista del material recibido era más detallada e incluía:

- a) La Montaña
- b) La cuestión social de Edmundo D’Amicis
- c) Socialismo y ciencia positiva de Ferri
- d) Idilio diabólico de Adolfo Retté
- e) La moderna lucha de clases de Felipe Turati
- f) La táctica revolucionaria de Jorge Plecanow (sic)

g) Los Instigadores de F. Turati

h) El derecho a la pereza de Pablo Lafargue

Esta lista nos da otra idea del canon construido por Ingenieros (y probablemente por Lugones, si consideramos la presencia de un texto del poeta simbolista –y por entonces anarquista– Adolphe Retté): desde el socialismo moralizante de D’Amicis (autor de Corazón) hasta los textos del socialista reformista Filippo Turati, pasando por el famoso libro del yerno de Marx y el de Plekhanov.

Ingenieros también estableció relaciones tempranas con el incipiente movimiento socialista brasileño. Aparentemente, el primer contacto se dio con el maestro de escuela socialista nacido en Portugal, Antonio Guedes Coutinho, que dirigía el periódico Echo Operario de Rio Grande do Sul, fundado en 1896. Ingenieros se convirtió no solamente en corresponsal del mismo en la Argentina, sino que pronto devino para el grupo brasileño, como había pasado con los chilenos, en una especie de guía de lecturas. En 1897, Echo Operario publicó la traducción al portugués de “¿Qué es el socialismo?” y, en 1898, el periódico anunciaba el envío por parte de Ingenieros de un conjunto de escritos similar al que había enviado a Chile. De esta manera, Ingenieros, con apenas veintiún años de edad, se convertía en guía espiritual de Guedes Coutinho, que le llevaba casi una década sobre este mundo (había nacido en 1868). Pronto, por intermedio de este, Ingenieros se puso en contacto con dirigentes socialistas de otros estados del Brasil y comenzó a colaborar con otros periódicos brasileños con los que estableció un intercambio de publicaciones. En Alagoas, Ingenieros aparecía como uno de los autores extranjeros más leídos por los socialistas. A diferencia de la Argentina, donde los vínculos de Ingenieros eran casi exclusivamente con intelectuales, en Chile, y sobre todo el Brasil, lo eran fundamentalmente con obreros calificados que eran sus lectores y corresponsales<sup>13</sup>.



## LAS POLÉMICAS CON LOS ANARQUISTAS

Entre los últimos años del siglo XIX y los primeros de XX, Ingenieros mantuvo agitados debates con los anarquistas. En 1898, polemizó con el anarquista italiano Pietro Gori (de cuya revista *Criminología Moderna* era un asiduo colaborador, como veremos) en el diario *El Tiempo*. Esta polémica fue continuada en reuniones como la que se celebró en Barracas en agosto de ese año y cuyo tema de discusión fue, precisamente, “Socialistas y Anarquistas”. Según el testimonio publicado en el periódico anarquista *La Protesta Humana*, Ingenieros había leído en esa oportunidad un extenso “rollo repleto de frases capciosas y sarcásticas en sumo grado” que habían generado la general animosidad del público [...]”<sup>14</sup>. En esa oportunidad, Ingenieros sostuvo que en Sud América los únicos propagandistas y fomentadores del movimiento obrero habían sido los socialistas. Gori le habría respondido mostrando las contradicciones existentes entre los principios de Marx y los de sus seguidores actuales, y había recordado la exclusión de los anarquistas por parte de los socialistas en el Congreso Obrero Internacional de Londres de 1896. Según la nota, Gori fue interrumpido por Ingenieros, quien señaló “que [los anarquistas] fueron expulsados porque eran... dioles un calificativo que valía tanto como decirles borrachos, provocadores y seres corrompidos”. Esta interrupción del joven Ingenieros habría indignado a Gori, quien “declaró categóricamente que con adversarios semejantes rompía toda atención y rehusaba la discusión en cualquier terreno que fuera”.

*La Vanguardia*, por su lado, también reportó el evento, pero dejando en claro las debilidades de los argumentos de Gori<sup>15</sup>. No necesito aclarar que Ingenieros no solo siguió colaborando en *Criminología Moderna*, sino que, además, su lugar dentro de la misma se fue haciendo cada vez más central. Por otra parte, ese mismo año, Ingenieros publicó otra nota en *La Vanguardia* protestando contra el hecho de que la Facultad de Derecho hubiera suspendido una serie de conferencias sobre criminología a cargo del anarquista italiano<sup>16</sup>.

Algunos de esos debates con los anarquistas fueron utilizados por Ingenieros para hacer gala de sus dotes histriónicas. Así recordaba el anarquista español Julio Camba, expulsado luego del país en virtud de la Ley de Residencia, uno de

los debates entre Gori e Ingenieros:

La noche de la controversia anárquico-socialista entre Ingenieros y Gori, el teatro Iris estaba lleno de gente. Ya había pasado la hora anunciada cuando llegó Ingenieros, agobiado bajo la carga de un enorme paquete:

–¿Qué trae usted ahí?

–Cuartillas.

–¿Cuartillas para leérmolas ahora?

–Indudablemente. Esto es una cosa muy seria. Yo me estuve documentando durante tres meses y todo esto que traigo es indispensable.

Nos quedamos aterrados. Llegó el momento preciso y Gori se dirigió a la multitud:

–Aún cuando el amigo Ingenieros haya venido aquí con todo un expediente de cuartillas...

Entonces Ingenieros arrojó las cuartillas al aire, sobre las filas de butacas próximas al escenario y se puso a gritar:

–Si es una broma ¡Están en blanco!<sup>17</sup>.

De estos episodios deseo rescatar dos cuestiones. En primer lugar, que más allá de la pirotecnia verbal, existía lo que podría caracterizarse como un “discurso civil” que era independiente de las polémicas políticas. Al menos hasta la década de 1930, como he estudiado en otra parte, era posible que personas ubicadas en los extremos opuestos del espectro ideológico compartieran espacios de interés profesionales y científicos. Incluso anarquistas y socialistas parecían compartir espacios de sociabilidad, y las numerosas discusiones y “controversias” (las de Gori e Ingenieros no fueron las únicas) que se venían dando desde la década de 1890 –y que cada vez tenían un carácter más formalizado, aunque muchas veces degeneraran en hechos de violencia– constituían elementos importantes de estos

espacios. Seguramente, muchos de aquellos que discutían acaloradamente se encontraban luego en el templo masónico de la calle Cangallo, pero también en otros lugares donde debatían, conferenciaban, etc. Así, por ejemplo, La Nación anunciaba una reunión de protesta contra la aplicación de castigos corporales a menores en centros correccionales que tendría lugar el 30 de diciembre de 1900. Entre los oradores figuraban los intelectuales anarquistas Gori y Alberto Ghirardo (con quien Ingenieros compartía su pertenencia a círculos literarios), junto con los socialistas Nicolás Repetto y Adrián Patroni, “y otro [orador] que designará la masonería”. Esto era posible en un contexto marcado por la existencia de un amplio “consenso liberal” que permitía que anarquistas como Gori dieran conferencias en la Facultad de Derecho (aunque luego el permiso fuera revocado y posteriormente restablecido) y que publicara una revista en la que colaboraban desde el jefe de policía hasta Juan Vucetich, el inventor de la dactiloscopia. Otra condición de posibilidad para estos encuentros estaba dada por la pequeñez de la elite intelectual porteña de principios de siglo, en la que, en palabras del poeta y ensayista Lysandro Galtier,

Todos se conocían [...] todos fraternizaban; cuando la política no había venido todavía a producir desuniones ni separaciones; cuando la literatura y el arte solo estaban comprometidos consigo mismos<sup>18</sup>.

Las conferencias y actividades de Gori fueron reseñadas repetida y positivamente en el diario La Nación. Todavía en 1900, una revista de interés general como Caras y Caretas sostenía que “no hay motivos para que [los anarquistas] sean molestados por la policía, y resultan tan inofensivos como los que creen en la metempsicosis”<sup>19</sup>. Por otro lado, el pedagogo anarquista Pascual Guaglianone –amigo cercano de Ingenieros– no encontraba incompatibilidad alguna (y sus empleadores, aparentemente tampoco) entre su militancia anarquista y su actuación como funcionario en el sistema educativo estatal.

Un importante punto de quiebre en este clima de coexistencia pacífica fueron las huelgas de 1902, que motivaron la aprobación a las apuradas de la llamada Ley de Residencia. Pero aun en los debates parlamentarios asociados a esta ley (que se aprobó y promulgó el mismo día), los senadores y diputados –incluyendo al inspirador de la misma, Miguel Cané– dejaban en claro que la norma no estaba

dirigida contra el derecho de huelga ni contra los legítimos reclamos de los trabajadores, sino contra los “agitadores” y “profesionales de la huelga” extranjeros. Pero fueron los atentados fallidos contra los presidentes Manuel Quintana en 1905 y José Figueroa Alcorta en 1908 y, sobre todo, el asesinato del jefe de policía Ramón Falcón en 1909 los hechos que constituyeron las primeras evidencias concretas para las elites locales de que la violencia anarquista que parecía enraizada en Europa había llegado a nuestras playas. Estos hechos, producidos luego de la partida de Gori del país, así como la violencia desencadenada durante las celebraciones del Centenario, cambiaron radicalmente la mirada hasta entonces relativamente indulgente que los miembros de la elite habían mantenido sobre el movimiento obrero.

## ALEJAMIENTO DEL PARTIDO SOCIALISTA

Concluida la experiencia de La Montaña se produjeron cambios de dirección en la vida de Ingenieros. Aunque tardaría cuatro años más en abandonar formalmente el Partido Socialista, lo cierto es que, a medida en que avanzaba en sus estudios universitarios el foco de sus intereses se fue desplazando, desde la política hacia la ciencia. El año 1902 sería clave en este sentido porque, de manera casi simultánea, abandonó el partido y asumió la dirección de los Archivos de Psiquiatría. Sin embargo, durante los años anteriores se puede observar la transición que lo acercó de manera sistemática no solo a la psiquiatría, la criminología y la psicología, sino también a la “sociología científica”. Desde el punto de vista de sus ideas políticas, también se observa un rápido desplazamiento desde sus veleidades revolucionarias hacia el socialismo de Estado, que constituía un núcleo de ideas muy difundido entre la elite política, particularmente entre aquellos vinculados a la masonería.

Por entonces, Ingenieros estaba concluyendo su carrera universitaria e intentaba encontrar una vía posible de ascenso social y de incorporación a los grupos de elite a través de su inclusión en la todavía precaria –pero en rápido crecimiento– burocracia técnica estatal. Esto lo llevaría a cabo a partir de la definición y posesión de un conjunto de saberes científicos que velozmente iban adquiriendo el carácter de saberes de Estado. Este reposicionamiento convergía con una reevaluación del papel del Estado. En un artículo escrito en 1899, el socialismo de Estado que, en los tiempos de La Montaña, es decir, menos de dos años atrás, había sido considerado el enemigo principal del proceso revolucionario, ahora era visto con otros ojos:

Acaso esta transformación requiera una intervención del Estado, en cuyas manos podría efectuarse una primera socialización indirecta de todas las funciones colectivas de la sociedad, mediante la extensión e intensificación de los servicios públicos, para luego pasar todas las fuerzas productivas a manos de los productores mismos, directamente<sup>20</sup>.

El socialismo seguía siendo, como en tiempos de La Montaña, el resultado final del desarrollo necesario de las sociedades; pero ahora, la culminación no sería una revolución sino el final de una muy lenta transformación en la cual el Estado (en particular sus cuerpos técnicos, a los que Ingenieros aspiraba a integrarse) jugaría un papel central. Esta mirada lo llevó a escribir cosas tales como: “Un católico que inventara una máquina haría más por el Socialismo que un obrero huelguista que pronunciara doce discursos sobre la Revolución Social [...]”.

A pesar de sus cambios de opinión, durante los años 1898 a 1900 Ingenieros siguió siendo un activo miembro del Partido Socialista, dando conferencias, publicando artículos (algunos muy controvertidos, que generaron intensos debates) en La Vanguardia y en otros periódicos. Por esos años entabló amistad con otro joven, también activo masón: Alfredo Palacios. En marzo de 1898, este le escribía:

Siempre leí con placer sus valientes artículos y le quiero, amigo Ingegnieros, porque es Ud. un esforzado defensor del pobre proletario oprimido. Odia al burgués, ese ser estúpido, desprovisto de inteligencia que tantas similitudes tiene con el cerdo y yo también odio<sup>21</sup>.

Terminaba diciendo: “¿No le parece, entonces, que, aunque no nos conozcamos, debemos ser amigos?”. A pesar de algunas tensiones, Ingenieros y Palacios continuarían su amistad hasta la muerte del primero.

La posición de Ingenieros dentro del partido divergía de la sostenida por la dirigencia y, en particular, por Juan B. Justo. Sin embargo, si tiempo atrás había considerado las posturas del traductor de Marx como excesivamente reformistas, ahora las críticas iban en sentido contrario: lo acusaba de no serlo suficientemente. Uno de los puntos de quiebre entre Ingenieros y el partido tuvo lugar en marzo de 1901, con motivo de una conferencia dictada por él sobre la Comuna de París en el salón de la asociación Vorwärts. Ingenieros había pronunciado discursos sobre el mismo tema en los años anteriores y había, hasta ese momento, rescatado el carácter revolucionario de la gesta parisina, aunque ya había planteado una crítica para distinguirse de los anarquistas en “¿Qué es el

socialismo?”. La evaluación que hizo Ingenieros en 1901 de los episodios de 1871, sin embargo, fue bien diferente. La Comuna era ahora explicada como un suceso que merecía ser recordado, pero de ninguna manera imitado, ya que los socialistas debían abandonar, de una vez y para siempre, la antigua estrategia insurreccional.

Esta vez, Ingenieros había ido demasiado lejos y los dirigentes de origen obrero Adrián Patroni y Esteban Dagnino lo refutaron en sendos artículos publicados en La Vanguardia, dando a publicidad una tensión que había surgido desde hacía algún tiempo entre las miradas elitistas e intelectual-céntricas de Ingenieros (y de Lugones) y el núcleo obrero del partido. A su vez, Ingenieros respondió en las páginas del mismo periódico:

La Comuna fue un acontecimiento nacido de circunstancias transitorias del medio social en que se produjo, que la condenaba de antemano al fracaso [...] Perpetuar el culto a la revuelta armada no es hacer obra de buenos socialistas. La dictadura obrera, de que habló Marx, es un error sociológico que se está disipando; ninguna sociedad puede cambiarse bruscamente.

Es que, según Ingenieros, “la idea de transformaciones bruscas mediante la “dictadura obrera” nacía de la teoría marxista del empeoramiento progresivo. “Esta teoría ha sido uno de los errores más grandes propagados por los socialistas”<sup>22</sup>, concluía nuestro autor.

Aparte de las críticas públicas ventiladas en La Vanguardia, Ingenieros recibió otras privadas. En una larga carta fechada el 17 de enero de 1902, Nicolás Repetto trataba de disuadirlo de su idea de abandonar el Partido Socialista, como aparentemente había manifestado que haría, desilusionado del nivel intelectual de sus comilitones que habían rechazado sus puntos de vista<sup>23</sup>. “Las masas” sostenía Repetto, “tienen varios defectos y errores. El principal de estos últimos suele ser el de contribuir a la elevación de muchos desagradecidos”, entre los que incluía al propio Ingenieros, que era, según su mirada, un “producto genuino de la masa”. Ingenieros respondió a esta carta con otra de tono ácido, que destilaba pesimismo, y cuyo borrador se encuentra en el FJI<sup>24</sup>. El joven que intentaba hacerse un lugar entre las elites intelectuales y sociales, de ninguna

manera podría considerarse un “producto genuino de la masa”:

Antes he creído que [la masa] fuera susceptible de una rápida elevación que le permitiera formarse una conciencia clara de su porvenir en las futuras transformaciones sociales de los pueblos civilizados. Ahora la creo absolutamente incapaz de realizar por su propio esfuerzo ninguna obra capaz de [ilegible] al inevitable advenimiento del Socialismo; creo que, para ese objeto, solo sirve como materia prima para ser usada por directores políticos inteligentes.

Es por esto que no lo sorprendía “el poco éxito que entre los trabajadores ignorantes han tenido las últimas conferencias que he dicho”. Ingenieros se comparaba con Sarmiento, uno de sus faros intelectuales, “que tuvo la gloria de ser, ante la masa, el más impopular de nuestros políticos”. Los socialistas constituían un grupo sectario, punto “de convergencia de los elementos aberrantes de las colectividades sociales; un grupo de socialistas comprende tantos elementos anormales e inadaptables como uno de anarquistas, de espiritistas, de anticlericales, de vegetarianos, de ejército de salvación, de antivacunistas, de ocultistas, de literatos decadentes”. Lo que Ingenieros criticaba no eran sus ideologías, sino el hecho de que estos grupos constituyeran una masa. Ya había expresado ideas semejantes en un intercambio con su amigo Guaglianone del año anterior. El debate, que se había iniciado en la prensa (Guaglianone lo había acusado de sostener posiciones “más conservadoras que los mismos radicales”) y concluyó en privado, también muestra con claridad el posicionamiento de nuestro médico. En una carta fechada en octubre de 1901, Ingenieros confesaba que:

Yo no sirvo para la política: ni como socialista ni como burgués, ni como anarquista. Me parece feo ser caudillo: Alem, Patroni, Gori o Morel son lo mismo: arrastrachusmas. La masa es ignorante y creo que su enaltecimiento no es obra de años sino de generaciones. Tengo, todavía, la convicción científica de que el Socialismo es una verdad sociológica<sup>25</sup>.



Nótese el uso del adverbio “todavía” para referirse a sus convicciones científicas sobre el socialismo. En esta misiva, Ingenieros reconocía no solamente que la ciencia estaba tomando preeminencia sobre la política entre sus preocupaciones, sino que era precisamente su mirada científica sobre la sociedad la que lo alejaba de la militancia.

También en otros ámbitos, Ingenieros dejaba saber su desilusión respecto de las masas. En un discurso pronunciado en un homenaje a José León Pagano, publicado en 1903 en la revista Ideas, dirigida por Manuel Gálvez, bajo el título de “Nietzchismo” Ingenieros criticaba a Pagano por no haber reconocido la importancia del genio en uno de sus dramas. Esto llevó a nuestro médico a pensar en Nietzsche. Ingenieros aprovechó la oportunidad para hacer una semblanza de la multitud:

He conocido la multitud y la amé intensamente, como pocos la aman. Viví sus pasiones, soñé sus anhelos, pensé su alma toda, compartí sus delirios. Mas fue severa la experiencia; salí de ella descorazonado, hecha girones mi fe. NO comprende la Belleza, no siente la vida; siglos de ignorancia y de esclavitud inhiben su enaltecimiento que es perezoso. NO es viril. NO es altiva [...] su retina es indiferente al iris suavísimo de los matices, a la serena dilución de los apagados semitonos [...]. Su alma infantil e ineducada prefiere el estruendo de las toscas fanfarrias, la tumultuosa verbijeración de la loa tribunicia, el miraje engañoso de seductoras fantasías igualitarias<sup>26</sup>.

Fustigaba a su amigo porque “consideraste falaz esa doctrina [de Nietzsche] que desea extremar la selección humana determinando el advenimiento de hombres superiores, del super-hombre”.

## INGENIEROS DESPUÉS DE SU ALEJAMIENTO DEL PARTIDO

Finalmente, en 1902 José Ingenieros se desafilió del Partido Socialista. Sin embargo, continuó considerándose un socialista, aunque sui generis. Sus intentos por integrarse a la burocracia estatal como “experto de Estado” tuvieron como contrapartida una adhesión cada vez mayor al “socialismo de Estado”.

En 1904 Ingenieros fue convocado por el ministro González junto con un grupo de expertos y miembros de distintas agrupaciones políticas (particularmente socialistas o exsocialistas, tales como Leopoldo Lugones, Enrique del Valle Iberlucea, Alfredo L. Palacios, Augusto Bunge y Manuel Ugarte) para prestar su asesoramiento sobre el proyecto de código laboral que estaba elaborando. Como se sabe, este proyecto fracasó por la oposición combinada de socialistas (que en un principio lo habían apoyado), anarquistas e industriales. Sin embargo, Ingenieros (y no solo él) consideraba que el mismo habría constituido un paso importante hacia el socialismo posible y necesario en la Argentina. Nuestro psiquiatra defendió el proyecto en la prensa (aún en la prensa anarquista, que lo seguía respetando intelectualmente). Entre sus artículos y notas al respecto, uno publicado en mayo de 1904 en el periódico oficialista La Opinión generó el disgusto tanto de católicos como de socialistas. En ese artículo, Ingenieros sostenía que los socialistas se comportaban de manera sectaria al rechazar el proyecto, ya que si en vez de haberlo elaborado un ministro de Roca lo hubiera hecho un miembro del partido, seguramente hubiera sido aplaudido por sus excompañeros de militancia. Además, sostenía Ingenieros:

Aquí una consideración psicológica. Exceptuando una reducidísima minoría de inteligentes despreocupados –media docena a lo sumo– los afiliados al socialismo militante, algunos de ellos inteligentes e instruidos, padecen de esa unilateralidad psicológica que caracteriza el estado mental de todos los sectarios activos.

Esta mirada despreciativa por quienes habían sido hasta hacía muy poco tiempo antes sus compañeros de partido iba demasiado lejos para la paciencia de algunos militantes. Desde las páginas de La Vanguardia, Angel Sesma intentó poner algunos puntos en claro. Sesma acusaba a Ingenieros de tener una admiración desmedida por el ministro González y un profundo desprecio por “el pueblo ignorante y sucio”. El socialismo, señalaba Sesma, no era unilateral ni sectario. De hecho, había logrado sustraerse del sectarismo revolucionario al cual, recordaba el autor de la nota, había adherido Ingenieros en tiempos de La Montaña. El Ingenieros de 1904 encajaría perfectamente en un partido burgués, pero no ya en el Partido Socialista, debido a que “sus ideas estéticas [...] refinadas, le llevan a los salones alfombrados de los lujosos hoteles y lo alejan con horror de la observación objetiva de los tugurios”.

Por otra parte, el periódico Democracia Cristiana también publicó una nota que polemizaba con el texto de Ingenieros. A.M. (así firmaba el autor) también se había sentido agredido por la acusación que Ingenieros hacía a los católicos de sectarios y unilaterales, junto con socialistas y anarquistas<sup>27</sup>. A.M., a diferencia de Sesma, sostenía en un tono irónico que Ingenieros conocía perfectamente el carácter sectario de los socialistas puesto que había sido, durante años, miembro del partido y había tenido que sufrir las consecuencias:

Respecto a su ideal socialista, manifestamos que, si todos los socialistas pensaran como él, bien podría suprimirse el llamado Partido Socialista Argentino y reemplazarlo por una acción popular de amplias reformas sociales que es precisamente el ideal que persigue la Democracia Cristiana.

Sin duda, el texto más sustancial que Ingenieros escribió sobre el proyecto González y el que le permitió abordar otros temas más generales fue un libro publicado originariamente en francés durante su estadía en Francia en 1905, y luego incluido, en traducción al español y en versión abreviada, en Sociología argentina bajo el título de “Socialismo y legislación del trabajo”. En este escrito, Ingenieros elogiaba el proyecto de González y lo caracterizaba como uno de los más avanzados del mundo, excepto por el hecho de que mantenía las previsiones de la Ley de Residencia a la que Ingenieros se oponía. Los hombres ilustrados que debían guiar el cambio social eran ahora conceptualizados como

“dirigentes” y asociados a un Estado activo. Estos dirigentes debían ser versados en sociología científica, saber que, orientado “por los criterios y métodos propios de las ciencias experimentales, ha desconceptualizado los dogmatismos políticos y jurídicos del siglo pasado”. Esta noción de la necesidad de implantar una política científica, opuesta a la política partidaria y facciosa, no era original, sino que formaba parte de lo que podríamos llamar un clima de época. Sin embargo, aquello en lo que Ingenieros insistía hasta la exageración era en el determinismo. Los políticos científicos modernos, sostenía Ingenieros, debían renegar de cualquier concepción metafísica asociada al pasado:

Las disertaciones sobre la trilogía republicana: “Libertad, Igualdad, Fraternidad” (científicamente absurda: el determinismo niega la libertad, la biología niega la igualdad, y el principio de lucha por la vida, universal entre los seres vivos, niega la fraternidad), preocupan cada vez menos a los sociólogos, procurando abstraerse de todo ilusorio sentimentalismo conservador o revolucionario.

En este mundo imaginado por Ingenieros en el que el socialismo no sería un objetivo sino una necesidad, aparecía ahora un agente que podía allanar la labor de la naturaleza: el Estado, que debía legislar sobre las relaciones entre capital y trabajo, limando las posibilidades de conflicto. Es que, a pesar del carácter ilusorio que Ingenieros asignaba a la “fraternidad”, la cooperación de clases era no solo posible, sino necesaria, y el Estado debía ser su facilitador. En una sociedad moderna, existían muchos grupos de interés que no podían limitarse al dualismo “burguesía-proletariado”. De hecho, los intereses de estos dos grupos supuestamente antagónicos podían coincidir y, en muchos casos, lo hacían.

Ingenieros utilizó el profundo análisis que realizó del proyecto de González para introducir una discusión más general, y su propia versión actualizada, sobre el desarrollo del socialismo y del marxismo en particular. El socialismo había pasado por períodos sucesivos y el marxismo no era la versión final, sino un eslabón más de una cadena que continuaba hasta el socialismo verdaderamente científico y reformista: es decir, el socialismo de Estado. Basándose en las ideas de Werner Sombart, Ingenieros criticaba al marxismo por sus supuestas contradicciones: se trataba de una doctrina determinista que, sin embargo, predicaba la acción revolucionaria. Esto último constituía su dimensión

metafísica, ya que, insistía Ingenieros, “los hombres no hacen la historia”. La burguesía ya no representaba, como en tiempos de La Montaña, una clase esencialmente parasitaria y moralmente reprobable: ahora era caracterizada como un sector progresista.

Aunque alejado –y con posiciones cada vez más críticas– del Partido Socialista, Ingenieros seguiría interesado en los desarrollos del socialismo a nivel internacional y conservaría amistades originadas en sus tiempos de militancia con personajes tales como Payró, Ugarte, Bunge y, sobre todo, con Alfredo Palacios. Una carta que enviara a este último en 1904 para felicitarlo por su elección como diputado resulta reveladora del lugar que ocupaba el socialismo en su pensamiento:

Alfredo, mi amor propio de augur es nada frente al placer de tu triunfo; nunca recibí mi excenticismo (sic) un desmentido más agradable. Si ha de ser como esta vez, ojalá me equivoque toda la vida y a todo propósito<sup>28</sup>.

Un año después, Ingenieros continuaba su correspondencia con Palacios desde Europa, en la que lo mantenía informado sobre los desarrollos del socialismo italiano. Al mismo tiempo, ya convertido en hombre de confianza de Roca (volveré sobre esto), le prometía en tono irónico “conversar de tí con el zorro y decirle que eres un excelente muchacho a pesar de tu melena y de que crees que el león pueblo ruge”<sup>29</sup>. El antiguo socialista revolucionario se ofrecía ahora como puente entre Palacios y Roca. La perplejidad que mostraba Gálvez en la cita que abre este capítulo parece así justificada y, seguramente, era compartida por Alfredo Palacios.

## NOTAS

1 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 34. Impreso en el reverso de borrador de carta a Juan B. Justo, sin fecha.

2 FJI A.6.1 SAA/8.4/5.1 Doc. 52. Carta de Juan B. Justo a José Ingenieros, 4 de mayo de 1897.

3 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 34.

4 FJI A.6.1 SAA/8.4/5.3 Doc. 61. Carta manuscrita de Leopoldo Lugones y José Ingenieros del 23 de noviembre de 1897.

5 A.6.1 SAA/8.4/5.1 Doc. 49. Carta de Juan B. Justo a José Ingenieros del 28 de diciembre de 1895.

6 FJI A.6.1 SAA/8.4/5.3 Doc. 59. Carta de Leopoldo Lugones a José Ingenieros del 28 de octubre de 1895.

7 FJI A.6.1 SAA/8.4/1.2 Doc. 86. Carta manuscrita de Germán Avé-Lallemant a José Ingenieros del 8 de noviembre de 1895.

8 Me baso en las traducciones del alemán incluidas en el artículo de Labastié de Reinhardt (1975).

9 FJI 6.2 SAA/8-4/9-1. Carta de José Ingenieros a Helvio Fernández del 2 de junio de 1905. Más adelante le escribiría, durante su segundo viaje a Europa en 1911, a su entonces novia Eva Rutenberg (que sí manejaba fluidamente el alemán) acerca de sus dificultades con el idioma y los esfuerzos que estaba realizando para poder leerlo.

10 Calixto Oyuela (1857-1935) fue elegido presidente de El Ateneo en 1892. Representaba el tradicionalismo y el hispanismo en las letras y estaba, por lo tanto, en las antípodas del modernismo literario al cual adhería Ingenieros.

11 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 36.

12 Me baso en la versión francesa: Ingegneros, José, “Le socialisme dans l’Argentine, de la barbarie au capitalisme”. Humanité Nouvelle. Revue Internationale. Sciences, Lettres et Arts, año III, tomo 1, 1899.

13 Batalha, Claudio, “José Ingenieros y los socialistas brasileños en el pasaje del siglo XIX al XX”. Políticas de la Memoria, 13 (verano 2012-2013), pp. 73-78.

14 “Conferencias de Gori”. La Protesta Humana, 4 de setiembre de 1898.

15 Observador, “Controversias anarquistas-socialistas”, La Vanguardia, 27 de agosto de 1898.

16 Ingegneros, José, “Microcefalia Universitaria”, La Vanguardia, 18 de setiembre de 1898. Ingenieros provocativamente caracterizaba a Gori como un “socialista”.

17 Camba, Julio (1970), p. 32.

18 Galtier, Lysandro, Carlos de Soussens y la bohemia porteña (Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1973), p. 63. Cit. por Agosti, Héctor P., “Aníbal Ponce. Memoria y presencia” en Ponce, Aníbal, Obras completas (Buenos Aires: Cartago, 1974), vol. I, p. 45.

19 “El anarquismo en el Río de la Plata”, Caras y Caretas, n.º 97, 11 de agosto de 1900.

20 Reproducido en Tarcus, Horacio (2007), p. 427.

21 FJI A.6.1 SAA/8.4/6.3 Doc. 8. Carta manuscrita de Alfredo Palacios a José Ingenieros del 18 de marzo de 1898.

22 Ingegneros, José, “Contra las ilusiones, no contra el entusiasmo”, La Vanguardia, 13 de abril de 1901. Subrayado en el original.

23 FJI A.6.1 SAA/8.4/7.1 Doc. 29. Carta de Nicolás Repetto a José Ingenieros del 17 de enero de 1902.

24 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 44. Se trata de una misiva de diecinueve páginas

escrita en lápiz en un papel con membrete de la Antigua Farmacia del Plata de A. Tegami, fechada el 23 de enero de 1902. Tegami era un conocido farmacéutico y activo miembro de la masonería en cuya farmacia se reunían masones italianos, incluido Salvatore y, posiblemente, José.

25 FJI A.6.2; SAA/8-4/9.1 Carta de José Ingenieros a Pascual Guaglianone del 23 de octubre de 1901.

26 Ingegneros, José, “Nietzchismo” (sic), Ideas. Revista Mensual, año I, tomo II, n.º 5 (setiembre de 1903).

27 A.M., “El doctor Ingenieros y el socialismo”, Democracia Cristiana. Órgano de los Círculos de obreros y de la Liga democrática cristiana de la República Argentina, 22 de mayo de 1905.

28 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 49. Carta de José Ingegneros a Alfredo Palacios, s/f (1904).

29 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 2. Carta de José Ingenieros a Alfredo Palacios, s/f (1905 o 1906).



## Capítulo III

### Entre la ciencia y los saberes de Estado

No soy un inspirado, sino un estudioso. Para lo que hago serían menos útiles las aptitudes extraordinarias de la imaginación, que el hábito arraigado del trabajo. [...] Mi producción científica no ha sido nunca un medio de vida, ni siquiera una ayuda de costas; el trabajo intelectual es mi lujo. Necesito consagrar las tardes al ejercicio de mi profesión para costearme durante la noche el vicio de leer y escribir. Lo practico entre las 10 de la noche y 5 de la mañana, más o menos, sin un minuto de intervalo<sup>1</sup>.

Se ha discutido mucho hasta qué punto el pensamiento de Ingenieros –y el de otros intelectuales relevantes de la época– puede asociarse directamente al positivismo. Oscar Terán prefiere conceptualizar el clima de ideas en el que participaban como una “cultura científica” que, aunque hegemónica, no era necesariamente compartida por todos los miembros de la elite intelectual. Los participantes de la cultura científica argentina adherían a una visión del mundo, dos de cuyas nociones centrales consistían en una adscripción al monismo materialista y al evolucionismo, por un lado, y en un rechazo explícito al pensamiento metafísico y a toda forma de a-priorismo, por el otro. Resalto lo de “explícito” porque, como veremos luego, muchas veces la metafísica y los a-priorismos aparecían “por la puerta de atrás” en el pensamiento de Ingenieros y de otros.

El evolucionismo al que adherían se inscribía tanto en la tendencia darwiniana como en la neolamarckiana y, muchas veces, se fundaba en una combinación no siempre explicitada de ambas formas de entender el “transformismo”. En esto se puede percibir la influencia del naturalista y filósofo Ernst Haeckel, pero, sobre todo, del biólogo-filósofo francés Félix Le Dantec, quien había intentado de manera explícita articular el darwinismo y el lamarckismo. La diferencia básica entre ambos tipos de evolucionismo consistía en que, mientras para Darwin la

evolución era producto de cambios aleatorios y de la posterior “selección natural” y no llevaba implícita, por lo tanto, ninguna noción de progreso, para Jean-Baptiste Lamarck, quien había escrito décadas antes que el inglés, la misma se producía como resultado de una adaptación al medio. La versión de evolucionismo que sostenían los argentinos era, a diferencia de la versión darwiniana más pura, optimista: la evolución estaba asociada al progreso y a la construcción de la nación.

La elección entre un evolucionismo inspirado en Darwin y otro inspirado en Lamarck tenía consecuencias políticas claras. Para un darwinista, la posibilidad de establecer cualquier tipo de ingeniería social quedaba excluida, ya que sería la propia selección natural la que garantizaría la supervivencia de los más aptos. En cambio, para quienes se acercaban a las ideas de Lamarck, como la evolución se producía por adaptación al medio, quedaba margen para cambiar el medio y, por lo tanto, orientar la evolución. Estas ideas se combinaban con la llamada “teoría de la degeneración”, también en boga, al menos hasta la década de 1920. Esta teoría había sido formulada en Francia a mediados del siglo XIX y sostenía que las enfermedades, tanto físicas como mentales, se iban transmitiendo de generación en generación en dosis cada vez más letales. Sin embargo, se admitía (en clave lamarckiana) que el proceso podía ser detenido, o aun revertido, si se operaba sobre las causas de la degeneración, y esto generaba un amplio margen de intervención social en áreas tales como las políticas higienistas o educativas. Respecto de la degeneración, diría José María Ramos Mejía, el profesor y mentor de Ingenieros:

El conocimiento de las degeneraciones humanas debe ser el estudio preparatorio y disciplinario para la inteligencia, no ya del médico sociólogo, sino también hasta del legislador encargado de dictar leyes o de confeccionar códigos, etc. Es casi un estudio indispensable hasta para el hombre de estado destinado a manejar colectividades y pueblos<sup>2</sup>.

La adscripción al darwinismo y los proyectos de construcción de una nación y un Estado moderno entraban en un rumbo de colisión que no siempre era percibido por los intelectuales y científicos de la época. Para Ingenieros, por ejemplo, la educación junto con la herencia eran los dos factores que constituían

la personalidad o, en sus propias palabras: “la personalidad individual es el resultado de las variaciones de la herencia mediante la educación: constituye el carácter y se manifiesta por la conducta”. Y mientras proponía como función social de la medicina la conservación de los caracteres superiores y la dulce extinción de los inferiores (incluyendo incurables, degenerados y aun a los pueblos aborígenes), al mismo tiempo era un fuerte promotor de políticas reformistas orientadas, precisamente, a corregir los desbalances de la naturaleza.

## INGENIEROS, LOS SABERES DE ESTADO Y LOS ARCHIVOS DE PSIQUIATRÍA

El ciclo que podríamos llamar “científico” en la trayectoria de Ingenieros coincidió con sus intentos por insertarse en la burocracia técnica estatal, creciente y flexible, de la República Posible. Desde muy joven Ingenieros intentó esta inserción a partir de su participación en publicaciones claves como *Semana Médica*, de la que fue secretario de redacción y, más tarde, desde *Archivos de Psiquiatría*, publicación que dirigió durante más de una década. Gradual, pero rápidamente, la ciencia fue reemplazando a la política en el centro de sus preocupaciones. También ocupó cargos de relativa importancia, tales como la jefatura de clínica en la cátedra de neurología de la Facultad de Medicina y del Servicio de Observación de Alienados de la policía de Buenos Aires, de cuya dirección estaría finalmente a cargo entre 1904 y 1911. Su “consagración”, sin embargo, se produjo cuando en 1907 el ministro de Justicia e Instrucción Pública lo nombró, a instancias del director de la Penitenciaría Nacional, director del “Instituto de Criminología” que acababa de crearse. Al respecto señalaba Ingenieros desde las páginas de *Archivos*:

Lejos de bufete apriorista del leguleyo teorizador, lejos también de las fórmulas legales que vinculan las legislaciones contemporáneas a un pasado que ya no se adapta a las conclusiones prácticas de la moderna cultura científica – evolucionista y determinista–, el estudio del delito se orienta hacia la investigación de sus factores causales, de sus modalidades objetivas, de su profilaxia y represión.

Estos éxitos, sin embargo, solo cuentan la mitad de la historia, ya que no tuvo la misma suerte con otros nombramientos más relevantes. En 1902, por ejemplo, había asumido provisoriamente el cargo de secretario de la Asistencia Pública, pero pronto se vio obligado a renunciar como consecuencia de disputas con el intendente municipal. De la misma manera, al crearse en 1907 el Departamento

Nacional de Trabajo, su nombre de Ingenieros sonaba fuerte para la dirección y hasta recibió pedidos de nombramientos por adelantado<sup>3</sup>. Le escribía al respecto a su padre: “Es voz pública que el puesto será mío y que el gobierno creará en un año o dos un ‘Ministerio de Trabajo’ como en Francia, Australia, Estados Unidos [...]”<sup>4</sup>. Este nombramiento, sin embargo, nunca se materializó. Ingenieros tampoco sería elegido miembro de la Academia Nacional de Medicina, a pesar de los denodados esfuerzos y estrategias puestos en práctica, ni lograría obtener una cátedra en la Facultad de Medicina.



Foto 11: Lucio López, José Ingenieros, José María Ramos Mejía y Francisco De Veyga.

Cortesía CeDInCI

## LOS ARCHIVOS DE PSIQUIATRÍA

La publicación de la revista Archivos de Psiquiatría a partir de 1902 fue uno de los instrumentos que Ingenieros utilizó a efectos de lograr su posicionamiento dentro de los saberes de Estado. Si la participación de Ingenieros en publicaciones tales como La Reforma, y luego en La Montaña, pueden ser consideradas como experiencias más o menos efímeras de juventud, la edición a lo largo de más de una década de Archivos constituyó una empresa de índole bien diferente. A lo largo de su existencia, esta revista fue una de las publicaciones científico-profesionales más prestigiosas de América Latina y una de las primeras vinculadas específicamente a la psiquiatría. A través de ella, Ingenieros construyó simultáneamente una importante red transnacional de relaciones personales e intelectuales, una vidriera para la difusión de sus ideas (muchos de sus libros más importantes, incluyendo El hombre mediocre, habían sido previamente publicados allí de manera fragmentaria), un espacio de autopromoción por medio de la publicación administrada astutamente de debates y controversias; un vehículo para la conformación de un conjunto de campos profesionales emergentes y articulados entre sí y, más en general, un espacio relativamente abierto de discusión de ideas científicas con llegada a otros países de América Latina.

El primer número de Archivos apareció con el título de Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría, que pronto cambió al de Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines. Medicina Legal, Sociología, Derecho, Psicología, Pedagogía, título que se mantendría más o menos estable, y que plantea desde el vamos todo un programa de acción. Archivos, con su largo título, definía los límites (fluidos y cambiantes) de un proyecto que era a la vez científico, cultural y político. Psiquiatría y criminología aparecían como dos términos de una ecuación: ambas definían criterios de inclusión y exclusión social esenciales para la formación del Estado moderno. La psiquiatría lo hacía al delimitar la línea que separaba a la cordura de la locura, y la criminología al investigar el delito y los delincuentes. Durante la trayectoria de la revista, Ingenieros publicó dos de sus obras científicas mayores vinculadas a estas disciplinas: Simulación de la locura y Criminología.



Pero había más en el título de la revista: Ingenieros era considerado como uno de los más fervientes promotores en la Argentina de la criminología positiva originada en Italia por Cesare Lombroso. A lo largo de su trayectoria, Ingenieros seguiría defendiendo algunos de los criterios básicos de esta forma de pensar: un determinismo rígido que excluía terminantemente la idea de libre albedrío, la importancia asignada a la degeneración en la determinación del delito, la necesidad concomitante de fijar la atención en el delincuente y no en el delito (es decir, una mirada medicalizada del delito y, por extensión, de la sociedad) y la centralidad del concepto de defensa social y la prevención –basada en la noción de “peligrosidad”– en reemplazo de una idea puramente punitiva de la justicia penal. Como quedaba señalado en el programa de la revista, los anormales “no eligen su práctica, buena o mala”, sino que “son psiques anómalas que, bajo determinadas condiciones del medio en que actúan, reaccionan en un sentido determinado, sin que exista la posibilidad de que, ante iguales causas, reaccionen de diversa manera”.

Sin embargo, Ingenieros también mantenía una postura crítica frente a las ideas de Lombroso. Ya en uno de los artículos que había publicado en *Criminología Moderna* (revista dirigida por P. Gori) había señalado que “Lombroso, punto de partida de todos los estudios contemporáneos, no ha sabido escribir un solo libro conforme a los principios verdaderamente científicos del método y de la crítica”. Mientras Ingenieros admitía como el maestro italiano que todos los delincuentes eran degenerados, a diferencia de este sostenía que la inversa no siempre se daba: no todos los degenerados devenían en delincuentes. La especificidad del delincuente estaba dada, según Ingenieros, menos por la dimensión morfológica –evidenciada en la presencia de “estigmas físicos”– que por la psiquiátrica: era en la psicopatología del delincuente donde había que buscar la causa del delito. Esto lo llevó a generar nuevos criterios de clasificación de delincuentes, cuyos esbozos pueden encontrarse en un artículo publicado en 1900 en *Criminología Moderna* donde introducía importantes matices respecto de los generalmente aceptados. La inclusión de la psiquiatría junto con la criminología en el título principal de la revista daba cuenta de este núcleo de ideas y de estas tensiones.

La trayectoria institucional de *Archivos* muestra el proceso de inserción de su director en la maquinaria estatal. A partir de 1903, la revista comenzó a ser editada por *La Semana Médica* y, en 1907, pasó a ser el órgano oficial del Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional, dirigido por el propio Ingenieros. A partir de ese momento, comenzó a ser impresa en los talleres gráficos de la penitenciaría. Como ya fue señalado muchas veces, la revista de

Ingenieros constituía un eslabón en una cadena de dispositivos de observación e intervención sobre locos y delincuentes que incluía también la cátedra de enfermedades nerviosas, el Hospicio de las Mercedes, el Observatorio de Alienados de la Policía y el Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional (estas últimas dos instituciones estuvieron bajo la dirección del propio Ingenieros)<sup>5</sup>. Como señalaba en su libro *Los lunfardos* (1910) Francisco de Veyga, colega y amigo de Ingenieros:

Sin el conocimiento acabado de la clínica es imposible emprender ninguna obra de aliento en materia criminológica. Yo creo haberlo probado definitivamente en mis cursos de criminología profesados en el Depósito de contraventores de la Policía, en donde, como es sabido, profeso desde hace más de diez años la enseñanza práctica de estas cuestiones y de donde he sacado, lo mismo que Ingegnieros, allí instalado junto conmigo, todo el material de mis estudios criminológicos.

El comité de redacción inicial de *Archivos* estaba formado por prestigiosos médicos y criminólogos. Entre ellos se encontraba J.M. Ramos Mejía, F. de Veyga (ambos reconocidos por Ingenieros como sus mentores intelectuales), R. Nina Rodrigues (médico bahiano, fundador de la antropología criminal en Brasil); A. Garibaldi (director de la oficina Antropométrica de Montevideo); M.T. Podestá (médico del Hospital Nacional de Alienadas de Buenos Aires), D. Cabred (director del Hospicio de las Mercedes) y Pietro Gori. Domingo Cabred y Nina Rodrigues se retiraron poco después debido a tensiones con Ingenieros. Más adelante se sumaron al comité editorial Horacio Piñero, Emilio Bondenari, el educador Víctor Mercante, Rodolfo Senet, H. Areco, Antonio Ballvé y Eusebio Gómez.

Desde el comienzo, la revista se planteó como un componente de una vasta red de publicaciones y relaciones internacionales. El mismo año de su aparición, *Archivos* proclamaba haber establecido vínculos con once revistas de Argentina, veintidós de Francia y nueve de Italia, además de otras de Alemania, Bélgica, Inglaterra, España, Holanda, Brasil, Perú, Uruguay y Bolivia. En el índice de 1902 se listan cincuenta “revistas que han sido analizadas” de Argentina, América Latina y Europa. Por otro lado, a partir de 1904 se anunciaba que la

revista se encontraba disponible en las principales librerías de Buenos Aires, Río de Janeiro, Montevideo y Santiago de Chile. Aunque a lo largo de su historia Archivos publicó un número mucho mayor de artículos de autores argentinos que de extranjeros, la presencia de estos últimos era visible (sobre todo los de origen latinoamericano).

El objetivo de Ingenieros de conformar un núcleo de saberes específicos a partir de la psiquiatría y la criminología quedaron claros desde el programa mismo de la revista: aunque Archivos se proponía como meta el estudio científico de criminales y alienados, su foco no se limitaría a ellos, sino a un conjunto heterogéneo de “anormales” que incluía (en este orden) a homicidas, genios, mentirosos, pederastas, filántropos, avaros, alienados, ladrones, apóstoles, sectarios, enamorados, vagabundos y prostitutas. En particular, se señalaba que “los Archivos tratarán de establecer las modalidades especiales que revisten en el continente sudamericano los fenómenos de psicopatología individual y social, completando así los estudios de las investigaciones europeas”. He aquí un primer elemento que permanecerá constante en el sistema discursivo y autolegitimador de Ingenieros. Frente a las disputas teóricas que se desarrollaban en los países centrales, Ingenieros consideraba a sus ideas como una “síntesis superadora”. Por un lado, esto lo convertía (al menos en su propia percepción) en una especie de árbitro de las “guerras de palacio”, es decir, de esas controversias; pero, al mismo tiempo, le proporcionaba la posibilidad de plantear una originalidad en su pensamiento que, en muchos casos, se limitaba simplemente a “completar” los estudios realizados en Europa, mostrando que los promotores de los distintos cuerpos teóricos se equivocaban parcialmente. ¿Podríamos asociar esto a lo que Josefina Ludmer, refiriéndose a las estrategias discursivas utilizadas por Sor Juana Inés de la Cruz en el siglo XVII, llamó “las tretas del débil”, es decir, procurar desde un lugar subordinado cambiar no solo el sentido de ese lugar, sino el sentido mismo de lo que se instaure en él?

No resulta posible averiguar cuántos de los artículos de autores extranjeros (sobre todo de aquellos provenientes de países europeos) publicados en la revista eran contribuciones originales, como sí parece haber sido el caso de aquellos publicados en Criminología Moderna, donde aparecían, junto a algunos artículos firmados por celebridades extranjeras, facsimilares de cartas enviadas por los autores asegurando que se trataba de contribuciones escritas especialmente para la revista. Existe evidencia para pensar que estos casos no eran la mayoría en Archivos. La correspondencia de Ingenieros con su colaborador Helvio Fernández sugiere más bien que el primero estaba “a la caza” de textos

publicados previamente en revistas europeas para reproducirlos en Archivos, probablemente sin el permiso de los autores ni de las revistas que los habían publicado originalmente. De todas maneras, esta forma de circulación de conocimiento, que hoy podría parecer cercana a la piratería intelectual, era práctica corriente en la época, sobre todo en América Latina, donde los textos circulaban sin mayor control.

Resulta importante señalar el lugar central que Ingenieros se reservó dentro de Archivos, como en todas las empresas editoriales que emprendió a lo largo de su vida. En los doce años de existencia de la revista, Ingenieros publicó noventa contribuciones originales además de una gran cantidad de reseñas bibliográficas. Pero, por otro lado, también “intervenía” en las contribuciones de otros colaboradores de Archivos, editando los textos y, muchas veces, incorporando, sin citar las fuentes, largas secciones de ellos en sus propios escritos.

Dentro de la revista Ingenieros también generaba disputas y controversias que le servían para posicionarse no solamente en el interior del campo científico en formación, sino también del campo intelectual más en general. Un ejemplo claro de esto es la disputa que mantuvo con Paul Groussac en 1902 alrededor de un tema aparentemente banal: el uso de la palabra “psiquiatra” (o “psiquiatro”) para referirse a los especialistas en enfermedades mentales. A diferencia del “debate” que Ingenieros había intentado iniciar con el intelectual francés desde La Montaña, esta vez el director de la Biblioteca Nacional respondió ácidamente. Este incidente aparentemente menor permitió al joven Ingenieros, apenas recibido de médico y con veinticinco años de edad, disputar en condiciones favorables con uno de los intelectuales más reconocidos (y temidos) del país. Ingenieros se las arregló –por medio de una hábil estrategia de publicación de parte del intercambio epistolar privado que había mantenido con el francés (publicación cuya autorización este último le había negado explícitamente)– para mostrar no solamente que los argumentos filológicos de Groussac (quien insistía en que debía usarse el término “psiquiatro”) estaban basados en fuentes inadecuadas, sino que, además, el director de la Biblioteca Nacional pertenecía a una generación de polígrafos que estaba destinada a ser superada por otra de especialistas, en la cual, desde luego, se incluía el propio Ingenieros. El director de Archivos se quedó con la última palabra en un debate que salió publicado en la revista que él mismo dirigía.

## INGENIEROS Y LA CRIMINOLOGÍA

A pesar de su juventud, cuando Ingenieros comenzó el proyecto de Archivos su nombre ya resonaba en los ambientes (por cierto, bastante reducidos) vinculados a la psiquiatría y la criminología locales. En 1898, Pietro Gori había lanzado una revista con la que pretendió instalar la criminología positiva italiana en el medio argentino: *Criminología Moderna*, en la que Ingenieros participó activamente<sup>6</sup>. Gori, que era perseguido por la justicia de su país por sus actividades como dirigente anarquista, logró posicionarse bien en el sistema judicial local: en su revista, recordémoslo, colaboraban jueces, profesores de derecho y hasta el propio jefe de policía. El joven Ingenieros participaba en *Criminología Moderna*, primero reseñando libros, luego escribiendo artículos cada vez más sustanciales y, finalmente, cuando sus propios trabajos pasaron a ser reseñados en la revista. El origen de su futuro libro sobre criminología, publicado originalmente como un folleto titulado *Dos páginas de psiquiatría criminal*, había consistido en artículos publicados previamente en la revista de Gori.

Pero sería a través de la dirección de Archivos y de sus libros sucesivos, así como de su actuación en diversos ámbitos institucionales, que Ingenieros recibiría su consagración en los campos de la psiquiatría y la criminología. El primer artículo publicado por Archivos era de su autoría y se intitulaba “Valor de la psicopatología en la antropología criminal”. El punto principal de este texto consistía en mostrar la especificidad del saber que detentaba frente a otras formas de conocimiento. Si la forma de degeneración que afectaba a los delincuentes era específica a estos, también lo era el saber que estaba en condiciones de dilucidarlo:

No hay ninguna confusión; la clínica psiquiátrica y la clínica criminológica permanecen bien distintas, aunque vinculadas por numerosas anastomosis como ramas de un tronco común: la psicopatología, cuyas raíces chupan las savias nefastas del subsuelo de la degeneración [...]. El estudio de sus [del delincuente] anomalías morfológicas basta para referir esa anormalidad a la degeneración en general, pero no tiene valor específico como exponente de la criminalidad. El

estudio específico de los delincuentes –y por lo tanto el único fundamental– debe ser el de las anormalidades de su funcionamiento psicológico.

Ahora bien, ¿cuáles eran los saberes frente a los que la criminología científica, basada en la psicopatología, debería hacer valer su especificidad? Uno de ellos era la medicina tradicional. Ingenieros no se cansaría de señalar que no cualquier médico estaba en condiciones de realizar peritajes y, mucho menos, realizar diagnósticos criminológicos. En *Simulación de la locura*, libro basado en su tesis doctoral, separaba claramente a los médicos prácticos de los verdaderos científicos, entre los cuales, desde luego, se incluía.

Sin embargo, el saber más relevante al que se enfrentaba la criminología científica era el derecho. Desde los Archivos hasta un texto tardío: “Las ciencias nuevas y las leyes viejas”<sup>7</sup>, pasando por su libro *Criminología*, Ingenieros se empeñaba en mostrar que el derecho y el ordenamiento jurídico habían quedado retrasados respecto del avance de las ciencias. Los códigos seguían basándose en el principio punitivo fundado en la presuposición del libre albedrío. Las ideas de Ingenieros, por el contrario, iban en dos sentidos diferentes: por un lado, sostenía que la ciencia había descartado la noción de libre albedrío y, por lo tanto, las leyes (y los abogados encargados de aplicarlas) habían quedado desactualizados. Pero, por otro lado, esta desactualización resultaba aún más peligrosa cuando las leyes antiguas se intentaban aplicar con criterios psiquiátricos y criminológicos modernos. Ocurría que el concepto de responsabilidad penal sostenido por la legislación quedaba fuertemente comprometido cuando las pericias especializadas mostraban que el delincuente había actuado como resultado de patologías mentales. En ese caso, las leyes vigentes absolvían al imputado de toda responsabilidad, dejándolo libre, cuando lo que correspondía era su encierro en instituciones especializadas (Ingenieros llegaba a proponer la supresión final de los irrecuperables por medio de la pena de muerte), a efectos de garantizar la defensa social que, en el pensamiento criminológico positivista, aparecía como un valor supremo. De hecho, eran los delincuentes alienados, determinados biológicamente a cometer delitos, quienes debían con mayor firmeza ser retirados de la sociedad, no como castigo, sino a efectos de protegerla de quienes no podían sino delinquir, más allá de su voluntad. Por lo tanto, no solo el análisis, sino también la determinación de la suerte de los delincuentes, debían ser sustraídos de la potestad de jueces y abogados y entregada a los médicos especialistas, como el propio Ingenieros o su amigo de Veyga, quien había

expresado conceptos semejantes.

Si comparamos Criminología de Ingenieros con otros intentos más o menos contemporáneos de dar cuenta de la situación del delito, notamos inmediatamente similitudes y diferencias importantes. Ingenieros trataba a los criminales como “casos clínicos”. Algo parecido puede decirse del texto *La mala vida en Buenos Aires* (1908), de Eusebio Gómez. A diferencia de otros autores contemporáneos suyo, sin embargo, Ingenieros partía de una serie de conceptos teóricos que le permitían realizar generalizaciones a partir de observaciones basadas en una serie de saberes expertos. La mayoría de los textos sobre criminalidad escritos por otros autores, por el contrario, tenían un carácter más bien descriptivo, y la dimensión teórica era muy tenue y pocas veces explicitada. Así, por ejemplo, tanto Ingenieros como Gómez compartían la idea propuesta por el criminólogo y estadístico italiano Alfredo Nicéforo en el sentido de que, con el avance de la civilización, la criminalidad “astuta” basada en el engaño había desplazado a la de características más violentas. Sin embargo, esta idea le permitió a Ingenieros escribir dos libros sobre simulación (que discutiré más abajo) en los que reelaboraba esta idea, estableciendo vínculos teóricos entre la simulación y la lucha por la vida. En el texto de Gómez, por el contrario, estas cuestiones eran tratadas simplemente como un telón de fondo sobre el que el autor desplegaba su galería de criminales.

¿Hasta qué punto podría decirse que las ideas propuestas por Ingenieros y otros intelectuales adscriptos al positivismo criminológico influyeron realmente en el sistema penal y carcelario argentino? Si bien en el plano discursivo las ideas de la criminología positiva parecían hegemónicas, a nivel de las prácticas y de la legislación la situación era menos clara. En su discurso de bienvenida a Enrico Ferri en 1908, Rodolfo Rivarola se había quejado del poco impacto real que las ideas que promovía el ilustre visitante (a las que Rivarola adhería) habían tenido en los proyectos de reforma del código penal. La reforma del Código Penal de 1921 tampoco introdujo de manera clara elementos vinculados a la criminología positiva. Aun el director de la Penitenciaría Nacional, Antonio Ballvé, que había promovido la creación del Instituto de Criminología dirigido por Ingenieros, y que se decía firme seguidor de la escuela positiva, había instituido un sistema de libretas personales para cada penado en cuya tapa se leía que la Penitenciaría era “un establecimiento de beneficencia en que se educa el cuerpo y el espíritu con el noble fin de transformar al desgraciado delincuente en un ser honrado, inteligente y bueno que con el solo esfuerzo de su voluntad pueda reconquistar todos los derechos sociales que había perdido [...]”<sup>8</sup>. Resulta evidente que esta

concepción de la centralidad de la voluntad para la reforma de los delincuentes estaba en las antípodas del determinismo sostenido por la criminología positiva.

Lo que en verdad ocurría era que la escuela positiva entraba en conflicto con la tradición liberal argentina que estipulaba, entre otras cosas, la igualdad frente a la ley. Así, mientras Francisco de Veyga, basándose en los postulados de la criminología positiva, proponía el secuestro permanente de los “lunfardos” por la sola sospecha de que sus actividades fueran irregulares, y fundamentaba esta recomendación en el hecho de que se trataba de degenerados incorregibles, otro colaborador de la revista de Ingenieros, el cordobés Cornelio Moyano Gacitúa, también considerado un firme adherente a la criminología positiva, sostenía en sentido contrario que:

Mientras existan penas, mientras importen un dolor, mientras quiten derechos a los ciudadanos, mientras le priven de su libertad, debe existir y existirá una ley anterior que sin conocer a los hombres a quienes va a ser aplicada sea garantía de imparcialidad y de justicia<sup>9</sup>.

Esto no impidió, sin embargo, que el propio Lombroso prologara el libro *La delincuencia argentina* ante algunas cifras y teorías (1905) de Moyano Gacitúa y que, en una reseña publicada en la revista que dirigía el italiano: *Archivio di psichiatria, antropologia criminale e scienze penali per servire allo studio dell'uomo alienato e delinquente*, se considerara al libro del criminólogo cordobés como “el más importante trabajo de sociología y antropología criminal aparecido en estos dos últimos años en los dos mundos”.

Aquí habría que hacer una salvedad: los elogios eran prodigados con generosidad por celebridades europeas a los latinoamericanos. En realidad, lo que ocurría es que la circulación de elogios y traducciones debía verse más bien como un sistema de intercambio de dones y contradones en el que todos los participantes esperaban salir ganando. Para los argentinos (y los latinoamericanos en general), ser reconocidos por autoridades europeas los consagraba en el medio local. Para los “sabios” del viejo mundo, por otra parte, la existencia de seguidores (verdaderos o proclamados) en países lejanos implicaba la generación de una red que permitía la difusión de sus ideas y



nombres en tierras más o menos exóticas.

### ***Psiquiatría, criminología y arte***

En un temprano artículo publicado en *Criminología Moderna* en 1899, titulado “Delincuentes que escriben y escritores delincuentes”, Ingenieros había señalado los vínculos existentes entre la delincuencia y cierto tipo de arte que, siguiendo a Max Nordau, consideraba degenerado. Ingenieros sostenía que un análisis de las obras de ficción podría revelar la índole criminal del autor:

El fárrago de libros dados a la publicidad por muchos de los corifeos del moderno estetismo, hueco y abstruso, cobijado bajo los estandartes de las escuelas literarias que han florecido en Francia durante los últimos quince años, constituye una obra eminentemente antisocial, por cuanto implica la negación de los sentimientos, las ideas y los ideales que impulsan y guían a la humanidad hacia las futuras formas de vida social que tienen sus cimientos en una mayor libertad individual y colectiva implantada sobre el sustrato incommovible de la asociación y la solidaridad.

El Ingenieros criminólogo que buscaba su inserción dentro de un campo en desarrollo vinculado al Estado no podía sostener las mismas ideas que apenas un par de años antes había expresado en *La Montaña* o que, por esos mismos años, sostenía en *El Mercurio de América*. De hecho, mientras que en *La Montaña* Ingenieros había publicado un artículo de Edward Charpenter defendiendo a Oscar Wilde, en *Criminología Moderna* condenaba al escritor inglés junto con Verlaine, quienes: “apoteosizando la pederastia como un enamoramiento estético y proclamando tan grande al que inventa un nuevo pedaco como al que inventa una nueva religión”. En su posición de aspirante a miembro de la elite científica y técnica estatal, Ingenieros había incorporado el discurso hegemónico, en este caso sobre la homosexualidad.

Nuestro autor sostenía que el arte estaba muchas veces en posición de definir ciertos fenómenos patológicos antes que la ciencia; de hecho, dedicó un volumen entero a la “Psicopatología en el arte”. Pero, por otro lado, en un artículo de 1900 sostenía que la ciencia era la que debía definir cuál era el arte “válido”:

Y de esa labor ha resultado [...], la constatación de que existe un arte verdadero – el único armonizable con la ciencia– que posee la intuición penetrante del mundo y de la vida, que sabe descubrir é interpretar las grandes fuerzas latentes [...]; arte diferente de todos los espasmos de la lírica enfermiza que dá calor á ciertos espíritus en las épocas de decadencia [...]. Éste es arte Crepuscular, canto de buho, lamento de moribundo; aquél es arte imperecedero, que retrata los tipos psicológicos y la vida social de una época: arte de Homero, Dante, Shakespeare, Ibsen, Zola.

Lejos estaba el Ingenieros criminólogo de aquel asociado a los círculos modernistas que, casi contemporáneamente, criticaba a Lugones porque no apreciaba suficientemente la poética de D’Annunzio. Es que Ingenieros estaba intentando proyectarse simultáneamente en múltiples áreas de acción. Una cosa era escribir en El Mercurio de América sobre literatura italiana y otra muy diferente desarrollar un texto científico destinado a allanar su camino para convertirse en un experto de Estado.

Resulta interesante el análisis que Ingenieros realizó de la novela Hacia la justicia (1902) del médico Francisco Sicardi (quien había sido su profesor de clínica médica), última de un ciclo titulado Libro extraño. En el texto de Ingenieros, aparecían tres temas asociados a otras tantas identidades que nuestro autor estaba forjando para sí. En la primera parte, “los médicos literatos”, Ingenieros hacía una apología a la aristocracia del pensamiento y de la sensibilidad. Los médicos que solo se limitaban a ser tales, sin otros intereses artísticos o literarios, solo podían aspirar a la mediocridad. La segunda parte del texto consistía en un análisis clínico de los personajes de la novela: Germán, el anarquista, era caracterizado como un desequilibrado hereditario, hijo de padre delincuente y madre desconocida; Goga, la prostituta, era, además, una histérica; mientras que Méndez, hijo de suicida, tenía, según Ingenieros, una psicología indecisa. Finalmente, en la última parte del texto, Ingenieros evaluaba las ideas

sociológicas expuestas por Sicardi, a quien caracterizaba de socialista sectario y vergonzante<sup>10</sup>. En esta parte, nuestro autor explicitaba también sus ideas acerca de la dinámica social. Criticaba a Sicardi por el simplismo con el que había descrito la experiencia social, que aparecía reducida a una lucha entre dos bandos que se combatían a muerte: clericales, por un lado, y anarquistas, por el otro. El desenlace previsible de este conflicto entre dos formas de sectarismo (anarquista y clerical) era evitado por la presencia de un personaje contemporizador, un socialista moderado. Esta mirada estaba muy lejos de lo que planteaba la ciencia:

La cuestión social y sus soluciones son problemas científicos inaccesibles a los ignorantes, sean ricos o pobres, católicos y anarquistas. La ciencia es demasiado aristocrática, exige un poder de comprensión que suele faltar en las mentes incultas.

La evolución del conflicto social, recordaba Ingenieros, estaba determinado y no dependía de la voluntad de los actores.

En el análisis de esta obra de ficción, Ingenieros se involucraba desde tres lugares diferentes: desde el de médico culto que hacía del arte una herramienta de análisis; desde el del psiquiatra que podía, a simple vista, diagnosticar patologías y desde el del analista social que se iba alejando rápidamente del socialismo.

## INGENIEROS Y LA SEXUALIDAD

Uno de los temas recurrentes en los escritos científicos de Ingenieros (tanto los de índole crimonológico como los psiquiátricos) era el de la sexualidad y sus desviaciones. Homosexuales, onanistas, histéricas y fetichistas poblaban las páginas de sus escritos y de Archivos en un momento en el que distintas formas de neurosis iban ganando legitimidad en Buenos Aires como entidades nosológicas específicas. En 1910, Ingenieros publicó en la revista un largo artículo (cerca de ochenta páginas de extensión) que incluía 34 estudios de casos, muchos de ellos resúmenes de otros tantos (propios o ajenos) extraídos del archivo de Archivos, en el cual presentaba de manera bastante completa sus ideas acerca de la sexualidad y sus desviaciones<sup>11</sup>. Su objetivo consistía en clasificar las perturbaciones psicosexuales “de acuerdo con el proceso de formación genética a que corresponden”.

Ingenieros insertaba la sexualidad y el amor en la matriz evolucionista que estructuraba todo su pensamiento. Para él, el amor era la forma propiamente humana (producto de la evolución) en que la sexualidad (una tendencia natural) se manifestaba. La manera en que el amor se desarrollaba en el ser humano se distinguía según los sexos: en los hombres se manifestaba como deseo de conquista y, en la mujer, como pudor defensivo. Esta diferenciación se debía, en parte, a factores externos, tales como la educación y las presiones sociales y, por lo tanto, no estaban determinados –o al menos no solamente– por causas biológicas. A la dimensión estrictamente biológica, Ingenieros –como lo hacía en sus escritos sobre criminología– agregaba otra social, vinculada a la educación y al medio, y capaz de desarrollar, inhibir o desviar los instintos biológicamente determinados. De esta manera matizaba (sin admitirlo y, tal vez, sin siquiera advertirlo) su férreo determinismo. Algo parecido ocurría con la capacidad de disfrutar del sexo: en las mujeres “la educación de la voluptuosidad resulta secundaria frente al propósito de la maternidad, reforzada esta por sentimientos que la educación y el medio fomentan desde la infancia”. Sin embargo, Ingenieros resaltaba la importancia del disfrute sexual femenino, aunque lo subordinaba a la función reproductiva. Según su mirada, constituía patología “toda actividad que no responde a su función”, es decir, que no estuviera

vinculada a la reproducción de la especie. En este sentido particular, Ingenieros no se alejaba demasiado de las ideas hegemónicas acerca de la centralidad de la reproducción en la definición de la sexualidad, y de la patologización (que en otros autores se convertía en condena moral) de cualquier desviación en este sentido. Vale la pena detenerse en la discusión de algunos de los casos presentados en su artículo de 1910, ya que ofrecen una puerta de entrada no solamente a las ideas científicas de Ingenieros sobre la sexualidad, sino a su propia práctica médica.



Foto 12: José Ingenieros en 1909.

Cortesía CeDInCI

Tomemos, por ejemplo, el caso correspondiente a la primera observación del artículo en cuestión: una mujer que presentaba lo que Ingenieros describía como “fobia a la maternidad”. El texto reproducía la voz del marido de la paciente que, por otro lado, es la única que se “escucha”, con exclusión no solamente de la de la paciente misma, sino de la del propio médico. En otras palabras, en esta observación, el marido –que aparentemente poseía algún nivel de conocimiento en psicología– no solamente describía la patología de su esposa (que se negaba a mantener relaciones sexuales con él por miedo al embarazo), sino que, además, proporcionaba un diagnóstico con el que Ingenieros, con su silencio, parecía estar de acuerdo. Según el marido, los argumentos de su mujer respecto a su negativa de tener hijos porque estos “molestan, se enferman, etc.”, “son el equivalente discursivo de su ‘no quiero embarazarme’”.

En este, como en otros casos se puede ver cómo los miembros de las familias de los pacientes (usualmente la pareja, para este tipo de patología) se convertían no solamente en informantes, sino también en auxiliares del terapeuta. Esto se percibe con más claridad cuando el médico le otorgaba funciones propiamente “educativas” a la pareja. En el caso de una mujer que sufría “anafrodisia por falta de educación sexual”, esta tarea pedagógica fue comenzada por el médico, es decir, por el propio Ingenieros: “un rápido examen de la sensibilidad genital permitió comprobar que esta [la excitación sexual] existía”. De hecho, la paciente se manifestó sorprendida de “sus propias sensaciones y extrañadísima de que la región sensible estuviera en la parte superior de la vulva y no en el fondo de la vagina, como las impulsiones vehementes de su esposo le habían hecho suponer”. El médico “con toda prudencia” ilustró al marido “acerca de la verdadera situación sexual de su esposa, induciéndolo a ‘educar’ la sensibilidad de esta mediante excitaciones progresivas”. De aquí resulta clara la importancia que Ingenieros le adjudicaba a la educación sexual, tanto del hombre como de la mujer, y en esto se ubicaba en la vanguardia del pensamiento y las prácticas médicas de la época porque, a diferencia de otros reformadores que fomentaban una educación sexual de tipo teórica vinculada a la eugenesia, aquí se trataba de una educación sexual de tipo práctica, que incluía (aunque siempre asociada a

las necesidades reproductivas) la educación del placer femenino.

Esta “educación sexual por la acción” que proponía Ingenieros incluía la utilización de otros “auxiliares pedagógicos” menos ortodoxos. En el universo conceptual de Ingenieros, ciertas prácticas que, en circunstancias normales, tenían un valor patógeno tales como la masturbación o la prostitución – recordemos que la prostitución estaba incluida en el catálogo de aberraciones cuyo estudio Archivos se había fijado como objeto–, en momentos particulares podían ser invocadas como auxiliares terapéuticas. Ingenieros reprobaba la falta de educación sexual de las mujeres que llegaban “a los brazos del hombre sin saber de fijo lo que va a sentir, a menos que esté entrenada por la masturbación”; al tiempo que, en el caso de un hombre que sufría de “anafrodisia masculina por inexperiencia sexual”, lamentaba que, como resultado de haber sido educado desde su tierna infancia solo por mujeres y luego internado en una institución de jesuitas, hubiera llegado al matrimonio “sin haber tenido contacto con mujer y sin haberse masturbado jamás”. A este mismo paciente, a efectos de mejorar su educación, “se le indicó que frecuentase la compañía de una inteligente meretriz, la que se encargó de ‘educarlo’ con éxito satisfactorio”.

De las prescripciones del Dr. Ingenieros es posible inferir al menos cuatro conclusiones. La primera –y más obvia– es la pobreza del arsenal terapéutico con el que se manejaban los psiquiatras de entresiglos (y no solo en la Argentina), incluyendo, desde luego, al propio Ingenieros. Hasta la introducción de terapias somáticas relativamente efectivas –y muy cruentas en casi todos los casos– a partir de la década de 1920, y de psicoterapias más o menos sofisticadas (en esto Ingenieros sería un precursor), el arsenal terapéutico disponible consistía en una combinación de recetas de sentido común (baños tibios, alimentación adecuada, tónicos, descanso) y otras que lo eran menos, tales como la hipnosis, las inyecciones de morfina, la regulación de las actividades sexuales en casos de “hiperafrodisia” o la restricción física de pacientes que se masturbaban exageradamente. Como señala Mauro Vallejo, se fue conformando todo un mercado terapéutico alrededor de las neurosis, esa forma de “enfermedad” que se encontraba a mitad de camino entre la locura y la normalidad. Aun los primeros esbozos de psicoterapia debían más al sentido común que a la ciencia. Así, por ejemplo, José María Ramos Mejía proponía como herramientas terapéuticas para un paciente con delirios de persecución, combatirlos “por medio del ridículo”, así como la administración simultánea de bromuro y ioduro de potasio, arseniato sódico y nuez vómica.



La segunda conclusión se vincula a la existencia de una noción de sexualidad a la que, si bien se mantenía dentro de una matriz biológico-reproductiva, se le añadía ahora (tal vez como discurso emergente, en el sentido que le da a este concepto Raymond Williams) una visión más centrada en la dimensión propiamente erótica, y que enfatizaba la importancia del placer sexual femenino. En tercer lugar, para nuestro galeno las patologías sexuales se definían, al menos parcialmente, en referencia a un orden social determinado. En efecto, ciertas conductas solo serían consideradas patológicas si las mismas llegaran a “desagregar el carácter individual y a traducirse por manifestaciones de conducta inadaptadas al medio social en que el sujeto vive”. Es decir, lo que en un medio social dado podría ser considerado patológico, no necesariamente lo sería en otro. Finalmente, las terapias propuestas por Ingenieros nos dan indicios de las costumbres sociales de algunos de sus pacientes. Cuando los familiares de la esposa del paciente con anafrodisia por falta de educación se enteraron de la terapia sugerida por Ingenieros (el contacto del paciente con la “inteligente meretriz”) y del éxito de la misma, lejos de escandalizarse, insistieron a la joven para que volviera al hogar conyugal y desistiera de la acción judicial que había iniciado contra su marido por la no consumación del matrimonio. De la misma manera, la paciente mencionada más arriba que se había manifestado sorprendida de “sus propias sensaciones y extrañadísima de que la región sensible estuviera en la parte superior de la vulva y no en el fondo de la vagina”, parecía más agradecida que escandalizada al ser ilustrada por el médico en este sentido, al menos según la versión de los acontecimientos proporcionada por Ingenieros. El hecho mismo de que estos resultados fueran publicados en revistas y libros científicos muestra hasta qué punto estas prácticas resultaban aceptables. Sin embargo, hay que señalar que el estilo juguetón de Ingenieros, que en algunos casos establecía complicidades explícitas con sus pacientes (o con sus familiares) –y, podría decirse, también con el lector– contrastaba con el tono austero de la mayoría de los textos presentados por sus colegas.

## INGENIEROS Y LA SIMULACIÓN

La simulación, asociada a la evolución, constituía un núcleo de problemas que preocupaba a los psiquiatras de entresiglos. En el caso de los médicos porteños, esta inquietud se vinculaba en parte al hecho de que la creciente inmigración ultramarina y el anonimato en que se vivía en la gran ciudad tornaban dificultoso determinar exactamente “quién era quién”. Aumentos visibles en los niveles de criminalidad y alienación en los grandes conglomerados urbanos generaron ansiedad entre intelectuales y políticos. La locura podía ser simulada, pero también podía serlo el “talento” entre los advenedizos. Ingenieros dedicó su tesis del año 1900 –premiada por la Academia de Medicina– a la simulación de la locura, y luego dos extensos libros derivados de la misma titulados respectivamente *Simulación en la lucha por la vida* y *Simulación de la locura*. Estos libros adquirieron proyección internacional y fueron traducidos al italiano y otros idiomas, al tiempo que recibieron reseñas elogiosas de personajes tales como Max Nordau, Gabriel Tarde y Henry Maudsley. Ambos libros constituyen, en rigor de verdad, una sola obra, ya que la simulación de la locura sería un caso particular de simulación en la lucha por la vida. En 1904, José María Ramos Mejía también publicó un volumen sobre la simulación: *Los simuladores del talento*, libro dedicado a Roque Sáenz Peña, a quien años después Ingenieros consideraría como el arquetipo de la mediocridad.

El comienzo de *Simulación en la lucha por la vida* ha sido analizado repetidas veces y muestra hasta qué punto los campos de la ciencia y la literatura se entrelazaban en el pensamiento de Ingenieros (y no solo de él). Reproduzco uno de los párrafos iniciales de la obra:

De sobre el velador tomamos, una noche, el *Malade imaginaire*, de Molière, para continuar su comenzada lectura, con el higiénico propósito [...] de no adormecernos bajo la influencia poco grata de una monografía sobre “Nuevos tratamientos de los bolos fecales”, cuya lectura acabáramos en el *British Medical Journal*. Teníamos para ellos nuestras razones: estudiando la psicopatología de los sueños habíamos visto que la naturaleza de las impresiones recibidas en el

período prehipnótico influye de manera intensa sobre el carácter agradable o desagradable de los sueños.

La literatura le servía a Ingenieros para “higienizar” su cerebro de la ciencia (y del objeto particular de su lectura previa). Si Molière fue una de sus musas, la otra fue un copo de algodón que misteriosamente se movía adherido a una de las paredes de su cuarto. En realidad, lo que el curioso Ingenieros descubrió fue que el algodón escondía una oruga que se había, de esta manera, mimetizado, simulando ser lo que no era. Esto le permitió concluir que la simulación era una de las herramientas de la lucha por la vida. Como Ingenieros no se cansó de señalar en diversos escritos, existía una continuidad entre la vida biológica y la vida social. Según nuestro médico:

Entre el gusano disimulador de su cuerpo bajo un copo de algodón y el delincuente disimulador de su responsabilidad jurídica tras una enfermedad mental, debía lógicamente existir un vínculo: ambos disfrazábanse para defenderse de sus enemigos, siendo la simulación un recurso defensivo en la lucha por la vida.

La simulación planteaba un problema no solamente para José Ingenieros, sino para todos aquellos que participaban del “momento evolucionista”. Ocurría que la simulación sistemática podía invertir la selección natural al hacer pasar a seres inferiores como poseedores de cualidades superiores. Un simulador podía escapar a las leyes de la supervivencia del más apto, y esto constituía un riesgo social. Al respecto, Ingenieros sostenía que la prolongación de la vida de los incurables, al dar la posibilidad de sobrevivir a seres constitucionalmente incapaces de luchar por la vida, constituía una acción inhumanitaria:

La función social de la medicina debiera ser la defensa biológica de la especie humana, orientada con fines selectivos, tendiendo a la conservación de los caracteres superiores de la especie y a la extinción agradable de los incurables y los degenerados; se evitaría con ello el desperdicio de fuerzas requerido por el

parasitismo social de los inferiores.

Según Ingenieros, el perfeccionamiento de los medios de producción y la abundancia generada atenuaba la lucha por la vida entre los seres humanos, tornándola (al igual que a la criminalidad) menos violenta. A medida que la especie humana y las sociedades evolucionaban, la violencia bruta era reemplazada por la simulación como mecanismo de subsistencia. Las simulaciones podían darse tanto a nivel individual como social, y podían ser producto del parasitismo. Grupos improductivos podían simular enfermedades y otros problemas para, de esta manera, vivir de la solidaridad social y de las instituciones caritativas, a expensas de las clases trabajadoras.

En *Simulación de la locura*, libro en el que se analizaban veinticuatro casos (veinte europeos, tres criollos y un mulato), Ingenieros identificaba tres tipos de simulación de la locura. En primer lugar, la llevada a cabo como una forma más de simulación entre aquellas utilizadas por los individuos en la lucha por la vida. En segundo lugar, se encontraban quienes simulaban locura sin tener conciencia de ello. Se trataba de alienados verdaderos que, además, simulaban –o en algunos casos, disimulaban– un estado de patología mental. Finalmente, estaban los delincuentes, es decir, los que luchaban por la vida de manera antisocial y se aprovechan del sistema legal vigente que consideraba irresponsable a los locos. La simulación de la locura, en estos casos estaría vinculada a la intención de evitar el castigo.

La existencia de la simulación como problema proporcionaba a Ingenieros una nueva oportunidad para enfatizar la especificidad de los saberes necesarios para identificarla y desenmascararla. “El simulador”, insistía Ingenieros, “debe ser observado en una clínica psiquiátrica, cuyo médico debe ser el perito”. Para asegurarse que esto fuera así, Ingenieros proponía tres reformas al sistema médico-legal: en primer lugar, todo delincuente supuesto alienado debía ser observado en una clínica psiquiátrica (y no en la cárcel o la comisaría); en segundo lugar, los médicos de la clínica debían ser peritos especializados y, finalmente, el plazo para la observación debía permanecer indeterminado.

***José Ingenieros, el simulador: una digresión***

En la preocupación por la simulación mostrada por Ingenieros convergían sus intereses intelectuales con su trayectoria personal, en una especie de juego dialéctico en el que no tendría sentido buscar una causa y un efecto. Es que el tema de la simulación también interpelaba al joven Ingenieros como simulador (fumista) él mismo, y así era visto por quienes lo conocían. El término “fumista”, muy usado por entonces, hacía referencia al vocablo francés fumiste y se refería a los caracteres burlones y bromistas. Como señalaría Roberto J. Payró luego de la muerte de su amigo: “Sí, debió sufrir mucho creyéndose por una parte obligado a estar siempre en escena con la misma caracterización adoptada en un principio, y sintiéndose por otra que semejante esfuerzo no era necesario y aún que podía ser perjudicial”<sup>12</sup>. Payró atribuía el carácter fumista de Ingenieros a “su ascendencia italiana meridional, por un lado, y su evidente deseo de confundirse, de alearse íntimamente con nosotros [...] y de ser tan porteño como el que más, adoptando y exagerando algunas de nuestras modalidades”.

Veamos un ejemplo de “simulación como forma de lucha por la vida” que nuestro psiquiatra puso en práctica en una serie de episodios ocurridos algunos años después de haber escrito los libros sobre simulación. En 1907, Ingenieros acababa de volver de su primer viaje a Europa (al que me referiré en detalle más adelante) y encontraba que su consultorio no rendía económicamente lo que él esperaba, en un momento en que se encontraba agobiado por las deudas contraídas durante el periplo. Lejos de desanimarse, Ingenieros le comentaba a su padre en una carta fechada el 3 de junio las estrategias que había puesto en funcionamiento en su “lucha por la vida”<sup>13</sup>. Dejemos hablar a nuestro protagonista: “El cuento de la fortuna, hábilmente puesto en funcionamiento, prende pie. Al que viene a ofrecerme negocios de casa o campos lo converso en serio y muchos médicos me recomiendan, dada mi fantástica clientela”. Pero ocurría que todo esto era una simulación, ya que la clientela era enteramente ficticia y estaba compuesta por amigos (incluyendo a Pascual Guaglianone) y aun por el portero del edificio, a quien Ingenieros le pagaba para que estuviera sentado en la sala de espera fingiendo ser paciente. De esta manera, entre los dos mil pesos que realmente ganaba en el consultorio y los tres mil que fingía, todo el mundo (salvo Salvatore y él mismo, aclaraba) creía que sus ingresos ascendían a la suma de cinco mil pesos por mes. Esto le permitía a su vez acercarse a hogares prestigiosos en busca de un buen arreglo matrimonial (en ese momento, estaba cortejando a Sara Escalante, hija de Wenceslao Escalante, exministro y posible candidato presidencial).

Consciente de la debilidad de su posición social como italiano inmigrante (“chusma” y “medio pelo”, en sus propias palabras), Ingenieros se mostraba, sin embargo, hábil en aparentar (“basta la apariencia, que cultivo con habilidad”, le comentaba al padre en la carta) a efectos de poder integrarse en los círculos de la elite local. Para ello, asistía a reuniones sociales en las que solo hablaba del consultorio, de la suma ficticia que ganaba y de los campos que pensaba comprar con esa suma<sup>14</sup>. He aquí a José Ingenieros poniendo en práctica (y los ejemplos podrían multiplicarse) todo un sistema de estrategias basado en la simulación, a efectos de ubicarse favorablemente en la “lucha por la vida”. Si confiamos en el testimonio de su antiguo conocido, Manuel Gálvez, Ingenieros ponía en acción su “fumistería” aun en su práctica profesional, e incluso inventaba casos clínicos cuando los necesitaba. Escuchemos a Gálvez:

Una vez, sintiéndome neurasténico, fui a verle [a Ingenieros] a su consultorio. Era aquello algo fantástico. Salas, más salas regiamente amuebladas y arregladas, y todas a media luz. Después de hacerme pasar por varias de ellas, un ceremonioso criado me hizo entrar en el despacho del psiquiatra. Tan oscuro estaba la vasta sala que no vi a mi amigo. Me preparaba a esperar allí por cuarta vez, cuando su voz me arrancó de mi resignación.

–¿Y qué significa todo este misterio? –le pregunté.

–Para impresionar a los papanatas. Si recibo a mis enfermos mano a mano, sencillamente, me tomarán por un zanahoria y además no se curarán. Mientras que así, vos comprendés.

## LA HISTERIA Y LA SUGESTIÓN

Otro problema que preocupaba a Ingenieros y a sus colegas era el de la sugestión. La sugestión era percibida a la vez como una potencial causa de patologías mentales y como una posible fuente de cura. Tenía, al mismo tiempo, una dimensión individual, es decir, vinculada a la posibilidad de sugestionar individuos, y una social, asociada a un momento en que las masas parecían desbordarse de los patrones sociales aceptados por las elites. Las masas, a las que tanto despreciaba Ingenieros, eran concebidas como fácilmente sugestionables y eso explicaría la popularidad que autores tales como Gustave Le Bon o Scipio Sighele, que habían estudiado el tema en Europa, particularmente luego de los episodios asociados a la Comuna de París, adquirirían en nuestro medio. Tanto el crimen como la revuelta social podían ser resultado de sugestión y por eso resultaba indispensable su estudio profundo así como el de los supuestos líderes sugestionadores.

Los análisis realizados por Ingenieros sobre la sugestión le permitían también exhibir su carácter histriónico. En un caso presentado en Simulación de la locura, por ejemplo, cuenta un episodio en el que un grupo de literatos ingeniosos se había dedicado a sugestionar al escritor, poeta y futuro diplomático uruguayo Armando Vasseur (a quien no se mencionaba por su nombre, y con quien luego Ingenieros mantendría una agria polémica en la prensa local), a efectos de hacerle creer que era un hermano bastardo del Conde de Lautréamont (Isidore Ducasse). La víctima de la sugestión (relatada por Ingenieros como una broma) habría sufrido desequilibrios psicológicos producto de esta, hasta que los bromistas decidieron ponerle fin al juego y lo “desugestionaron”, aparentemente con la misma facilidad con que lo habían sugestionado previamente. Este caso, presentado por Ingenieros en la versión revisada de su tesis doctoral a efectos de demostrar la eficacia de la sugestión, tenía como particularidad que los victimarios no eran otros que el poeta Rubén Darío... y ¡el propio Ingenieros!, quien luego se constituyó en terapeuta de la víctima. La herramienta usada para el “desugestionamiento” consistió en la “sabia terapéutica del ridículo”, que había sido recomendada por José María Ramos Mejía para casos de histeria y otras patologías.

En otros casos, sin embargo, la sugestión constituía una valiosa herramienta terapéutica. A un individuo que sufría de “erotismo psíquico senil”, se le recetó agua coloreada con cochinilla, para tomar por gotas, recomendándole que no pasara de cierta dosis, por tratarse de un medicamento poderoso, especialmente eficaz para combatir los “alborotos de la naturaleza”. Aparentemente, la terapéutica resultó exitosa.

Ingenieros dedicó un libro entero (uno de sus trabajos científicos más reconocidos y citados) a la sugestión, tema que articulaba con otra de las preocupaciones del momento: la histeria. El título original de este libro, publicado originalmente en 1904 por la editorial de La Semana Médica, era Los accidentes histéricos y las sugestiones terapéuticas. En 1905 apareció una segunda edición en Valencia con el título Histeria y sugestión: estudios de psicología clínica, que conservaría en ediciones futuras. El cambio de título resulta significativo porque, en esta segunda versión, la sugestión ya no se vinculaba solamente a su dimensión terapéutica.

Este libro constituye uno de los casos en el cual Ingenieros reproducía (e intentaba terciar en) “guerras de palacio” que se daban en espacios centrales (Francia, en este caso). En efecto, en este texto Ingenieros intentaba mediar en el debate que se venía llevando a cabo desde finales del siglo anterior entre la llamada “Escuela de la Salpêtrière”, liderada por Jean-Martin Charcot (1825-1893), y la de Nancy, cuya cabeza visible era Hippolyte Bernheim (1840-1919). Aunque para el momento en que Ingenieros escribió su texto, Charcot ya llevaba más de una década de muerto, el debate fue continuado por sus discípulos, aunque parecía claro que la escuela de Nancy estaba más cerca de establecerse como hegemónica.

Charcot y sus seguidores sostenían que la hipnosis y la histeria eran dos caras de la misma moneda y que, por lo tanto, solo los pacientes (en general, aunque no solamente “las” pacientes) histéricos eran susceptibles a ser hipnotizadas. Por otra parte, Bernheim y sus seguidores creían que la posibilidad de ser hipnotizado (y por extensión, sugestionado) era inherente al ser humano y se manifestaba también en personas “normales”. Desde esta perspectiva, la hipnosis no sería sino una forma de sugestión. Este debate se asociaba con otro que tenía como centro la naturaleza de la histeria: ¿se trataba de una enfermedad puramente mental o tenía un origen orgánico? Si se trataba de lo primero, ¿podía curarse por medio de la sugestión?



La histeria constituía una de las preocupaciones centrales de la psiquiatría de fines del siglo XIX y principios del XX. El propio Freud había comenzado sus investigaciones, que lo llevarían a elaborar la teoría psicoanalítica, a partir de estudios sobre casos de histeria. La histeria y la simulación estaban muy vinculadas, puesto que la primera era caracterizada como “la gran simuladora”, capaz de mimetizarse en otras enfermedades. La histeria constituía un verdadero misterio para los psiquiatras de entresiglos. Era tematizada a veces en sentido casi teológico como el Mal, al cual la ciencia de la medicina debía vencer (aunque, por lo general, fracasaba en el intento). Los médicos conceptualizaban a la histeria como la versión secular de las posesiones demoníacas de la Edad Media y la temprana modernidad. Como decía el propio Ingenieros en *Histeria y sugestión*:

Cuando la moral del cristianismo viene a obstaculizar la evolución humana predicando como pretendidas virtudes ciertos preceptos morales inferiores y decadentes –entre los cuales la castidad–, vemos que la misma continencia determina alucinaciones voluptuosas en las santas y poseídas, crisis de lujuria inagotable y epidémica en los conventos, demonolatría y satanismo, erotomanía religiosa.

La histeria, esa enfermedad mental cuyos fundamentos biológicos eludían la detección de la ciencia médica y que, al mismo tiempo, era capaz de simular cualesquiera otras enfermedades, planteaba un desafío profundo a una incipiente psiquiatría, cuya legitimidad se intentaba fundar en el hecho de que también trataba con enfermedades somáticas, particularmente de ese órgano tan complejo como era el cerebro humano y, en general, el sistema nervioso. Ramos Mejía se había referido a la histeria unos años antes como: “la gran neurosis que con ese arte diabólico que todos le conocemos se ríe de la experiencia y del talento de los más avezados”. La lucha del médico contra la histeria era, pues, conceptualizada como una suerte de exorcismo en el que el galeno debía primero identificar la naturaleza histérica de la enfermedad y luego, por medio de una “lucha de voluntades”, combatirla.

El texto de Ingenieros se insertaba dentro de estas preocupaciones y perplejidades sobre la histeria y, tal vez apelando una vez más a las “tretas del

débil”, reformulaba los términos de debates que tenían lugar en Europa, intentando terciar en ellos. Respecto de la controversia acerca del supuesto fundamento biológico o mental de la histeria, Ingenieros sostenía que ambas teorías, lejos de lo que parecía a simple vista, eran perfectamente compatibles. Esto era así porque “la primera es una explicación clínica, esencialmente descriptiva; la segunda es una interpretación fisiopatológica”. Sin embargo, unas páginas más abajo, escribía de manera tajante que la histeria era una enfermedad del sistema nervioso, en particular del cerebro. Para su concepción monista, la posibilidad de que existieran trastornos psicológicos abstractos, sin un substrato anatómico, resultaba absurda. Se trataba, escribía nuestro médico, de “perturbaciones vasculares o microquímicas”. Empero, a diferencia de muchos de sus colegas, Ingenieros sostenía que la única terapéutica válida para tratar la histeria era la psicoterapia: “en realidad es difícil combatir el fetichismo de las drogas. Cuesta demostrar que siendo ciertos accidentes histéricos la expresión de una enfermedad puramente psíquica, de una disociación del psiquismo, la verdadera terapéutica es la psicoterapia”. ¿Era la histeria, entonces, una enfermedad “puramente psíquica”? ¿O se trataba de un problema “vascular y microquímico”, como había sostenido solo unas páginas antes? Resulta un ejercicio inútil intentar encontrar coherencia a estas y otras aseveraciones de Ingenieros. Las tensiones y contradicciones en que incurría no lograban resolverse dentro de sus propios textos. Sin embargo, tampoco nos lleva muy lejos comprobar las inconsistencias y atribuir las a su falta de rigor (aunque algo en este sentido podría argumentarse). Prefiero sostener que las mismas se derivaban (al menos en casos como este) del lugar subordinado que nuestro médico ocupaba en las “guerras de palacio” y de su afán por colocarse en un papel de superador de las mismas.

Intentando emular a Charcot, Ingenieros intentó, en ocasiones, llevar a cabo experimentos con sus pacientes que, en la mayoría de los casos (a diferencia de aquellos realizados por el psiquiatra francés, bajo condiciones muy diferentes), terminaban en un rotundo fracaso. A una enferma que había producido un edema de origen histérico en el brazo derecho, por ejemplo, y por motivos puramente experimentales, Ingenieros intentó, por medio de sugestión hipnótica, que reprodujera la patología que había originalmente aparecido de manera espontánea. “El éxito”, reconoce nuestro psiquiatra, “fue absolutamente negativo”. A otra enferma que sudaba sangre, también se le intentó hacer reproducir, vía hipnosis, los síntomas. Frente a su fracaso, concluía Ingenieros:

Podía intentarse otro camino: sugerir a la enferma alucinaciones terroríficas o producirle un gran pánico durante el sueño hipnótico; el padre de la joven, urgido por la curiosidad del semiculto, deseaba que lo hiciéramos, instigándonos a ello. Sin embargo, no obstante, la curiosidad de ambos, tuvimos en cuenta los peligros, inmediatos y mediatos, inherentes a ese género de experiencias, contentándonos con la simple constancia anaméctica de ese curioso accidente trófico en un caso de histeria bien caracterizada.

## LA PSICOLOGÍA, ENTRE LA BIOLOGÍA Y LA FILOSOFÍA

El Ingeniero treintañero que, alrededor del Centenario, escribía sobre psicología genética y, más en general, sobre filosofía científica, transitaba un momento particular de su vida: había adquirido reconocimiento tanto a nivel local como internacional. Sin embargo, desde el punto de vista personal, parecía sentir una profunda insatisfacción: sus posibilidades de incorporarse a la elite social y a la burocracia técnica de la República Posible habían encontrado una barrera infranqueable. Por otro lado, los límites filosóficos del cientificismo de tinte positivista al cual permanecía aferrado también se hacían presentes en un momento en que las corrientes filosóficas neoidealistas estaban de moda en Europa y comenzaban a influenciar el medio local. En este sentido, su *Psicología genética* (1911; a partir de la segunda edición de 1913 el título sería *Principios de psicología*) marcó un punto de inflexión respecto de sus escritos anteriores. Este texto sería traducido al francés y luego al alemán por el futuro ganador del Premio Nobel, Wilhelm Ostwald, quien, además, lo prologó. Cabe destacar que, por entonces, Ingeniero había sido designado profesor del segundo curso de Psicología que ofrecía la Facultad de Filosofía y Letras, en reemplazo del alemán Felix Krueger que había vuelto a su país. Mientras el “primer curso” (del cual Ingeniero también había sido docente) debía abordar temas vinculados a la fisiología, la clínica y la experimentación, el segundo se centraba en los procesos mentales superiores y las relaciones con la filosofía, la pedagogía y la sociología. Ingeniero fue también socio fundador y luego presidente de una Sociedad de Psicología fundada en 1908, que publicó tres números de *Anales de Psicología*. La Sociedad, que incluía entre sus miembros a intelectuales y políticos más o menos cercanos a los conocimientos psicológicos (entre ellos figuraban algunos cuyos vínculos con la psicología eran más bien tenues o inexistentes, tales como Florentino Ameghino), dejó de existir en 1914.

La psicología constituía para Ingeniero una ciencia biológica, aunque también incluía una dimensión filosófica:

Nos proponemos contribuir a la constitución de la psicología como una ciencia

natural y conforme con el método genético; procuramos también encuadrarla en un sistema general de filosofía que tome en cuenta los resultados menos inseguros de las ciencias para elaborar y rectificar continuamente sus hipótesis siguiendo el ritmo natural de la experiencia.

Esto último es lo que Ingenieros luego desarrollaría como “metafísica de la experiencia”. Para Ingenieros, el pensamiento y la conciencia no eran sino el último eslabón de procesos adaptativos que comenzaban con el movimiento de los pseudópodos de las amebas y otros unicelulares.

En su libro sobre psicología, Ingenieros introducía dos temas que lo obligarían luego a matizar su biologicismo extremo y que, sin embargo, entraban en tensión dentro del texto: la cuestión de los ideales y una nueva mirada sobre problema del libre albedrío. En Principios de psicología, los ideales eran todavía presentados como el resultado de una función adaptativa. El ser humano necesitaba adaptarse al medio que, a su vez, evolucionaba. Para ello resultaba indispensable conocer la realidad y poder prever el sentido de sus adaptaciones: “un hombre, un grupo o una raza son ‘idealistas’ porque circunstancias propicias determinan su imaginación a concebir un perfeccionamiento posible: un ideal”. Más adelante, el tema del “ideal” (reformulado) devendría en uno de los puntos centrales del pensamiento del Ingenieros, como veremos.

En esta obra, la cuestión del libre albedrío también sufrió una sutil variación respecto de la forma en que había sido tratado en textos anteriores. Como vimos, uno de los temas centrales alrededor de los cuales giraba el pensamiento criminológico de Ingenieros consistía, precisamente, en la negación del libre albedrío. En Principios de psicología, aunque no renegaba del determinismo, admitía, sin embargo, un cambio en el estatuto del libre albedrío que lo acercaba de alguna manera al pragmatismo:

La imaginación es madre de toda originalidad; deformando lo real hacia su perfección, ella crea los ideales y les da impulso con el ilusorio sentimiento de libertad; el libre albedrío es un error útil para la gestación de los ideales. Por eso tiene, prácticamente, el valor de una realidad. Demostrar que es una simple ilusión, debida a la ignorancia de causas innúmeras, no implica negar su eficacia.

Las ilusiones tienen tanto valor como las verdades más exactas<sup>15</sup>.

Más adelante, como veremos, su determinismo se vería diluido aun más, pero fue en su texto sobre psicología donde nuestro autor introdujo este importante matiz en su núcleo de ideas previo.

## ENTRE LA CIENCIA Y LOS FENÓMENOS PARANORMALES

En su autobiografía, Rubén Darío recordaba que:

Me había dado desde hacía largo tiempo a esta clase de estudios [teosóficos], y los abandoné a causa de mi extremada nerviosidad y por consejo de médicos amigos. Yo había, desde muy joven, tenido ocasión, si bien raras veces, de observar la presencia y la acción de las fuerzas misteriosas y extrañas que aún no han llegado al conocimiento y dominio de la ciencia oficial.

Masonería, científicismo, simpatías socialistas e interés por el espiritismo y los fenómenos paranormales formaban parte de un sistema de sociabilidad y de un clima de ideas asociado a ciertas zonas de la cultura progresista, laica y reformista de la Argentina de entonces. El espiritismo kardesiano y, en menor medida, la teosofía, pueden ser vistos como partes de un sistema que promovía corrientes espiritualistas de bases no dogmáticas (en esto se aproximaba a la masonería). Por otro lado, en un momento en que el discurso científico gozaba de gran prestigio, los espiritistas hicieron lo posible por legitimar sus discursos y prácticas en la ciencia.

El espiritismo moderno había llegado a Buenos Aires en la década de 1860, traído por inmigrantes españoles iniciados en las obras de Allan Kardec (1804-1869). La primera sociedad espiritista de Buenos Aires, Constancia, fue creada en 1877 por Rafael Hernández (ingeniero agrónomo y hermano de José), Ángel Scharnichia (profesor de lenguas) y el hacendado Felipe Senillosa. A partir de 1879, y por largas décadas, la sociedad fue dirigida por el abogado y cofundador del diario La Prensa, Cosme Mariño (1847-1927). El grupo Constancia apoyó al incipiente Partido Socialista y entre sus adherentes se encontraban algunos miembros del mismo, tales como Alfredo Palacios (que también era un conspicuo masón). Hacia 1904, la sociedad contaba con 303 socios y entre sus miembros más destacados figuraba Carlos Encina, decano de la Facultad de

Matemática y Ciencias Físico-Naturales de la UBA.

Desde el principio, el espiritismo atrajo la atención de algunos científicos y el rechazo de otros, sobre todo de médicos que veían en algunas prácticas espiritistas de orientación terapéutica a un peligroso competidor en el arte de la cura. El espiritismo se puso rápidamente de moda entre los sectores ilustrados, aunque no alcanzó el nivel de difusión que tuvo en Brasil. La convergencia entre espiritismo y ciencia no era propia de la Argentina: en Europa y los Estados Unidos eran comunes las sesiones de espiritismo en las que participaban prestigiosísimos científicos, incluyendo el propio Lombroso, el fisiólogo y ganador del Premio Nobel en 1913, Charles Richet, el astrónomo Camille Flammarion (a quien Ingenieros enviaría relatos ficticios de experiencias mediúnicas al solo efecto de burlarse de él), al matrimonio formado por Marie y Pierre Curie (ambos ganadores del Premio Nobel) y muchos otros.

Podría decirse que, en general, la actitud de los intelectuales y científicos respecto del espiritismo se dividía en tres. Por un lado, estaban quienes rechazaban de plano la posibilidad de comunicarse con espíritus y las prácticas asociadas. Por otro lado (como en los casos de Flammarion y Richet), estaban aquellos que creían firmemente en esta posibilidad. Finalmente, y probablemente estos constituían la mayoría entre los científicos e intelectuales que expresaban interés por los fenómenos sobrenaturales, se contaban quienes sentían curiosidad por este tipo de acontecimientos, admitían la posibilidad de que fueran genuinos, pero intentaban buscarle una explicación científica a los mismos.

En importantes universidades europeas y norteamericanas eran comunes los experimentos llevados a cabo con conocidos médiums (en general, mujeres), entre las cuales se destacaba la italiana Eusapia Palladino (1854-1918), cuyos dones eran requeridos y exhibidos a ambos lados del Atlántico. Estas experiencias se llevaban a cabo bajo condiciones controladas, incluyendo la utilización de sofisticados aparatos científicos, a efectos de dilucidar hasta qué punto podían constituir un fraude. Por lo general, los resultados no eran conclusivos y, aunque algunos de los participantes creían haber descubierto trucos de imaginería, otros (con impecables credenciales científicas) quedaban convencidos de lo que habían visto. Es que en un mundo donde rápidamente se había hecho posible ver a través de los objetos por medio de los rayos X, escuchar la voz de los muertos por medio del fonógrafo y comunicarse con gente ubicada del otro lado del océano, ¿por qué no pensar que también era posible comunicarse con espíritus? Como mostró Soledad Quereilhac, fueron los



espiritistas los primeros en alegrarse (al menos en la Argentina) con el descubrimiento de los rayos X, ya que permitía confirmar por medio de la ciencia y la técnica cuestiones que ellos venían sosteniendo desde mucho tiempo antes respecto de la naturaleza de la materia<sup>16</sup>.

Ahora bien, ¿qué pensaba Ingenieros del espiritismo y, más en general, de las ciencias ocultas? Digamos que pertenecía al tercero de los grupos mencionados arriba. A lo largo de su vida, Ingenieros, al menos públicamente, negaba de manera enfática la existencia de fenómenos vinculados al espiritismo. Sin embargo, este aparente rechazo escondía un interés bastante profundo por este tipo de cuestión.

Para empezar, Ingenieros mantuvo una relación “ambigua” con las instituciones espiritistas y teosóficas argentinas<sup>17</sup>. En línea con su nota de La Montaña sobre la supuesta Facultad de Ciencias Herméticas mencionada en el capítulo anterior, en 1898 ingenieros escribió en la revista teosófica Philadelphia otra en la que reconocidos espiristas y teósofos europeos y norteamericanos eran caracterizados como “heraldos del criterio científico independiente, que es necesariamente revolucionario”. Años más tarde, en julio de 1904, Ingenieros adelantó un capítulo titulado: “Interpretación científica y valor terapéutico del hipnotismo y la sugestión” de su obra todavía inédita, Los accidentes histéricos y las sugestiones terapéuticas, en la revista Constancia, publicada por la sociedad homónima. Resulta curioso el hecho de que, en este capítulo de su libro, que se trataba casi de un “estado de la cuestión” sobre el tema, había decidido enfatizar el aspecto decididamente médico de la hipnosis y la sugestión, rechazando explícitamente cualquier asociación con el espiritismo. Señalaba nuestro médico:

Todas las doctrinas espiritualistas, otrora aducidas y discutidas como genéticas de estos fenómenos, han quedado completamente fuera de discusión; dígase lo mismo de las doctrinas que podrían llamarse fluidistas, presuponiendo la existencia de un fluido que pasaba del hipnotizador al hipnotizado [...]. En los fenómenos hipnóticos nada hay que se encuentre fuera de la fisiología cerebral, no obstante carecer de explicación definitiva algunos de ellos.

Evidentemente, este punto de vista no podía caer bien en la sociedad espiritista

(que, suponemos, le había solicitado el capítulo para su publicación en Constanca, probablemente sin conocer su contenido) y provocó una respuesta por parte de un miembro de la misma.

Más indignación provocaron las impresiones que Ingenieros envió desde Europa acerca del espiritismo (en total, tres notas) en 1905 y 1906, que fueron publicadas por La Nación y luego en dos libros, y reproducidas en la segunda edición de Histeria y sugestión. En una de ellas trataba al futuro ganador del Premio Nobel Charles Richet de “zozzo” por su adhesión al espiritismo, mientras que en otra caracterizaba al espiritismo como “uno de los campos frecuentados por los semicultos en psicología, como los semicultos en medicina caen en la homeopatía o el electromagnetismo, y los semicultos en sociología merodean por las inmediaciones de la revolución social”. La base de la mayoría de estos fenómenos estaría, según la mirada de Ingenieros, en la histeria: “la gran simuladora”, sustituto proporcionado por la ciencia a las causas sobrenaturales de los fenómenos discutidos.

Estas crónicas merecieron una respuesta publicada en Constanca en febrero de 1906 por Manuel Frascara, miembro de la sociedad, en un artículo titulado: “¡Ingegnieros forever!”:

Muchas gracias, doctor Ingegnieros, muchísimas gracias por la lección... Pero venirnos siempre con el cuento del histerismo [...] ¡Vamos! Que eso ya es muy viejo, tan viejo como Richet. ¿Por qué Ingegnieros, tan joven, no nos regala algún término más fresco? De este modo haríamos ciencia verdadera y quedaría revelado el secreto de todas las fuerzas de la naturaleza que recién se empiezan a analizar. Dejaríamos así, los espiritualistas, de ser semicultos, y pasaríamos a ser zonzos [...].

Nótese que la crítica estaba formulada en nombre de la ciencia moderna: lo que el crítico cuestionaba era el uso que hacía Ingenieros de categorías de análisis, como la histeria, que resultaban anacrónicas frente a la existencia de fenómenos que no podrían ser incluidos en ella. Ingenieros y los espiritistas compartían la Weltanschauung científicista.

A pesar de estos roces, el interés de Ingenieros por los fenómenos paranormales

continuó a lo largo de su vida. Estando en Europa en 1905, hizo esfuerzos infructuosos para invitar a Eusapia Palladino a la Argentina y participó en secciones del congreso de psicología que tuvo lugar en Roma en 1905 en las que se discutían estos temas. En el Fondo José Ingenieros hay una carpeta que contiene material sobre espiritismo y ciencias ocultas. No podemos estar seguros si fue la mano del propio Ingenieros o algunas de las que manipularon el acervo después de su muerte la que organizó esta carpeta, que incluye notas de periódicos extranjeros, recortes de revistas y artículos sobre espiritismo, fotografía de espíritus, etc., algunas subrayadas por el propio Ingenieros. También hay una serie de notas sin fecha tomadas por él. Algunas están escritas en el reverso de un papel con propaganda de un hotel de los Estados Unidos, lo que permite pensar que probablemente fueron escritas durante el período de su viaje a ese país en 1917 o poco después. Las notas son críticas respecto del espiritismo: Ingenieros insistía en buscar explicaciones científicas a los fenómenos de este tipo, aunque sin excluir por completo la posibilidad de su existencia. En una nota manuscrita se lee: “Todo lo visto aleja del espiritismo. El automatismo inferior explica el espiritismo militante. La sensibilidad a distancia explica muchas presuntas telestiesias. La subconciencia y la alucinación explican la clarividencia. Los fenómenos mediánicos prueban que todo lo hace la medium y excluye la hipótesis espirítica”<sup>18</sup>.

A pesar del escepticismo de Ingenieros, sus contactos con las sociedades espiritistas continuaron. En julio de 1918, recibió una invitación por parte de la sociedad Constancia para asistir a una sesión con el famoso médium platense Osvaldo Fidanza. El texto de la carta de invitación impresa muestra el lugar que los espiritistas deseaban asignarle a su práctica, cerca de la ciencia:

Dada la importancia que estos fenómenos revisten para la investigación científica, por cuanto se ignoran aún las leyes que rigen su producción y siendo por otra parte tan rara la oportunidad que se presenta para la observación de esta clase de fenómenos debemos de creer a todos nuestros hombres de ciencias e intelectuales interesados en estudiarlos y en tal concepto esperamos querrá Ud. aceptar esta invitación<sup>19</sup>.

Ingenieros asistió a esta sesión y, aunque no dejó testimonio publicado sobre su

experiencia, es posible que las notas mencionadas más arriba fueran inspiradas en la misma.

Los vínculos entre Ingenieros y los espiritistas continuarían casi hasta su muerte. En una carta fechada el 5 de marzo de 1925, Mariño le solicitaba una reseña crítica a la segunda edición de su libro *Las primeras golondrinas*. Aparentemente le había enviado la edición original a Ingenieros, pero no había obtenido respuesta. En la carta le señalaba que le interesaba particularmente el juicio del médico porque “conozco sus ideas bastante distintas a las que yo profeso”<sup>20</sup>. No logré determinar si esta vez el espiritista tuvo más éxito.

## NOTAS

1 Mundo Estudiantil. Revista Quincenal Ilustrada, año I, n.º 1 (7 de agosto de 1915).

2 Ramos Mejía (1893), p. 268.

3 Ver “El Departamento de Trabajo. Un reportaje al Doctor Ingegneros. El candidato a la dirección expone su programa. Cree que la nueva rapartición será pronto un ministerio”. La Vanguardia, 9 de febrero de 1907. Ricardo Rojas le había escrito recomendando a su hermano menor y futuro psiquiatra (y diputado por la UCR), Nerio, para un puesto en el organismo que aún no se había creado. FJI A.6.1 SAA/8.3/7.2 Doc. 42. Carta de Ricardo Rojas a José Ingenieros del 20 de febrero de 1907.

4 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 13 de febrero de 1907.

5 Otras instituciones relevantes creadas hacia finales del siglo XIX fueron: Oficina Antropométrica (1889); Oficina Médico Legal dentro del Hogar Correccional de Menores (1896); aparte de las cátedras de Medicina Legal y Toxicología (1875) y la de Enfermedades Nerviosas (1887).

6 La recepción de la escuela de criminología positiva había comenzado años antes. En 1887 Norberto Piñero, desde su cátedra de la Facultad de Derecho de la UBA, se proclamaba seguidor de la misma. Un año después se constituyó la Sociedad de Antropología Jurídica por iniciativa de Luis María Drago, en la que participaron José María y Francisco Ramos Mejía, Florentino Ameghino y otros.

7 Conferencia pronunciada en el Colegio de Médicos de Barcelona en 1914. Publicada en Revista de Filosofía, año 1, n.º 2, marzo de 1915.

8 Cit. por Creazo (2007), p. 196.

9 Moyano Gacitúa (1898), p. 75.

10 Augusto Bunge, a quien Ingenieros había enviado el texto, criticaba esta caracterización de Sicardi y del socialismo, diciendo: “Pero te reprocho y seriamente el apresuramiento –casi diría la frivolidad– con que has escrito el último capítulo y la malevolencia que demuestras repetidas veces a los socialistas; les haces un triste honor (¿intencional?) a calificar a Sicardi de socialista anteponiendo el ‘sectario’, cuando tú sabes tan bien que el socialismo determinista de que has hablado tantas veces y hablas [tachado: y] aquí y único que merece el nombre de socialismo se ríe de sectas. Con tu ilustración sociológica, llamar socialista “sectario” a Sicardi se me hace un poco como si estuvieras en tren de cortar otra vez la cola a tu perro”. FJI A.6.1/SAA/8.4/1.4 Doc. 30. Carta de Augusto Bunge a José Ingenieros del 16 de enero de 1903.

11 Ingegneros, José, “Patología de las funciones sexuales”. Archivos de Psiquiatría y Criminología Aplicadas a las Ciencias Afines, IX (enero-febrero de 1910), pp. 3-80.

12 Payró, Roberto J., “Recuerdos”, Nosotros, número extraordinario..., op. cit., p. 479.

13 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 109. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 3 de junio de 1907.

14 Ingenieros terminó comprando un pequeño terreno sin valor, solo a efectos de aparentar. Al respecto le escribía a su padre en junio de 1908: “Pero debo comprar alguna cosa, debo darle apariencia de realidad al cuento de la fortuna profesional”. FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 116. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 3 de junio de 1908.

15 Énfasis mío.

16 Quereilhac (2018).

17 Para esta sección, me baso en Quereilhac (2014).

18 FJI Carpeta A.3. Trabajos científicos.

19 FJI A.6.1 SAA/8-4/5-4 Doc. 28. Tarjeta sin fecha de invitación “a la sesión medianímica de efectos físicos que, con el concurso del Sr Osvaldo Fidanza tendrá lugar el martes 10 del corriente”.

20 FJI A.6.1 SAA/8-4/5-4 Doc. 30. Carta de Cosme Mariño a José Ingenieros del 5 de marzo de 1925.

## Capítulo IV

### Europa y los límites de lo posible

El 29 de marzo de 1905 José Ingenieros, con veintisiete años de edad, partió a bordo del transatlántico Sirio rumbo a lo que sería el primero de sus tres viajes a Europa. Permaneció en el viejo continente desde abril de ese año hasta octubre del siguiente. A lo largo de su estadía visitó las ciudades de Chinon, Londres, Florencia, Verona, Nápoles, Viena, Montecarlo, Roma, Turín, Venecia, París, Madrid, Berlín y Niza.

Desde las últimas décadas del siglo XIX, el Grand Tour europeo había constituido un rito de pasaje para la “juventud dorada” del país. Para los jóvenes de la elite, el viaje a Europa (sobre todo a París) era doblemente formativo: por un lado, permitía limar las asperezas todavía existentes en su educación social, al ponerlos en contacto directo con la sofisticación de la sociedad europea a la cual tenían un acceso privilegiado, posibilitado por un peso argentino revaluado y por la abundancia de fondos con que contaban las familias de la clase alta argentina. En algunos casos el viaje a Europa era también la forma de completar una educación formal en centros de prestigio internacional. Para algunos, el viaje era producto de una comisión oficial, en general otorgada a jóvenes miembros de la elite a través de contactos personales, como fue el caso de Carlos Octavio Bunge, amigo de Ingenieros desde la adolescencia, quien, en 1899, con solo veinticuatro años y apenas recibido de abogado, había sido enviado a Europa por el ministro de Justicia e Instrucción Pública Osvaldo Magnasco a efectos de que estudiara los sistemas educativos del viejo continente. Bunge aprovechó la oportunidad para completar su formación en Oxford. Otro joven amigo de Ingenieros, Ricardo Rojas, fue enviado en 1907 para estudiar la enseñanza de historia en diversos países europeos. Por lo general estas comisiones no eran pagadas y los viajeros debían solventar los costos del viaje de su bolsillo. Es por eso que algunos de ellos enviaban notas a periódicos prestigiosos como La Nación –ese fue el caso de Rojas y del propio Ingenieros–, lo que les permitía hacerse de algún dinero.



Finalmente, otro tipo de viajeros eran los literatos (o aspirantes a serlo), de recursos por lo general mucho más magros que los anteriores. Para estos, el viaje a Europa constituía una etapa importante en el camino hacia la profesionalización. Un posible éxito en el viejo mundo, sobre todo el París – capital indiscutida de la República Internacional de las Letras–, abría las puertas de la consagración, tanto a nivel nacional como internacional.

Para Ingenieros, su estadía en el viejo continente no se trató de un viaje formativo en sentido tradicional –aunque sí puede considerarse una Bildungsreise en un sentido más amplio–, ni estrictamente de un rito de pasaje en su vida social, aunque, de alguna manera, también terminó siéndolo. Ingenieros fue a Europa porque, ya un profesional reconocido, a pesar de su juventud, había sido designado representante argentino (ad honorem) al V Congreso Internacional de Psicología que se realizaría en Roma. Por lo tanto, no fue su capital económico ni social lo que lo llevó al viejo continente, sino su prestigio profesional y científico, relativamente bien establecido por entonces.

Como en otras oportunidades, Ingenieros se esforzaría en convertir este prestigio en capital social, y para ello llevó a cabo una actividad frenética en diversos frentes. Aparte de los contactos establecidos durante su viaje con algunos de los intelectuales y científicos más prestigiosos de Europa –con quienes desarrollaría una relación duradera–, el saldo del viaje, en términos de su producción intelectual, fue impresionante. Mientras permaneció en Europa, publicó cinco volúmenes de extensión diversa, cuyos títulos dan una idea de la variedad de los temas abordados: Italia en la ciencia, en la vida y en el arte (Valencia: Sampere, 1906) que compilaba, con algunas variaciones, las crónicas de viaje que enviara a La Nación; Le langage musical et ses troubles histériques (París: Félix Alcan, publicado en 1907, aunque lo había dejado preparado a su vuelta de Europa un año antes); La législation du travail dans la République Argentine (París: Cornély, 1906); el folleto titulado Pseudo paralysie générale diabétique publicado en París en 1906; y Nuova classificazione del delinquenti, dejado en prensa y publicado en 1907 por la Biblioteca di Scienze Politiche e Sociale de la editorial Remo Sandron. Además, preparó la edición española de La simulación en la lucha por la vida; la segunda edición de Los accidentes histéricos y las sugerencias terapéuticas, publicado por Sampere, en España, bajo el nuevo título de Histeria y sugestión; y la cuarta edición de Simulación de la locura también publicada por Sampere. A esto hay que agregarle las decenas de crónicas

enviadas a La Nación, y una cantidad impresionante de artículos sobre psiquiatría, neuropatología, criminología y sociología publicados en revistas argentinas y europeas<sup>1</sup>. Todo esto no le impidió, además, frecuentar los círculos literarios de latinoamericanos trasplantados a París, visitar hospitales y cárceles, fungir como secretario extraoficial del expresidente Roca, y aun intentar seducir a una de sus hijas (tema sobre el que volveré más abajo).

A diferencia de Paul Groussac, que había vuelto a su Francia natal en los años 80 del siglo XIX buscando una consagración en la capital de las luces, Ingenieros – también europeo pero “inmigrante en tercera clase” desde Sicilia– fue a Europa como un viajero latinoamericano. Sin embargo, aunque participó de los rituales propios del viaje letrado, tales como las visitas a los domini intelectuales y artísticos del viejo continente, el lugar desde donde escribía sus crónicas para La Nación no era igual al de otros latinoamericanos que viajaban por Europa.

A lo largo de sus relatos, Ingenieros se esforzaba por invertir la tradicional ecuación civilización y barbarie. Resulta revelador al respecto comparar las crónicas de Ingenieros con las de otros croniqueurs latinoamericanos, algunos de los cuales contaban por entonces con un prestigio más consolidado que el suyo en el mundo de las letras. El guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), quien en 1908 recibiría la Orden de la Legión de Honor de la República Francesa, así como el propio Rubén Darío, por solo mencionar a dos latinoamericanos de prestigio indiscutido, manifestaban respeto por la cultura europea y conciencia de su propia posición subordinada en el mundo de las letras del antiguo continente. Ingenieros, por su parte, intentaba proyectar una imagen opuesta. Mientras Gómez Carrillo no se asombraba del hecho de que Joris-Karl Huysmans no conociera al poeta cubano Julián del Casal ya que “¿Quién conoce en Francia a los que escriben versos en español?”, y no se ofendía cuando Émile Zola lo confundió (a Gómez Carrillo) con un español, Ingenieros compartía (o decía compartir) amigos con algunos de sus ilustres interlocutores, quienes jamás cometerían con él este tipo de gaffe. Ingenieros se las arregló para hacer de su viaje una experiencia multidimensional, en la que paralelamente a una búsqueda de consagración científico-profesional, tantearía los límites de sus posibilidades para integrarse de manera definitiva a la elite social.

## INGENIEROS CIENTÍFICO: POSICIONAMIENTOS Y ESTRATEGIAS

Tan pronto como se enteró de su designación, Ingenieros comenzó a hacer los preparativos para su viaje, lo que incluía poner en marcha una serie de estrategias destinadas a sacar el mayor rédito posible a la oportunidad. Para eso, con fecha del 17 de marzo de 1905 escribía a su padre ya retornado a Italia, solicitándole que llevara a cabo una serie de acciones relacionadas con su inminente viaje<sup>2</sup>. Le pedía, por ejemplo, que fuera a Roma y entrara en contacto con dos corresponsales de La Nación, que los frecuentara y cultivase cuantas relaciones pudiera, ya que “todo ello puede serme útil”. También indicaba a Salvatore que se acercara al prestigioso profesor Sante de Sanctis (quien sería el secretario del congreso en el que participaría Ingenieros) y le hiciera saber de su arribo. “Recuérdale que he obtenido adhesión oficial del gobierno argentino, cuyo delegado soy”<sup>3</sup>. Ingenieros utilizaría frecuentemente los servicios de su padre como corresponsal en Europa, sobre todo para gestionar la publicación de sus obras, especialmente en Italia.

Pensando en la publicación en Italia de su libro sobre la clasificación de delincuentes, por ejemplo, Ingenieros instruía a su padre para que fuera a ver a Remo Sandron –propietario de una conocida casa editorial que llevaba su nombre– a efectos de convencerlo de que publicara el texto en la prestigiosa colección “Biblioteca di Scienza e Politiche”. Ingenieros insistía en que la edición debía ser exactamente igual a la del volumen de Lombroso, *La funzione sociale del delitto*<sup>4</sup>, publicado en esa colección. Hacía saber a su padre que estaba dispuesto a aceptar cualquier condición impuesta por el editor; lo importante era que la versión italiana de su libro fuera idéntica a la del padre de la criminología positiva. Con esto intentaba una vez más testear los límites de lo posible: que un joven médico latinoamericano pudiera ponerse en el plano simbólico al lado de una luminaria como Lombroso.

El viaje de Ingenieros tuvo repercusiones en la prensa local que siguió con cierto interés sus triunfos en el viejo continente. La revista *Caras y Caretas* publicó una nota con motivo de su partida en la que junto con una foto suya rodeado de amigos que fueron a despedirlo al buque, se daba noticia del viaje de la siguiente forma: “A bordo del ‘Sirio’, ausentóse el doctor José Ingegenieros, el joven

médico que en forma tan ejemplar ha sabido destacarse del grupo de hombres de ciencia de su generación [...] asistirá como representante oficial al Congreso de Psicología”. Lo significativo de la nota es lo que sigue: se informaba que Ingenieros “[...] iniciará enseguida un viaje por Japón, India y Egipto junto con el General Roca que piensa resarcirse ampliamente de su vida de político y gobernante contemplando paisajes nuevos y horizontes desconocidos”. Aunque el viaje a Oriente no se realizó, Ingenieros sí entablaría una estrecha relación en Europa con el expresidente, que tendría derivas inesperadas.

La relación entre Ingenieros y Roca seguía dando que hablar a la prensa local. El diario La Capital publicaba el 27 de julio de 1906 bajo el título “Argentinos distinguidos en Europa” una foto de Ingenieros junto a Roca. El primero iba vestido de impecable levita y galera grises (su atuendo habitual, que generaba comentarios irónicos por parte de algunos de sus conocidos), y el general, con galera y levita negra. En el epígrafe de la imagen se leía: “El general Roca y el doctor Ingegneros hablando sobre los progresos de Niza”. Se trataba de “dos argentinos distinguidos”, excepto que uno era un inmigrante siciliano que solo poseía su capital intelectual y el otro un general, dos veces presidente de la nación, cuyo capital era de otra naturaleza. Si Roca era caracterizado como “el estadista ausente”, Ingenieros era “el primero de nuestros psicólogos”. También en América Latina el viaje tuvo algún reconocimiento, así como en la prensa latina en París (en particular, en la revista L’Amerique Latine).

### ***Un argentino en el Congreso de Psicólogos de Roma***

El V Congreso Internacional de Psicología tuvo lugar en Roma entre el 26 y el 30 de abril de 1905, bajo la presidencia de Giuseppe Sergi. Salvatore también figuraba en las actas como miembro del elenco del Congreso (sin especificarse su función). Ingenieros participó como ponente en dos secciones: la de psicología patológica, en la que presentó su trabajo titulado “Disturbi del linguaggio musicali negli isterici”, que sería la base de un libro que publicaría algunos meses después en francés, y en la de psicología criminal, donde expuso su trabajo: “Classificazione clinica del delinquenti”, texto que también serviría de base para un libro.

La primera de sus exposiciones, de carácter más bien descriptivo, no parece haber despertado demasiadas polémicas entre los participantes. La segunda exposición sí generó un acalorado debate. Se trataba de una reescritura del artículo publicado en Archivos, en el que Ingenieros sostenía, contra lo que era opinión corriente, que las características psicológicas eran más importantes que las morfológico-somáticas para determinar la propensión al delito. Un participante sostuvo que la clasificación de Ingenieros (basada en la dimensión psicopatológica) no podía satisfacer al psicólogo ni al alienista ni al jurista. Finalmente, Enrico Ferri, cuyo propio criterio de clasificación era el cuestionado por Ingenieros, señaló que los criterios clínicos de clasificación no podían separarse de los jurídicos. De todas formas, Ferri terminó elogiando la nueva clasificación de Ingenieros como un signo de vitalidad de la escuela de Lombroso. Ingenieros, por su parte, respondió a los cuestionamientos. A Ferri en particular le respondió con sus propias armas, es decir, con los argumentos de la escuela positivista de la criminología, puntualizando que, aunque una clasificación de delincuentes podía servir como base a una legislación represiva, esto no era necesario, puesto que el estudio científico de los delincuentes llevaría a una individualización de la pena a partir del estudio clínico-psicológico, evitándose así los castigos establecidos apriorísticamente como los que proponía la criminología clásica.

El 2 de junio aparecía en La Nación, en siete columnas, la crónica de Ingenieros sobre el Congreso de Psicología bajo el título de “Un cónclave de psicólogos”, crónica que luego aparecería reproducida en Archivos. En la visión de Ingenieros, el encuentro era la materialización de una república internacional de la ciencia en la que rusos y japoneses departían “cariñosamente”, a pesar de la guerra que envolvía a ambos países, mientras que los antiguos resquemores franco-alemanes también eran borrados por el “cordial apretón de manos” entre Paul Flechsig y Pierre Janet. Ingenieros tenía en esto un buen punto, ya que los congresos científicos establecidos a lo largo del siglo XIX, aparte de constituir espacios de circulación de ideas y de sociabilidad, tenían, efectivamente, una función diplomática. El espíritu científico puesto de manifiesto en el congreso serviría, además, en palabras de Ingenieros, como “eficaz rompeolas” para “la marejada de idealismo filosófico” representada por algunas de las ponencias.

Como en otras notas, Ingenieros no perdió la oportunidad de utilizar esta para referirse de manera más o menos oblicua a sí mismo. Señalaba que, en este espacio poblado por las luminarias de la ciencia internacional, “una voz llevó hasta el Capitolio el eco de la raza fuerte que está surgiendo en las pampas

lejanas, proclamándola adornada por todas las pujanzas de la juventud”. No sería esta la única autorreferencia (siempre en tercera persona y sin mencionar su nombre, aunque dejando bien claro de quién estaba hablando) que se puede encontrar en la crónica. Unas líneas más abajo, refiriéndose a Leonardo Bianchi, ministro y psiquiatra a quien le tocó abrir el congreso, Ingenieros informaba que “de la Argentina sólo conocía el nombre y los libros de un alienista a quien cita en su monumental tratado, siendo inútil repetir su nombre aquí”. Desde el comienzo, Ingenieros se posicionaba, pues, como un integrante de pleno derecho de la República Internacional de la Ciencia, reconocido –y por lo tanto, consagrado– por las autoridades europeas. Fue este lugar el que le permitió discutir de igual a igual (o al menos eso intentaba hacer creer) con los sabios metropolitanos y, al mismo tiempo, realizar una evaluación poco amable de la figura de Cesare Lombroso, de quien comenzaba la segunda de las crónicas referidas al congreso diciendo que “no es inteligente”. Ingenieros se posicionaba como quien podía analizar “científicamente”, es decir, con un criterio casi etnográfico, la conducta de los sabios. El debate fue largo, porque “todos tenían el empeño de poder referir que habían discutido con Lombroso. Y esto es humano, aun entre sabios. Como si el contacto con la celebridad madura pudiera contagiar el germen de la soñada gloria venidera”. Desde luego, Ingenieros no era inmune a este contagio de gloria por ósmosis. Recordemos las negociaciones que llevó a cabo con la editorial de Remo Sandron para que su libro fuera publicado en un formato idéntico al de *La funzione sociale del delitto* de Lombroso.

## INGENIEROS CRONIQUEUR<sup>5</sup>

Las circunstancias por las cuales Ingenieros fue nombrado corresponsal de La Nación durante su primer viaje a Europa no son claras. Como solía hacer con toda su producción escrita, nuestro psiquiatra había enviado copia de su Simulación de la locura a toda persona influyente en la que pudiera pensar, tanto en la Argentina como en el exterior. Bartolomé Mitre estaba entre ellos y le agradecía “su mui (sic) interesante libro” en una tarjeta fechada en octubre de 1903. Lo mismo hizo su hijo Emilio Mitre (a la sazón director de La Nación) en marzo del año siguiente. Aparentemente, Emilio quedó impresionado con Ingenieros ya que, sin conocerlo personalmente, lo designó corresponsal en vísperas de su viaje. Al publicar sus crónicas en La Nación, Ingenieros entraba en un mundo rodeado de prestigio que compartía con Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo –cuya garçonnière ubicada en 8 Boulevard Montmartre alquiló por un tiempo–, y otros escritores e intelectuales reconocidos, radicados en Europa o en los Estados Unidos, como había sido el caso de José Martí, décadas antes.

Como también era de estilo, las crónicas (con variaciones muchas veces sustanciales) fueron luego publicadas en forma de libro bajo los títulos de Italia en la ciencia, en la vida y en el arte (Valencia: Sampere, 1906); Al margen de la ciencia (Buenos Aires: Lajouane, 1908) y, finalmente, en el tomo VIII de sus obras completas como Crónicas de viaje. Las crónicas aparecían en las páginas iniciales del periódico, inmediatamente después de los anuncios clasificados y antes de la sección de telegramas de los corresponsales.

Las “crónicas de viaje” constituyeron un género muy popular desde finales del siglo XIX. Escritores de la talla de José Martí y Rubén Darío fueron los pilares de este género anfíbio que se encontraba entre la literatura y el periodismo. Para la mayoría de los escritores que incursionaron en él, las crónicas eran una manera de ganar el sustento que les permitía financiar otros emprendimientos puramente literarios. Por otro lado, se trataba de una manera de llegar a un público ampliado. Por su naturaleza, la crónica requería de algunas estrategias discursivas particulares. Considerando el tiempo transcurrido (muchas veces sustancial) entre la escritura y su publicación, era muy probable que las notas

quedaran desactualizadas en el momento mismo en que aparecían en los diarios. Como reconocía otro conocido croniqueur, Manuel Ugarte, dado que el telégrafo había precedido probablemente en veinte días la publicación de las crónicas que enviaba, las mismas debían tratar de temas algo vagos, “susceptibles de generalización y de comentario ajeno a la actualidad”. En los casos en que las crónicas trataran de eventos específicos, las mismas debían generalizar a partir de ellos a efectos de no perder actualidad. Esto se ve claramente en las crónicas de Ingenieros referidas a acontecimientos políticos.

Para Ingenieros, como para otros escritores, las crónicas eran una manera de sobrevivir en Europa, aunque se posicionaba en un lugar diferente al de los profesionales (o aspirantes a serlo) de la literatura. Como mencionaba en la “advertencia a la 6ta edición” de Crónicas de viaje, la escritura de las crónicas se trató de “un descanso, un breve paréntesis que el autor intercala en los estudios científicos que le son habituales”. A diferencia de otros cronistas-literatos, Ingenieros buscaba legitimación en su posición de trabajador de la ciencia y del intelecto. Su prestigio no derivaba de su condición de literato (aunque tampoco descartaba identificarse como tal), sino de su condición de “proletario” intelectual cuya (siempre precaria) posición social se sustentaba sobre su esfuerzo e inteligencia. Así, cuando nuestro médico recibió una acusación de plagio aparecida en el diario El País por una de sus crónicas sobre las elecciones en Francia, lejos de indignarse, reconoció que “solo” un quinto de su artículo recogía anécdotas de otro artículo publicado previamente en París. Pero ese no era el punto principal; le terminaba solicitando a su anónimo denunciante que:

[...] me dejara ganar en paz los modestos francos mensuales que me paga La Nación [y que] buena falta me hacen. Gracias a ellos puedo contribuir a que la Argentina se conozca por algo más que su trigo, sus cueros y sus motines políticos, en las universidades y sociedades científicas de Europa, en más de cuarenta revistas de ciencia, ante el público de cuatro editores que están imprimiendo libros, y por fin, en la misma Sorbona.

Ingenieros, por lo tanto, desplazaba el punto de contención desde el tema del plagio a la necesidad de ganar la paga mensual de La Nación que le permitiría realizar una tarea mucho más importante. Sin embargo, como se verá, en las



crónicas confluyeron diversos intereses, estilos, estéticas y estrategias de autopresentación, conformándolas como un objeto complejo.

En alguna de las crónicas Ingenieros se ubicaba en el lugar del artista o esteta frente al burgués vulgar. Se trataba de alguien capaz de realizar una apreciación sofisticada no solamente de las obras de arte que le ofrecía el entorno, sino hasta de las emociones que proporcionaba el juego de azar. En una crónica titulada “Una hora de emoción”, dedicada al casino de Montecarlo, distinguía entre el jugador “profesional” que, como todo profesional, era un burgués obsesionado por las ganancias, y el “artista” que jugaba por la emoción, sin importar si ganaba o perdía, y para quien el oro tenía una dimensión puramente estética:

El dinero nada vale en sí mismo; vale por los placeres que puede proporcionarnos. Allí está la diferencia entre el criterio de un artista y el criterio de un burgués. Este es incapaz de pagar con puñados de oro un minuto de emoción; antes piensa la cantidad de platos succulentos que puede costearse con ese dinero, el tanto por ciento que podría dar en un banco, los buenos litros de Borgoña y Barbera que abrevarían sus fauces insaciables; huelga decir que ignora el Falerno de los césares.

Lo único que contaba para el “jugador artista” era el placer. En su “inutilidad” estaba la virtud de los placeres frente a la “utilidad” burguesa.

Ingenieros se asignaba el lugar de un connaisseur y, más que eso, de un insider de la cultura europea, tanto de la clásica como de la moderna, así como de la política y, obviamente, de la ciencia, y en esto se distinguía tanto del turista burgués como de la mayoría de sus predecesores y contemporáneos en el género. Ingenieros se proyectaba como parte integrante y no solamente como testigo del mundo que describía. Así, por ejemplo, menciona que se enteró de los avatares de la elección de Pierre Janet como profesor del Collège de France gracias a “nuestro amigo Th. Ribot, que nos ha referido estos entretelones mientras corregíamos pruebas en la librería de Alcan”. Cabe destacar que Théodule Ribot, director de la Revue Philosophique, era un intelectual de enorme prestigio y casi cuarenta años mayor que Ingenieros.

El psiquiatra argentino escribía con la misma seguridad sobre las ruinas italianas

(y sobre quienes habían escrito sobre ellas, en una larga lista que iba de Suetonio y Tito Livio hasta Émile Zola, pasando por Emilio Castelar y muchísimos otros) como sobre las crisis políticas de Italia. La crónica titulada “El socialismo en Italia” no solamente constituía un análisis de los conflictos entre la corriente reformista liderada por Filippo Turati y los “anarquistas”, que en un principio apoyaron y luego abandonaron a Enrico Ferri, sino también una fuente de reflexiones sobre la naturaleza del socialismo como movimiento social necesario y necesariamente reformista, adelantando temas que luego desarrollaría en sus textos más sociológicos. Ingenieros concluía que al socialismo “no puede considerársele como una simple protesta de rebeldes o de hambrientos; es fuerza reconocer que es una forma de política positiva, la manifestación más moderna de la sociología aplicada, que es la única política científica”.

Ingenieros se presentaba no solamente como amigo personal (o al menos conocido cercano) de los protagonistas de sus crónicas, sino como actor principal de los debates a los que se refería. En un segundo artículo sobre la crisis del socialismo en Italia, mencionaba la “docena de artículos insolentes con que las gacetillas de Labriola, Mocchi y co. nos honraron por aquel entonces [cuando escribió el primer artículo sobre el tema]”. De la misma manera, luego de cenar con Turati –mientras, nos aclara, su “compañero de viaje”, es decir, el Gral. Roca, cenaba en el Quirinal con el rey de Italia–, se dirigió a ver a Ferri, quien supuestamente lo recibió diciéndole: “Tú has sido el augur malévolos de lo que ocurre; casi me enojé cuando Lombroso me envió LA NACION en que hablabas del partido. Pero, como siempre, los de afuera son los únicos que aciertan”.

En varios de los textos referidos a cuestiones políticas, Ingenieros volvía a mostrar su desprecio por las masas. Una manifestación anticlerical ocurrida en París le proporcionó la oportunidad para ejercitar nuevamente –y con gran ironía– su ojo etnográfico mostrando las similitudes entre este tipo de demostraciones populares y las (también populares) organizadas por grupos clericales. En rigor de verdad, nos dice Ingenieros, se trataba de las mismas multitudes que un día se fanatizaban por Cristo Rey y el otro en su contra; el problema eran las masas ineducadas. Sus conclusiones eran semejantes a las que venía proponiendo en diversos escritos: “Las ideas científicas y los teoremas filosóficos no están al alcance de las multitudes [...]. La multitud atea es análoga a la multitud mística. Ambas creen, ambas ignoran; ni una ni otra saben. Lo esencial es saber, no creer”. El verdadero librepensador, en cambio, “no cabe en ninguna parte, compadece al anticlerical lo mismo que al ultramontano”. Sería

por eso que Ingenieros fue a la manifestación unido, según señalaba, de “un tomo de Renán y otro de Sirner debajo del brazo, como salvavidas seguros, antes de sumergirnos en la ola sectaria”.

En otras crónicas, Ingenieros mostraba su desprecio por la cultura política francesa presentada de manera grotesca (y siempre asociada a las multitudes o a los ignorantes), a diferencia de la italiana, a la que dedicó páginas más conceptuales. En una crónica titulada “El señor cero-a-la-izquierda y la política francesa”, nuestro cronista reproducía un supuesto diálogo –cabe señalar que Ingenieros introducía bastante libremente la ficción en sus crónicas– que habría tenido lugar en Niza entre él mismo y tres cosechadores de rosas que representaban tres arquetipos posibles de vínculos entre los sectores populares rurales y la política en Francia: un viejo clerical, un joven republicano que veneraba a “su diputado” y un “loco” escéptico que pensaba en términos de su interés personal, pero que terminaba siendo el más lúcido de los tres. Ingenieros se ubicaba en una clara posición de superioridad respecto de sus interlocutores. Vemos aquí cómo Ingenieros invertía la matriz “civilización-barbarie”: era el latinoamericano quien se ubicaba en el lugar del civilizado frente a los “bárbaros” europeos con quienes interactuaba. A efectos de entablar amistad, obsequió un cigarrillo a cada uno de sus interlocutores, lo cual, no se privaba de indicar, era un “procedimiento habitual entre los visitantes de manicomios”. El diálogo terminó cuando finalmente apareció el dueño de la perfumería para quien los tres trabajadores rurales cortaban rosas, y los tres: “volvieron a su yugo, mansitos, doblando otra vez sus espinazos como cuellos de viejos cisnes oscuros”.

De manera semejante, la crónica titulada “Alegrías electorales” narraba de manera irónica y humorística las peripecias de un día de elecciones en Francia, deteniéndose sobre las ridículas campañas de los candidatos (incluyendo a celebridades de la derecha, como Maurice Barrès, o de la izquierda, como Jules Guesde). Así, según Ingenieros, los carteles electorales “oscilan entre el más pavoroso terrorismo y la más grotesca comicidad”, a lo que había que sumar los diversos tipos de fraude cometidos, lo que mostraba que las elecciones en Francia no eran demasiado diferentes de las argentinas.

Un comentario aparte merece la reflexión que Ingenieros le dedicó al imperialismo en una crónica fechada en Berlín. El imperialismo era un hecho y, por lo tanto, resultaba inútil tanto rendirle homenaje como cubrirlo de invectivas. La mirada científica de Ingenieros se dirigía en cambio a “investigar el proceso

histórico de su formación, determinar sus caracteres generales, observar sus medios de consolidación en la mentalidad colectiva y ensayar algunas inducciones sobre sus modalidades venideras”. El imperialismo constituía una de las formas en las que se manifestaba, entre los humanos, la ley de la lucha por la vida y la selección natural: se trataba de un fenómeno evolutivo. Dicho esto, Ingenieros realizaba una segunda constatación: el predominio de los grupos étnicos germánico y anglosajón. En efecto, las “virtudes latinas que emocionan a tantos retóricos de la sociología sentimental” pesaban poco frente a la “capacidad de energía” de las potencias hegemónicas. El imperialismo se encarnaba en las grandes personalidades como el Kaiser Guillermo y Theodore Roosevelt.

Aunque Ingenieros señalaba que el imperialismo se fundaba en condiciones sociales específicas, reconocía, sin embargo, que estas eran acompañadas por un sentimiento nacional particular que sería su epifenómeno. Empero, aquí se produce una grieta en la narrativa de Ingenieros. Aunque las condiciones estructurales eran consideradas como determinantes para el surgimiento del imperialismo, y lo señalaba con más énfasis aun en la versión publicada en *Al margen de la ciencia*, donde sostenía que: “nosotros creemos [...] que la formación del sentimiento imperialista es secundaria, y que sus factores genéticos y evolutivos deben buscarse en la economía”, lo cierto es que nuestro autor también se detenía sobre la dimensión espiritual del fenómeno. Antes que Bismarck, Moltke y Roon, “los Arndt y los Koerner trabajaron y combatieron por salvar la libertad y la nacionalidad germanas”. Solo cuando la mentalidad nacional estuvo formada, hubo lugar para un Bismarck.

El concepto de disciplina, que ocupaba un lugar tan central en la cultura germana y que constituiría una de las bases del imperialismo, según señalaba Ingenieros, tenía efectos positivos también en el mundo científico. Aparte de los recursos puestos al servicio de la investigación médica por el Reich alemán –lo cual no era óbice para que Ingenieros criticara muchas de las instituciones que visitó, algunas de las cuales encontraba inferiores a sus pares argentinas<sup>6</sup>, nuestro médico admiraba el sentido de disciplina que permitía el establecimiento de una división del trabajo basada en el talento. Los grandes maestros de la ciencia alemana podían trabajar productivamente porque “la condición primordial de su valor científico es la mediocridad paciente y disciplinada del personal secundario. Si éste fuera inteligente, o creyera serlo, incomodaría a los maestros, como ocurre en muchas de las universidades latinas”. Ingenieros llegaba al punto de recomendar la importación de estos hombres de trabajo sin cualidades: “[...]”

ellos darían el buen ejemplo de laboriosidad y disciplina que tanta falta hace a la gran masa de los hombres de estudio”, aparte de la oportunidad para que los “hombres de espíritu puedan desarrollar su talento”. Una década después, Ingenieros tomaría a la mediocridad como el tema principal de uno de sus libros más leídos.

Ingenieros era un personaje multifacético y construía una imagen de sí mismo acorde al público al que se dirigía. Mientras que las crónicas publicadas en La Nación lo mostraban como una especie de joven prodigio, admirado por las más altas cumbres del pensamiento europeo, y capaz de hablar con la misma soltura de arte que de política y ciencia, en otros textos enviados a espacios menos prestigiosos quedaba bajo una luz diferente. Al respecto, me gustaría detenerme en la comparación de dos crónicas: la primera, enviada a La Nación bajo el título de “Un impuesto a la belleza” –se trató de la primera de sus crónicas–; la segunda, publicada en un medio menos prestigioso, cuya identidad no pude determinar, que se titulaba “Un milanés in mar”<sup>7</sup>. En ambos casos el tema era sus experiencias a bordo del transatlántico Sirio.

La crónica de La Nación ponía de manifiesto a un personaje que se consideraba a la vez artista y científico. El texto se centraba en el mal del mar: el mareo. El punto de partida estuvo dado por una joven que lo reconoció como médico y se dirigió a él solicitándole ayuda para la cura del mareo. Ingenieros concluyó inmediatamente que “estudiar el mareo es un pasatiempo tentador para cualquier médico desocupado; su causa es desconocida, sus formas carecen de clasificación metódica, su terapéutica está recluida a los incerteros tanteos del curanderismo transatlántico”. Terminaba señalando: “cada sujeto concibe el mareo de una manera distinta y, por ende, cada cual se marea según lo concibe: como que, en gran parte el problema depende de la autosugestión”. Ingenieros realizaba una tipología de los “mareados” de abordaje, que iban desde una “soltera asaz romántica”, para quien marearse de la manera que lo hacía “es en gran parte cuestión de coquetería y de tedio”, hasta un comerciante neoyorquino en el que se confundían mareo y ebriedad, pasando por una francesa “más frágil de intenciones que de costumbres”. Todos estos tipos eran característicos de la burguesía y pagaban su impuesto a la belleza del mar. Luego de posar su mirada etnográfica sobre estas víctimas del mar, Ingenieros se detenía en un artista que viajaba de incógnito. Este sujeto privilegiado “se mueve con sus propios movimientos, clama sus íntimos clamores, medita sus hondos enigmas”. Para él, el mar, lejos de ser fuente de desdicha, lo era de inspiración y belleza. Terminaba la crónica puntualizando: “Ese artista ideal no se marea. El mar es inteligente: no

cobra impuesto a los que comprenden toda su belleza”. Como resultaba evidente, el doctor Ingenieros pertenecía al grupo de los que estaban exentos de pagar el impuesto al mar.

Muy diferente era la imagen de sí mismo que Ingenieros proyectaba en la otra crónica a la que me referí, donde también comentaba episodios del viaje marítimo. En “Un milanés in (sic) mar”, Ingenieros mencionaba que el compañero de camarote que le había tocado en suerte era un milanés ignorante, al que pronto convertiría en objeto de sus conocidas bromas: Ingenieros le regaló un licor y lo convenció de que se trataba de una loción capilar. En esta nota particular hay, sin embargo, dos cuestiones que merecen destacarse. En primer lugar, resultaba claro que Ingenieros viajaba en condiciones bastante modestas no solamente por el hecho de hacerlo en un camarote compartido (suponiendo que la crónica sea genuina), sino por las características de su compañero. Si esto era así, no queda claro qué espacio del navío nuestro psiquiatra pudo haber compartido con los millonarios norteamericanos y burgueses adinerados como los que describía en la otra crónica.

En segundo lugar, como es constante en la vida de nuestro autor, hay una especie de incongruencia entre la modestia de sus condiciones de viaje y la posición que Ingenieros se atribuía para sí, es decir, entre sus condiciones materiales de vida y su “rango”. En efecto, cuando Ingenieros ingresó por primera vez al camarote, fue increpado por el milanés, quien le dijo: “Mándese mudar porque en la agencia me dijeron que viajaría conmigo un gran doctor y no un cai-laif [sic]”. El malentendido, sin embargo, se aclaró pronto cuando el comisario de abordaje “le explicó [al milanés] que la persona mentada era yo y no otro, costando convencerle de la identidad entre el gran doctor, el compadrito criollo y el cai-laif”. Ingenieros evidentemente se consideraba las tres cosas a la vez, puesto que terminaba el relato de su broma diciendo: “Yo no me atrevo a tener remordimientos, bien merece peinarse con licores quien bebe dentífricos a guisa de aperitivos. Aparte de que mi remordimiento interrumpiría mi felicidad”.

Lo que vemos en esta última crónica es al Ingenieros bromista, aquel que, siendo “un gran doctor”, no se privaba de ejercer su ingenio sobre sus víctimas designadas, en general aquellos que percibía como sus inferiores intelectuales. No hay aquí ningún rastro de la mirada etnográfica aplicada a sus interlocutores, presente en la crónica de La Nación, ni de la sensibilidad poética que, supuestamente, lo habría eximido de las desgracias del mareo, mal reservado a los burgueses adinerados pero poco sofisticados.

En las crónicas de Ingenieros coexistían las múltiples facetas de su pensamiento y las identidades que intentaba forjarse. Junto al esteta que se deleitaba con las ruinas romanas o al socialista reformista que se oponía a los deslices anarquizantes de Enrico Ferri, encontramos al evolucionista positivista, portador de un discurso racista. En su segunda crónica de abordaje, que hacía referencia a una escala en San Vicente, en el archipiélago de Cabo Verde, Ingenieros utilizaba el estilo seco del científico donde se mezclaba la sociología y la biología evolucionista. La visión de los nativos zambulléndose en el mar en busca de las monedas que les arrojaban los pasajeros del buque como divertimento le abría las puertas para un análisis no solamente de las condiciones de los negros en cuanto “raza inferior”, para quienes la liberación de la esclavitud habría resultado una maldición, sino de la situación económica y social de la colonia portuguesa. Todo esto era complementado con reflexiones sobre el carácter especulativo de las ciencias sociales, las que “forjadas frecuentemente en los bufetes más que en el laboratorio de la vida social”, promueven “ingenuos lirismos de fraternidad universal” que “se estrellan contra estas dolorosas realidades”.

Aparte de las consideraciones sobre la inferioridad de la raza negra y su imposibilidad de sobrevivir en la lucha por la vida, así como sobre la necesidad de una selección racial como la que practicaban los ganaderos –“el sociólogo que observa las razas humanas con el cerebro y no con el corazón, está obligado, por lo menos, a pensar lo mismo que el criador en materia de razas equinas o lanares”–, el triste espectáculo que se le ofrecía en San Vicente lo habilitaba a realizar consideraciones generales sobre la esclavitud en el Río de la Plata, las condiciones materiales del colonialismo portugués y el descenso de las condiciones de vida que la introducción del capitalismo implicó para los habitantes del archipiélago. Al respecto, resulta interesante confrontar estos puntos de vista con los de su amigo Rojas, quien descartaba cualquier idea de superioridad racial. En una de sus crónicas, también publicadas en La Nación, Rojas sostendría dos años más tarde que:

Lo cierto es que ninguna diferencia específica separa a los diversos grupos humanos y que las únicas diferencias actuales son de orden espiritual, sintiéndome yo, por ejemplo, más cerca de los japoneses amarillos que de los rubios ingleses [...]. No hay razas superiores sino naciones retardadas, y esto es una simple cuestión de tiempo y de política, no de espiritualidad.

Es decir, en el espacio de lo decible representado por un mismo medio, el diario La Nación, había lugar, durante la primera década del siglo XX, para discursos antagónicos respecto de temas tales como las diferencias raciales, que no parecían producir ningún tipo de reacción y menos aún escándalo, en un sentido o en otro. La cuestión racial aceptaba múltiples entradas simplemente porque no era percibida como un problema por el público no especializado.



## INGENIEROS Y LOS DOMINI DE LA CULTURA EUROPEA:

### “EL AMIGO MAX” Y LOS JUDÍOS

Al igual que otros viajeros, Ingenieros también visitó a los domini intelectuales europeos. Uno de ellos fue Max Nordau, un autor controvertido, aunque muy leído en América Latina. Desde el comienzo de la crónica donde relataba su visita, Ingenieros dejaba en claro que él mismo se identificaba con su polifacético anfitrión, cuya compañía llegó a considerar como “uno de los mayores atractivos intelectuales que nos ha ofrecido París”, tal como lo pone en evidencia el propio título de la nota: “Mi amigo Max”. Lo mejor que Ingenieros encontró en el espíritu de Nordau fue su “erudición completa, proyectada por igual en las ciencias, en las artes y en la vida”, cualidades a las que aspiraba él mismo. El placer que provocaba en Ingenieros la frecuentación del médico e intelectual húngaro –y uno de los líderes del movimiento sionista internacional– era a la vez producto de una afinidad intelectual y de un “homenaje de discípulo”. Sin embargo, su posición discipular (que él distinguía de la meramente epigonal) no le impedía realizar un juicio crítico sobre un libro de Nordau que aún no se había publicado, pero al que accedió por cortesía del autor. En él, este sostenía que la historia como disciplina se encontraba en un período semejante al de la alquimia o la astrología. Este juicio de Nordau le dio la oportunidad a Ingenieros para exhibir sus conocimientos sobre la historiografía, desde Carlyle y Macaulay hasta los desarrollos más recientes de la sociología científica, pasando por su admirado Achille Loria.

En la crónica sobre Nordau, Ingenieros aludía al tema del judaísmo, sobre el que volvería muchas veces. Refiriéndose a dos hombres que también esperaban ver al maestro, decía Ingenieros:

La raza les desbordaba por todos los ángulos y curvas de la fisonomía; no emanaban ningún olor étnico, no obstante, la especie difundida ha tiempo por Drumont y Cia [...]. El más joven lucía uno de esos perfiles que ilustran los libros idiotas de madama Gyp, muy leídos por los analfabetos durante la crisis de

judeofobia que complicó la cuestión Dreyfuss [...]. Merecía llamarse Moisés o Salomón.

El más viejo de los dos visitantes, por su parte, tenía la apariencia de “presidente de algún lejano comité sionista, venido a París a fin de consultar al sabio sobre un milésimo proyecto de reorganizar la nacionalidad”. Es que Nordau, recordaba Ingenieros, “como todos los hombres, tiene su laguna mental: cree en el sionismo, es decir, en un ‘ismo’ de tantos”.

¿Pueden estos comentarios ser caracterizados como antisemitas? Esta mirada “racial” sobre el judaísmo, que le permitía a Ingenieros no solamente caracterizar al individuo, sino además adjudicarle una profesión y hasta un nombre, era parte de un universo conceptual mayor en el que Ingenieros estaba inserto, y que tenía que ver con las derivas evolucionistas y biologicistas de su pensamiento. Las referencias al supuesto “olor étnico” eran obviamente irónicas ya que atribuía esta idea a “la especie difundida” por el conocido antisemita Édouard Drumont. De manera semejante, el perfil claramente semita del visitante más joven lo era porque podría ilustrar los libros “idiotas” de Gyp (seudónimo de Sibylle Gabrielle Marie Antoinette Riqueti de Mirabeau, Comtesse de Martel de Janville, una autora muy popular y también profundamente antisemita) que, según Ingenieros, habían sido leídos por (aunque parezca un oxímoron) los analfabetos durante el período de judeofobia asociado al affaire Dreyfuss. De la misma manera, las referencias negativas de Ingenieros hacia el sionismo no se vinculaban al carácter judío de esta ideología, sino a su carácter nacionalista (un “ismo” más).

Ingenieros ya había escrito apuntes sobre el tema. En un manuscrito sin fecha pero que puede tentativamente ser fechado en 1898<sup>8</sup>, nuestro autor había cuestionado el intento de los judíos de reconstituir su nacionalidad a partir de su unidad religiosa, debido a que se fundaría en la “falsa creencia de que constituyen una raza pura llamada a grandes destinos”. En realidad, la conclusión a la que llegaba Ingenieros era que los anhelos de los judíos por “reconstituir su nacionalidad no son más que la resultante de las persecuciones de que los semitas son víctimas, por parte de ciertas masas populares ignorantes que se dejan fácilmente engañar por charlatanes políticos que explotan sus bajos prejuicios políticos y religiosos en beneficio personal”.

A lo largo de su vida, Ingenieros mantuvo una excelente relación con la comunidad judía, como lo muestra una nota fechada en diciembre de 1918 en la que el presidente de la Universidad Libre Israel le agradecía sus conceptos sobre las publicaciones de la entidad<sup>9</sup>. Meses después, luego de los acontecimientos antisemitas asociados a la Semana Trágica, la revista de cultura judía *Vida Nuestra* organizó una encuesta entre intelectuales acerca del lugar de los judíos en la vida nacional y los acontecimientos recientes. Las respuestas de Lugones (“La inmigración israelita ha sido en todas partes, desde la conquista romana de Jerusalén, un elemento precioso de cultura”) y la de José Ingenieros, para quien los judíos formaban parte de la inmigración europea que engrandecía la patria, no dejaban dudas acerca de sus respectivos puntos de vista.

Nuestro psiquiatra establecería también una amistosa relación con el propio Nordau, quien, en una carta de enero de 1909, le agradecía el envío de *Al margen de la ciencia*, así como los juicios y menciones sobre él incluidas en la crónica en cuestión<sup>10</sup>. La correspondencia muestra que Nordau veía en Ingenieros a un científico con quien podía conversar casi de igual a igual, a pesar de la diferencia de edad y del nivel de consagración de ambos. En este y otros casos, Ingenieros parece haber sido exitoso en proyectar la imagen que intentaba construir para sí.

Ingenieros escribió otras semblanzas aparte de la de Nordau. En las crónicas que dedicó al Congreso de Psicología había comentarios sobre algunos de los participantes más destacados. En otra de las crónicas, titulada “Siluetas”, se refería a sus encuentros con científicos y algunos personajes vinculados al mundo de la cultura. Junto con Richet, cuya creencia en el espiritismo despertó su sorna y desprecio, aparecían otros personajes tales como Rodin, otro futuro Premio Nobel –Illia Metchnikoff–, el abate Peillaube y Madame Fraya (seudónimo de Valentine Dencausse, conocidísima practicante de quiromancia).

En “Siluetas”, Ingenieros se introducía como un insider de pleno derecho en el mundo de la cultura europea. La visita a Rodin –cuya vejez creativa distinguía del deterioro que le atribuía a Richet (a pesar de que el escultor tenía una década más sobre este mundo que el médico)– la realizó en compañía de la conocida escritora Geneviève Lanzy, mientras que trabó conocimiento con Madame Fraya en uno de los tés ofrecidos por Émile Buloz, hijo del fundador de la *Revue des Deux Mondes*, a quien Ingenieros decía frecuentar. Otro de los entrevistados, don Jaime de Borbón, era caracterizado como “un gran camarada”. Las charlas con estos personajes incluían conversaciones acerca de personajes conocidos

comunes, todos ellos pertenecientes a la elite política, social o intelectual argentina. Rodin recordó con aprecio a Carlos Pellegrini, a Eduardo Schiaffino y a Rodríguez Etchart.

El encuentro con Madame Fraya le proporcionó a Ingenieros la oportunidad de incomodarla. Cuando la “lectora de manos” realizó, a los pocos minutos de conocerlo, un retrato psicológico “bastante acertado y completo” de Ingenieros, este le retrucó: “Ya ve usted, Madame Fraya, que no es necesario leer la mano para conocer el carácter de las personas”. Al igual que con el espiritismo, Ingenieros no negaba la existencia de ciertas capacidades particulares en algunas personas para predecir el futuro, pero les buscaba una explicación científica. Nuevamente resulta significativo que Ingenieros produjera una inversión en el conocido tropo de “civilización y barbarie”. Ubicándose a sí mismo en el pináculo de la racionalidad científica, era el latinoamericano el que estaba en condiciones de “desenmascarar” la credulidad de los europeos.

## INGENIEROS, ROCA Y LOS LÍMITES DE LO POSIBLE

No pude establecer cómo Roca e Ingenieros se pusieron en contacto, pero puedo suponer que fue a través del hijo del primero y futuro vicepresidente de la nación, conocido masón, a quien Ingenieros frecuentaba desde hacía años: esta habría sido otra instancia en la que la pertenencia a la masonería habría servido a Ingenieros para ampliar su red de relaciones. Lo cierto es que Roca mostraba afecto por Ingenieros y en más de una ocasión fue él (Roca) quien tomó la iniciativa de ver al joven médico. Así, una nota del consulado argentino en París le hacía saber a Ingenieros que el general le enviaba saludos y que “tendría un gran placer en que Ud. fuese a almorzar con él uno de estos días”<sup>11</sup>. Roca también le enviaba largas misivas (cuatro o cinco carillas) escritas en tono afectuoso. En una de ellas, el político aconsejaba al joven médico:

[E]s muy ingrata la vida política, mi doctor, y Ud. hace perfectamente bien en dedicarse a la ciencia y a las letras y tenga cuidado de no sobresalir porque, aunque menos, ha de encontrar también fieras bravías en su camino, por más simpático que Ud. sea personalmente. Esa es la vida<sup>12</sup>.

Las cartas de Roca combinaban este tipo de consejos paternales con reflexiones acerca del arte de la política. La correspondencia entre el médico y el general se prolongó aun luego de la vuelta de Ingenieros a Buenos Aires. El psiquiatra enviaba al expresidente noticias sobre la política local que eran recibidas con benevolencia por Roca: “Lo veo a Ud. bastante enterado de las cuestiones políticas de la tierra y sus juicios me parecen juiciosos”<sup>13</sup>.

En poco tiempo, el médico se convirtió en el hombre de confianza del general en Europa. Aunque las funciones que desempeñaba Ingenieros cerca de Roca eran una combinación de las de secretario y “hombre de compañía”<sup>14</sup>, nuestro personaje consideraba que recibir un estipendio “lo pondría en una situación inferior y humillante”, aunque la cercanía del expresidente lo obligara a

aumentar sus gastos<sup>15</sup>. Le señalaba a su amigo Helvio Fernández: “creo haberte dicho que no vivo de Roca ni con Roca”. El hecho de considerar humillante recibir dinero por un servicio habitualmente remunerado de parte de alguien que, obviamente, no era su igual en términos económicos ni sociales, constituía un indicio del lugar que Ingenieros imaginaba para los intelectuales en relación con el poder. Sin embargo, frente a otros amigos –es el caso del dibujante Pelele, que lo encontró en París–, y muy en su estilo, Ingenieros no se privaba de ostentar su cercanía con el general: “Me ahogo, mi querido Pelele [...]. Felizmente salgo para Monte-Carlo invitado por el General Roca”<sup>16</sup>, mientras que a su amigo Palacios, como vimos, le ofrecía recomendarlo al general. De cualquier manera, como recordaba el escritor y periodista Ernesto Barreda, el contacto con Roca había cambiado a Ingenieros. Su antigua voz estridente se había “normalizado” al lado del general<sup>17</sup> y su cercanía con él parecía haber pulido sus aristas más histriónicas. Gálvez también sostenía que el viaje a Europa –y el contacto con el expresidente en particular– había transformado a su antiguo amigo, lo había “aristocratizado”, o al menos eso es lo que intentaba aparentar Ingenieros, el eterno fumista.

La estadía cerca de Roca también le permitió a Ingenieros probar su suerte con su hija menor. Mientras esperaba al expresidente en Roma, le escribía a Salvatore el 15 de febrero de 1906 pidiéndole que le mandara urgentemente algo de dinero (en este caso se invirtió la dirección usual de los pedidos de dinero), a efectos de comprarse un traje nuevo. Pocos días después, ya desesperado por la necesidad acuciante del traje, le pidió a su madre que empeñara la medalla de oro que le había otorgado la Academia de Medicina por su tesis doctoral y le enviara el dinero con urgencia.

¿A qué se debía tanta premura por comprarse un atuendo? Es que pronto llegarían las hijas de Roca, con las cuales decía estar en muy buenas relaciones. Concluía la misiva diciendo: “nada en el mundo es imposible. El que va despacio [...] a menos que nunca llegue. Veremos, es la primera vez que oso esperar una cosa tan improbable”<sup>18</sup>. Lo que parecía insinuarse en esta carta se confirmó unos pocos días después, cuando Ingenieros informó a su padre que no sabía aún cuando podría ir de visita a Palermo: “Ya sabes el verdadero objeto de esta permanencia mía en Europa y comprenderás que debo jugarme el todo por el todo. Una probabilidad contra mil es ya una probabilidad<sup>19</sup>”.

A partir de ese momento, la correspondencia entre José y Salvatore giró alrededor de las diversas estrategias puestas en práctica por el primero para

ganar acceso al corazón de la joven Roca (y al bolsillo y poder de su padre; en un momento Ingenieros le señaló a Salvatore que, si lograba casarse con ella, todos los problemas de la familia estarían solucionados). El problema era que Roca tenía varias hijas. La mayor, “buena, inteligente, pero fea”, estaba aparentemente interesada en José, pero los ojos del joven psiquiatra se fijaron en la menor, “bella, inteligente, buena y extraordinaria”. Hombre experimentado en estas lides, Ingenieros aclaraba que esperaría la ocasión de verla a solas durante un cuarto de hora para hacer la prueba decisiva. En total necesitaría veinticinco minutos, “tiempo más que suficiente para conquistar a una mujer”. Pero sus estrategias parecían ser más sofisticadas: Ingenieros hizo correr el rumor en Buenos Aires –y aparentemente esto apareció en alguna nota periodística que no pude localizar– que estaba comprometido con una joven de buena familia madrileña y, luego, con una de las hijas de Nordau: “En cierto modo ambas publicaciones”, señalaba a Salvatore, “fueron el producto de mi confianza a una persona que no puede ser discreta; una estrategia exitosa”<sup>20</sup>.

Mientras tanto, Salvatore incitaba a José a pasar a la acción lo antes posible, seguramente entusiasmado por las posibilidades que se le abrirían a la familia si su hijo tuviera éxito. Este último insistía que era mejor no precipitarse, y señalaba irritado que había grandes diferencias entre dar consejos y actuar. Él (José) era “más zorro que todos los zorros del mundo” (en referencia a la forma en que era conocido el padre de la codiciada joven). El problema era, sin embargo, que se trataba de una presa muy difícil, y por eso mismo muy valiosa: “la copeta” (así se la conocía en sociedad) había ya rechazado públicamente en París a candidatos de la talla de Marcelo de Alvear, Aarón Anchorena, Nicolás Mihanovich hijo y al príncipe de La Tour d’Auvergne, todo ellos “tipos inteligentes, ricos, mundanos y aristocráticos”<sup>21</sup>. Ingenieros consideraba que si fracasaba (sería la primera vez en su vida, según él), sería un fracaso digno. Lo que había en juego también era mucho (mucho más que atracción física o incluso que amor), tal como le escribió a Salvatore en otra misiva: “comprenderás que juego todo en esta partida, esperanza, posición, porvenir”<sup>22</sup>.

La historia no tuvo un final feliz sino más bien uno rocambolesco. A finales de marzo Ingenieros le escribió nuevamente a su padre diciendo que todo parecía perdido (al menos por el momento). Una carta de Salvatore en la que, hablando del tema, contaba una historia de un violinista que se había casado con una princesa y en la que se mencionaba explícitamente la conveniencia que Ingenieros podía encontrar en un matrimonio con la hija de Roca, había quedado olvidada en el coche del general. Para peor de males, en la carta también se

señalaba que José no estaba para nada interesado en la hija mayor. Digo para peor de males, porque la carta fue encontrada precisamente por la joven rechazada. Al enterarse de esto por las bromas alusivas que ella comenzó a gastarle, Ingenieros sintió que el mundo se le venía abajo y estuvo a punto de dejar todo y volverse a Buenos Aires. Sin embargo, hombre tenaz, cambió de idea una vez que quedó claro que la despechada era, después de todo, una dama. No solamente no le mencionó el hecho a su padre, sino que continuó comportándose en público como si nada hubiera sucedido. Ingenieros decidió entonces tomar un poco de distancia para volver a la carga luego, cuando el episodio hubiera sido olvidado<sup>23</sup>. Todavía un mes después de los acontecimientos insistía en que, si hubiera una chance en mil, le jugaría a favor.

Si Ingenieros soñó que un casamiento ventajoso podría mejorar su situación económica y social, era consciente, por otro lado, de que “una chance en mil” era muy poco. Como no se cansaba de repetirlo, el único capital contante y sonante con el que contaba (a pesar de sus denodados esfuerzos por reconvertirlo en otro tipo de capital) estaba basado en su esfuerzo intelectual y su capacidad y esto, obviamente, no era suficiente para seducir a la hija del expresidente. Poco después, y todavía desde Roma, José le señalaba a su padre que “el porvenir de un estudioso no depende sino del propio valor intelectual, y yo sé estudiar”<sup>24</sup>. Sin embargo, también resulta significativo el hecho de que el inmigrante siciliano y sus amigos más cercanos a la elite pudieran considerar como posible un matrimonio como el que se proponía.



## REGRESO TRIUNFAL

Aunque Ingenieros era ya un personaje reconocido antes del viaje, fue a partir de sus éxitos en Europa y de sus crónicas publicadas en La Nación cuando su visibilidad se incrementó exponencialmente. Una carta de su amigo, el psicólogo infantil Rodolfo Senet, de junio de 1905, le comunicaba que su nombre se había puesto de moda en Buenos Aires. La carta reflejaba los sentimientos que generaba: “Todos se ocupan de su persona y no es poco el trabajo que U. da a sus amigos, porque el 50% lo envidian, pero no pueden menos que reconocerle talento aunque acompañe este epíteto el de loco, calavera, etc. etc.”<sup>25</sup>. Según Senet, todo el mundo decía conocer a Ingenieros y él mismo había oído comentar las crónicas de La Nación en lugares tan dispares como el Hotel de España, el teatro Politeama, el Ministerio de Instrucción Pública y el tren.

A pesar de sus éxitos, algunos amigos íntimos de Ingenieros tenían otra imagen del “gran triunfador”. En una carta sin firma, pero con membrete de los Archivos de Psiquiatría (probablemente de Helvio Fernández) fechada en febrero de 1906, el remitente le hacía saber su desilusión respecto de su conducta en Europa. “Cittadini anda mostrando una carta de Ferri en la que dice que tú fuiste una desilusión como hombre y como sabio”. Obviamente, esto contradecía la supuesta amistad cercana que Ingenieros decía mantener con Ferri. Acto seguido el corresponsal pasaba a criticar las crónicas de La Nación. “Y además tus correspondencias [ilegible]. La de los negros, la de Lombroso, la de los anticlericales, etc., todas están hechas sin sinceridad alguna, con intención de alegrar a todos los imbéciles de Buenos Aires, con falta de prudencia política, social, etc. etc.” La carta concluía: “Ah, gran [ilegible], si tu escribieras sin intención de joder y te preocuparas por mostrar tu alma, grande y buena [...]. Ah, si en vez de disfrazarte de fumista exteriorizaras la grandeza moral que yo conozco”<sup>26</sup>.—

El regreso de Ingenieros fue saludado por la prensa. El diario Sarmiento reportaba: “Ya lo tenemos otra vez en las calles de Buenos Aires –léase Florida– saludado, festejado, adulado también y cortejado por amigos sinceros y aduladores vulgares. Ingegneros a todos sonrío”. Pero el eterno sonriente era, también, ya un sabio consagrado: “salir del involucre de la nombradía de cueros,

vacas y trigos para radiar su arte y ciencia no se consigue con audacia, ni menos con excentricidades; es necesario tener un valor real [...], una inteligencia despierta”<sup>27</sup>. La Nación prefirió saludar al “fecundo y talentoso trabajador” luego de listar todos los artículos y libros que había publicado durante su estadía en Europa. El agasajo que sus amigos le ofrecieron a su vuelta también fue comentado por los periódicos, en muchos casos en un tono humorístico, como lo hizo El País el 8 de noviembre, imaginando un banquete tan excéntrico como el homenajeado. En cambio, El Nacional de Dolores y La Razón celebraban la vuelta del joven sabio con un tono mucho más mesurado, aunque también desbordante de elogios para el distinguido médico “que ha sabido con altura sostener en las añosas ciudades europeas [...] la palabra de la ciencia y la civilización argentina”. La Semana Médica y La Nación daban noticia sobre el banquete de bienvenida (al que asistió tout Buenos Aires) y reprodujeron parte de los discursos pronunciados. Pero la proyección de la figura de Ingenieros ya se hacía notar en el resto de América Latina. La Escuela de Medicina. Periódico Dedicado a las Ciencias Médicas de México también reportaba sobre el banquete en su edición del 15 de enero de 1907, lo mismo que La Juventud Médica. Órganos de la Sociedad Científica del Mismo Nombre de Guatemala, que lo hacía en el número de enero-febrero de 1907. Esta revista ya se había ocupado “varias veces de esta notable personalidad”, declarándose sus editores “fervientísimos admiradores de su grandeza”.

Finalmente, resulta significativo que, en una de las ediciones en forma de libro de las crónicas publicado muchos años después, Ingenieros decidiera incluir como último capítulo los textos de dos discursos suyos. El primero, pronunciado un año antes del viaje, cuando este todavía no estaba en el horizonte, había tenido lugar durante el banquete ofrecido por sus amigos para celebrar el Premio que la Academia de Medicina le había otorgado a su tesis como “la mejor obra científica publicada en el país”. El segundo es el que pronunció a su vuelta de Europa, en el banquete de bienvenida. Parece razonable la inclusión de este último como coronación de las crónicas; más enigmático parece la del primero, que nada tenía que ver con el viaje en sí. Sin embargo, a poco de leer los textos se puede vislumbrar fácilmente la conexión que Ingenieros intentaba establecer entre ambos.

Al final del primero, Ingenieros auguró “que algún argentino de mi generación sobrepase este éxito obtenido ante la Academia de Medicina de Buenos Aires y pueda anunciar que ha conquistado, para nuestra intelectualidad, una recompensa honorífica de la Academia de Medicina de París”. A su vuelta,

resultaba claro que quien había sido agraciado con semejante honor era el propio Ingenieros. No solamente había sido invitado por Georges Dumas a hablar en la Sorbona (lo cual era presentado hasta el cansancio por Ingenieros y mencionado en notas periodísticas como una suerte de “credencial de sabio”), sino que, además, había obtenido un premio (accessit) de la Academia de Medicina de París con su *Le langage musical et ses troubles hystériques*, libro que recibiría elogiosos comentarios de Théodule Ribot, Pierre Janet y Henry Maudsley, entre otros.

Ingenieros también incorporaba otra temática que luego sería central en su pensamiento, pero que, hasta ese momento, había estado casi ausente de sus escritos: la patria. El otrora internacionalista señalaba ahora que “la fraternidad universal es un ideal lejano, el amor por el país propio es un sentimiento actual”. Exhortaba a sus oyentes a ser “piedras distintas que concurren a combinar el mosaico de la nacionalidad” y a aspirar “a crear una ciencia nacional, un arte nacional, una política nacional, un sentimiento nacional, adaptando los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y sociológico”. Con esto inauguraba una nueva etapa de su pensamiento en la que las nociones de patria y nacionalidad iban a ocupar un lugar prominente.

## NOTAS

1 Sin embargo, hay que destacar que la similitud de los títulos de varios de sus artículos hacen pensar que no todos eran textos originales en sentido estricto.

2 La carta estaba escrita en papel membretado en francés en el que se lee: “José Ingegneros, docent de pathologie nerveuse et mentale à la faculté de Médecine”.

3 FJI A.6.2/SAA78.4/9.1 Doc. 52. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 17 de marzo de 1905.

4 FJI A.6.2/SAA/8.4/9.1 Doc. 16. Carta sin fecha de José Ingenieros a Salvatore.

5 Para la discusión de las crónicas de Ingenieros me baso en las versiones completas presentadas por Cristina Beatriz Fernández en Hojas al pasar: las crónicas europeas de José Ingenieros. Córdoba: Buena Vista, 2012.

6 Ingenieros se mostraba impresionado por las facilidades físicas del hospital de La Charité de Berlín, pero encontró el laboratorio de psicología experimental dirigido por Carl Stumpf como mediocre e inferior a los instalados por Horacio Piñero en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Colegio Nacional de Buenos Aires. En carta a Helvio Fernández, Ingenieros caracterizaba a Stumpf como “un zanahoria”. En esta carta, Ingenieros expresaba su admiración por Alemania y su imperialismo: “todo está militarizado, disciplinado. La grandeza alemana es evidente y su superioridad sobre Francia me parece indiscutible”. FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1. Carta de José Ingenieros a Helvio Fernández del 2 de junio de 1906.

7 Se trata de un recorte de periódico sin identificación que se encuentra en el FJI A.4.3.

8 FJI A.1.1.3. El manuscrito está escrito en el reverso de una hoja que contiene un fragmento de un petitorio para la convención constituyente de 1898 pidiendo que se eliminen de la Constitución referencias a una religión determinada.

9 FJI A.6.1 SAA/8.4/2.3 Doc. 15. Carta de Samuel Levy, presidente de la Universidad Libre Israel a José Ingenieros del 18 de diciembre de 1918.

10 Nordau escribía en referencia al texto “... je connaissais déjà la plupart des chapitres qui introduit une belle note de littérature et d’art dans votre oeuvre scientifique...”. Respecto de las menciones a Nordau en la obra de Ingenieros, señalaba: “Je ne puis que remercier votre amitié une fois de plus et tant de bienveillance”. FJI A.6.1 SAA/8.4/6.2 Doc. 26. Carta de Max Nordau a José Ingenieros del 24 de enero de 1909.

11 FJI A.6.1 SAA/8.4/4.1 Doc. 14. Carta de A. Glücksmann, empleado del consulado general de la República Argentina en Francia, a José Ingenieros, fechada el 13 de setiembre de 1905. Otros telegramas enviados directamente por Roca le informaban que estaría en París y lo invitaba a visitarlo.

12 FJI A.6.1 SAA/8-4/7.2 Doc. 2. Carta de Julio A. Roca a José Ingenieros del 30 de julio de 1905.

13 FJI A.6.1 SAA/8.4/7.2 Doc. 8. Carta de Julio A. Roca a José Ingenieros del 11 de enero de 1907.

14 Según le contaba a su padre, Ingenieros se encontraba con Roca a eso de las diez de la mañana y pasaban juntos el día, lo ayudaba a responder la correspondencia, lo acompañaba en sus paseos y compartían las comidas.

15 FJI A.6.2 SAA/8-4/9.1 Doc. 59. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 19 de setiembre de 1905.

16 Pelele, “Ingenieros en París”, Nosotros, número extraordinario..., op. cit., p.520.

17 Barreda, Ernesto Mario, “José Ingenieros”, Nosotros, ibid., p. 492.

18 FJI A.6.2/SAA/8.4/9.1 Doc. 72. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 15 de febrero de 1906.

19 FJI A.6.2/SAA/8.4/9.1 Doc. 73. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 24 de febrero de 1906.

20 FJI A.6.1 SAA/8.4/9.1. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 25 de febrero

de 1906. José escribía a Salvatore casi diariamente para reportar sus progresos.

21 FJI A.6.1 SAA/8.4/9.1. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 7 de marzo de 1906.

22 FJI A.6.1 SAA/8.4/9.1. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 15 de marzo de 1905. Subrayado en el original.

23 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 85. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 31 de marzo de 1906.

24 FJI A.6.2/SAA/9.1 Doc. 86. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 2 de abril de 1906.

25 FJI A.6.1.SAA/8.4/7.3 Doc. 67. Carta de Rodolfo Senet a José Ingenieros del 12 de junio de 1905.

26 FJI A.6.1 SAA/8.4/3.3 Doc. 21. Carta probablemente de Helvio Fernández a José Ingenieros del 12 de febrero de 1906.

27 “José Ingegnieros”. Sarmiento (2 de noviembre de 1906). Ver en la misma tónica y señalando el doble carácter de sabio que habló en la Sorbona y de personaje “travieso” que no perdió su jovialidad habitual a pesar de sus triunfos: “José Ingegnieros”, El País (1.º de noviembre de 1906), e “Ingegnieros”, Tribuna, (31 de octubre de 1906).

## Capítulo V

### Ingenieros, analista de la sociedad

Desde joven, Ingenieros incursionó en el análisis social, tal como lo atestiguan sus artículos publicados en La Montaña y en El Mercurio de América. Esta preocupación fue abordada desde tres dimensiones distintas, que estaban asociadas a los diversos espacios en los que Ingenieros intentó ubicarse, ya sea de manera simultánea o sucesiva. El socialista radicalizado que discurría desde las páginas de La Montaña sobre distintos aspectos de la cuestión social buscaba insertarse en una posición de liderazgo dentro del Partido Socialista y, al mismo tiempo, obtener reconocimiento como guía de las masas. El científico que dirigía Archivos y escribía sobre la simulación, la histeria y la criminología, por otro lado, intentaba hacer carrera en el Estado y, concomitantemente, ser reconocido como el portavoz de los emergentes saberes de Estado y de la ciencia positiva. El saber que Ingenieros encarnaba en estos casos era esencialmente práctico, obtenido de la observación clínica y destinado a la intervención directa sobre los individuos y la sociedad. Finalmente, las formas de saber generadas y organizadas en textos tales como Sociología argentina, aunque articuladas (no siempre de manera cómoda, como se verá) con las “ciencias de intervención”, parecieran responder a otro objetivo: realizar un análisis “genético” sobre la sociedad desde una posición de intelectual autónomo.

Considero que un buen punto de partida para un análisis de las ideas sociales de Ingenieros es el libro Sociología argentina que, dado su carácter “aluvional” (consiste en una colección de textos que abarcan el período comprendido entre 1899 y 1915), permite reconstruir una posible arqueología de las mismas. También analizaré su texto histórico más importante: Evolución de las ideas en la Argentina, y concluiré el capítulo con una discusión de las ideas de Ingenieros sobre el amor y el lugar de las mujeres.

En lo que respecta a Sociología argentina, me baso para el análisis en la edición “definitiva” de 1918, tal como apareció en las Obras completas. Este volumen está compuesto de cuatro partes, tituladas respectivamente: “La evolución

sociológica argentina”, “Crítica sociológica”, “Los iniciadores de la sociología argentina” y “La formación de una raza argentina”, consistente esta última de un solo capítulo. En la “advertencia para esta edición”, Ingenieros puntualizaba que era este último capítulo el que “puede considerarse como la expresión más reciente de las ideas del autor”. Se trataba de una conferencia leída en el Instituto Popular de Conferencias en 1915 y reproducida en la Revista de Filosofía. Existe, además, una versión en alemán publicada ese mismo año en Zeitschrift des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins zur Kultur und Landeskunde Argentinien, una revista publicada en la Argentina, aunque destinada a la comunidad alemana.

La primera parte de Sociología argentina se componía de tres capítulos. El segundo de estos, “La evolución sociológica argentina”, se trataba de uno de los textos más antiguos de los incluidos en el libro: consistía en una versión revisada de una ponencia presentada en el “Congreso Científico de Montevideo” de 1901, en la que, a su vez, se refundían escritos que habían sido publicados anteriormente. Fue a partir de este capítulo que Ingenieros fue construyendo Sociología argentina, que apareció por primera vez en forma de libro en 1907, editado en los talleres de la Penitenciaría Nacional, bajo el título de La evolución sociológica argentina. El primer y tercer capítulo de la primera parte: “De la sociología como ciencia natural” (publicado originalmente en 1908) y “La función de la nacionalidad argentina en el continente sudamericano” (que parece haber sido escrito especialmente para la tercera edición), fueron agregados a la edición de 1910, de doscientas páginas de extensión (la quinta edición, publicada en Madrid tres años más tarde, ya contaba con 440 páginas). Nótese la amalgama de temas y de épocas de la vida del autor que aparecen reflejadas en esta primera sección del libro.

La segunda sección del libro está compuesta de seis capítulos. Cuatro de ellos son reseñas bibliográficas publicadas en la Revista de Derecho, Historia y Letras (dirigida por Estanislao Zeballos), entre 1899 y 1904. El quinto capítulo consiste en la traducción resumida del trabajo sobre el fracasado proyecto de legislación laboral presentado por Joaquín V. González, que ya mencioné en el capítulo II; y el sexto, “La ética social de Agustín Álvarez”, autor por quien Ingenieros mostraba un gran respeto, se trataba de un texto más reciente. La tercera parte, agregada a la edición de 1918, trataba de temas que serían retomados en La evolución de las ideas argentinas, libro que anunciaba en la “advertencia” como de pronta aparición, pero que quedaría inconcluso a su muerte: consistía en análisis de las ideas de Echeverría, Alberdi y Sarmiento, que habían sido



publicados entre 1915 y 1916. Por lo tanto, Sociología argentina puede ser leído como un muestrario de la evolución de las ideas y de las preocupaciones temáticas del autor entre 1899 y 1918.

## LA SOCIOLOGÍA COMO CIENCIA NATURAL

*Sociología argentina está precedido de un breve prefacio en el que el autor expone los fundamentos de la sociología de base biológica que iba a desarrollar en capítulos sucesivos. La humanidad era definida como una “especie biológica que vive sobre la superficie de la tierra luchando por la vida con infinitas especies vivientes y evolucionando según leyes que la sociología general procura conocer”. Cada “sociedad” (escrito entre comillas) solo sería un cuerpo organizado de individuos que “en determinadas circunstancias de tiempo, modo y lugar lucha por la vida con otros grupos sociales, y se caracteriza por cierta homogeneidad de intereses, de creencias y de aspiraciones”.*

Nótese una primera tensión existente dentro de estos fragmentos. Las sociedades eran caracterizadas como meros grupos biológicos inmersos en la lucha por la vida, compitiendo con otras especies vivientes. Sin embargo, acto seguido, nuestro autor introducía una dimensión completamente ajena a la concepción puramente biológica del género humano: los intereses, las creencias y las aspiraciones. Un poco más adelante, nuestro autor presentaba otro tema: el de la nacionalidad. Hacia el final de prefacio, Ingenieros explicaba que uno de los objetivos principales del libro consistía en “la explicación del nacionalismo según la sociología económica, no obstante, el divorcio habitual entre los partidos (sic) del uno y de la otra”; y al respecto se buscaba “entrever la futura posición de la Argentina entre los países sudamericanos y su probable influencia cultural, organizadora y pacifista”. Pero, nuevamente, aparecía un nudo de tensión: el propio autor explicaba que “la sociología no puede considerar a una “sociedad” determinada sino como una parte de la especie humana que vive y se reproduce en una región habitable del planeta”. ¿Cuál podría ser, entonces, el interés en buscar las especificidades de una “sociedad” en particular, en este caso la argentina?

Las tensiones que atraviesan el prefacio (y el libro entero, si lo concebimos como una unidad) están ausentes del primer capítulo donde se definen los límites y el alcance de la sociología como una “ciencia natural”. Las sociedades humanas serían indistinguibles de otras organizaciones sociales animales y no

habría, por lo tanto, nada particularmente específico en las primeras, ya que las creencias colectivas, así como las instituciones, no serían sino el reflejo de las formas de adaptación de la especie a los distintos medios en que se desarrolla la vida social; es decir, tanto unas como otras serían meras funciones adaptativas. Y lo mismo se aplicaba, en este ensayo, a las nacionalidades, cuyo origen quedaba indefinido: “Por la interferencia de otros factores innumerables, esos grupos evolucionan y constituyen nacionalidades, que son agregados sociales transitorios en el tiempo infinito”. De esta manera, en este texto Ingenieros negaba la especificidad de dos de los objetos sobre los que su volumen centraba el foco: las ideas y la nacionalidad.

Como resulta evidente, esta mirada de la sociología quedaba obsoleta en el momento mismo en que Ingenieros iba escribiendo su texto. A nivel internacional, la disciplina tomaba otros rumbos con Émile Durkheim, Georg Simmel, Max Weber y otros que ya empezaban a ser conocidos en la Argentina. Es que, como sostendría Raúl Orgaz en su nota-obituario publicada en el número-homenaje que dedicó Revista de Filosofía a su fundador luego de su muerte:

No basta, por cierto, en un libro que quiere ser de sociología, sostener dogmáticamente que “la economía política es una aplicación a la especie humana de leyes biológicas que rigen la lucha por la vida en todas las sociedades animales”. No hay en la obra ni asomos de demostración de este aserto, verdaderamente cimental en la doctrina del autor.

## EL PROBLEMA RACIAL Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIONALIDAD

Otra variable que aparecía como determinante en los argumentos de Ingenieros era la raza. La noción de raza, pensada en un principio a partir de un biologismo extremo, fue desplazándose dentro del propio volumen hacia un concepto más vinculado a la cultura. En el capítulo II de Sociología argentina, el concepto de raza estaba basado completamente en la biología (recordemos que el texto había sido publicado originalmente en 1901). Decía Ingenieros al respecto:

La superioridad de la raza blanca es un hecho aceptado hasta por los que niegan la existencia de la lucha de razas. La selección natural, inviolable a la larga para el hombre como para las demás especies, tiende a extinguir las razas de color, toda vez que se encuentran frente a frente con la blanca en las regiones habitables por esta.

En contraste, a lo largo de su vida, Ingenieros se mostraría contrario a establecer cualquier criterio de diferenciación dentro de la raza blanca. Sostenía, luego de citar críticamente al conocido diplomático y autor racista francés, Joseph Arthur, Conde de Gobineau (1816-1882), que el supuesto antagonismo entre arios y semitas carecía de pruebas y concluía que, dentro de la raza blanca, “la cuestión de las razas es más bien un prejuicio que un resultado de la experiencia”. Empero, solo una página más tarde, y esta vez citando a Sarmiento y a Le Bon, nuestro médico explicaba las diferencias entre las colonizaciones de América del Norte y la del Sur a partir de ¡las diferencias raciales de los colonizadores! (blancos en ambos casos). En este caso, sin embargo, la idea de raza quedaba asociada a factores sociales y económicos. El concepto de raza, aunque central en el análisis de Ingenieros (como lo era en el de muchos de sus contemporáneos), estaba también cruzado de tensiones en parte explicables por la combinación de lecturas que incluían a Gobineau y a Nietzsche, pero también a Nordau y, curiosamente, al director de la Revue des Revues, Jean Finot, convencido antirracista y autor en 1905 de Préjugé des races, libro en el que

demolía como “pseudociencia” cualquier forma de racismo.

De manera semejante a lo que sostenía Juan Álvarez en *Las guerras civiles argentinas* (1914), Ingenieros no veía una nación argentina que precediera a la formación del Estado. Aunque el factor racial quedaba ausente como factor explicativo de este período temprano de la historia nacional, el mismo reaparecía más tarde asociado a la cuestión inmigratoria: esta no solamente incorporó al país una masa enorme de trabajadores que contribuyeron a ampliar la producción nacional, sino que los hijos de los inmigrantes “determinan el predominio definitivo de las razas blancas sobre la mestización colonial”. En un momento de surgimiento de miradas antiinmigratorias entre miembros de la elite, Ingenieros, así como otros hijos de inmigrantes más o menos exitosos (como el propio Juan Álvarez), mantenía una visión positiva acerca de los europeos trasplantados. En 1915, en una evaluación de una obra de Ramos Mejía publicada en *Revista de Filosofía*, Ingenieros señalaba respecto de las críticas a la inmigración expresadas por el antiguo presidente del Consejo Nacional de Educación, que “otro es el juicio que su obra sugiere a los argentinos de cepa europea, que no tenemos motivo alguno para afiebrarnos al juzgar las contiendas indígenas de la edad media argentina”.

En la visión de Ingenieros, la nacionalidad se fue consolidando a partir de una diferenciación de intereses económicos entre la clase feudal del interior, ahora convertida en agropecuaria y aglutinada en el Partido Autonomista Nacional, por un lado, y el despertar de las industrias y las actividades económicas modernas en Buenos Aires, por el otro. En las zonas rurales, el antiguo caudillo devino en estanciero y el gaucho en peón. La inmigración europea transformó lo que hasta entonces había sido un régimen feudal en uno agropecuario, industrializado y capitalista. Sin embargo, esta transformación quedó limitada a las provincias del litoral. En el resto del país, con excepciones como La Pampa y la zona del Cuyo, las condiciones seguían siendo feudales. Solo recientemente el impulso del capitalismo mundial estaría haciéndose sentir en el país con el surgimiento de un creciente proletariado, conformado fundamentalmente por europeos, que había desarrollado intereses específicos y “cuyas aptitudes para el trabajo son infinitamente mayores que las del proletariado criollo, educado en las huellas de la colonización española”. Este proletariado europeo, en constante ascenso, formaba también las bases de la nueva burguesía.

La formación de la nacionalidad, entonces, se disociaba de la cuestión racial que había constituido el centro de atención de la primera parte del texto, y quedaba

vinculada a variables económicas que determinarían el desarrollo social y, sobre todo, al establecimiento del capitalismo moderno. En este texto de 1901 (que sufrió algunas modificaciones menores para su inclusión en Sociología argentina), la construcción de la nacionalidad no era, por lo tanto, un proceso que pudiera pensarse por fuera del desarrollo de las fuerzas productivas.

Comparemos esta mirada con la expuesta en el tercer capítulo de la sección: “La función de la nacionalidad argentina en el continente sudamericano” –agregado en la edición de 1910– y, sobre todo, con el último capítulo del libro: “La formación de una raza argentina”. En el primero de estos capítulos –escrito en ese mismo año, en pleno clima marcado por la celebración del Centenario que trajo consigo sentimientos antiobreros y antiinmigratorios entre algunos sectores de la elite, frente a los que reaccionaba nuestro autor–, Ingenieros retomaba desde el comienzo la cuestión racial asociada a la conformación de la nacionalidad: “la formación natural de la nacionalidad argentina es comprensible si se observa de qué manera sus razas componentes han evolucionado de [sic] su medio geográfico”. La historia se resumía en la llegada de dos grandes inmigraciones latinas: la española de la conquista, que constituyó la base de las oligarquías feudales y que luego luchó para lograr la organización política del país; y la colonizadora, moderna, que creó, por medio del trabajo, las condiciones económicas que permitieron la transición hacia el capitalismo.

Empero, acto seguido, aparecía una nueva variable que había estado ausente del análisis anterior: la emergencia de un “sentimiento nacional” (entrecomillado por el autor). Este sentimiento se había originado entre las clases ilustradas, pero, a partir de las políticas educativas, se difundió entre las masas de los nuevos inmigrantes. Estos recién llegados (entre los que se contaba el propio Ingenieros) constituían la “democracia nueva que va penetrando o desalojando a las oligarquías residuales de la inmigración colonial”. El sentimiento nacional se expresaba en todo aquello que había quedado excluido del texto de 1901: costumbres, creencias e ideales compartidos. El sentimiento nacional, aclaraba nuestro autor, difería del “indigenismo” existente en las zonas tropicales (“legítimo” en esos países, señalaba), donde persistían masas de población aborígen y donde el medio resultaba inadecuado para la adaptación de la raza blanca. Sudamérica era la única zona capaz de convertirse en un centro de irradiación de una futura raza “neolatina”, que podría contrarrestar la “excesiva influencia de las naciones extracontinentales”. Esta forma de explicación cultural de la formación de la nacionalidad iba a contrapelo, señalaba Ingenieros en 1910, de la proporcionada por los marxistas que restringían la interpretación

económica de la historia a la lucha de clases. Los intereses generales, propios de la nacionalidad, trascendían todas las divisiones étnicas, económicas y sociales. En las conclusiones del capítulo, sin embargo, Ingenieros volvía sobre los aspectos más rígidos de su biologismo evolucionista: la nacionalidad era ahora definida como un “accidente de la evolución biológica y carece de finalidad”. Se trataba de “una parte de la especie humana que vive y se reproduce conservando su unidad”. Las creencias, las ideas y los ideales quedaban nuevamente fuera del análisis.

A diferencia de otros escritos publicados por Ingenieros, el último de los textos que compone Sociología argentina abunda en estadísticas y gráficos. En este capítulo, Ingenieros intentaba mostrar dos cuestiones básicas, ya esbozadas en algunos de las otras partes del libro. En primer lugar, se proponía demostrar que la Argentina, a diferencia de otros países de la región, se había visto beneficiada por una “segunda ola” de inmigración europea que reemplazó al sustrato racial-cultural anterior. En segundo lugar, el autor introducía un nuevo desplazamiento del concepto de raza, desde su connotación biológica a una más vinculada a la dimensión cultural. Ingenieros señalaba la coincidencia entre los conceptos de raza y nación; es decir, que prácticamente habría tantas razas como grupos nacionales, los que, por otro lado, no necesariamente coincidían con las fronteras políticas. En resumen, el concepto de raza que utilizaba Ingenieros en este texto remitía a “una sociedad homogénea, cuyas costumbres e ideales permiten diferenciarla de otras que coexisten con ella en el tiempo y la limitan en el espacio”. Sin embargo, nuestro autor no se cansaba de aclarar, estos ideales, costumbres y solidaridad eran meramente el resultado de una adaptación de determinados grupos étnicos a un medio geográfico determinado, y, por lo tanto, le negaba todo carácter trascendental. La raza argentina no sería otra cosa que “una variedad nueva de las razas europeas inmigradas a un territorio propicio para su aclimatación”. Los resultados estaban a la vista: “a los gauchos se sustituyeron los colonos; a las carretas, los ferrocarriles; a los comandantes de campaña, los maestros de escuela; una población alfabeta, laboriosa y democrática, fue creciendo en reemplazo de la analfabeta, anarquista y feudal”.

En 1919 Ingenieros publicó *La locura en la Argentina*, texto en el que introdujo indirectamente un nuevo matiz a su concepto de raza. En él, relata un episodio ocurrido durante su adolescencia: una cocinera negra que trabajaba en la casa de sus padres y que se había “ablancado” [sic], al menos en lo que respecta a sus creencias, por hallarse entre personas que estaban “exentas de toda superstición religiosa” (es decir, la familia Ingenieros), se ofreció “poco antes de la

revolución de 1893” a llevarlo a ver algo que no había visto, hasta el momento, ningún blanco (al menos, según Ingenieros). Este es el relato de Ingenieros:

Fuimos a un edificio bajo que aún existe en la Avenida Alvear, donde solían reunirse negros a bailar, y [la cocinera] nos encerró desde la tarde en una habitación contigua a la que sirvió por la noche para “bailar el santo”. Desde allí oímos todo y vimos algo de la ceremonia que hemos descripto, la que tenía por objeto curar a un negro loco, “perseguido por los mandingas”. Posteriormente nos refirió que al enfermo lo habían llevado a la Convalecencia, pues “El Tata” no lo había curado, agregando despectivamente, que los bailes de santos eran “cosas de negros”.

Nótese en esta narración, muy posterior a los hechos a los que se hace referencia, el énfasis puesto por el autor en el carácter pedagógico que la familia Ingenieros había jugado en la vida de la cocinera negra: por medio de la razón la había “blanqueado”. Esto implicaba que el “blanqueamiento” era un proceso de raíces culturales y no biológicas, como el mismo Ingenieros había sostenido hasta muy poco tiempo antes. No sabemos si este contacto de adolescente curioso con la locura “desacralizada” pudo tener alguna influencia en la trayectoria profesional de Ingenieros, pero tampoco podemos descartarlo.

Cabría, en este punto, preguntarse con (o contra) quién estaba discutiendo realmente Ingenieros en estos textos ambiguos sobre la raza y la nacionalidad, de tono tan diferente al de sus posteriores “sermones laicos”, que publicaría en revistas como Caras y Caretas. Pareciera claro que su insistencia por resaltar el papel central que la segunda ola inmigratoria (de la que él formaba parte) jugaba no solo en el progreso, sino en la conformación de la nacionalidad (“raza argentina”) tenía como objetivo debatir con las tendencias nativistas y tradicionalistas (y antiinmigratorias) que, con diferentes matices, habían surgido en el clima del Centenario. En una nota aparecida en Caras y Caretas en 1914, Ingenieros señalaba que “esta floración de sentimiento nacional revestirá caracteres distintos de los anteriores, desvinculándose de la bazofia hispano-indígena y confirmándose en moldes europeizados”<sup>1</sup>.

Dos representantes destacados de la corriente nativista, aunque con muchos



puntos de disenso entre sí, fueron sus dos amigos Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas. Otro era Manuel Gálvez, con quien Ingenieros también había establecido una relación bastante cercana, aunque no necesariamente de amistad estrecha. Para Gálvez, en contraposición con Ingenieros, la barbarie estaba encarnada por la elite liberal. Para comprender mejor las ideas de Ingenieros, me detengo por un instante en las de Lugones y Rojas, con quienes estableció una interlocución más directa.

## DIGRESIÓN NECESARIA: LEOPOLDO LUGONES Y RICARDO ROJAS, INTERLOCUTORES DE INGENIEROS

### *Lugones y El payador*

En 1913, Leopoldo Lugones, cuya deriva política lo había alejado de Ingenieros, pronunció una serie de celebradísimas conferencias en el Teatro Odeón que luego, con algunos agregados, constituiría los capítulos de su libro *El payador*. Estas conferencias contaron con la asistencia de un nutrido y prestigiosísimo público, incluyendo al general Roca y, posiblemente, al propio presidente Roque Sáenz Peña. Lo que Lugones intentaba llevar a cabo era construir los fundamentos para una fundación mítica de la literatura (y, por extensión, de la nacionalidad) argentina a partir de los poemas gauchescos (en particular, *Martín Fierro*). Según su mirada, estos eran los sucesores de las epopeyas griegas y las gestas heroicas de los conquistadores. *Martín Fierro* procedía de los paladines, como miembro de una raza hercúlea.

El concepto de “patria” que proponía Lugones en estos textos no podía estar más lejos del biologicismo de Ingenieros: la patria era definida como un ser animado en el cual “el alma o ánimo es en ella lo principal”. De la misma manera, para Lugones la idea de raza tenía una connotación inequívocamente cultural: “se trata de un estado espiritual al cual llamamos alma de la raza”. Sin embargo, Lugones no renegaba de la ciencia, que constituía, junto con el arte, dos saberes complementarios. Los fenómenos naturales seguirían, para el poeta, la misma lógica del entendimiento humano que se aplicaría al arte. Empero, en la mirada de Lugones, el poeta tenía preeminencia sobre el científico, ya que devenía en “agente del espíritu de la raza”.

Lugones proponía una mirada del gaucho que estaba en las antípodas de la de Ingenieros. Para Lugones, el gaucho había sido el héroe civilizador de las pampas y, en este sentido, era un producto acabado de la adaptación al medio y contribuyó a construir una lengua nacional ajena al “castellano paralítico de la

Academia que correspondía a la España fanática y absolutista”. Más adelante sostenía que: “todo cuanto es origen propiamente nacional viene de él [del gaucho]”. Sin embargo, este papel central cumplido por el gaucho en la conformación de la nacionalidad tenía su límite en la ciencia y la biología. Lugones no lamentaba la desaparición física del gaucho; es más, consideraba que, finalmente, había constituido un bien para el país, puesto que “contenía un elemento inferior en su parte de sangre indígena”. El lenguaje asociado al evolucionismo y al cientificismo no era incompatible con el nacionalismo espiritualista de Lugones, y es conocida la pasión del poeta por la ciencia.

El autor de *El payador* aprovechó la publicación de sus conferencias para incluir otros elementos de su visión de la sociedad que no tenían directamente que ver con la épica de Martín Fierro. Al tiempo que reconocía que su defensa a la tradición gauchesca había generado fuertes críticas en su contra, señalaba que:

La plebe ultramarina, que a semejanza de los mendigos ingratos nos armaba escándalo en el zaguán, desató contra mí al instante sus cómplices mulatos y sus sectarios mestizos [...]. La ralea mayoritaria paladeó un instante el quimérico pregusto de manchar un escrito a quien nunca habían tentado las lujurias del sufragio universal. ¡Interesante momento!

Lugones también arremetió contra los “pulcros universitarios” que cuestionaban su interés por la gauchesca, pero que eran incapaces de “apreciar la diferencia entre el gaucho viril, sin amo en su pampa, y la triste chusma de la ciudad, cuya libertad consiste en elegir sus propios amos [...]”. La recuperación de la figura del gaucho se completaba con el desprecio por “las plebes urbanas” de origen inmigrante; aquellas de las que Ingenieros, de alguna manera, formaba parte y en las que veía, precisamente, el núcleo de la raza argentina en proceso de formación.

El último capítulo de *Sociología argentina* puede ser visto como una respuesta al tipo de conceptualización de la nacionalidad que hacía Lugones. Ingenieros imaginaba que, un siglo más tarde, viviría en la Argentina una población formada por “veinte o cien millones de blancos familiarizados con el baño y la lectura”. Estos blancos argentinos:

En sus horas de recreo leerán las leyendas de las extinguidas razas indígenas... y leerán también los poemas gauchescos de Martín Fierro y Santos Vega; o las novelas de Juan Moreira y Pastor Luna, renovadas ciertamente por otros escritores de raza europea, como lo fueron Hernández, Ascasubi y Gutiérrez.

Lejos de constituir el fundamento de una épica nacional, para Ingenieros, el Martín Fierro era una obra escrita por un autor de raza europea<sup>2</sup>.

### ***Ricardo Rojas y Blasón de plata***

En 1909, Rojas publicó Restauración nacionalista, libro que nació como un informe solicitado por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública acerca de la enseñanza de la historia en diversos países europeos. El libro de Rojas trascendió ampliamente su objetivo inicial y terminó constituyendo un manifiesto contra el cosmopolitismo cultural de la sociedad urbana argentina y contra la decadencia del espíritu cívico. Rojas presentaba un catálogo de problemas argentinos, entre los que se combinaban algunos que ya habían sido percibidos como tales desde las últimas décadas del siglo XIX: la venalidad del sufragio y el ansia de riqueza sin escrúpulos, junto con otras preocupaciones más recientes, tales como la corrupción del lenguaje y los efectos del cosmopolitismo. Sin embargo, este autor dejaba claro que sus ideas no debían asociarse a sentimientos xenófobos, sino que lo que promovían, al igual que las que José María Ramos Mejía ponía en práctica desde el Consejo Nacional de Educación, era la integración de los inmigrantes en la sociedad argentina por medio de la acción estatal, a partir de la educación. Los inmigrantes serían bienvenidos en tanto dejaran de considerarse extranjeros.

Rojas retomaría algunos de estos temas en Blasón de plata (1912), donde planteaba la necesidad de generar un espíritu nacional homogéneo. A diferencia de algunos de sus contemporáneos, encontraba la clave de la homogeneidad no en el rechazo de lo extranjero-europeo, sino en su fusión con lo local: la

combinación de lo indiano con lo exótico. Lo verdaderamente nacional no estaba ni del lado de la “civilización”, ni del de la “barbarie”, sino en el espacio “entre” las dos formaciones culturales.

Aunque Rojas enfatizaba que ambas civilizaciones (la indiana y la española) habían influido una sobre la otra, lo cierto es que el estatuto de esta influencia no era simétrico. Los indios habían sido útiles a la empresa civilizadora en cuanto habían provisto una masa anónima que ayudó “a abrir caminos, a fundar ciudades, a apacentar ganados, a cultivar sementeras, a explotar minas, a navegar ríos, a someter rebeldes, a procrear criaturas”. Por otro lado, al resistir a los invasores, los mismos indios encarnaban “la forma heroica de la defensa patria”. Es decir, en la visión de Rojas, los indígenas constituían un importante factor de civilización al someterse y ayudar a “someter a los rebeldes” y, al mismo tiempo, de patriotismo al no hacerlo, o sea al seguir siendo “rebeldes”. Pero era la “procreación de criaturas” (siguiendo las ideas alberdianas al respecto) la dimensión que Rojas más enfatizaba. De las uniones entre españoles e indias había surgido la raza criolla. Los destinados a llevar a cabo la gran empresa de la libertad, los verdaderos redentores de América habrían sido, en la visión de Rojas, los “criollos de las casas hidalgas” (como lo era el mismo Rojas y, hasta cierto punto, Lugones).

A diferencia de Ingenieros, Rojas rechazaba la idea de diferencias raciales entendidas en términos biológicos. En Blasón de plata sostenía que “Las naciones no reposan en la pureza fisiológica de las razas –quimérica por otra parte–, sino en la emoción de la tierra y la conciencia de su unidad espiritual, creada por la historia, por la lengua, por la religión, por el gobierno, por el destino”.

### ***Contrapunto entre Rojas e Ingenieros***

Si el diálogo entre Ingenieros y Lugones estuvo implícito en los textos de ambos, con Rojas las cosas fueron diferentes y la publicación de Blasón de plata generó un agitado intercambio epistolar entre los dos amigos. Cuando Rojas publicó su libro, Ingenieros se encontraba llevando a cabo su segunda estadía en Europa. Como se verá en el próximo capítulo, este viaje coincidió con una suerte de

crisis existencial, que se manifestó en su abandono de la ciencia como actividad principal y su acercamiento a la filosofía. El tema de la patria y la nacionalidad, que tuvo (y tendría) diversas derivas en su pensamiento, apareció durante ese viaje como un problema central. Fue en ese momento que decidió cambiar su apellido a “Ingenieros”, para desconcierto de su entonces novia, Eva Rutenberg. Al mismo tiempo, le escribía una larga carta a su padre desde Montreux en la que manifestaba que “sin ideales no existe nación, que es un complejo psicológico consciente de la propia unidad en el continuo devenir del tiempo; un impulso sincrono del alma que se siente [ilegible] hacia una comunidad ideal”<sup>3</sup>. Comparando a Rojas con Lugones, decía Ingenieros: “Entre nosotros, Rojas subirá más alto que Lugones, a pesar de ser este verdaderamente genial y el otro menos; Rojas tiene el sentimiento de la argentinidad que le falta a Lugones, y que su maravillosa técnica no puede sustituir”.

Rojas había enviado el prólogo de Blasón a Ingenieros, quien le respondió desde Lausanne, donde se encontraba residiendo en ese momento: “No puedo pensar en la patria –cuya nostalgia me obsesiona– sin pensar en ti, que eres su más noble esperanza”<sup>4</sup>. Luego de haber leído el texto entero, Ingenieros le escribió a Rojas una larga carta, que publicó sin consultar a su corresponsal. Esta misiva estaba llena de reflexiones sobre la nacionalidad y la patria.

Me detendré sobre la carta publicada de Ingenieros y sobre la respuesta de Rojas. Comencemos por el final de la escrita por nuestro psiquiatra, en la que le decía (públicamente) a su amigo:

Tu actitud es tan “natural” como la mía. Eres hijo de un señor feudal de la oligarquía santiagueña que te enseñó a admirar la gesta del conquistador Don Diego de Rojas; yo, de un oscuro periodista italiano a quien desde mi infancia le oí recitar versos de Horacio y Virgilio que él estudió en su juventud. En tu sangre indiana está la razón de ser de tu indianismo; en la mía latina está la de mi latinismo. Tu credo representa la aspiración de una vieja Argentina feudal que se extingue; mi nacionalismo el de una nueva Argentina que se va europeizando.

Nótese que lo que Ingenieros caracterizaba como una cuestión de “sangre”

(indiana, de Rojas; latina, la propia) era, en realidad, un desplazamiento apenas velado de una problemática vinculada a la clase social: Rojas era hijo de un señor feudal del interior; Ingenieros lo era de un “oscuro periodista italiano”. En la copia de la carta que se encuentra en el Archivo de Ricardo Rojas hay una nota de puño y letra de este último que dice: “Tonterías del gringo para darse importancia”. A pesar de los años transcurridos, aunque nuestro psiquiatra estaba en proceso de cambiar su apellido, y pese a la sobreactuación de su “porteñización”, Ingenieros seguía siendo “el gringo”. Nótese que en su autodescripción se caracterizaba como “hijo de un oscuro periodista italiano”, “olvidando” que él mismo había nacido en Sicilia.

Los argumentos expresados por Ingenieros se distanciaban de aquellos de tinte más decididamente biologicista que había utilizado antes y a los que retornaría, con matices, en varias oportunidades. Ingenieros comenzaba por señalar dos equívocos que encontraba en el texto de Rojas: la confusión del sentimiento de patria con el de la tradición hispano-indígena y la identificación de las nacientes naciones latinas con las oligarquías feudales, “que las han desgobernado durante el siglo XIX”. A continuación, ofrecía su propia definición de “patria”: la misma requería “sincronismo de espíritus y de corazones, temple uniforme para el esfuerzo, homogénea disposición para el sacrificio, simultaneidad en la aspiración de la grandeza y en el deseo de la gloria”. El fundamento de la “cuestión nacional”, sostenía Ingenieros, no consistía en mirar al pasado (como acusaba a Rojas de hacer), sino al futuro; y para ello, resultaba necesaria la formación de una elite ilustrada que incluiría a ambos:

Entre nosotros, pues, como conversando de asuntos de familia que a los demás poco interesan, quiero decirte mi diverso parecer sobre el futuro nacionalismo argentino, concebido por ti como una “restauración indianista” y por mí (con merced de Sarmiento) como una “instauración latina”.

La Argentina, continuaba Ingenieros, había sido patria dos veces: cuando el país se constituyó y cuando se reorganizó. Ahora lo sería nuevamente. La diferencia era que, en las primeras dos oportunidades, el nacionalismo que la patria había generado era de tipo hispano-indiano. La nueva patria, por el contrario, debía ser europea y latina, es decir, encarnada por gente similar al propio Ingenieros: “los

criollos nuevos descienden de los colonizadores que trajeron el arado; los criollos viejos descienden de los conquistadores que trajeron un escribano para escriturarse los feudos que se proponían hacer trabajar por otros”.

La concepción de nación sostenida por Rojas era según Ingenieros “tan bella como inexacta”. Ingenieros recurría a la autoridad de Sarmiento para fundar sus puntos de vista: “Contra su doctrina [de Sarmiento], la tuya me parece reaccionaria. Los hechos están por Sarmiento y no por ti”. Lo curioso es que Blasón de plata no solamente comenzaba con una cita del texto del sanjuanino más admirado por Ingenieros: Conflictos y armonías de las razas en América, sino que, además, Rojas proponía su libro como un intento de darle respuesta a la pregunta sarmientina: “¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde, bueno es darse cuenta de ello”.

Ingenieros combinaba cuestiones generales con argumentos ad-hominem. Rojas, en tanto representante del feudalismo indiano, era refractario al advenimiento de la burguesía, pero, como hombre de cultura, se encontraba obligado a aceptar que este proceso era un hecho inevitable, natural. El país estaba destinado a devenir burgués y europeo, siendo los nuevos inmigrantes (como Ingenieros y como el filósofo Coroliano Alberini, quien también había criticado el libro de Rojas con fundamentos similares) aquellos en quienes encarnaba esta europeidad, fundamento paradójico de la nueva nacionalidad. Según Ingenieros, la “clase culta”, depositaria del ideal aún en formación, estaba mayoritariamente formada por los hijos de la nueva inmigración. Los apellidos “indianos” abundaban en la política (despreciable), los “europeos” lo hacían entre los universitarios y entre aquellos que publicaban textos en revistas científicas y culturales. Es por ello que la parte de Blasón de plata que más pudo haber irritado a Ingenieros (y probablemente también a Alberini) era aquella donde Rojas sostenía que “el hidalgo americano, capaz del patriotismo y la civilización, es una estirpe que vivirá en América, que enseñará el modelo de redención a las diversas clases sociales, y que retendrá durante siglos la dirección de su cultura”.

La carta de Ingenieros tardó en ser respondida por Rojas. En mayo del año siguiente, nuestro psiquiatra le envió otra misiva felicitando a su amigo por su boda, y aprovechó la oportunidad para preguntarle por qué no le había respondido<sup>5</sup>. En una carta sin fecha, pero posterior a octubre de 1913<sup>6</sup>, Rojas comenzaba diciendo: “Mi querido Ingegnieros, supongo que no habrás caído en la ingenuidad de darte a imaginar persecuciones por mi largo silencio”. El argumento con el que continuaba su misiva puede dividirse en dos partes: en



primer lugar, el poeta sostenía que, en realidad, él e Ingenieros estaban básicamente de acuerdo y que, si el psiquiatra no se había dado cuenta de ello, era porque no había leído Blasón de plata con el cuidado que el texto requería. La segunda línea de argumentación –vinculada a la anterior– era menos amable y tenía que ver con la diferente mirada del mundo que los corresponsales sostenían: “nuestro mal entendido proviene de que tú eres positivista, y crees en las razas y yo soy espiritualista y creo en las almas”, le decía Rojas a Ingenieros. Precisamente por esto es que Ingenieros había interpretado el indianismo de Rojas en clave racial (en el sentido biológico del término), mientras que este lo entendía como “derivado de la tierra (las indias) y no de las razas (los indios)”. Sin embargo, reconocía que los “indios precolombinos han sucumbido por insuficiencia fisiológica y espiritual para soportar la civilización caucásica”. Tras su desaparición, los indios dejaron vestigios útiles “de emoción”, continuaba Rojas, aclarando, además, que no era descendiente de don Diego de Rojas, como había sostenido Ingenieros en su epístola.

Más allá de las chicanas retóricas, el autor de Blasón de plata parecía ubicarse a la defensiva en dos cuestiones que resultaban similares a algunos puntos sostenidos por Lugones en El payador. En efecto, tanto Rojas como Lugones parecían sentirse forzados a hacer concesiones al “europeísmo”, precisamente, porque su revalorización del pasado gaucho o indígena podría dejarlos mal situados. Lugones terminaba la introducción de El payador diciendo: “Las coplas de mi gaucho no me han impedido traducir a Homero y comentarlo ante el público, cuya aprobación en ambos casos demuestra una cultura ciertamente superior”. Rojas, por su parte, le recordaba a su amigo y corresponsal que él también había leído la Eneida, y que “mi inteligencia y mi idioma son absolutamente europeos. Lo indiano en mí es el sentimiento, la emoción, el ideal”. Por otro lado, así como Lugones había apelado al lenguaje científico en un texto que procuraba desplazar el discurso de la nacionalidad hacia un esteticismo espiritualista, Rojas hacía en su carta referencias en ese sentido, cuando mencionaba la desaparición de los indios precolombinos. Pareciera que el discurso científicista seguía constituyendo una suerte de lingua franca entre las elites intelectuales, aún entre aquellos que buscaban fuentes de inspiración diferentes.

Este intercambio de cartas parece indicar, por un lado, la existencia de dos visiones del mundo diferentes, pero, por el otro, la necesidad que sentía cada uno de los corresponsales, de “saltar” la valla que aparentemente los separaba, generando una suerte de trading zone o espacio discursivo de intersección. Rojas

introducía en su discurso el “idioma” científicista de Ingenieros (como lo había hecho Lugones), y nuestro psiquiatra, que estaba abandonando la ciencia como actividad principal, debía, sin perjuicio de mantener su lealtad al monismo materialista, hablar en términos espiritualistas sobre un tema que también era reciente entre sus preocupaciones: la idea de nación.

## DE LA ECONOMÍA Y LA BIOLOGÍA A LAS IDEAS

A excepción de la tercera parte en la que analizaba las ideas de Echeverría, Alberdi y Sarmiento, la concepción de sociedad que Ingenieros exponía en Sociología argentina, aunque con diversos matices, estaba fuertemente teñida de una mirada biologista y economicista. Las ideas eran meros epifenómenos del devenir económico. Dejé de lado el análisis de la tercera parte puesto que, en rigor de verdad, se trataba de un adelanto de la obra multivolumen que sería publicada con el desconcertante título de La evolución de las ideas en la Argentina a partir de 1918, y que dejaría incompleta a su muerte<sup>7</sup>. Digo desconcertante por los motivos señalados más arriba: ¿para qué escribir un texto monumental sobre lo que el propio autor había caracterizado repetidas veces como una mera superestructura? ¿Para qué incluir un adelanto de esta obra en un volumen destinado en parte a demostrar esto último? La advertencia con que el autor comienza La evolución de las ideas en la Argentina nos puede proporcionar algunas posibles respuestas a estas preguntas. El objetivo de la obra era constituirse en “un breviario de moral cívica”: no se trataba de un texto científico, sino de uno de pedagogía moral. Según testimonio de Ernesto Quesada, Ingenieros consideraba La evolución de las ideas argentinas como un monumento, semejante al que había levantado Taine a la Revolución Francesa<sup>8</sup>. Aníbal Ponce, por su parte, ofrece la siguiente interpretación del contexto que dio origen a esta obra mayor de Ingenieros y del espacio que la misma ocupaba:

La guerra europea, la Revolución Social han dividido a la humanidad entera en dos facciones de ideales perfectamente definidos [...]. No se trata ya de escuetas contiendas militares o políticas; es una batalla de principios, es una contienda de ideales agitándose por encima de los hombres [...] ¿Es necesario completar mediante grandes reformas el nuevo régimen iniciado por la Revolución o resistir a su advenimiento conservando los restos del antiguo?<sup>9</sup>

El estudio de la evolución de las ideas en la Argentina cobraba sentido en medio

de una lucha por ideales contrapuestos que se daba a nivel internacional y sobre los que Ingenieros discutiría en otros escritos que veremos luego.

La concepción de la historia que presentaba Ingenieros en *La evolución de las ideas* también era la opuesta a la que había planteado en *Sociología argentina*. Mientras en este último libro, el papel de la historia se reducía a proporcionar los datos necesarios para la realización de una síntesis sociológica, ahora Ingenieros volvía a una noción de la historia como *magistra vitae*: “el pasado, que es toda la Experiencia, contiene útiles enseñanzas; educa a pensar más conscientemente los ideales que se anticipan al porvenir”. Los ideales “que anticipan el porvenir” aparecían ahora como una variable autónoma.

Con *Evolución de las ideas*, Ingenieros daba por terminada su obra de juventud. Y es a la juventud en la posguerra, desde su posición de maestro maduro, a quien dirigía su texto:

El autor daría por bien empleadas las fatigas que este libro le cuesta, si tres o veinte jóvenes reflexionaran sobre algunas cuestiones como las siguientes: - hace varios siglos que la humanidad civilizada lucha por substituir la ideología del Renacimiento a la del Medioevo; - desde la Revolución Francesa la historia de cada pueblo es una guerra a muerte entre los partidarios de dos filosofías políticas incompatibles; - no es moral prodigar idénticas loas a los conservadores de la Feudalidad y a los propulsores de la Democracia; - después de la guerra actual hará crisis en cada país la lucha entre los dos partidos, el uno propio al Absolutismo, al Privilegio y al Error, amigo el otro de la Libertad, la Justicia y la Verdad.

Mientras en *Sociología argentina* Ingenieros había criticado a su maestro Ramos Mejía y a Lucas Ayarragaray por su falta de objetividad y su excesivo compromiso emocional y político con los temas tratados, ahora era el propio Ingenieros el que hacía alarde de parcialidad: el autor, señalaba Ingenieros, “No desea presentarse como imparcial ante lectores que no lo son; en demasiadas páginas ha probado que pertenece al partido de los que buscan la verdad sin temor de encontrarla y de los que no envenenan las certidumbres grandes con dudas pequeñas”.

El hilo conductor de esta obra de Ingenieros consistía en contar la historia del país a partir de la lucha de dos grandes corrientes de ideas originadas en Europa: se trataba de un combate entre el oscurantismo proveniente de España, heredado de la Edad Media, por un lado, y el nuevo régimen de ideas iniciado por la Revolución de Mayo, heredero de la ilustración francesa, por el otro. Para Ingenieros, Francia representaba la civilización y, en este sentido, la Revolución Francesa había sido un parteaguas. Durante el período revolucionario, Moreno había encarnado las ideas jacobinas revolucionarias, mientras que Saavedra lo había hecho con las reaccionarias-feudales.

La lucha contra el feudalismo colonial se daba, según esta versión de la historia, sobre todo en el plano de las ideas, ideas hechas acción, según el concepto de “ideas fuerza” del filósofo Alfred Fouillée (1838-1912), quien ejerció una notable influencia en esta etapa del pensamiento de Ingenieros. Cabe destacar que el que había descalificado el papel del individuo en la historia al negar de manera tajante la posibilidad del libre albedrío, daba en esta obra un papel primordial a los individuos como agentes de la historia. Así, en la gestación de la Revolución de Mayo, Ingenieros ya no encontraba solo grupos sociales con intereses económicos definidos, sino más bien a una minoría “pensante y activa” que había logrado imponer sus ideales a una mayoría pasiva “que los ignora, los teme o los repudia”. Esta vanguardia estaba conformada por la “juventud ilustrada”, antecedente de aquella a la que ahora se dirigía Ingenieros y con la cual intentaba construir su nuevo público.

Ingenieros volvía al tema de la evolución en Evolución de las ideas, pero este concepto había sido completamente resemantizado. La evolución histórica, lejos de depender de variables biológicas o económicas como había sostenido hasta hacía poco tiempo antes, se trataba de una lucha ideológica o de Weltanschauungen opuestas basadas en la apropiación de ideas europeas. El resultado de esta lucha parecía estar predeterminado: “La estrella que marca a los pueblos el derrotero de su Porvenir puede parpadear en ciertos momentos de su historia, pero un minuto, una hora, brilla entre las nubes, bastando esa aparición fugaz para indicar el rumbo a los expertos”.

*La evolución de las ideas argentinas incluye una de las mejores discusiones, probablemente hasta la fecha, del papel jugado por los saint-simonianos argentinos agrupados en la “Generación del 37”. Ingenieros le dedica largas secciones a este tema y puede sostenerse que, al hacerlo, estaba forjándose una genealogía para sí mismo. En efecto, resulta fácil encontrar similitudes entre*

*algunas ideas atribuidas a los saint-simonianos y las que promovía el propio Ingenieros. Sin embargo, Ingenieros no escatimaba críticas al autor del Dogma socialista. Sus ideas no eran claras, y cuando había intentado llegar a un público ampliado, “había obrado como tantos profesores de filosofía que se proponían “hacer carrera” en las universidades, en la política, en la sociedad, en los honores” (volveré en otro capítulo a esta caracterización de los filósofos universitarios). Su saint-simonismo era, además, de segunda mano, puesto que no había leído a Saint-Simon directamente sino a Leroux y a Lamennais. En realidad, Ingenieros reconocía dos momentos en la trayectoria de Echeverría: en 1837 había sido saint-simoniano por romanticismo social y por moda. Luego de 1846, sus escritos revelaban “más doctrina que declamaciones, acentuándose simultáneamente su socialismo y su nacionalismo”. Sin embargo, su tarea, junto con la de Alberdi, López, Mitre, Gutiérrez y Sarmiento fue titánica puesto que, a partir de ese saint-simonismo importado, estos intelectuales se propusieron conformar una sociología autóctona, adaptando la ciencia europea al estudio de los factores propios de la nacionalidad argentina en formación. Los saint-simonianos locales habían intentado constituir una sociología nacional, proyecto que retomaba Ingenieros como propio.*

El propósito de Ingenieros en incluirse en una genealogía iniciada por los hombres del 37 resulta claro por las ideas y proyectos que les atribuía, pero, sobre todo, ¡porque lo decía el propio Ingenieros! Refiriéndose a Echeverría, señalaba nuestro autor: “Cuando sus compañeros de juventud se habían apartado ya de los primeros ideales, Echeverría publicó el Dogma Socialista. Fue el último parpadeo de una ilusoria lámpara que se apagaba [...]. Cincuenta años más tarde, la reencenderían varios escritores de otra generación argentina: Roberto Payró, Juan B. Justo, Alberto Ghirardo, Leopoldo Lugones, Manuel Ugarte, Florencio Sánchez, Augusto Bunge, José Ingenieros, Alfredo Palacios, Pascual Guglianone y otros”<sup>10</sup>.

Me detuve en la sección sobre los saint-simonianos no solamente porque considero que constituye la parte más lograda de Evolución de las ideas, sino porque creo que se trataba de un texto “estratégico” de Ingenieros: se servía de los saint-simonianos para legitimar su propio proyecto y para legitimarse a sí mismo, forjándose una genealogía de raíz nacional, pero fundada en ideas europeas. Como señala Horacio Tarcus, este libro de Ingenieros presenta una paradoja: “el positivista Ingenieros había librado en sus últimas obras un solitario combate por una radical historización y politización de la filosofía”.<sup>11</sup>

## INGENIEROS, LAS MUJERES Y EL AMOR

En 1915, la revista Mundo Estudiantil publicó una nota de una página titulada “Cómo trabajan nuestros hombres de estudio”. En ella, Ingenieros contaba su vida y sus hábitos de trabajo. En la foto que ilustraba la nota, se lo veía sonriente, luciendo un chambergo y sosteniendo en sus brazos a su pequeña hija Delia, que había nacido ese mismo año. Luego de un autoelogio a su capacidad de trabajo casi infinita, a su esfuerzo y a su salud inquebrantable, Ingenieros decía que si su cuerpo (“la máquina”) aguantaba diez o quince años más, entonces podría cumplir con el programa que se había trazado. En este sentido, se mostraba optimista ya que:

Me ayuda a creerlo la completa felicidad que me rodea en el hogar, donde mi distracción más agradable consiste actualmente en ayudar a mi esposa a cambiarle los pañales a nuestra beba; pongo en ello tanto interés como en leer a Aristóteles y a Kant. Ese trabajito lo hago ya bastante bien, aunque solo de tarde y a ratos perdidos, cuando mi clientela me deja un momento libre<sup>12</sup>.

He aquí a Ingenieros encarnando una imagen modélica de domesticidad. Su trabajo no solamente no se veía impedido ni dificultado por sus obligaciones hogareñas, sino que estas lo potenciaban como consecuencia de la “completa felicidad” que las mismas posibilitaban. El hogar era concebido como un espacio de tranquilidad y placer. Seguramente, en 1915 no eran muchos los padres profesionales que se jactaban públicamente de ayudar a sus esposas con las tareas domésticas, incluyendo los cambios de pañales. El hecho de que Ingenieros hubiera elegido enfatizar esa dimensión de su actividad y que la foto que ilustraba la nota lo representara en su rol de padre dedicado y feliz resultan algo intrigantes. Digo esto porque, desde su juventud y hasta su muerte, Ingenieros se dedicaría a escribir, precisamente, en contra de la domesticidad, a la que veía como una forma de coacción social y como un impedimento para el amor verdadero: “amar es rebelarse a la tiranía social que ha subordinado el

amor a la domesticidad”, escribía en un artículo publicado el año de su muerte en Revista de Filosofía.

Pero sigamos con la vida privada de Ingenieros por un instante. Diez años después, pocos meses antes de morir, emprendería su último viaje al exterior, que lo llevaría primero a París y luego a México, invitado por el gobierno de este país. Ya me referiré con detalles a ese viaje que significó su apoteosis como referente del latinoamericanismo, pero ahora quiero señalar que el mismo tuvo lugar en un momento en que la pareja Ingenieros se hallaba en crisis. Para entonces ya contaba con cuatro hijos: Delia, Amalia (nacida en 1917), Julio José (nacido en 1918), y Cecilia (nacida en 1920)<sup>13</sup>. El viaje, que respondía a una invitación para celebrar el centenario del nacimiento de Jean-Martin Charcot, fue vivido por Ingenieros como una forma de poner distancia con su esposa, a efectos de que ambos tuvieran tiempo para repensar el futuro familiar. Ya instalado en París, Ingenieros escribía sin cesar cartas románticas a Eva y otras tiernas, aunque algo extrañas, a sus hijos, en particular a Amalia (recordemos que solo tenía ocho años de edad). En una oportunidad le envió la caricatura de un cura llevando a caballo a una mujer “de vida ligera”, bajo la cual se leía: “en route pour le paradis”. El dibujo estaba acompañado por una carta en que le decía a su hija, quien le había enviado un dibujo hecho por ella misma de una mujer: “para corresponderte te mando el retrato de un cura amigo mío, bastante fascista”<sup>14</sup>.

Finalmente, el 19 de julio de 1925, Ingenieros envió una carta a Eva en la que sinceraba sus miradas sobre la domesticidad<sup>15</sup>. Se preguntaba, retóricamente, si luego de quince años de considerarse amante de su mujer, estaba dispuesto a ser su marido (recordemos que, para entonces, llevaban más de una década de casados). Para responder a esta cuestión espinosa, se refería al sempiterno problema del dinero. Durante la década de matrimonio, la familia Ingenieros había vivido, en buena medida, de los fondos de la acaudalada familia de Eva, los Rutenberg: “La situación de equívoca dependencia en que nuestra familia ha vivido respecto de la tuya durante más de diez años no es compatible con mi decoro ni con mi felicidad”<sup>16</sup>. Es por eso que Ingenieros había pensado en una separación. Se iría a vivir solo a su consultorio y ambos, marido y mujer, contribuirían equitativamente al sostén y educación de los niños: “Yo me habría bastado a mí mismo, como hasta ahora siempre me he bastado; tú te habrías bastado a ti misma, como se ha bastado siempre tu familia”, le escribía a Eva.

Ingenieros era consciente de que le quedaba poco tiempo (había expectorado



sangre en dos oportunidades) y quería dedicar lo que le quedaba de vida a su trabajo intelectual, y esto –a diferencia de lo que había sostenido en 1915– se tornaba incompatible con la vida doméstica: “el tiempo que me queda es poco, y no puedo cambiarlo por dinero. En resumen, querida Eva, me declaro en quiebra como padre de familia”. El amor aparecía en esta carta privada claramente separado de la domesticidad. Si el problema era económico, la solución también lo era. Lo que Ingenieros le proponía a su esposa era lisa y llanamente que ella aumentara su contribución al sostenimiento del hogar con su capital personal. Ingenieros lo planteaba en forma de pregunta: “¿Crees conveniente que use mis derechos y cumpla mis deberes de marido procurando mejorar tu aporte al hogar común mediante una administración menos rutinaria de tus bienes?”. Aclaraba inmediatamente que “No te hago una cuestión de amor, te someto una proposición financiera”.

Ingenieros le estaba proponiendo a su esposa una reformulación de la vida doméstica o, más bien, disolver la domesticidad para conservar el amor. Vivirían separados, aunque queriéndose como siempre. Él la amaba, pero “un estrecho hogar común para el cual yo deba seguir trabajando al día o un pobre hogar tuyo en que yo sea un parásito de tus rentas exiguas son dos cosas que no me interesan ni podría soportar”. En resumen, la propuesta de Ingenieros se resumía así: “si te basta quererme como amante, podemos continuar viviendo nuestro idilio sentimental, viviendo en rancho aparte; si además me crees conveniente como padre de familia, será necesario movilizar los medios adecuados para que yo represente dignamente ese rol social”. La domesticidad llevaba aparejada obligaciones financieras que Ingenieros no estaba en condiciones, ni tenía la voluntad, de cumplir.

Pero más allá de los problemas vinculados al dinero, Ingenieros señalaba otro punto crucial: “concibo que una larga intimidad doméstica puede haberme desvalorizado ante tí y mitigado tus sentimientos, y me humillaría que aceptaras prolongarla por deber o por sumisión”. Terminaba la carta pidiéndole a su esposa que pensara en su propuesta y que respondiera con un telegrama enviado a México, adonde él se dirigía en ese momento. El telegrama debía incluir solo dos palabras: “considero eficaz”, si Eva estaba de acuerdo con la propuesta, o “considero ilusorio” si no lo estaba. Huelga decir que la respuesta de Eva fue “considero eficaz”.

Hasta aquí, su vida privada. Si tenemos en cuenta ahora la dimensión “pública” de la vida de Ingenieros, puesta de manifiesto en sus publicaciones y escritos,

resulta evidente que la actitud de nuestro autor sobre el final de su vida era más compatible con sus teorizaciones acerca de la domesticidad que el deleite por la misma mostrado una década antes. De hecho, las reflexiones sobre la domesticidad que Ingenieros incluía en algunas de sus cartas a Eva desde París parecían estar tomadas directamente de su libro póstumo, Tratado del amor, sobre el que se encontraba trabajando en ese momento.

### ***El amor y el lugar social de las mujeres***

A lo largo de su trayectoria, Ingenieros fue elaborando un discurso sobre el amor, la mujer y la domesticidad que, en líneas generales, se mantuvo bastante constante a lo largo del tiempo. Frente a la mirada hegemónica higienista-familiarista que resaltaba el lugar de la domesticidad y la maternidad desde un punto de vista moralizante, Ingenieros planteaba, con una perspectiva que quería estar basada en la ciencia, un discurso alternativo que separaba de manera tajante el amor de la domesticidad, aunque no de la reproducción. Ya vimos en el capítulo 3 sus ideas en este sentido acerca de la sexualidad.

Las aproximaciones de nuestro autor a las temáticas vinculadas al amor y al lugar de la mujer habían comenzado temprano. En noviembre de 1898, Ingenieros había publicado un artículo titulado “Bases del feminismo científico” en El Mercurio de América. Se trataba de su respuesta a una encuesta organizada “por varias de las mejores revistas europeas de sociología” a iniciativa de Guglielmo Gambarotta, del Foro de Milán, a la que habían contestado luminarias internacionales tales como Nordau, Lombroso, Pantealeoni, Novicow, Sighele, Ferrero y otros, aparte del propio Ingenieros. La encuesta consistía en una serie de preguntas acerca de si la mujer debía o no ser tenida como igual al hombre. Las alternativas que se ofrecían eran: igualdad absoluta entre los sexos y que la mujer gozara de idénticos derechos que los hombres; igualdad entre los sexos, con derechos diferentes pero equivalentes; o bien, desigualdad entre los sexos, con menores derechos para la mujer. También había una serie de preguntas secundarias sobre temas tales como si el derecho de amar debía ser juzgado de manera equivalente en el hombre y la mujer, si la mujer casada debería tener derecho de ganarse la vida con su trabajo, y si convenía o no instaurar el voto femenino. Ingenieros prefirió concentrar su atención en la condición jurídica de

la mujer y en su derecho a amar.

Luego de un recorrido que lo llevó desde los textos bíblicos hasta los griegos, Ingenieros concluía señalando la historicidad de la situación jurídica de la mujer, así como la dependencia de la misma respecto de su “condición económico-social”, que resultaba la dimensión determinante. Siguiendo explícitamente a Achille Loria, Ingenieros enfatizaba los vínculos existentes entre las formas de familia y las relaciones económicas. Esta visión que asociaba no solamente el modelo familiar, sino también la situación de las mujeres a las condiciones económico-sociales se mantendría hasta su Tratado del amor: en una sociedad esclavista, la mujer sería esclava de su marido; en una de tipo feudal, sería su sierva o vasalla, y en una capitalista, equivaldría a una asalariada. En cualquier caso, como resulta obvio, su posición era de subordinación.

Según Ingenieros, no tendría sentido llevar a cabo una lucha destinada a mejorar de manera exclusiva de la condición jurídica de la mujer, ya que su situación no dependía de esta, sino de factores más amplios: la igualdad social y económica debían preceder a la igualdad jurídica; y la primera solo tendría lugar “cuando la presente forma de producción capitalista haya evolucionado hacia su forma inmediata superior caracterizada por la socialización de todas las fuerzas económicas de producción y de cambio, y por una división cada vez mayor del trabajo”. Resulta evidente que la lucha feminista carecía de sentido para Ingenieros, puesto que la condición jurídica de la mujer resultaba irrelevante frente a la permanencia de la forma de producción capitalista.

Respecto del amor, Ingenieros desplazaba en este artículo de 1898 la discusión hacia la psicología. Estaba probado que la herencia de las fuerzas psíquicas no presentaba diferencias entre los sexos: “luego los individuos machos de la especie humana no nacen diferentes de los individuos hembras desde el triple punto de vista de su intelectualidad, de su afectividad y de su sensibilidad”. Sin embargo, volvía a matizar nuestro autor, lo cierto es que entre los adultos de ambos sexos sí se reconocían diferencias notorias, ya que la intelectualidad media del hombre resultaba superior a la de la mujer, mientras que esta tenía algunas sensibilidades de las cuales carecía el primero. Estas diferencias, empero, “son la resultante de la doble acción ejercida por la educación y el ambiente sobre el individuo”.

En lo que refiere a las formas que podía adquirir la familia, Ingenieros sostenía que existían, tanto en el macho como en la hembra, condiciones psicológicas que

determinaban la posibilidad de una “pluralidad afectiva”. Por lo tanto, la familia monogámica era solo consistente con el estado actual de la evolución y se modificaría cuando las condiciones generales cambiaran. Sin embargo, Ingenieros reconocía que la transformación hacia la unión plural se encontraba en un futuro remoto que podía llevar miles de años. Como se puede ver, Ingenieros insertaba sus ideas sobre la familia y el lugar de la mujer en la matriz evolucionista que constituía el andamiaje de todo su pensamiento. Frente a las nociones eugénico-higienistas que sostenían el ideal de mujer-madre, ciñendo su espacio de acción al ámbito doméstico y, más aún, frente al modelo de familia propuesto por la Iglesia católica, su discurso era radical; sin embargo, frente a lo que comenzaban a sostener algunos sectores del anarquismo, las ideas de Ingenieros resultaban moderadas. Por otro lado, tampoco el anarquismo tenía una postura única respecto de estos temas. Como señala Laura Fernández Cordero, en muchos aspectos, el discurso anarquista sobre el sexo y el amor coincidía con el de librepensadores, feministas y socialistas, como parte de una visión más amplia, laica y progresista acerca de la sexualidad. Al mismo tiempo, aunque por motivos diferentes, estas miradas de avanzada compartían puntos de vista con las de sectores más conservadores: los anarquistas también rechazaban de plano la homosexualidad y la masturbación (caracterizada, por lo general, como el vicio más aberrante). Ya vimos en el capítulo III que, en estos puntos, Ingenieros tenía visiones más laxas.

Según nuestro autor, en sociedades como la actual predominaba la uniafectividad que podía resultar en una condición patológica. Este sería el punto central de una de las crónicas enviadas a La Nación desde Italia, en la que, fiel a su estilo, combinaba libremente el lenguaje médico con abundantes referencias literarias. Un príncipe, afortunado en el amor, se había suicidado la noche antes de su boda con la mujer que amaba. Este episodio le permitió a Ingenieros formular una larga reflexión sobre el amor como una enfermedad (aunque “deseable”) solo “curable” por medio del matrimonio, que aparecía como “su [del amor] antídoto más eficaz; si los químicos pudieran analizarlo encontrarían en él todos los elementos constitutivos del tedio y del hartazgo” que constituían, en la visión de Ingenieros, la antítesis del amor.

Sin embargo, conviene contrastar esta visión del amor como patología (aunque deseable) que aparecía en los textos de índole más “literarios” de Ingenieros con los resultados de una pericia médica llevada a cabo junto con su maestro José María Ramos Mejía en 1909<sup>17</sup>. El caso era simple: un joven de buena familia aparentemente había tenido un problema en la universidad y su padre lo había

enviado a Europa. Allí conoció y se enamoró de una mujer argentina casada y comenzó a gastar en ella más dinero del que su padre consideraba prudente. De vuelta al país, el joven se mudó cerca de su amada y, como estaba a punto de entrar en posesión de cuantiosos bienes, el padre, temeroso de que los gastara en ella, solicitó que lo declararan jurídicamente incapaz. Sin embargo, a ojos de los galenos el joven aparecía como alguien perfectamente normal y en uso de sus cabales. Lo interesante es el argumento que utilizaron los peritos para llegar a esta conclusión, que iba a contrapelo del texto ya citado de Ingenieros y de otros escritos suyos. Los peritos señalaban que:

Los biólogos y psicólogos modernos convienen en que el amor-sentimiento y el amor-pasión, representan dos fases distintas de un mismo proceso psicológico absolutamente necesario y natural, derivado de una función biológica imprescindible. El sentimiento amoroso es el medio de elección más propicio a la selección natural de la especie humana, por cuanto guía la reproducción de la especie según la mayor armonía de las partes y en beneficio de la progenitura; la pasión amorosa es la fuerza que coopera a hacer efectiva la fusión de los sexos, permitiendo la seducción o la conquista entre los sujetos afines.

Aunque, como reconocían los médicos, dentro de las normas morales en vigencia, e incluso según la legislación, no resultaba correcto sentir pasiones fuertes por una mujer casada y mucho menos pasar a la acción, “es necesario tener veinte años, y frecuentar la intimidad de una señora hermosa para abrir juicio sobre la moralidad o legalidad de una pasión en análogas circunstancias”.

En la crónica italiana, la pasión amorosa resultaba en una patología que llevaba al suicidio; en la pericia médica, era un sentimiento normal que, aunque llevaba a acciones contrarias a las costumbres e incluso a las leyes, no debía ser juzgado como una enfermedad. Hay que señalar que la naturaleza de ambos textos era bien diferente. En efecto, no resultaba lo mismo escribir una crónica para los lectores de La Nación sobre un fait divers ocurrido en Italia que escribir un peritaje que afectaría las vidas de individuos de carne y hueso. Los conceptos “enfermedad” y “patología” adquieren marcas semánticas diferenciadas en el marco de espacios de escritura distintos, así como lo tendrían para los respectivos públicos receptores (los lectores del diario, en un caso, o el juez que

había encargado la pericia, en el otro)<sup>18</sup>.

Aunque a lo largo de su vida Ingenieros moderó algunos de sus puntos de vista, seguiría sosteniendo la incompatibilidad entre el amor y la domesticidad. Pero sería en *Tratado del amor* donde estas cuestiones aparecían tratadas en profundidad. Aunque este libro fue dejado inconcluso a la muerte del autor, varios de sus capítulos habían aparecido en diversas publicaciones periódicas. Algunos de ellos, que originalmente habían sido textos de sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras sobre la psicología de los sentimientos, habían salido en *Revista de Filosofía*, dirigida por el propio Ingenieros y en *Nosotros*; pero otros habían visto la luz en *La Novela Semanal*, una revista sentimental destinada a un público mayoritariamente femenino y alejada de las publicaciones modernistas o científicas que había frecuentado nuestro autor desde su juventud. Esta revista, que contaba con Ingenieros como uno de sus autores más convocantes, luego publicaría también secciones de otro libro suyo de características diferentes: *Las fuerzas morales*. La publicación de sus textos en revistas como *La Novela Semanal* era compatible con los objetivos editoriales que se proponía Ingenieros y que estaba llevando a cabo a partir de la colección “*La Cultura Argentina*”: se trataba de llegar al mayor número de lectores a partir de ediciones baratas, aunque esto comprometiera la calidad del producto final. En la nota que precedía a su texto “*Werther y Don Juan*”, publicado en *La Novela Semanal*, se lee:

Cederé gustoso para su colección una de mis conferencias sobre psicología de los sentimientos, pronunciada en la Universidad en 1910 e inédita hasta la fecha. Su noble propósito de abaratar la edición de producciones argentinas, merece aplauso y estímulo; sin vacilar asociaré mi nombre a su esfuerzo, entendiendo que difundir el libro es una verdadera función de gobierno espiritual<sup>19</sup>.

*Tratado del amor resulta un texto anfíbio, de una naturaleza que se pretendía a la vez científica (se trataba de una conceptualización de la sexualidad y la familia basada en una matriz evolucionista) y de crítica de la moral y las costumbres. Lo primero que resulta curioso del libro es la dedicatoria, contradictoria con el contenido, ya que el mismo estaba dedicado “A Eva Rutenberg, la esposa elegida por mi corazón –toda inteligencia y toda bondad–*

*para compartir mi sacrificio de constituir un hogar modelo”. El libro tiene algunas notas aclaratorias pero muy pocas atributivas, y las que se encuentran son muy imprecisas. Esta característica del texto aparece explicitada por el propio autor: en el primer capítulo, donde analiza de manera aparentemente erudita, pero sin referencias, los lugares cambiantes de Eros y Afrodita en la mitología griega, Ingenieros introduce una nota al pie en la que señala: “Nadie podría, desde luego, demostrar la tesis enunciada ni discutirla con fundamento, viviendo en Buenos Aires, y sin disponer de bibliografía lingüística y mitográfica, ni haber aprendido a usarla”.*

El argumento central del libro es relativamente sencillo y retomaba temáticas tratadas en escritos anteriores: se trataba de contraponer el amor con la domesticidad y, al mismo tiempo, historizar las características de la familia y el lugar de la mujer en la sociedad actual, mostrando que se trataba solamente de un eslabón en la cadena evolutiva. La domesticidad era presentada como una imposición social, frente al amor individual. Lo doméstico, sostenía Ingenieros, se había perfeccionado con la teología cristiana, a través de la imposición del matrimonio indisoluble. En el sistema patriarcal, la mujer había quedado excluida del amor y fue convertida en un simple objeto familiar “para cumplir con los deberes sociales del matrimonio y la reproducción de la especie”.

La discusión sobre el amor le permitió al autor introducir la noción de “ideal del amor”. Si el amor era concebido como la individualización del instinto sexual propio de la especie, el “ideal del amor” era un paso más hacia la subjetivación de las relaciones entre los sexos. Se trataba de una hipótesis individual “más o menos consciente” acerca de “la mayor perfección eugénica complementaria. El sentimiento de amor tiende a aproximar o confundir la persona deseada con ese tipo hipotético ideal”. Sin embargo, el problema consistía en que el ser humano rara vez (si alguna) se conducía de manera lógica y racional, “lo que induce a juicios erróneos sobre el valor de los individuos del sexo complementario”. Pero existía un problema adicional, que remitía a lo social. Las presiones sociales también limitaban el universo posible en la elección de cónyuges. Las presiones sociales no solamente conspiraban contra el deseo individual, sino también contra el desarrollo evolutivo de la especie. ¿Deberíamos percibir en esto ecos de su antiguo fracaso amoroso con la hija de Roca?

El problema de la domesticidad como contrapuesta al amor constituía el eje central de la tercera parte del libro titulada, precisamente, “Eliminación social del amor”. Con el establecimiento de la domesticidad y la “inmolación

progresiva del amor”, la selección sexual, de características fuertemente eugenésicas, había sido reemplazada por la selección doméstica. En un apartado de esta sección, Ingenieros hacía una referencia a la domesticidad que parecía articularse con su propia situación personal. La domesticidad, como señalaba en el artículo de 1915, podía deleitar a ambos cónyuges, pero no debía considerarse equivalente al amor: “solo por una licencia literaria se suele llamar “amor” a los sentimientos domésticos que a veces tornan encantadora la vida familiar, cuando los cónyuges se deleitan cooperando en las gratas complicaciones de la crianza y la educación”. Es que mientras Ingenieros se regocijaba cambiando los pañales de Delia –luego se los cambiaría también a Cecilia–, ya había comenzado una relación amorosa con su amante chilena: la escritora feminista (y también casada) Sara Hübner de Fresno, relación que continuaría hasta el año de su muerte<sup>20</sup>.

La solución práctica frente a los dilemas implícitos en la dualidad “amor/domesticidad” provendría, finalmente, de la acción de un Estado reformista que se hiciera cargo de los aspectos más pesados de la domesticidad, dejando libres las energías para el amor: “La conciencia pública, las costumbres y la legislación reconocen ya que la maternidad y la crianza son funciones sociales. La protección de las madres y de los lactantes es un deber del Estado que redime de él al padre y a la madre misma”. Un Estado tal como el que él creía ver en la recientemente establecida Unión Soviética garantizaba de la mejor manera posible la compatibilidad incómoda entre derechos individuales, expresados en el amor, y derechos sociales articulados alrededor de la domesticidad. Este Estado reemplazaría a la familia patriarcal existente por una “familia social”.

Para terminar esta sección y este capítulo, sería lícito preguntarse cuántas de las consecuencias que podrían derivarse de lo expuesto en sus escritos sobre el amor estaba dispuesto nuestro autor a aceptar en su vida privada. En lo que respecta al lugar de la mujer en la sociedad, las cosas no parecían ser tan claras. Desde muy joven, Ingenieros había sostenido la importancia de lograr la emancipación de la mujer. Sin embargo, su hija mayor tenía otro recuerdo de su padre en relación con el lugar que este les asignaba a las mujeres en la sociedad. En un cuaderno de reminiscencias fechado en 1957, Delia recordaba que su padre insistía en que el espacio natural de la mujer era el hogar, y que la feminidad solo se completaba en la maternidad. Respecto del divorcio, la necesidad de cuya legalización Ingenieros no se cansaba de pregonar, nuestro autor señalaba, según el recuerdo de su hija: “opino que el divorcio está muy bien, para los demás”<sup>21</sup>.



Aparentemente, si seguimos a Delia, Ingenieros ni siquiera consideraba importante (ni deseable) que las mujeres se educaran. La hija de Ingenieros recordaba que su madre le había dicho varias veces que José siempre sostenía que las mujeres no necesitaban ser universitarias y que él mismo no se hubiera casado con una que lo fuera. Tanto él como Eva se habrían opuesto a que Delia y Amalia entraran en la universidad con el pretexto de que: “las despreciarán los hombres, les dirán doctoras, sabias. No hallarían con quien casarse”. Jamás sabremos cuánto hay de recuerdo genuino en esto, y cuánto de construcción posterior generada por los mil mecanismos que estudió Freud.

## NOTAS

1 Ingenieros, José, “El nuevo nacionalismo argentino”, Caras y Caretas, n.º 841 (14 de noviembre de 1914).

2 Ingenieros también se encargaría de desmitificar la figura de Juan Moreira, presentándolo como un delincuente: “hay más valor en el maestro que enseña, en el trabajador que produce, en el sabio que estudia y en la mujer que sabe ser madre, que en la fiera humana solamente adiestrada para saciarse en sangre de sus semejantes”. Discurso pronunciado con motivo de la incorporación de Enrico Ferri a la Sociedad de Psicología. Cit por Ponce, Aníbal, “Para una historia de Ingenieros”, Ponce, Obras completas (Buenos Aires: Cartago, 1974), vol. I, p. 170.

3 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.2 Doc. 28. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 14 de noviembre de 1912.

4 AR. 6810085. Carta de José Ingenieros a Ricardo Rojas del 3 de agosto de 1912.

5 AR. 6810088. Carta de José Ingenieros a Ricardo Rojas del 28 de mayo de 1913.

6 Carta sin fecha de Ricardo Rojas a José Ingenieros, reproducida en Galfione (2014).

7 La obra estaba pensada en tres partes: “Revolución”, publicado en 1918; “Restauración”, publicado en 1920, y “Organización”, de la cual solo dejó un capítulo y algunos bocetos.

8 Quesada, Ernesto, “La vocación de Ingenieros”, Nosotros, número extraordinario..., op. cit., p. 465.

9 Ponce, Aníbal, “Para una historia de Ingenieros”, p. 204.

10 Subrayado mío.

11 Tarcus (2020), p. 280.

12 Ingenieros, José, “Cómo trabajan los hombres de estudio”, Mundo Estudiantil, año I, n.º 4 (7 de agosto de 1915).

13 Delia sería luego una reconocida bacterióloga y se casaría con Juan Bertoldo Rothschild, alemán nacido en 1910; Amalia se recibiría de médica y se casaría con Osvaldo Antonio Valle; Julio José haría una carrera de técnico cinematógrafo y se casaría con María Gracia Spiking; Cecilia, por su lado, sería bailarina y coreógrafa. En 1946, la revista Para Ti publicó una nota sobre sus éxitos en los Estados Unidos.

14 FJI. Carta de José Ingenieros a Amalia del 25 de junio de 1925 no catalogada.

15 FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 70. Carta de José Ingenieros a Eva Rutenberg del 19 de julio de 1925.

16 Los conflictos de Ingenieros con su suegra eran notados por Jovita Méndez de Acevedo, quien trabajó junto con su esposo Manuel como casera en la casa de los Ingenieros. Recordaba años más tarde, luego de la muerte de Ingenieros, que “a esta señora, el doctor no le parecía un partido bastante bueno: pensaba que no tenía buena posición económica”. FJI 3.6.1 Carpeta con entrevistas llevadas a cabo por Kamia y algunos recuerdos propios.

17 Ramos Mejía, José María y José Ingegnieros, “El amor y la incapacidad civil”, La Semana Médica, n.º 43 (1909).

18 Ramos Mejía era conocido por no escribir sus propios informes de peritaje, por lo cual resulta muy probable que este lo escribiera Ingenieros en su totalidad.

19 Ingenieros, José, “Werther y Don Juan” La Novela Semanal, año I, n.º 7 (31 de diciembre de 1917). En la versión publicada de este artículo en Revista de Filosofía, Ingenieros agregó: “[...] ningún hombre conocéis que prefiera ser Werther a Don Juan, y toda mujer normal preferiría ser engañada por el segundo a ser aburrida por el primero”. Revista de Filosofía, IV, 1 (enero de 1918), p. 128.

20 El FJI contiene una gran cantidad de cartas enviadas por Hübner a Ingenieros,

la mayoría de ellas sin fecha. Las últimas son de 1925. No pude determinar la circunstancia del encuentro entre ambos. En una carta sin fecha, Sara le dice a José que solamente Berta Singermann sabía de su romance.

21 FJI 3.6.1 Carpeta con entrevistas llevadas a cabo por Delia Ingenieros y recuerdos propios.

## Capítulo VI

### Segundo viaje a Europa y El hombre mediocre

Si el primer viaje de Ingenieros a Europa podría caracterizarse como una Bildungsreise, distinta fue la naturaleza de su segundo periplo por el viejo continente, que se extendió entre setiembre de 1911 y julio de 1914. Hay una historia construida alrededor de este viaje, según el cual el mismo habría tenido lugar como consecuencia de una frustración infligida injustamente a nuestro psiquiatra. En 1911, Francisco de Veyga fue nombrado director general del Servicio de Sanidad del Ejército y se vio obligado a renunciar a su cátedra de Medicina Legal; Ingenieros se inscribió como postulante a sucederlo. Finalmente, a los 34 años de edad, se le ofrecía la oportunidad de ingresar a la prestigiosa Facultad de Medicina como docente titular.

Aparentemente existía un consenso en el sentido de que sus méritos científicos superaban ampliamente los de los otros candidatos, y las autoridades de la facultad emitieron el veredicto: Ingenieros quedó primero en la terna propuesta al Poder Ejecutivo, que tenía por entonces la última palabra en la designación de profesores. Al saberse la noticia de que había quedado ubicado primero en la lista de candidatos, nuestro psiquiatra recibió felicitaciones de numerosas personalidades incluyendo a Salvador Mazza y a Rubén Darío, quien le escribía desde Europa: “No caben en este caso felicitaciones, desde el momento que sus méritos hace tiempo lo habían ya designado maestro, pero sí cabe felicitarse del triunfo de una buena causa”<sup>1</sup>.

Sin embargo, por motivos poco claros pero que podrían haber tenido que ver con su ardiente anticlericalismo –Sergio Bagú habla de “oscuras fuerzas de sacristía”–, Ingenieros quedó postergado en favor de quien ocupaba el segundo lugar en la terna<sup>2</sup>. La mención de Bagú a una supuesta oposición de sectores vinculados a la Iglesia católica resulta verosímil ya que Roque Sáenz Peña, aunque había sido iniciado en la masonería en la década de 1880, había hecho esfuerzos para incorporar a la coalición que lo llevó al gobierno a sectores descontentos con el sistema establecido por Roca, lo que incluía también a

círculos católicos. Dos prominentes miembros de estos sectores serían sus ministros de Justicia e Instrucción Cívica, Juan M. Garro, y del Interior, Indalecio Gómez. Ingenieros, como sabemos, era un activo masón, profundamente anticlerical y anticatólico en general. Para comprender mejor a nuestro personaje y a la sociedad argentina de esa época, abro un paréntesis acá y retomo el tema de la masonería y el lugar de Salvatore y José dentro de ella, temas apenas esbozados en el capítulo 1.

## MASONERÍA Y SOCIABILIDAD EN LA ARGENTINA DE ENTRESIGLOS

A partir de las últimas décadas del siglo XIX, la masonería constituyó uno de los pocos espacios (sino el único) de sociabilidad porteña que atravesaba las clases sociales y los orígenes étnicos. La mayoría de las logias tenían sede en el templo de la calle Cangallo (hoy Presidente Perón) al 1200. Fue probablemente allí donde Ingenieros tuvo la oportunidad de conocer a Bartolomé Mitre, a quien enviaba sus escritos, que el viejo general agradecía; a Julio Roca (h) y, a través de él, a su padre, así como a otros individuos que se movían en círculos sociales a los que le hubiera resultado imposible acceder<sup>3</sup>. En la masonería convergían –a veces de manera tensa– miembros de la elite liberal y anarquistas, positivistas y socialistas, racionalistas y espiritistas, e incluso católicos y librepensadores más o menos ateos.

Las logias masónicas crecieron en la Argentina en el contexto de una renovación de las formas asociativas que tuvo lugar con el arribo de los liberales al poder en la segunda mitad del siglo XIX. Hasta la década de 1930, casi todos los presidentes argentinos pertenecieron a la masonería, siendo los casos paradigmáticos Mitre y Sarmiento, quienes en distintos momentos asumieron la dirección del Gran Oriente Argentino<sup>4</sup>. Al terminar su período presidencial, Mitre pronunció un discurso en el templo masónico (que por entonces funcionaba en el primer piso del antiguo Teatro Colón), en el que comenzaba reivindicando a los “cuatro presidentes hermanos”: Urquiza, Derqui, él mismo y Sarmiento, quien lo sucedería en el mando a pesar de sus propios esfuerzos para evitarlo, y acto seguido concentró su atención en los beneficios que los masones habían obtenido durante su gobierno, tales como el derecho a poder ser enterrados en los cementerios. Concluyó su discurso señalando: “Eso pude hacer yo por los masones que mueren. Mucho más podrá hacer por los que sobreviven el hermano que hoy me sucede en el gobierno”.

En un discurso pronunciado en el momento de hacerse cargo de la presidencia en setiembre de 1868, Sarmiento también expresó sus opiniones respecto de la institución masónica. Según Sarmiento, la masonería no agotaba su razón de ser en la lucha contra las tiranías antiguas y las monarquías despóticas, sino que sería un garante de la hermandad universal, ya que,

[A]ún quedan dividiendo a los hombres la tiranía de las nacionalidades que los agrupan en campos hostiles [...]; y mientras tanto en Inglaterra, o en Entre Ríos, a un protestante o un cuáquero, al francés o al italiano, al unitario o federal, yo no necesito más que aventurar un apretón de manos para hacerme comprender simpáticamente si no habla mi lengua, hacerme tolerar si no creo lo que él cree, hacer al menos que no me ahorque si no somos del mismo partido. ¿Es mala, institución semejante?<sup>5</sup>

La masonería se definía como una sociedad iniciática y secreta, pero, al mismo tiempo, abierta a todos aquellos que cumplieran ciertas condiciones establecidas en los reglamentos. Por lo general, estas condiciones tenían que ver con el respeto a la pluralidad y con cualidades morales, a las que en algunos casos se le agregaban “cualidades financieras” para los cargos directivos. El propio Salvatore sostenía que la dirección de la masonería debía estar confiada solamente a “hombres de ilustración y posición social elevadísima”. En algunos casos también se exigía la creencia en Dios, aunque este requisito se fue debilitando hasta desaparecer de casi todas las logias hacia fines del siglo XIX.

Resulta difícil con las fuentes disponibles conocer la composición social de la masonería. Sin embargo, he tenido acceso al censo llevado a cabo en 1901 en la Logia Unione Italiana (a la cual habían pertenecido Salvatore y José, y de la cual el primero había ocupado el cargo de Venerable)<sup>6</sup>. Ni Salvatore –que se había desafiado como resultado de una serie de conflictos internos en los que, una vez más, estaba envuelta la institución– ni José aparecían entre los censados. Este documento nos proporciona la imagen fotográfica de una logia italiana de tamaño mediano asociada al templo de Cangallo. A pesar de su nombre, la nacionalidad de los miembros era bastante heterogénea: solo aproximadamente la mitad (38) de los mismos eran italianos. A estos se sumaban 17 argentinos, 2 franceses, 5 españoles, 2 turcos, 3 ingleses, 2 alemanes, 1 paraguayo, 1 uruguayo, 1 belga, 1 austríaco y 1 norteamericano. En lo que respecta a las profesiones declaradas por los miembros de la logia, los mismos estaban divididos de la siguiente forma: 31 comerciantes, 3 tipógrafos, 1 zapatero, 2 rentistas, 1 peluquero, 1 dependiente, 3 maquinistas, 2 pintores, 1 educacionista, 1 farmacéutico, 1 constructor, 1 grabador, 2 joyeros, 1 empleado, 2 impresores, 3 comisionistas, 4 marinos, 2 músicos, 1 mecánico, 1 abogado, 2 contadores, 1



carpintero, 1 estudiante, 3 sastres, 1 químico y 1 electricista. Conviene notar la preeminencia de comerciantes y de lo que podríamos caracterizar como obreros calificados y artesanos. Por otro lado, llama la atención la poca presencia de profesionales (cinco en total, más un estudiante).

En lo que respecta a las religiones de los miembros –se solicitaba una definición en este sentido en el momento de la afiliación–, también hay algunos puntos a destacar. Más del 70% del total se declaraban católicos. Esta mayoría era seguida por aquellos que se definían como judíos, con 8 representantes, a los que seguían 6 protestantes. Significativamente, solo 3 de los miembros de la logia se definían como “libres pensadores”. Esto muestra que muchos masones, a pesar de estar en consonancia con los valores de la institución y dispuestos a cumplir con sus rituales, conservaban, sin embargo, una identidad religiosa. No resulta posible saber de qué manera compatibilizaban ambas identidades, ni la fuerza con la que mantenían la religiosa.

A pesar que la masonería argentina estaba cruzada por múltiples divisiones (había logias vinculadas a grupos nacionales particulares, algunas asociadas a los sectores de elite y otras a sectores populares), lo cierto es que el templo de la calle Cangallo constituía un espacio de cruce entre individuos de la más diversa proveniencia que, sin embargo, compartían por lo general ideas asociadas al liberalismo laico, así como también un fuerte anticlericalismo –aunque había excepciones– y algún grado de progresismo social. Sin embargo, las aproximaciones a la cuestión social e incluso a temas tales como el divorcio distaban de generar unanimidad entre los masones. El frustrado proyecto de ley de divorcio de 1902 recibió doce votos negativos de legisladores que eran miembros –o lo habían sido hasta hacía muy poco– de logias masónicas. De la misma manera, un proyecto patrocinado por Alfredo Palacios en 1906 para establecer un impuesto progresivo a la renta generó una violenta polémica con Juan Balestra. Tanto Palacios como Balestra pertenecían activamente a la masonería. De igual forma, los masones estuvieron divididos acerca de la Ley de Residencia (Ingenieros se opuso firmemente a la misma) que, por otro lado, fue sancionada bajo la inspiración de Miguel Cané, iniciado en la masonería en 1872. En los años conflictivos 1909 y 1910, la cuestión social marcaría una línea divisoria entre distintos grupos de masones y libres pensadores argentinos. De manera semejante, tanto Sáenz Peña como Ingenieros pertenecían a la masonería en el momento del conflicto entre ambos, aunque el presidente se había apoyado en grupos católicos para acceder al poder.

La forma privilegiada en que la masonería intervenía en la esfera pública, aparte de los actos públicos y las celebraciones, consistía en la creación de asociaciones e instituciones vinculadas a la filantropía y la educación, áreas en las que competía con la Iglesia católica, lo que profundizó conflictos preexistentes entre ambas instituciones, aunque, en algunos casos (sobre todo en el interior del país), se registraron colaboraciones entre grupos católicos y masones<sup>7</sup>. Algunas instituciones filantrópicas vinculadas a la masonería contaban con apoyo económico del gobierno nacional o provincial (de Buenos Aires).

Estos vínculos entre masonería y poder político también se desarrollaron en otras áreas. Con motivo de la erección del monumento a Garibaldi en 1898, la Revista Masónica, fundada y dirigida por Salvatore, señalaba que, puesto que “el sectarismo religioso” se había opuesto a que se construyera el monumento:

La Masonería así lo entendió y esto fue motivo para que nuestro querido y respetado H. G. Maestro, general Rudecindo Roca se decidiera a solicitar a su hermano, el actual Gefe [sic] de Estado y en ese entonces Presidente de la Cámara de Senadores, el apoyo político necesario para que fuera sancionado y quedara convertido en ley el proyecto presentado en la Cámara de Diputados por el H. Doctor Emilio Gouchón, miembro activo de la Logia “Libertad”<sup>8</sup>.

### ***Salvatore, José y la masonería argentina***

En 1894 Salvatore creó la Revista Masónica de la que sería director por casi una década. Aunque la revista proclamaba su independencia respecto de los diversos grupos existentes dentro de la masonería argentina, sus puntos de vista respecto a la política interna de la institución distaban de ser neutrales. Esto le costó más de un conflicto a su director, incluso ser llevado ante los tribunales por otros masones, acusado de injurias. Cada número de la revista tenía unas dieciocho páginas de extensión, con avisos publicitarios en el reverso de la tapa y en la contratapa, la mayoría de las cuales eran de negocios, industrias y bufetes de abogados pertenecientes a masones, sobre todo italianos. Se anunciaba incluso la salida de una nueva marca de cigarrillos: “El Mason”, cuyas marquillas estaban

adornados con símbolos masónicos y que dentro llevaban el “código masónico”.

Las tomas de posición de Salvatore se vinculaban a una variedad de temas; uno de ellos se refería a la presencia de católicos practicantes dentro de la masonería. Aunque resulta evidente que algunas logias los aceptaban, como fue el caso de la logia “Non Plus Ultra”, que había incluso incorporado a un cura como miembro, la línea sostenida por Salvatore desde la Revista Masónica era contraria a estos sincretismos: siempre mantuvo una postura fuertemente anticlerical –y anticatólica–, que sería heredada por su hijo José. El argumento de Salvatore contra la presencia de católicos en la masonería se fundaba en dos razones: por un lado, en que el catolicismo era contrario a la moral debido a los crímenes cometidos por la Iglesia católica a lo largo de su historia y, en segundo lugar, en el hecho de que los masones habían sido excomulgados por el Papa y, por lo tanto, un católico no podía ser masón de buena conciencia.

Como hijo de maestro masón, José fue admitido en Unione Italiana como Lowatón (miembro infantil de la masonería) a la edad de once años. Su iniciación formal como miembro pleno de la logia fue propuesta en julio de 1898. José figuraba como italiano, de veintiún años, farmacéutico/estudiante. Fue el único iniciado que se identificaba como ateo que pude detectar. Esta identificación, a diferencia de la de su padre que se había presentado como librepensador, puede pensarse como una de sus provocaciones, teniendo en cuenta que el tema de la creencia de Dios como requisito para pertenecer a la masonería no estaba todavía resuelto del todo. La incorporación oficial de José a la masonería, así como sus triunfos académicos, eran anunciados orgullosamente en Revista Masónica.

Inmediatamente después de su admisión a la masonería, José comenzó a escribir notas en publicaciones masónicas, sobre todo chilenas. Ingenieros siguió activo en la masonería a lo largo de su vida –a su muerte, su viuda recibió condolencias oficiales de la institución–, y su visión del mundo era compatible con los valores masónicos, en términos generales. En 1905, escribió junto con su padre un libro titulado Historia, apuntes, fines y objeto de la masonería, que fue publicado póstumamente (no conozco el motivo por el cual permaneció inédito en vida de José) por su hermano Paolo. Se trata de una suerte de manual en el que se describen con detalles los rituales correspondientes a los distintos grados, y donde se reproducen los discursos de Mitre y Sarmiento mencionados más arriba. Durante su vida, Ingenieros perteneció al ala más anticlerical de la institución, y este fue probablemente un desencadenante de su conflicto con

Sáenz Peña. Volvamos ahora a la historia del mismo.



Foto 9: Acta de iniciación de José Ingenieros en la masonería.

Cortesía AGLA.

## EL CONFLICTO CON SÁENZ PEÑA

Según la historia conocida, Ingenieros, afectado en su amor propio de intelectual y de científico por la acción presidencial, cerró el consultorio, renunció a todos sus cargos, se deshizo de su biblioteca y partió hacia Europa prometiendo no volver hasta que Roque Sáenz Peña abandonara la presidencia. Antes de partir, escribió una carta en un tono insultante al presidente, en la que explicaba sus motivos, al tiempo que prometía realizarle una “autopsia moral” desde Europa. La autopsia moral sería, precisamente, su libro más exitoso: El hombre mediocre.

La carta que Ingenieros escribiera a Sáenz Peña no ha sido publicada ni aparece reproducida en sus biografías más importantes y tampoco se encuentra en el archivo del ex presidente (sí, en cambio, fue publicada la que envió luego renunciando a sus cargos, mencionada en la introducción de este libro, que, como se dijo, apareció en los periódicos). Sin embargo, en el archivo de Ingenieros se encuentra un borrador de la misma que nos dice mucho sobre nuestro personaje y sobre sus ideas acerca de las relaciones entre los intelectuales y el poder<sup>9</sup>. En este borrador, Ingenieros no ahorra insultos a Sáenz Peña. Comenzaba dirigiéndose al entonces presidente como un “perfecto mediocre” (había tachado: “un solemne imbécil”), “síntesis de la imbecilidad social de nuestras clases dirigentes, esencia analfabética de los advenedizos y parásitos que le rodean y nos gobiernan”. Más adelante se refería a su interlocutor como “erotómano ya impotente” cuya “prematura senilidad” recibiría las palabras de Ingenieros como una infección<sup>10</sup>. En el tono hiperbólico al cual Ingenieros era tan afecto cuando se sentía cuestionado, le señalaba al gobernante que a este le extrañaría que “yo baje de mi pedestal, modesto acaso, pero pedestal mío, para honrarle con estas frases explicativas, descendiendo por un momento del nivel de mi gabinete de estudio al de su retrete de mando”. Y, un poco más abajo, puntualizaba: “es raro que un hombre de talento se rebaje a hablar de igual a igual con un ex soldadote ignorante (tachado: bípedo)”.

Lo que me interesa señalar aquí es que Ingenieros consideraba que en las postrimerías de la República Posible era pensable que el intelectual le hablara al detentador del poder político desde una posición que, al menos, puede ser

caracterizada como de igualdad, sino de superioridad. Recordemos que en 1913 el mismo Roque Sáenz Peña habría asistido, acompañado por sus ministros, al teatro donde Leopoldo Lugones leía *El payador*. Como señala Tulio Halperin Donghi, si Sáenz Peña prestigiaba con su presencia y la de su gobierno la acción del intelectual, esta presencia también se explicaría por el prestigio que esta cercanía irradiaba sobre el gobernante. El poder político y el intelectual se prestigiaban mutuamente.

Sin embargo, Ingenieros era perfectamente consciente de que la subversión de las jerarquías que proponía en su carta solo podría darse en el plano de su imaginación, puesto que, finalmente, fue él y no su ignorante interlocutor el que se vio obligado a renunciar a sus cargos y abandonar el país. Al respecto, su no menos arrogante carta pública de renuncia, a la que me referiré a partir de ahora, se ajustaba mucho más a la realidad de los hechos: si esta renuncia era inevitable, esto se debía a “la circunstancia de referirme a su persona en un libro de inminente publicación en términos que, por justos, podrán parecerle irrespetuosos”. En la carta de renuncia, Ingenieros se refería a “un acto de inmoralidad gubernativa e irrespetuoso para mi dignidad de universitario”.

Ingenieros hablaba (y renunciaba a sus cargos) en nombre de la corporación de intelectuales: “Conviene establecer que el vejamen inferido a un hombre estudioso ofende a toda la cultura intelectual de su tiempo”. Este acto de renunciamiento era considerado por quien lo realizaba como parte de un imperativo a la vez moral e intelectual, ya que le permitiría realizar un plan de vida que abarcaría “veinte años de trabajo intelectual que tengo al frente, escudados por mi salud y laboriosidad ya probadas”. En este sentido, enfatizaba el hecho de que estaba escribiendo desde Heidelberg, en cuya universidad se había anotado para seguir cursos de historia natural y filosofía, y no desde Montmartre, considerado como un lugar de placer. En realidad, esta renuncia, por lo menos en lo que se refiere a sus cargos docentes, no había sido completamente voluntaria. Dado que su estadía en Europa se prolongaba, e Ingenieros había solicitado una licencia que llegaba a su fin, se vio obligado a definir su situación respecto de su puesto de profesor en la Facultad de Filosofía y Letras.

Lo que quiero llamar la atención aquí es que la carta que Ingenieros preparó para Sáenz Peña mostraba que por entonces era al menos pensable la posibilidad de una cierta simetría en las relaciones entre intelectuales y poder, así como la existencia de un circuito dialéctico de transferencia de capital entre la esfera



intelectual, la social y la del poder. Esto se vuelve más significativo si consideramos que quien escribía así al presidente estaba lejos de ser el poseedor de un sólido capital social; se trataba de un inmigrante siciliano que todavía no había castellanizado su apellido. Por lo tanto, si Ingenieros se consideraba autorizado a dirigirse en esos términos al presidente de la república, lo era legitimado solamente en la posesión de un sólido capital intelectual y de reconocimiento, reconvertido (parcialmente) en capital social. Esta posibilidad se complejizaría con el establecimiento de la República Verdadera, cuando la legitimidad de los gobiernos (como también señalara perceptivamente Halperin Donghi) encontrara bases de legitimidad mucho más sólidas en el sufragio universal que en los vínculos con los intelectuales.

Sin embargo, habría que matizar esta apreciación. Durante la República Verdadera, Ingenieros adquiriría el estatuto de intelectual público, posición lograda en detrimento de su posición como científico. En 1918, Revista de Filosofía publicó las conclusiones de una encuesta llevada a cabo por El Universitario acerca de los cien mejores libros argentinos. Lo que reflejaba la encuesta resulta revelador. En la sección “Libros de sociología”, Sociología argentina de Ingenieros ocupaba el cuarto lugar, luego de La ciudad indiana de Juan Agustín García, Estudios económicos de Alberdi y Nuestra América de Carlos Octavio Bunge. Mejor le fue a Ingenieros en la categoría “Libros de ciencias morales”, donde El hombre mediocre figuraba en primer puesto. Más significativo todavía resulta el hecho de que uno solo de sus textos científicos figuraba en el ranking de “Libros indicados”. Criminología quedaba en cuarto lugar, luego de Dactiloscopía de Juan Vucetich, La neurosis de los hombres célebres de Ramos Mejía y Estudio sobre el cáncer de Ángel Roffo. Hacia 1918, si esta encuesta fuera representativa, parecía claro que el Ingenieros intelectual y moralista era más apreciado y leído que el científico. Y sería nada menos que el propio Hipólito Yrigoyen quien, en 1919, requeriría del prestigio social e intelectual de José Ingenieros para poner coto a una situación social que parecía irse de las manos, como se verá en el capítulo VIII.

La percepción de Ingenieros de que era posible reconvertir su capital puramente simbólico en capital social más tangible aparecía claramente expresada en una carta que le escribiera a su padre desde Europa en marzo de 1913. Las circunstancias son reveladoras. Aparentemente, su hermano Paolo se encontraba en dificultades económicas y le había pedido ayuda económica a José a través de su padre. José contestó que no estaba en condiciones de prestarle dinero a su hermano (y, probablemente, tampoco quisiera hacerlo, ya que sus relaciones con

Paolo estaban lejos de ser armónicas), pero sí una cuota considerable de “capital simbólico”. Así, le señalaba a Salvatore: “harás notar a Paolino que el porvenir de sus hijos ya está asegurado por el simple hecho de ser mis sobrinos; lo poco de notoriedad que he adquirido, será para ellos un capital enorme, si saben explotarlo”<sup>11</sup>. Ese capital, que Ingenieros se consideraba en condiciones de legar a sus sobrinos, era doblemente valioso por el hecho de que había sido acumulado por un self-made man: “Yo, que he debido hacerme solo, sin influencias de familia, puedo valorar por vía de hipótesis, las ventajas que hubiera tenido si hubiese sido sobrino de un hombre que en la cultura argentina hubiera representado lo que yo ya represento”. Más adelante, le pedía al padre que exhorte a “Paolino” a que se esfuerce por proporcionar a sus hijos “la máxima cultura que sean capaces de adquirir”, ya que, “si entre todos, uno solo tiene éxito, ese solo servirá para todos y podrá explotar válidamente el capital moral sembrado por mí”<sup>12</sup>.

Hasta acá hemos visto en acción a José Ingenieros mostrando una enorme confianza y seguridad en sí mismo y en su capacidad de reconvertir capital intelectual en capital social y, por lo tanto, de hablarle al poder desde una posición de poder; alguien que “desde su pedestal” de intelectual y de hombre de ciencia se atrevía a dirigirse al presidente de la república en tono despectivo y que, con la misma seguridad, proclamaba ese mismo capital como la herencia valiosa que dejaría a sus sobrinos. Los archivos personales del psiquiatra permiten, sin embargo, vislumbrar otros aspectos menos públicos de su autopercepción, que permiten darle un sentido diferente no solamente a su viaje de 1911, sino a su conflicto con Roque Sáenz Peña. Para comprender esto debemos retomar la correspondencia con su familia, particularmente con su padre –probablemente la única persona frente a quien era capaz de mostrar sus inseguridades– y remontarnos a años anteriores, cuando regresó de su primer viaje triunfal a Europa. En esa correspondencia, Ingenieros aparecía como un hombre torturado por las inseguridades acerca de su posición social, preocupado hasta la obsesión por el dinero –o más bien, por la falta del mismo– y por la imposibilidad de vivir de acuerdo con sus expectativas. Se trataba de un individuo bien distinto de aquel que, desde su “pedestal de intelectual”, prodigaba sus insultos al presidente de la nación. Esta documentación permite iluminar, además, desde una perspectiva diferente a la habitual, el contexto de producción de la que fue su obra más popular y leída: El hombre mediocre.

## LAS INSEGURIDADES DEL DR. INGENIEROS

Volvamos ahora algunos años atrás en la historia y comencemos recordando los intentos frustrados de Ingenieros por seducir a la hija menor del general Roca. Al volver a la Argentina, el psiquiatra probó infructuosamente su suerte con otras jóvenes de la elite. En 1907, Ingenieros escribía a su padre reconociendo las dificultades que debía enfrentar para llevar a cabo un programa matrimonial conveniente. Estas dificultades derivaban de su “condición social inferior”. En efecto, le escribía a Salvatore que “la gente distinguida se resiste a la intromisión del gringo, chusma y medio pelo, pero por fortuna, sé quién soy y no hago una mala figura. Procuro hacerme tolerar”<sup>13</sup>. Un año más tarde, volvía sobre el tema que lo obsesionaba: “la gente decente está contentísima de protegerme, recibíendome en su casa, pero ¡cuidado! si intento sentirme igual, olvidando que soy un humilde inmigrante parvenu”<sup>14</sup>.

A efectos de insertarse en los círculos de élite, Ingenieros puso en práctica una estrategia sobre la que había teorizado en otros contextos: la simulación. Pronto descubrió no solamente que un casamiento con una “lavandera rica” constituiría un obstáculo a sus aspiraciones, sino que también sus padres sicilianos lo eran. Es por eso que hizo lo imposible por disuadirlos cuando estos se propusieron volver a la Argentina hacia 1908. Al respecto nuestro psiquiatra era taxativo: en carta del 12 de agosto de 1908 le hacía saber a Salvatore que “considero contrario y violento a toda mi conveniencia moral y material vuestra venida”<sup>15</sup>. En esta misiva, probablemente la más dura que le enviara a su padre, le reclamaba que le otorgue el “derecho a la esperanza”. Salvatore ya tenía sesenta años y él solo treinta. Por eso, Ingenieros exhortaba a sus padres a conformarse con una vejez tranquila y modesta en Italia, como la que podía proporcionarles enviándoles dinero periódicamente. Concluía su carta con un ultimátum: si a pesar de sus razones, sus padres insistían en volver a la Argentina, José les enviaría dos pasajes en primera clase, cien liras para los gastos y un adiós definitivo del hijo al que no volverían a ver.

Si la entrada de Ingenieros en los hogares de la elite era posible, aunque limitada, lo mismo ocurría en los ámbitos profesionales donde su capital intelectual y prestigio supuestamente le franquearían las puertas con mayor

facilidad. Así, su incorporación a la prestigiosa Academia de Medicina fue frustrada en varias ocasiones, a pesar de haber puesto en marcha oscuros manejos políticos y una “habilísima campaña electoral”, según le escribía a Salvatore en 1909. Para poner en práctica esa “habilísima campaña” Ingenieros apeló nuevamente a la simulación: aunque hacía tiempo que pertenecía a una logia secreta de médicos que respondía a Darío Cantón, se hacía pasar por independiente, con lo que esperaba contar con los votos de los enemigos de su mentor<sup>16</sup>.

Su pertenencia a uno de los ámbitos de sociabilidad por excelencia de la élite porteña, el Jockey Club –para ingresar al cual había estado dispuesto a realizar todos los esfuerzos necesarios, incluyendo contraer deudas que sabía impagables–, tampoco le resultó fácil a pesar de que, como señala Leandro Losada, esta institución y otras semejantes no podían realmente caracterizarse como cotos cerrados a las familias más tradicionales, sino que más bien, como sostenía La Prensa en 1897, se trataba de una institución abierta “a todos los hombres cultos y honorables”. Una velada en el Jockey que tuvo lugar en 1909, con motivo de un banquete con el que se agasajaba a su amigo Belisario Roldán, le recordaba a Ingenieros (y este le escribía a su padre) que, en los salones del Jockey, “el inmigrante parvenu nunca está en su casa”. Aunque el propio Aarón Anchorena, que había vetado su ingreso al club y que había sido uno de sus competidores por los favores de la joven Roca, se acercó a abrazarlo luego del banquete en cuestión, todo parecía conspirar para hacerle presente su condición. Un diario vespertino, luego de elogiar su discurso en honor a Roldán, se quejaba Ingenieros a Salvatore, lo caracterizaba como “el distinguido psiquiatra calabrés [que] habló como digno conciudadano de D’Annunzio [...]”<sup>17</sup>. Todo esto lo forzaba a pensar en sí mismo y en su propia intelectualidad como una simulación, tema recurrente en sus cartas y escritos<sup>18</sup>.

Mientras tanto, ya a partir de 1909 Ingenieros también dejaba saber a su padre que tenía intenciones de dejar el país, y esto ocurría, recordemos, dos años antes de que el incidente con el presidente estuviera en el horizonte. Este proyecto de dejar la Argentina se vinculaba, una vez más, a su imposibilidad de vivir de acuerdo con sus expectativas. “Este es el primer país del mundo”, escribía en setiembre de 1909, “pero no es el mío”. De manera similar, le escribía a de Veyga en un tono de marcado pesimismo, con motivo de su también frustrado nombramiento en la Asistencia Pública: “Ya le dije que la Asistencia se aguó, así se aguará todo lo mío. Estoy viviendo de elogios y de porvenires; pero no atino a librarme del hambre presente”<sup>19</sup>. En realidad, Ingenieros parecía estar viviendo

una profunda crisis personal. En noviembre de 1909, informaba a su padre acerca de sus esfuerzos por dejar atrás la medicina y abocarse a la filosofía: “espero para el año próximo terminar todas las relaciones científicas con la medicina”. Ese mismo año, Ingenieros había fracasado una vez más en su proyecto de ser admitido en la Academia Nacional de Medicina. En cualquier caso, su interés creciente por la filosofía lo llevaba a sentir que la medicina resultaba ya un campo demasiado estrecho para él.

Una vez establecido como un intelectual público prestigioso, las inseguridades de Ingenieros respecto de su condición social continuarían, pero se expresarían de otro modo. Años después, y ya retornado a Buenos Aires, en noviembre de 1917 Ingenieros envió sus padrinos al conocido antropólogo alemán Robert Lehmann-Nitsche luego de retarlo a duelo. En la nota que le había remitido previamente, Ingenieros expresaba los motivos de su disgusto: “Con sorpresa he sido informado que en una nota puesta al pie de uno de sus escritos ha cometido Ud. la tontería de referirse a mi persona en términos de dudosa respetuosidad”<sup>20</sup>. Terminaba la misiva señalando que esta era su manera habitual de “corresponder las torpezas de sujetos con quienes no he tenido relaciones de ningún género, ni puedo tenerlas por la insalvable diferencia de nivel intelectual”. Esta no fue la primera oportunidad en que Ingenieros retó a duelo a alguien quien, según su criterio, se había comportado de manera impertinente hacia él, ni sería la última. Desde luego, ninguno de estos duelos se realizó. Lo que resulta interesante es el incidente que motivó en este caso la ira de Ingenieros. En la página 21 de su libro Folklore argentino. Santos Vega, Lehmann-Nitsche había incluido una nota a pie de página en la que se leía:

Al fin de 1915, en la colección de obras argentinas publicadas bajo el título de La Cultura Argentina por Giuseppe Ingegnieros, hase editado un tomo con el Fausto de E. del Campo, el Martín Fierro de J. Hernández y diez capítulos del Santos Vega, de H. Ascasubi. La dirección de La cultura argentina no menciona en el título que la reproducción del Santos Vega de Ascasubi es incompleta; y para aumentar la confusión ha agregado al título principal (Santos Vega) el subtítulo “El payador”, que falta en las ediciones originales.

A continuación, el antropólogo alemán señalaba que Martiniano Leguizamón

también había criticado “el proceder incorrecto del editor de La Cultura Argentina”. Efectivamente, en La cinta colorada (1916), Leguizamón había señalado respecto de la publicación de Martín Fierro, Santos Vega y Fausto en la colección de Ingenieros:

Inadvertidamente, sin duda, el editor, poco versado en nuestra bibliografía o poco escrupuloso en la compulsa de los libros reimpresos, no advierte en la portada que los textos son incompletos. Es fácil comprobar el engaño al lector desprevenido, pues, el poema Santos Vega se compone de 64 cantos y un epílogo, y solo han sido reproducidos los cantos I, X, XII y XLIX lo que, desde luego, fundamenta la sospecha de que esta reproducción fragmentaria no puede dar una idea cabal de la obra<sup>21</sup>.

Evidentemente, lo que había generado la furia de Ingenieros no había sido la crítica de Lehmann-Nitsche (la de Leguizamón estaba escrita en un tono igualmente duro y no había tenido consecuencias), sino el hecho que se refiriera a él con su nombre de nacimiento, como Giuseppe Ingegneros, cuando nuestro psiquiatra ya había castellanizado completamente su nombre y apellido. A pesar de sus triunfos, Ingenieros parecía destinado a encontrarse con “testigos” que, a cada paso, le recordaban su pasado.

Pero retornemos a nuestra historia. Resulta claro que, hacia 1909, se estaba cerrando un ciclo en la vida de Ingenieros, que parecía sentir que, a pesar de sus éxitos sociales y profesionales, no había logrado ser aceptado ni como miembro de pleno derecho de la elite social, ni como integrante prominente de la estructura técnica estatal de la República Posible en rápido desarrollo. Una vuelta a Europa parecía presentarse como una posible solución para sus tribulaciones. Su ulterior frustración por no haber obtenido la codiciada cátedra en la Facultad de Medicina solamente confirmó lo que él ya sospechaba: que había llevado al límite sus posibilidades de conseguir una posición social más expectante y un nivel de reconocimiento que considerara adecuado a sus méritos.

En esta situación, la construcción de un conflicto con un enemigo poderoso, como lo era el presidente Sáenz Peña, le proporcionó una excelente oportunidad para reconvertir su posición de debilidad social en una de fortaleza

(¿nuevamente las “tretas del débil”?). Lo que en un principio constituyó una frustración –justa o injusta– para sus aspiraciones académicas terminó transformándose en la lucha de David (el intelectual que solo contaba con su saber e inteligencia) contra Goliath (quien detentaba nada menos que el poder del Estado en ese momento). Sin embargo, tan pronto como llegó a Europa, Ingenieros se dio cuenta que sus posibilidades de progreso económico en el viejo continente eran aún más limitadas que en la Argentina, y comenzó a lamentarse de su decisión de alejarse del país, dejando en claro que retornaría tan pronto como las condiciones lo permitieran, es decir, cuando Roque Sáenz Peña abandonara la presidencia.

Sin embargo, había otro motivo adicional que lo impulsó a dejar Buenos Aires: su novia, Eva Rutenberg, una expaciente de familia adinerada de origen alemán –su padre era un industrial vinculado al acero–, se encontraba realizando una cura en un sanatorio en Suiza, cerca de Lausanne, donde se instaló Ingenieros por un tiempo. En mayo de 1914 contrajo matrimonio con Eva. Nuestro psiquiatra se mostraba nuevamente preocupado por las consecuencias de la inevitable presencia de sus padres en la fiesta de casamiento. En carta a Salvatore fechada el 16 de abril de 1914, los invitaba a la boda, pero al mismo tiempo les formulaba una serie de recomendaciones y advertencias<sup>22</sup>. Luego de escribirles que le gustaría que “hagan algo por embellecerse”, le recomendaba a su madre, especialmente, “que no hablase italiano y no comiese con el cuchillo, pequeñas cosas que bastan para obstaculizar cualquier simpatía [...]”.





Foto 13: Eva Rutenberg y José Ingenieros en Suiza

Cortesía CeDInCI

## INGENIEROS EN EUROPA: MOMENTO DE CRISIS

Los primeros tiempos de Ingenieros en Europa parecen haber profundizado la crisis personal que venía sintiendo desde años antes. Queriendo alejarse de la ciencia, que consideraba como una prisión demasiado estrecha para sus amplios intereses y talentos, Ingenieros se desvinculó de Archivos de Psiquiatría, revista que, sin embargo, sería continuada por su colaborador Helvio Fernández, ahora bajo el título de Revista de Psiquiatría, Criminología y Medicina Legal. Todavía en octubre de 1912 Ingenieros le escribía a Fernández desde Lausanne, indicándole que republicaran en Archivos un artículo suyo (cambiándole el título) que había aparecido ya en la revista Atlántida. Se trataba del adelanto de un capítulo de El hombre mediocre que, en su versión original, se titulaba “La psicología de Tartufo” y que, en la nueva versión, se llamaría “Los caracteres hipócritas”. Al mismo tiempo, siguió consiguiendo y enviando a la revista colaboraciones de científicos europeos.

Sin embargo, en otra carta a Fernández, esta vez enviada desde Madrid un poco más tarde, Ingenieros expresaba un estado de ánimo completamente diferente<sup>23</sup>. Señalaba: “Yo no tengo ningún placer ni interés en que sigan apareciendo dichos Archivos. De manera que no hagas el menor empeño ni te tomes ninguna molestia en ese sentido”. Ingenieros exigía explícitamente que, en caso de que la revista siguiera saliendo como órgano del Instituto de Criminología, suprimieran su nombre de la portada. Evidentemente se había producido algún conflicto en el seno del Instituto de Criminología, probablemente vinculado a su renuncia a la dirección. No puedo establecer si estas tensiones estaban o no asociadas a la disputa con Sáenz Peña, pero lo cierto es que Ingenieros también señalaba en la carta “que estoy muy contento de esta solución, pues los tales Archivos no estaban ya muy dentro de mi última orientación intelectual, exclusivamente filosófica. A mi regreso [...] he de publicar una revista de otra orientación y ella habrá enterrado a los Archivos; de manera que igual da enterrarlos antes”.

Aunque Ingenieros siguió reeditando, ampliando y modificando sus textos más propiamente científicos, lo cierto es que el cierre de la revista representó un corte en su vida. Le decía a Fernández: “En último caso mandás todo a la miércoles; yo estoy ya más allá de empleos, revistas, ministerios y pavadas. Tengo cosas

más altas que pensar”. Y más tarde, en una carta de abril de 1913, señalaba que “mi carrera de funcionario ha terminado, por ser incompatible con las preocupaciones filosóficas que me reclaman cada día más”. Los proyectos editoriales que Ingenieros estaba planificando desde Europa incluían una revista de filosofía y una colección de libros. Con ellos, puntualizaba Ingenieros, “acabaré por dar a mi patria su más alta fuente de cultura intelectual y moral. Aspiro a ser el eje de un movimiento cultural semejante al que Emerson provocó en los Estados Unidos [...]”. Nótese que lo que Ingenieros se proponía dar a la patria no era el éxito de un científico argentino en el exterior (como había sido en su primer viaje), sino una “alta fuente de cultura intelectual y moral”. El científico devenía en moralista. El modelo era Emerson, sobre quien luego escribiría *Hacia una moral sin dogmas*, y hacia quien su admiración aumentaría con motivo de su viaje a los Estados Unidos en 1916, como veremos.

En realidad, la crisis personal que Ingenieros estaba viviendo era más profunda. Tenía que ver con su propia identidad y no es casual que fuera durante ese viaje que decidiera cambiar su apellido, para sorpresa de su futura esposa, quien le escribía el 6 de enero de 1913 desde Suiza: “veo que te has bautizado con el nombre de Don José Ingenieros; si yo debiera ponerte uno te llamaría mi Lohengrin”<sup>24</sup>. Esta crisis se manifestaba en su correspondencia personal. Desde Suiza, Ingenieros le había hecho saber a Helvio Fernández en abril de 1912: “vivo sin que me pase nunca nada, un día igual a otro día esperando [...] no sé qué”<sup>25</sup>. Sus preocupaciones habían afectado incluso su activa vida sexual. En la misma carta confesaba a su amigo que en seis meses de residencia en Europa “apenas podría contarte un par de bonnes fortunes [...], lo que en Buenos Aires constituiría mi deshonor galante”. Más explícito todavía era Ingenieros con su amigo el escritor Antonio Monteavaro. Quien hasta hacía poco tiempo se había definido como un monista-materialista escribía en marzo de 1912: “estoy en el camino de Damasco. Atravieso por una crisis de idealismo romántico cuyo desenlace para mi personalidad intelectual no sé prever. Lo único que me pesa es la edad, irreparable [...]. Ahora, ¿lo creerás? Me gustaría ser un apóstol o un santo de algún ideal”<sup>26</sup>.

En una larga carta a su padre, fechada en Montreux unos días antes, el 14 de febrero de 1912, Ingenieros había expresado sus dudas con más claridad. A diferencia del estilo casero e informal (y siempre quejoso) que utilizaba normalmente en su correspondencia con sus padres, esta estaba escrita en un tono pomposo, parecido al que utilizaría en *El hombre mediocre*. La carta comenzaba con una larga alabanza al filósofo y político republicano Giovanni

Bovio. Según Ingenieros, Bovio representaba mejor que ningún otro el ideal (expresión devenida en palabra-clave de su prosa) en Italia. A continuación, volvía al tema de su crisis personal y, sobre todo, al tema que lo obsesionaba y que constituiría uno de los ejes de *El hombre mediocre* y de su posterior prédica juvenilista: la edad. Consideraba que había llegado a una edad en la que, sin ser ya joven, no era todavía viejo, para concluir que “esta hora marca una crisis absoluta en mi pensamiento y en mi personalidad moral. Lo ya hecho y lo ya visto comienza a parecerme extraño [...]”<sup>27</sup>. Y, un poco más abajo: “Los años perdidos en la primera batalla me pesan, convencido de no haber encontrado mi vida, los últimos cinco fueron de canalización (“incanagliamento”) a la vida profesional, en detrimento de la identidad intelectual y moral que le otorga al hombre la suprema dignidad”<sup>28</sup>. Las ciencias a las que había dedicado su tiempo le parecían ahora mezquinas; en contraste, la filosofía le ofrecía una vía de expansión infinita.

Volviendo a sus propios dilemas, Ingenieros reflexionaba sobre su posición ambigua y subordinada en la república internacional de las letras y las ciencias: escribía en una lengua subalterna (el español) que no sentía como propia, a una edad en la que un cambio de idioma le resultaría imposible. Ingenieros se consideraba, por lo tanto, “esclavo de un idioma hablado en un país que no es todavía nacionalidad y en una gran nación que fue y no existe más”. Expresaba que su abandono de las ciencias particulares sería en favor de un ambicioso proyecto filosófico consistente en un trabajo que proyectaba para las dos décadas siguientes en los que se proponía “renovar toda la filosofía sobre bases naturalistas y fundándola sobre las ciencias naturales”, completando, de alguna manera, el proyecto que su admirado Félix Le Dantec dejaría inconcluso a su muerte años más tarde. Esta filosofía que se proponía crear debía, sin embargo, tener raíces nacionales. Cabe destacar que las bases naturalistas sobre las que pretendía fundarla se verían erosionadas por la introducción de un pensamiento ético-moral y, sobre todo, por la de la categoría de “ideal”. El ideal, tal como lo concebía Ingenieros, era, sin embargo, una categoría anfibia, cercana, por un lado, a un idealismo moralista y anclada, al mismo tiempo, en la experiencia.

A pesar del reconocimiento internacional que había para entonces logrado como científico, Ingenieros no terminaba de encontrar su lugar en el mundo. Prisionero de una lengua que ocupaba un lugar subalterno y de un país que no se insertaba del todo en el concierto de las grandes naciones y al que, además, no terminaba de reconocer como propio; incapaz de integrarse plenamente en el marco de las élites sociales locales y, al mismo tiempo, luego de fracasar su proyecto de

hacerlo dentro del Estado como “experto estatal” de la República Posible, Ingenieros se percibía condenado a una marginalidad que lo obligaba a cambiar de camino. No sería ya como científico ni como experto que buscaría insertarse en el “gran mundo”, sino como un intelectual franco-tirador, que respondía a una demanda existente y que, al mismo tiempo, constituía un público particular: la juventud, a la que le hablaría desde una posición de maestro, como se verá en capítulos posteriores.

### ***Entre España y Heidelberg***

A lo largo de este segundo viaje a Europa, Ingenieros mostró que su nivel de actividad no había decaído. En París retomó algunas de los vínculos que había establecido en su viaje anterior: reavivó su antigua relación con Théodule Ribot y conoció a Félix Le Dantec, en quien veía a un modelo de científico-filósofo con el cual se sentía identificado. En esta oportunidad, hizo una estadía bastante prolongada en Madrid, revisando pruebas y supervisando las ediciones de tres de sus obras por parte de las casas editoriales Jorro y Renacimiento. Le escribía al respecto a Eva: “por la tarde tengo que ir a lidiar con tres imprentas; de noche me duermo sobre las pruebas [...]. Este es el momento de más apuros: se empezó el tercer libro sin haber concluido aún el primero”<sup>29</sup>. Dos de estos libros se trataban en realidad de reediciones ampliadas de otros ya publicados: Sociología argentina y Principios de psicología biológica (obra de la cual estaba en preparación una edición en italiano, otra en francés por Editorial Alcan, y una en alemán con prólogo de Wilhelm Ostwald). El único texto realmente nuevo era El hombre mediocre, libro que representó un quiebre en su trayectoria intelectual.

En España, Ingenieros tuvo la oportunidad de vincularse con algunos destacados intelectuales, aunque no parece haber quedado demasiado impresionado por la vida cultural e intelectual madrileña. En 1912, se quejaba a su prometida del “medio rutinario y tímido” de la capital española<sup>30</sup>. Solo Francisco Giner de los Ríos, a quien llamaba “San Francisco”, logró despertar su admiración.



Foto 14: José Ingenieros en España durante su segundo viaje a Europa, ataviado con la capa y el sombrero de Manuel Machado.

Cortesía CeDInCI

En Barcelona, Ingenieros fue recibido con honores y nombrado miembro de la Sociedad de Psiquiatría y Neurología. En 1914 pronunció una conferencia en el Colegio de Médicos de esa ciudad, que luego sería publicada en Revista de Filosofía bajo el título de “Las ciencias nuevas y las leyes viejas”. En esta conferencia, Ingenieros revisitó temas que había tratado en escritos anteriores acerca de la discrepancia existente entre leyes penales que se basaban en el concepto de libre albedrío y los avances de la ciencia que postulaba el determinismo de las conductas humanas. Los principios de la psiquiatría moderna eran, pues, incompatibles con los del derecho.

Al final de la conferencia, Ingenieros no se privó de expresar sus opiniones sobre la cultura española. España, a juicio de nuestro psiquiatra, aún podría “reencender su lámpara, apagada hace tres siglos”. Obviamente esto no cayó demasiado bien entre su auditorio e Ingenieros hizo referencia a las reacciones que causó: “veo que alguien hace muecas de franca desconfianza”. Nuestro psiquiatra no disimulaba su desprecio por “esta España heroica y convencional – en que los sudamericanos hemos dejado de creer como fuente de cultura y de progreso [...]”. La España que Ingenieros se proponía rescatar era la de la lengua, la de Cervantes, Calderón y Quevedo, pero, sobre todo, la España multicultural de Averroes, Isidoro y Maimónides, a los que dedicaría numerosas páginas en otros textos referidos a la filosofía española. Esa España fue luego “sumergida en la penumbra por el advenimiento de los capitanes y los teólogos”, y parcialmente resucitada en tiempos de la ilustración por Carlos III.

Pero el punto fuerte tal vez haya sido su estadía en Alemania, particularmente en Heidelberg, en cuya universidad –como había señalado en su carta de renuncia presentada al decano Rivarola– tomó cursos no solamente de filosofía, sino también de historia natural. Durante este viaje Ingenieros trabó contacto con su admirado Ernst Haeckel y con el filósofo y Premio Nobel de química Wilhelm Ostwald. En esta etapa, nuestro médico debía superar el obstáculo representado por su desconocimiento de la lengua; ahora el aprendizaje del alemán se había

convertido en un imperativo y le escribía a su futura esposa (que sí lo hablaba con fluidez) al respecto.



*EL HOMBRE MEDIOCRE: ¿UNA AUTOPSIA MORAL DEL PRESIDENTE ROQUE SÁENZ PEÑA?*

El producto más importante de este viaje –y lo que probablemente marcaría el resto de la vida de Ingenieros– fue la producción de su libro más popular y difundido: *El hombre mediocre*. Resulta difícil construir una genealogía precisa de esta obra. Como ocurría con la mayoría de sus textos, este fue también reeditado en numerosas oportunidades, introduciéndosele en cada nueva edición múltiples cambios. La referencia explícita a Sáenz Peña, por ejemplo, presente en la primera edición, fue removida de las versiones sucesivas, aunque sobrevivieron otras referencias indirectas: en la edición definitiva incluida en las *Obras completas*, se mencionaba el hecho de que el arquetipo de la mediocridad ve “minado el cerebro por vergonzosas enfermedades contraídas en el trato lupanario de las cortesanas”, aludiendo a la dolencia que terminaría con la vida del presidente.

Como otros libros de nuestro autor, *El hombre mediocre* también se originó en una variedad de fuentes diversas; en este caso particular, algunos capítulos habían nacido como clases dictadas en la Facultad de Filosofía y Letras entre los años 1909 y 1910 (nuevamente, antes del conflicto con Sáenz Peña). Algunas de estas lecciones luego fueron convertidas en artículos y publicadas en *Archivos* y en el diario *La Nación* durante 1911. Estas clases-artículos pasaron luego a ser capítulos de la primera edición del libro y fueron modificados en las siguientes. El capítulo sobre “los arquetipos de la mediocracia” parece haber sido escrito especialmente para el libro. Para el análisis que sigue, me baso en la primera edición<sup>31</sup>.

El argumento del texto es conocido y bastante simple: se trataba de analizar las características del “hombre mediocre”, ese tipo a la vez social, psicológico y moral que se ubicaría entre los seres inferiores, inadaptados y degenerados, incapaces de operar según las normas sociales, por un lado, y los seres superiores, poseedores de genio, y por lo tanto los únicos capaces de innovar y constituirse en portadores del “ideal de perfección”, por el otro. Resulta revelador el hecho de que Ingenieros sostuviera en este texto que las conductas y características de los seres inferiores estuvieran determinadas por factores

puramente biológicos y hereditarios, mientras que las de los genios serían el resultado de su propia singularidad. El determinismo biológico solo se aplicaba a los “seres inferiores”. Por el contrario, los mediocres serían un producto enteramente social, resultado de la adaptación al medio y, en particular, de la educación. Los mediocres eran individuos “sin atributos”, imitadores por naturaleza e incapaces de cualquier atisbo de creación original.

Aunque Ingenieros se definía como psicólogo y sostenía que lo que se proponía realizar era una “autopsia psicológica” del mediocre, en realidad El hombre mediocre puede ser leído como una “crítica de la moralidad”. El mediocre no solamente se definía por su posición social y psicológica, sino también por sus características morales: individualmente considerado, era conceptualizado como “una entidad negativa y deleznable”. A pesar de esta caracterización, en cuanto grupo social, los mediocres constituían elementos indispensables para la sociedad. Según la mirada evolucionista de Ingenieros, la evidencia misma de esta necesidad derivaba de su propia existencia: si no resultaran indispensables, la selección natural los hubiera hecho desaparecer. Además, la mediocridad conformaba un elemento conservador y equilibrador de la sociedad. Eran precisamente los mediocres quienes preservaban la herencia de los genios de generaciones pasadas al tiempo que ponían barreras al carácter, que por definición debía ser desestabilizador, de los presentes.

En El hombre mediocre Ingenieros desplegó la noción de “ideal”, esbozada en algunos textos anteriores, pero definido ahora como la capacidad imaginativa “que permite generalizar los datos de la experiencia, anticipando sus resultados posibles y abstrayendo de ellos ‘ideales’ de perfección”. El posterior desarrollo de una metafísica basada en la ciencia como una generalización de lo “inexperiencial”, fundada en los datos experienciales, sería una derivación de esta noción de ideal, tal como estaba prefigurada en el texto, cuando señalaba que “la filosofía científica en vez de denegarlos [a los ideales], afirma su realidad como formaciones naturales y los reintegra a su concepción monista del universo”. Por lo tanto, para Ingenieros, los ideales no constituían construcciones a-priorísticas, sino que estarían enraizados en la experiencia.

Otro tema fundamental que Ingenieros introdujo en El hombre mediocre fue el juvenilismo. El problema de la juventud y la vejez lo venía atormentando desde hacía años. La juventud era exaltada en El hombre mediocre como el elemento más dinámico de la sociedad y el único capaz de constituirse en portador del genio y del ideal. Frente a la juventud, la vejez –no definida solamente en

términos etarios, sino fundamentalmente psicológicos y morales—, con su “analgesia moral”, constituía el polo opuesto, asociado a la mediocridad. Sería esta mirada sobre la juventud la que habría de generarle masas de seguidores a nivel internacional, en un momento en que los discursos juvenilistas, si bien no habían adquirido todavía la fuerza que desarrollarían en los años de la inmediata posguerra, ocupaban un lugar cada vez más central. En este sentido, puede decirse que El hombre mediocre continuaba —y sería reconocido de esta manera por muchos de los que se vieron deslumbrados por él— el sendero iniciado por el uruguayo José Enrique Rodó con Ariel una década y media antes. Rodó también había caracterizado a la juventud como la única portadora posible del ideal. Como señalaba Gregorio Bermann, antiguo discípulo de Ingenieros, en 1926, “El núcleo de jóvenes a que pertenecía [...] se había colocado bajo la advocación de Ariel [...]. En tales circunstancias nos llegó su libro [El hombre mediocre] con tantas páginas aladas, estremecido de dignidad y orgullo, que nos supo a mieles”<sup>32</sup>.

Rodó e Ingenieros compartían, además, una concepción elitista de la sociedad y una definición similar de lo que debía constituir una aristocracia legítima: es decir, aquella basada en el talento. Esta idea de aristocracia se oponía tanto a una basada en los privilegios de nacimiento, como al predominio de las masas democráticas. Respecto del carácter ilusorio de la igualdad, sostenía Ingenieros en El hombre mediocre: “Las costumbres y las leyes pueden establecer derechos comunes a todos los hombres; estos serán siempre tan desiguales como las olas que erizan la superficie de un Océano”. Rodó e Ingenieros abrevaban en fuentes intelectuales similares. Ambos compartían un rechazo por los valores burgueses, rechazo que se inspiraba en Nietzsche, pero también en el modernismo de Darío.

La principal diferencia entre Ariel y El hombre mediocre, sin embargo, consistía en que Rodó había dedicado la tercera parte de su texto (probablemente la más influyente) a diseccionar las características de la cultura anglo-americana, que el autor consideraba como la encarnación del utilitarismo y positivismo, entendido este último no como una escuela filosófica, sino como la pasión por lo práctico en detrimento de la belleza y los valores espirituales. Frente a esta amenaza, Rodó oponía la fuerza de la tradición hispánica. En la visión shakespeariana de Rodó, Calibán constituía una metáfora de América del Norte, mientras que Ariel lo era de América Latina. Recién durante los años 20 Ingenieros mostraría una preocupación profunda por los vínculos entre América Latina y los Estados Unidos. Más allá de que Ingenieros permaneciera (aunque con matices) fiel a su visión del mundo cientificista, y a pesar de estar separados por casi quince años,

Ariel y *El hombre mediocre* formaban parte de un cierto clima intelectual y cultural.

Ingenieros introdujo algunas novedades en *El hombre mediocre* sobre las que me interesa detenerme. En primer lugar, cabe mencionar la cuestión del estilo. Los textos científicos de Ingenieros estaban por lo general escritos en un lenguaje llano, plagado de guiños al lector, y abundaban en referencias y notas a pie de página. La proliferación de referencias a autores europeos permitía comprobar que Ingenieros estaba à la page en los temas tratados. En *El hombre mediocre*, por el contrario, el aparato erudito es muy escaso. Las referencias existentes son por lo general a autores clásicos, aunque hay algunas pocas menciones a otros más modernos, tales como Lombroso o Nordau. Los ejemplos recurrentes con los que Ingenieros aludía a modelos históricos de virtuosismo incluían a Sócrates, Cristo y Giordano Bruno. Además, el texto estaba escrito en un tono pedagógico y, desde el comienzo, quedaba claro que Ingenieros no solamente buscaba satisfacer, sino además construir a su potencial público lector. El lector ideal designado para *El hombre mediocre* era aquel que podía escapar de la mediocridad por medio de la lectura del libro y de su identificación con su autor<sup>33</sup>. El texto incluye un sistema de signos que permitirían al lector potencial –a quien Ingenieros se dirigía utilizando la segunda persona– autoidentificarse como portador del ideal. Pertenecerían a la clase de idealistas aquellos que sintieran un nudo en la garganta al recordar la cicuta impuesta a Sócrates, “la cruz izada para Cristo” –un Cristo de características renanianas (o masónicas), alejado de cualquier dimensión sobrenatural o divina– “o la hoguera encendida a Bruno”.

Las características de esta elite de idealistas no se agotaban, sin embargo, en la posesión de cualidades intelectuales y morales, sino que se terminaban de definir por una dimensión estética. Por lo tanto, pertenecerían también a la elite de idealistas quienes se extasiaban ante un crepúsculo, gustaran “pasear con Dante, reír con Molière, temblar con Shakespeare, crujir con Wagner”. En suma, se trataba de tener la capacidad de “admirar la mente preclara de los genios, la sublime virtud de los santos, la magna gesta de los héroes, inclinándote con igual veneración ante los creadores de Verdad o de Belleza”. En esto, *El hombre mediocre* también continuaba transitando el camino abierto por Ariel. Este último había sido escrito en la estela de la guerra entre España y los Estados Unidos, y reflejaba la crisis temprana del positivismo; el libro de Ingenieros, por su parte, fue publicado en la víspera de la Primera Guerra Mundial y, aunque el autor seguía vinculado a los fundamentos del científicismo, al mismo tiempo lo

combinaba (de manera incómoda, al menos desde el punto de vista del lector de hoy en día) con elementos del clima de ideas antipositivista que se estaba implantando rápidamente entre la juventud intelectual de América Latina.

*El hombre mediocre también abrevaba en otras fuentes menos evidentes. En 1872 el periodista católico francés Ernest Hello había publicado un libro titulado L'homme, uno de cuyos capítulos se titulaba, precisamente, "el hombre mediocre". Aunque Hello asociaba la superioridad a la fe –atribuía al mediocre, entre otras características, la de aborrecer el catolicismo–, existen numerosas similitudes entre las caracterizaciones de la mediocridad propuestas por ambos autores. Para el francés, el mediocre estaría ubicado entre el hombre de genio y el imbécil, pero no constituiría el juste milieu. Se trataría de alguien sin atributos, solo capaz de repetir opiniones ajenas. El mediocre de Hello, como el de Ingenieros, sería incapaz de sentir pasiones, más allá del desprecio por la belleza. Solo el hombre superior, sostenía el francés –como lo haría Ingenieros–, sería capaz de ser portador del ideal y por ello, mientras el hombre de genio era superior a aquello que ejecuta, el mediocre era siempre inferior a sus propias obras. Ingenieros, que, como se vio en el capítulo II, había conocido el libro del francés desde los tiempos de La Montaña, sería acusado, probablemente con algún fundamento, de haber plagiado al menos algunas partes del texto de Hello.*

Las tensiones entre el elitismo "idealista", por un lado, y las formas más básicas de evolucionismo mostradas por Ingenieros, por otro, tensiones que ya se vislumbraba en algunos de sus textos anteriores, se hacían particularmente evidentes en El hombre mediocre. Mientras que en uno de los capítulos que componían Sociología argentina Ingenieros desdeñaba la trilogía "Libertad-Igualdad-Fraternidad" ya que el determinismo negaba el primer término de la misma, la natural desigualdad humana el segundo y la lucha darwinista por la vida el tercero, en el libro que nos ocupa ahora el autor se vio obligado a hacer concesiones parciales a la idea de libre albedrío, como ya lo había hecho en Principios de psicología. Mientras que en el comienzo de El hombre mediocre Ingenieros nos informaba que: "lo mismo que todas las funciones de la mente, la formación de ideales está sometida a un determinismo, que por ser complejo no es menos absoluto", apenas más abajo, sostenía que:

La imaginación es madre de toda originalidad, deformando lo real hacia su

perfección ella crea los ideales y les da impulso con el ilusorio sentimiento de la libertad; el libre albedrío es un error útil para ejecutarlos [a los ideales]. Por eso tiene prácticamente el valor de una realidad.

Las posibles incongruencias –vistas desde la perspectiva de hoy, ya que aparentemente no eran percibidas como tales ni por Ingenieros ni por sus lectores– no se acababan aquí. Al igual que venía sosteniendo desde sus primeros trabajos, Ingenieros mantenía en *El hombre mediocre* una concepción que podríamos caracterizar como relativista de la moral y la virtud, las cuales estarían definidas socialmente de acuerdo a las particularidades de cada momento histórico en el desarrollo del proceso de la lucha por la vida. Ahora bien, si lo que hoy es considerado delito no necesariamente lo fue ayer y tal vez no lo sea mañana, y lo que hoy es virtud mañana puede ser vicio y viceversa, ¿con qué criterio escaparía el genio individual a esta relativización de los valores? ¿El genio de hoy no podría, siguiendo esta línea de razonamiento, ser considerado el mediocre de mañana? Ingenieros dejaba esta aparente paradoja sin resolver porque, al considerarlo en su individualidad radical, el genio lo sería con independencia de los valores sociales.

El contenido del texto de Ingenieros puede también ser leído como una posible respuesta frente a la crisis de la República Posible y el inminente advenimiento de la República Verdadera (hecho posible, precisamente, por obra de su némesis, el presidente Sáenz Peña), cuyas primeras manifestaciones ya habían tenido lugar con los triunfos electorales de la Unión Cívica Radical. El hombre mediocre hacía referencias claras a la asociación que el autor establecía entre democracia y mediocridad: “Toda democracia es propicia a la mediocracia y enemiga de cualquier excelencia individual; por eso los jóvenes originales no participan del gobierno hasta que hayan perdido su arista propia”. Según Ingenieros, las democracias serían “estados sin ser naciones, países, no patrias”. El problema fundamental consistía –en visión de Ingenieros– en que la democracia partía de una premisa falsa: la existencia de una masa capaz de asumir la soberanía del Estado.

En ediciones sucesivas, Ingenieros matizaría algunos de estos puntos de vista (no todos) respecto de la democracia. En la primera edición de *El hombre mediocre*, por ejemplo, leemos:

Depositarios del alma de las naciones, los pueblos son entidades espirituales inconfundibles con las pjaras democráticas. Ninguna multitud es pueblo; no lo sería la unanimidad de los mediocres. [...]. El pueblo –antítesis de todos los rebaños– no se cuenta por números.

En la versión incluida en las Obras completas, en cambio, podemos leer:

Depositarios del alma de las naciones, los Pueblos son entidades espirituales inconfundibles con los partidos. No basta ser multitud para ser Pueblo: no lo sería la unanimidad de los serviles.

Nótese que las referencias despreciativas hacia la democracia existentes en la versión original fueron sutilmente desplazadas hacia los partidos políticos en la edición posterior. De manera semejante, en ambas versiones Ingenieros insertaba una cita de un texto de Ramos Mejía. Pero mientras en la primera edición, Ingenieros decía de su antiguo maestro que era “Un distinguido publicista que vive sus intimidades [de la mediocridad]”, en indudable referencia al apoyo que el mismo había brindado a Sáenz Peña, durante cuyo gobierno ocupó el cargo de presidente del Consejo Nacional de Educación, esta mención fue borrada de ediciones posteriores a las muertes respectivas del alienista y del presidente. Lucio López, amigo y colega de Ingenieros, recordaría muchos años después que Ramos Mejía había negado su apoyo a Ingenieros cuando Sáenz Peña lo vetó para la cátedra. Este puede haber sido otro motivo por el cual Ingenieros asociaba a su antiguo maestro con la mediocridad.

De lo dicho hasta aquí debería resultar evidente que la temática de El hombre mediocre trascendía en mucho la disputa entre su autor y el presidente Roque Sáenz Peña. Sin embargo, Ingenieros era perfectamente consciente de que la parte en que se refería a su contrincante sería la que más interés atraería por su obra. Desde Montreaux, comunicaba a sus padres en 1911 que estaba finalizando El hombre mediocre y que aún faltaba el capítulo sobre la “mediocracia” (una de las pocas partes del libro que no había sido ya publicada en forma de artículo)

que estaría dedicado a Roque Sáenz Peña; consideraba que este sería, de lejos, el capítulo más atractivo del libro<sup>34</sup>. Fue al comienzo de ese capítulo donde Ingenieros insertó una nota al pie (que luego quitaría en futuras ediciones) señalando que: “Así como para el genio ha elegido el autor dos ejemplares luminosos de su ‘patria’, Sarmiento y Ameghino, para caracterizar al arquetipo de las mediocracias ha encontrado un ejemplar perfecto en el actual presidente de su ‘país’. Lo que no es su intención ocultar”.

Según el recuerdo de Ernesto Quesada, durante el viaje que ambos compartieron a los Estados Unidos en 1916 le había preguntado a Ingenieros si no le parecían exageradas sus diatribas al ya fallecido Sáenz Peña. El autor de *El hombre mediocre* no se había mostrado para nada arrepentido, sino que, todo lo contrario, volvió a arremeter contra el expresidente, diciendo, entre otras cosas:

Llega al poder por una elección farsaica, gracias a su antecesor, y se pretende ungido del pueblo; carece de raíces en la opinión pues siempre fue solo patotero y demuestra su lealtad política dictando una ley electoral para entregar el gobierno al partido contrario, resolviendo en forma opuesta a lo que sostenían sus correligionarios, la debatida cuestión de si el voto secreto corrompe o no el sufragio y desvía la voluntad popular [...]. Al estilo de los mandatarios haitianos, se rodea de favoritos mulatos, mestizos o descastados, manteniendo las apariencias con un ministerio de graves personajes [...] que se autosugestionan hasta creer que ellos gobiernan [...]<sup>35</sup>.

Como en otras oportunidades, Ingenieros recurrió a sus habituales estrategias de autopromoción alrededor de la publicación de *El hombre mediocre*. En abril de 1913 le comunicaba a Salvatore que la carta pública de renuncia a sus cargos docentes que enviara al decano Rivarola había causado revuelo, preparando “así para el Hombre Mediocre una expectativa extraordinaria”.

El éxito del libro parece haber sido realmente notable e inmediato a juzgar por lo que su autor informaba a Salvatore. El volumen había sido puesto a la venta en Buenos Aires el 5 de abril; solo seis días después ya se habían agotado los siete mil ejemplares expedidos, y la distribuidora local había solicitado el envío de los



tres mil restantes en España. En pocos días estaba planeada una reimpresión de otros diez mil ejemplares. Aun en París, el libro parecía no haber pasado del todo desapercibido, al menos entre la comunidad latinoamericana. El editor le informaba a Ingenieros, y este a su padre, que los trescientos ejemplares enviados a tres librerías de su ciudad se agotaron en dos días. Es que, para 1913, Ingenieros se había convertido ya en un autor exitoso desde el punto de vista del mercado. En una carta de junio de 1913, por ejemplo, el librero Juan Roldán lo felicitaba por sus éxitos editoriales, señalando que solamente en su librería se habían vendido en el corto espacio de un mes más de mil ejemplares de sus libros. “Claro que esto”, señalaba el librero, “me ha hecho oír muchos juicios, unos buenos, y otros malos, pero puedo asegurarle que predominan los primeros en número y calidad”.

El éxito de *El hombre mediocre* no dejaba de causar cierta perplejidad en el propio autor, que terminaba su carta a Salvatore señalando que “además del éxito de venta, el volumen ha tenido un exitazo literario [...] que no hubiera obtenido con trabajos científicos, en mucho superiores. El mundo es así”<sup>36</sup>. Como había hecho con otros textos, Ingenieros pensaba en traducciones de su nuevo libro. Para ello, sondeó a la editorial Félix Alcan para una posible edición en francés, lo que, sin embargo, fue desechado por los editores<sup>37</sup>.

A pesar de su éxito comercial, la obra no fue reseñada en los grandes periódicos locales: los diarios prefirieron mantener cierta prudencia al respecto debido a las referencias hechas al presidente. Frente a una solicitud de la pedagoga Raquel Camaña –quien había sido alumna de Ingenieros en la Facultad de Filosofía y Letras– para que se le permitiera publicar una reseña positiva en *La Nación*, Jorge Mitre (con quien Ingenieros tendría un conflicto pocos años más tarde) le hacía saber que “el carácter de la obra del doctor Ingenieros y la actitud de este diario respecto al Presidente de la República nos han inhibido para ocuparnos de ella en cualquier sentido que fuese”<sup>38</sup>. Si los grandes periódicos se mostraron cautos en la recepción del libro, este sí fue reseñado en medios menos comprometidos con el poder. El diario *Última Hora*, por ejemplo, publicaba el 4 de abril de 1913 una nota elogiosa titulada “Del Dr. José Ingenieros. Un libro sensacional. *El Hombre Mediocre*. Estudio psicológico sobre el doctor Sáenz Peña”. Por su parte, *El Eco de Tandil* publicaba el 26 de junio otra nota firmada significativamente por “Alma nativa” en la que se denostaba el libro, precisamente, por su trato irrespetuoso al primer magistrado. Digo que es significativo el seudónimo elegido por quien escribió la reseña porque, luego de solicitar la exoneración de Ingenieros de todos sus cargos, recordaba que la

Argentina era la segunda patria del autor de *El hombre mediocre*, “porque los lectores deben saber, si es que lo ignoran, que el distinguido médico es PAISANO (en su primera acepción castiza) de Juan Bautista Marini, conocido autor del poema ADONIS [...], obra ésta que influyó mucho en Italia en la corrupción del buen gusto”. Frente a la crítica del diario de Tandil, Ingenieros oponía el veredicto inapelable del éxito de mercado de su libro: “Todo ello será muy interesante en Tandil; pero ya los 20.000 ejemplares están casi agotados y el mes próximo irán a la imprenta los 30.000. Me escriben de Madrid que estas cifras no han sido alcanzadas nunca por ningún escritor clásico o contemporáneo, a los cuatro meses de aparecer el libro”<sup>39</sup>.

Entre los amigos de Ingenieros, la recepción del libro fue heterogénea. El dirigente socialista Alfredo Torcelli le hacía saber a su querido “Pepillo” que “tu ‘Hombre Mediocre’ fue la comidilla de todo el mundo. La opinión general no fue tu amiga. Aunque tú lo creas, yo no creo que esa sea tu mejor obra. Lo que nadie niega es que positivamente hay en ella montones de bellísimos pensamientos, dignos de cualquier ilustre pensador. Y te baste, che!”<sup>40</sup>. Diferente era la opinión de Víctor Mercante, para quien el libro en cuestión era “profundo, perspicaz, ágil, equilibrado, lógico, relacionando los elementos menos afines para llegar a las conclusiones más inesperadas”. El educador consideraba que su amigo había escrito “una obra original y la menos discutida en sus generalizaciones”. Este libro llevaba a su autor a la categoría de “pensador, eres filósofo y eres analista en un grado que solo alcanzan las mentes privilegiadas”<sup>41</sup>. Aparentemente, la publicación del libro tuvo un efecto devastador sobre su víctima: el propio Roque Sáenz Peña, según Rodolfo Senet decía haber escuchado de labios de Alejandro Korn.

La muerte de Sáenz Peña produjo una gran movilización popular. Relata Manuel Gálvez en sus memorias un encuentro con Ingenieros (recién retornado al país) mientras se realizaban las exequias del presidente fallecido:

En la puerta de la librería de Moen, en la calle Florida, me encontré con el autor de *El hombre mediocre*. Multitudes inacabables desfilaban frente a nosotros [...]. Yo miraba aquel gentío con asombro, cuando Ingenieros, moviendo la cabeza de arriba abajo y con los labios alargados en un gesto de estupor –de simulado estupor, naturalmente–, pronunció estas deliciosas palabras: -¡Cuánta gente que no ha leído mi libro!

El libro tuvo una proyección extraordinaria a nivel internacional. Si en la Argentina fue recibido con recaudo por los grandes periódicos, recibió, por el contrario, innumerables reseñas en medios extranjeros, aunque no todas positivas. Así, apenas de haber salido la primera edición, *El hombre mediocre* fue reseñado en *Archives d'Anthropologie Criminelle de Médecine Légale et de Psychologie Normale et Pathologique*, revista dirigida por Lacassagne<sup>42</sup>. Unos años después también era comentado en la *Revue Philosophique de la France et de l'Étrangere*. En esta reseña, J. Pérès criticaba tanto las generalizaciones de Ingenieros como su mirada sobre la vejez asociada a la mediocridad, y sus diatribas a la democracia<sup>43</sup>. Pero más allá de las notas críticas realizadas en revistas académicas, *El hombre mediocre* recibió atención en publicaciones de tipo político y cultural a lo largo y ancho de América Latina. En Cuba, por ejemplo, José Sixto Sola publicó una reseña muy elogiosa que fue luego reproducida en *Revista de Filosofía* y republicada en inglés en *Inter-America. A Monthly Magazine* en febrero de 1919.

## EL RETORNO

En agosto de 1914, el mismo mes en que comenzó la Primera Guerra Mundial, Ingenieros retornó a la Argentina. El camino de regreso a la patria había quedado abierto por la renuncia y luego muerte del presidente Sáenz Peña.

Inmediatamente, nuestro autor se puso a trabajar en sus dos proyectos editoriales. En 1915 comenzó a publicarse casi simultáneamente Revista de Filosofía y la colección de libros “La Cultura Argentina”. Ingenieros seguiría dirigiendo ambos emprendimientos hasta su muerte. Revista lo sobrevivió cuatro años bajo la dirección de Aníbal Ponce; la colección de libros no, a pesar de que la familia Ingenieros renovó la propiedad de la marca en dos oportunidades, la última en 1946. Revista de Filosofía será discutida en el capítulo VII; aquí me concentraré en “La Cultura Argentina”.

### ***“La Cultura Argentina”: libros para todos***

La historia de “La Cultura Argentina” fue contada por el propio Ingenieros en un artículo publicada en el periódico La Nota en 1915. El nacimiento de la colección había respondido a objetivos tanto intelectuales como a otros de índole más bien corporativos. Había sido planeada varios años antes y debía estar dirigida por José María Ramos Mejía. La idea se había originado en el hecho de que ambos (Ingenieros y Ramos Mejía), prolíficos autores, encontraban dificultades para editar sus propios libros sin perder dinero, “o sin entregarlos a editores que los explotarán”. Esta preocupación seguiría presente en la misma de Ingenieros. En un documento que parece ser un borrador de la presentación de la misma, Ingenieros continuaba quejándose de la falta de editores interesados en las obras de los autores locales. Refiriéndose de forma oblicua (pero evidente) a sí mismo, decía nuestro autor:

El más leído de todos –en opinión de editores y libreros– ha sufrido pérdidas efectivas cada vez que ha sido editor de sus propias obras, por dificultades inherentes a la administración personal del libro [...]. Cuando se le ha propuesto el pago de sus derechos de autor ha sido engañado; otras veces le han sido ofrecidos inaceptables recompensas ofensivas por lo insignificantes.

¿Por qué se frustró el proyecto original? Lajouane, el impresor-librero que habría estado a cargo del manejo administrativo de la colección, había solicitado al Congreso Nacional, sin el acuerdo de Ramos Mejía ni de Ingenieros, una subvención de treinta mil pesos anuales para editar la colección. Los directores no quisieron verse involucrados en una maniobra que podría hacerlos parecer interesados en “el clásico negocio editorial de vender al Estado y a las reparticiones públicas” y dieron por terminado el trato con Lajouane, al tiempo que Ramos Mejía contactaba a diputados amigos suyos para solicitarles que no despachasen la solicitud. La independencia respecto del Estado sería una de las características principales de la identidad de “Cultura Argentina”. En el borrador de un documento publicitario, se señalaba que: “Para esta libre iniciativa educacional, no necesitamos, ni aceptaremos, la protección oficial; no perseguimos subvenciones del Estado ni vendemos libros a las reparticiones nacionales”.

En la Argentina, desde finales del siglo XIX, y sobre todo alrededor del Centenario, se venían editando colecciones de obras literarias (sobre todo poéticas) a expensas del Estado. Un ejemplo de esto fue la “Antología de poetas argentinos” publicada por Juan de la Cruz Puig. La colección planeada por los dos médicos –y luego “La Cultura Argentina”– se planteaba desde el principio como una empresa puramente dependiente del mercado para su subsistencia. La otra novedad introducida por el proyecto de Ramos Mejía e Ingenieros (novedad que luego también se actualizaría en “La Cultura Argentina”) era que solo se publicaría prosa, y no solo obras consideradas como “literarias”. En efecto, al lado del inevitable Lugones, figuraba una pléyade de intelectuales y ensayistas interesados en pensar a la sociedad y la política desde una perspectiva más o menos científica.

Luego del fracaso de este primer proyecto, Ingenieros realizó varios intentos igualmente frustrados para establecer su colección. Intentó negociar con el librero Juan Roldán, quien le informó que no podía comprometerse porque

acababa de organizar una empresa semejante con Ricardo Rojas: se trataba de la colección “Biblioteca Argentina”, de características bien diferentes del proyecto de Ingenieros: publicaría ediciones críticas, muy cuidadas y a un precio elevado.

“Ediciones críticas” o “ediciones populares y baratas”, he aquí una de las diferencias fundamentales entre los dos proyectos. Hacia la primera década del siglo XX (y más aún en la segunda), se había producido un proceso acelerado (aunque incompleto) de profesionalización de los campos de las letras y académico en general. Esto trajo como consecuencia la generación de ciertos requisitos de legitimidad y acusaciones cruzadas de “falta de rigor”. La figura del “especialista” se iba perfilando cada vez con más claridad. Recordemos que, en su polémica con Groussac de 1903, discutida en el capítulo III, Ingenieros había intentado posicionarse frente al director de la Biblioteca Nacional desde el lugar del especialista que representaba el futuro, en contraste con el anacrónico Groussac, a quien acusaba de falta de conocimientos específicos. Por su parte, el propio Groussac también había acusado a Norberto Piñero más de una década antes, en 1890, por haber lanzado una colección con los escritos de Moreno sin poseer los saberes especializados necesarios para tal empresa. Por su parte, Rojas había ya criticado la colección de Puig por el mismo motivo. Lo que se ve es una suerte de “cascada de críticas”, en las que intelectuales combatían por criterios de legitimidad que ellos mismos estaban en proceso de consolidar. El crítico de hoy era el criticado del día siguiente.

Pero lo cierto es que el objetivo de Ingenieros era radicalmente diferente al de Rojas. El primero se proponía (adelantándose al proyecto que medio siglo más tarde llevaría a cabo Boris Spivacow, desde EUDEBA) inundar el mercado con libros baratos que tuvieran un propósito educativo. Los “libros para todos” serían el complemento natural de la “escuela para todos”. El hecho es que Ingenieros se puso rápidamente manos a la obra, iniciando los trabajos preparatorios: la Revista de Filosofía le sirvió de plataforma para publicar textos de los autores de la futura colección, mientras aumentaba aún más su propia visibilidad (y la de su futura empresa) por medio de numerosas propagandas publicadas en Caras y Caretas y otros medios.

Finalmente, Ingenieros llegó a un acuerdo económico con el editor Severo Vaccaro, que se mantuvo en pie hasta 1923. Según el cálculo de Ingenieros, las ediciones se autofinanciarían. Para que el negocio funcionara realmente, las tiradas (calculadas en cinco mil ejemplares cada una) debían agotarse en un plazo relativamente corto. Si esto no ocurría, el proyecto sería un fracaso

comercial, y “se habrá cumplido lo que hace cuatro décadas me escribía Joaquín de Bedia desde Suiza: ‘He resuelto perder como editor lo que he ganado en diez años de ejercicio de la medicina’”. Previendo esta posibilidad, terminaba Ingenieros irónicamente: “por las dudas, no dejo de ejercerla [la medicina]”.

Desde el punto de vista de la “llegada al público”, resulta evidente que el proyecto de Ingenieros fue muchísimo más exitoso que el de Rojas. La colección de Rojas publicó un total de veintinueve volúmenes a lo largo de una década, con tiradas que no superaban los mil ejemplares cada una. Mientras tanto, “La Cultura Argentina” alcanzó a publicar en el mismo lapso de tiempo 132 títulos de setenta autores, con tiradas que iban de tres mil a cinco mil ejemplares. Hasta 1920 se publicó al menos un libro por mes. Los volúmenes de Ingenieros se distribuían (y en esto también se adelantaba en medio siglo al proyecto de EUDEBA) no solo en librerías, sino también en kioscos, cigarrerías, estaciones de trenes y otros espacios igualmente heterodoxos para la venta de libros. En total, la colección llegó a poner en la calle más de un millón de ejemplares, constituyendo una experiencia sin antecedentes en América Latina. Hasta el día de hoy es posible encontrar libros de la colección (que, en algunos casos, tienen más de un siglo de antigüedad) en librerías de viejos de Buenos Aires a precios sustancialmente menores que los de un libro actual.

En su colección, Ingenieros intentaba construir una genealogía legítima para el pensamiento nacional que se originaba en la vertiente progresista comenzada por Moreno, de quien, a diferencia de la versión propuesta por la colección dirigida por Rojas, rescataba su tendencia jacobina. De este autor publicó, entre otros textos, el controversial “Plan de Operaciones”. Esta tradición progresista se continuaba con el saint-simonismo de la Generación del 37 y con los proyectos modernizadores de la generación del 80. Se podría decir que la colección editada por Ingenieros reproducía la genealogía que estaba elaborando en Evolución de las ideas argentinas y que culminaba con él mismo: se trataba de una línea de pensamiento laica y progresista que negaba el pasado colonial. “La Cultura Argentina” terminó publicando una lista bastante ecléctica de autores y textos que iban desde los clásicos hasta La bolsa, de Julián Martel, y que incluía tanto ensayos como textos de índole literario: obras de teatro de Laferrière y novelas de Cambaceres.

La inclusión de La bolsa resulta significativa, en primer lugar, porque se trataba de una denuncia al materialismo ilimitado de las elites que habría conducido a la crisis del 90. En este sentido, el mensaje de la novela era bastante compatible

con lo que Ingenieros sostenía por entonces. Sin embargo, el contenido de la novela de Martel era explícitamente antisemita, lo que contrastaba con las posturas filosemitas (y su desprecio por los antisemitas) que Ingenieros mantuvo a lo largo de su vida. Uno podría concluir que en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX (al menos hasta la Semana Trágica), la “cuestión judía” simplemente no era vista como problema, y puntos de vista diversos sobre esta comunidad no impedían acuerdos sobre otros temas percibidos como más relevantes.

La propuesta de publicar libros baratos y en gran cantidad tuvo su costo. Las ediciones eran preparadas con gran premura, a expensas de la calidad: los libros abundan en erratas y errores de impresión. Todos los textos incluían prólogos a cargo de plumas ilustres que se suponía que debían ser estudios preliminares de las obras prologadas. Sin embargo, dadas las características de las ediciones, rara vez estos prólogos eran originales y, por lo general, se recurría a textos previamente publicados. Sin embargo, originales o no, por lo general proporcionaban la clave de lectura que Ingenieros pensaba para los libros publicados en su colección. Martín Fierro, por ejemplo, era precedido por una introducción de Carlos Octavio Bunge que cuestionaba la argumentación alrededor del poema de Hernández sostenida por Leopoldo Lugones en El payador. Bunge no consideraba que el texto hernandiano fuera un poema épico y, además, según el prologuista se trataba de un producto enteramente urbano, en coincidencia con lo que había sostenido Ingenieros en Sociología argentina. Por otra parte, mientras que Facundo era presentado en la colección de Rojas como una obra literaria, en la de Ingenieros se trataba de un texto sociológico.

El proyecto original de Ingenieros (como todos los suyos) era aún más ambicioso de lo que la realidad le permitió llevar a cabo. Se había propuesto promover la creación de colecciones similares en otros países latinoamericanos con las cuales “La Cultura Argentina” mantendría relaciones de cooperación a partir del intercambio de ediciones. Cada colección nacional se manejaría de forma autónoma, aunque se exigiría que las mismas se ajustaran a la política de precios y al formato de la colección de Ingenieros. Para este proyecto, Ingenieros apelaba a su vasta red de contactos en el continente y esperaba contar con la colaboración del poeta modernista y exdirector de la Biblioteca Nacional de México, Luis G. Urbina, para la colección mexicana; de Carlos de Velasco, director de Cuba Contemporánea, para la cubana; y de Armando Donoso, director de la revista chilena Zig-Zag, para Chile, entre otros. El proyecto también incluía la creación en Buenos Aires de una librería internacional



americana destinada a difundir libros de otros países del continente y la edición de un boletín, El Monitor Americano, destinado a publicar reseñas bibliográficas de la producción de toda América. Hasta donde pude verificar, nada de esto llegó a materializarse.

A pesar del rápido éxito editorial, “La Cultura Argentina”, como era de prever, no fue una empresa rentable desde el punto de vista económico. Una planilla contable de enero de 1923 (es decir, cuando la colección ya se hallaba bien establecida) revelaba un saldo en contra de 22.157 pesos. Ese mismo año, el editor Vaccaro se retiraba de la empresa, lo que obligó a Ingenieros a constituir otra sociedad con el imprentero Lorenzo Rosso. La empresa publicaría también Revista de Filosofía con una tirada de mil doscientos ejemplares por mes y el periódico Renovación, que sería luego el órgano de la Unión Latinoamericana. Los libros de “La Cultura Argentina” se siguieron vendiendo luego de la muerte de Ingenieros, pero su rentabilidad continuó siendo nula.

Cuando José Ingenieros partió a Europa en 1911, se trataba de un médico prestigioso que, sin embargo, había encontrado en la ciencia (y en el sistema político que caducaría en 1916, así como en la sociedad en la que este se asentaba) un límite para sus ambiciones de ascenso social. El hombre que regresó en 1914 estaba en proceso de sufrir una profunda transformación: Ingenieros devino rápidamente en un reconocido intelectual público, moralista y mentor de la juventud. Hasta qué punto esta rápida evolución de su persona estuvo vinculada a las oportunidades (o falta de ellas) ofrecidas por la transición inminente entre la República Posible y la República Verdadera permanece como una pregunta abierta. Ingenieros había testeado los límites de la primera, pero la segunda todavía permanecía en el horizonte de posibilidades.

Lo cierto es que fue desde este lugar que se forjó para sí, y en él se consolidó durante la última década de su vida, que Ingenieros se catapultó a la fama internacional, al menos en América Latina. Hacia 1920, Ingenieros se había convertido en uno de los intelectuales más reconocidos de la región. El hombre mediocre fue sin duda uno de los motores para su promoción. Si este reciclaje fue producto de una crisis existencial, de una estrategia puesta en marcha hábilmente como resultado de una mirada perspicaz sobre la cambiante realidad o, probablemente, de una combinación de ambos factores, es algo sobre lo que no creo que valga la pena especular. Lo cierto es que este tipo de

desplazamientos estaba dentro de los límites de lo posible en la Argentina (y en el continente) durante la segunda década del siglo XX.

## NOTAS

1 FJI A.6.1 SAA/8.4/2.3. Carta de Rubén Darío a José Ingenieros del 2 de junio de 1911.

2 Lucio López, antiguo amigo de Ingenieros, señalaba en un texto inédito de memorias que se encuentra en el FJI que, en realidad, este no cumplía con los requisitos mínimos para el puesto. El propio Ramos Mejía, según la versión de López, le habría dado la espalda cuando Ingenieros acudió a él en busca de apoyo.

3 En el FJI se pueden encontrar varias tarjetas y notas donde Mitre agradecía a Ingenieros el envío de textos.

4 Una excepción parece haber sido el general Julio Roca, aunque su hermano Rudecindo (también general) y su hijo Julio Argentino eran masones activos.

5 Tanto el fragmento del discurso de Mitre como el de Sarmiento fueron reproducidos en un libro sobre la masonería escrito por Salvatore y José Ingenieros y publicado por Paolo luego de la muerte de los autores. Ver Ingegnieros, S. e Ingegnieros, J. (1929).

6 Los datos correspondientes a la lista de miembros activos de la Logia al 31 de mayo de 1901 se encuentran en el AGLA, libro 917.

7 Cabe destacar la creación del Cuerpo Masónico de Ayuda a los Heridos, que fue activo durante los hechos revolucionarios de 1874, de 1880 y de 1890, y que sería el germen de la Cruz Roja Argentina, así como también de la Comisión Masónica de Ayuda a las Víctimas de la Fiebre Amarilla, entre otros.

8 La masonería apoyó fervientemente la política anticlerical del primer gobierno de Roca (1880-1886), pero se desilusionó con el segundo período de gobierno (1898-1904), cuando el presidente revirtió algunas de sus políticas al respecto.

9 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 “Borrador de carta a Roque Sáenz Peña”.

10 Era sabido que Roque Sáenz Peña padecía sífilis, probablemente contraída durante su participación en la Guerra del Pacífico, que lo llevaría a la muerte.

11 Subrayado en el original.

12 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.3 Doc. 14. Carta de José Ingenieros a Salvatore, 2 de marzo de 1913. Subrayado en el original. Transcrita y traducida por Delia.

13 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 112. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 6 de diciembre de 1907.

14 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 127. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 21 de julio de 1909. Subrayado en el original.

15 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 117. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 12 de agosto de 1908.

16 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 125. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 25 de mayo de 1909.

17 En realidad, D'Annunzio había nacido en Pescara, en la Italia central, e Ingenieros en Sicilia.

18 FJI A.5.2 SAA/8.4/9.1 Doc. 127. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 21 de julio de 1909.

19 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.3. Carta de José Ingenieros a Francisco de Veyga del 22 de marzo de 1909.

20 En el IAI, fondo LN N-0070 b 1084 está el acta original de los padrinos. No tiene fecha ni encabezamiento.

21 Leguizamón (1916), pp. 283-284.

22 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.3 Doc. 84. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 16 de abril de 1914.

23 FJI A.6.2 SAA 18-4/9.2. Carta sin fecha de José Ingenieros a Helvio Fernández.

24 FJI A.6.4 SAA/8.4.103 Doc. 37. Carta de Eva Rutenberg a José Ingenieros del 6 de enero de 1913. Recordemos que Lohengrin, según la leyenda, se había unido a la princesa Elsa de Brabante con la condición de que esta nunca le preguntara por su origen.

25 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.2 Doc. 35. Carta de José Ingenieros a Helvio Fernández, del 15 de abril de 1912.

26 Carta de José Ingenieros a Antonio Monteavaro. Citada en Bagú (1953), p. 123.

27 FJI A.6.2 SAA/8-9/9.2. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 4 de febrero de 1912.

28 FJI A.6.2 SAA/8-9/9.2. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 4 de febrero de 1912.

29 FJI A.6.2/8.4/9.2 Doc. 72. Carta de José Ingenieros a Eva Rutenberg del 20 de diciembre de 1912.

30 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.2. Carta de José Ingenieros a Eva Rutenberg del 21 de noviembre de 1912.

31 Ingenieros, José, El hombre mediocre (Madrid y Buenos Aires: Renacimiento, 1913).

32 Bermann, Gregorio, José Ingenieros (Buenos Aires: Gleizer, 1926), p. 19.

33 Mailhe, Alejandra, “El laberinto de la soledad del genio o las paradojas de El hombre mediocre”, Varia Historia (Belo Horizonte), 29 (49), pp. 197-216 (enero-abril de 2013).

34 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.2 Doc. 22. Carta de José Ingenieros a sus padres del 15 de noviembre de 1911.

35 Quesada (1926).

36 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.3 Doc. 18. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 15 de abril de 1913.

37 FJI A.6.1 SAA/8.4/3.1 Doc. 53. Carta de R. Delpench a José Ingenieros del 14 de agosto de 1914. Se le informa que Alcan había decidido no publicar el libro porque la editorial tenía muchos compromisos asumidos previamente. Delpench también informaba que declinaba encargarse de una posible traducción.

38 FJI A.6.3 SAA/8.1/10.1 Doc. 34. Carta de Jorge Mitre a Raquel Camaña del 11 de abril de 1913.

39 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.3 Doc. 40. Carta de José Ingenieros a Helvio Fernández, S/f. Subrayado en el original.

40 FJI A.6.1 SAA/8.4/8.1 Doc. 25. Carta de Alfredo Torcelli a José Ingenieros del 8 de diciembre de 1913.

41 FJI A.6.1 SAA/8.4/5.5 Doc. 17. Carta de Víctor Mercante a José Ingenieros del 7 de abril de 1913.

42 Meyer. E. “Prof. José Ingenieros, La Psychologie de l’homme mediocre”, Archives d’Anthropologie Criminelle de Médecine Légale et de Psychologie Normale et Pathologique, t. XXVIII, n.º 236-7 (agosto-setiembre de 1913). La reseña fue reproducida traducida al español por La Revista de América (París), VIII, (1913), pp. 228-236.

43 Compte rendu, Revue Philosophique de la France et de l’Étranger, t. 83 (enero a junio de 1917), pp. 480-483.

## Capítulo VII

La vuelta a la política entre la Rusia soviética y los avatares de la República  
Verdadera

## INGENIEROS EN LOS COMIENZOS DE LA REPÚBLICA VERDADERA

Cuando regresó de su segundo viaje a Europa, a días de desencadenarse la Gran Guerra, es decir, dos años antes de la elección que llevaría a Hipólito Yrigoyen al poder, Ingenieros era un hombre muy distinto del que había dejado el país tres años antes. Había castellanizado su apellido y transformado su identidad, de científico transnacionalizado a intelectual público. Ya se había desengañado de las posibilidades ofrecidas por la moribunda República Posible para desarrollar una “carrera abierta al talento” dentro de sus instituciones. La República Verdadera, sin embargo, formaba parte todavía del “horizonte de expectativas”. Ingenieros fue forjando para sí –en parte por voluntad propia y en parte forzado por las circunstancias– una posición relativamente “anfibia”, dentro y fuera de los espacios institucionales. Como señalaría poco antes de su muerte a Ernesto Mario Barreda, el redactor de *Caras y Caretas* que lo entrevistó: “hay una contradicción entre mi inteligencia y los núcleos espirituales y sociales a que pertenezco. Soy universitario y estoy alejando de las universidades; soy socialista y hace muchos años que no pertenezco al partido”.

En 1916, Ingenieros escribía a su padre sobre los resultados de las elecciones y la cambiante situación social en la Argentina. Contra lo que podría esperarse del autor de *El hombre mediocre*, lo que le preocupaba del presente político no parecía estar vinculado al carácter popular del gobierno de Yrigoyen, ni a su origen en el sufragio universal, sino al hecho de que, a su juicio, el radicalismo constituía un movimiento clerical y reaccionario. En carta fechada en julio, luego de manifestar que el triunfo socialista en la ciudad de Buenos Aires había provocado una “reacción clerical terrible”, Ingenieros señalaba que:

El partido radical, que ha ganado las elecciones presidenciales, ha hecho profesión de fe clerical, contra el liberalismo de los socialistas. La reacción será terrible, al parecer, porque es hecha en nombre del nacionalismo, como en tiempos de Rozas [...]¹.



En este contexto Ingenieros expresaba temores respecto de su situación personal, asociados a la visibilidad que (según él) había adquirido recientemente:

Mi situación personal es difícilísima en relación con la opinión pública. Mis antiguas simpatías por el socialismo –reforzadas por la situación presente– y mi firme y larga lucha por la ciencia positiva, y por lo tanto anticlerical, me vuelven más temido y odiado que los socialistas, precisamente porque, no perteneciendo al partido, mi palabra y mis escritos tienen una mayor eficacia y autoridad. De ahí la implacable persecución de los católicos y de los radicales, sin la compensación de la simpatía de los socialistas, que me la niegan porque no me adhiero al partido –donde, además, yo sería un obstáculo para las ambiciones de otros.

En estas condiciones, señalaba Ingenieros, prefería llevar una vida retirada “entre los míos, el consultorio y el trabajo”, al tiempo que anunciaba la próxima aparición de *Evolución de las ideas argentinas*, libro que, a su juicio, le produciría disgustos aún mayores de los que había tenido que sufrir con la publicación de *El hombre mediocre*, que, sin embargo, había sido (y seguía siendo) un éxito editorial.

Si en julio de 1916 Ingenieros se mostraba preocupado por la naturaleza del gobierno que tomaría el poder, para diciembre las dudas se habían transformado en certezas: “Estamos ya bajo el nuevo régimen radical-clerical”, escribía a su padre en carta fechada el 27 de ese mes<sup>2</sup>. “El poder”, seguía Ingenieros en su carta, “ha reforzado la insolencia de los reaccionarios, de los nacionalistas y de los curas”. Al mismo tiempo, Ingenieros seguía mostrando preocupación por los efectos que producían sus escritos. Un artículo sobre Agustín Álvarez aparecido en *Revista de Filosofía* (Ingenieros le aclaraba a su padre que Álvarez era “Gr Maestr. De la Masonería”) “me atrajo todo género de insultos e insolencias, como ‘gringo sin patria y sin dios’”. Ni la castellanización de su apellido, ni su reconocimiento internacional podían borrar la imagen del “gringo venido en tercera clase” que lo perseguía desde su juventud. Más adelante, Ingenieros llegó a temer que se le aplicara la Ley de Residencia y se lo expulsara del país como extranjero indeseable<sup>3</sup>.

La percepción del radicalismo como un partido esencialmente clerical y, además, con veleidades dictatoriales, siguió siendo un tema central de la correspondencia con Salvatore, a quien mantenía informado (enviándole recortes de periódicos) acerca de los desarrollos de la política argentina, así como de su propio lugar (real o imaginado) en ella. Las expresiones públicas de Ingenieros favorables al Maximalismo (volveré sobre esto más abajo) habrían tenido, según comentaba a su padre en 1919, efectos devastadores, puesto que ahora era señalado como el responsable de los eventos que condujeron a la Semana Trágica. Luego de mencionar el balance de setecientos muertos en la ciudad y el hecho de que los anarquistas organizaron una comuna en Buenos Aires, Ingenieros se lamentaba de que “todos los burgueses y conservadores me indican como el agitador y causante de este estrago”<sup>4</sup>. Sin embargo, en una declaración realizada a la revista *Vida Nuestra*, relativizaba el carácter revolucionario de los disturbios.

Los pequeños desórdenes ocurridos en Buenos Aires durante las últimas huelgas de obreros (casi todos argentinos) habrían pasado desapercibidas sin las vituperables violencias cometidas por las autoridades en defensa de las empresas capitalistas (casi todas extranjeras). Basta comparar esos disturbios con la formidable huelga de un millón de obreros ocurrida simultáneamente en Inglaterra, para advertir que la de Buenos Aires había sido, apenas, un tanteo de principiantes. Sin fines explícitos, sin organización metódica, sin plan de acción, sólo ha demostrado la justa protesta de la clase trabajadora ante el asedio policial de algunos obreros metalúrgicos. Llamar a esos desórdenes revolución social sería no tener la más remota idea de lo que es la Revolución Social que se está realizando en el mundo; decir que fué un movimiento maximalista, implicaría ignorar que esos desórdenes carecieron de programa y finalidad, no siendo siquiera minimalistas.<sup>5</sup>

Frente a las amenazas (supuestas o verdaderas), el tema de una posible emigración volvía a aparecer, como lo había hecho en 1910<sup>6</sup>.

Cuán fundado en la realidad estaba su temor y cuánto tenía de paranoia es difícil de establecer. El psicoanálisis sostiene que la paranoia se origina en el narcisismo, y esta última cualidad no le faltaba a Ingenieros. Posicionarse como un perseguido lo ubicaba, al mismo tiempo, en el centro de los acontecimientos.

Lo cierto es que le pedía a su padre que numerase las cartas que le enviara para asegurarse que todas llegaran y no habían sido objeto de censura; que no incluyera su nombre (el de Salvatore) en el remitente, que no escribiera imprudencias, que dejara de enviarle ejemplares de *Avanti* y, sobre todo, que abandonaran cualquier proyecto de volver a la Argentina<sup>7</sup>. Si en la década anterior, Ingenieros había solicitado con firmeza a sus padres que desistieran de su idea retornar porque esto hubiera complicado sus planes de integración en la élite, ahora el problema era que “en todo pasajero la policía sospecha un maximalista, y tu nombre no es un buen pasaporte”. Salvatore no recibió con beneplácito este nuevo rechazo de su hijo, y en carta del 25 de noviembre de 1920 le escribía: “Permíteme ahora que te diga que con toda tu ciencia no has conocido todavía la psicología de tu madre”. En vez de asustarla con la supuesta persecución policial, señalaba Salvatore, José debería haber enviado el importe del viaje y una carta afectuosa pidiéndole que no acelerase el retorno. Terminaba acusando a su hijo de comportarse de manera cínica con ellos<sup>8</sup>. Lo cierto es que mientras Ingenieros expresaba a su padre sus temores acerca de que se le aplicara la Ley de Residencia, o de que la policía interceptara sus cartas, algo inesperado ocurrió, que permite pensar que tal vez ese sentimiento de persecución no estaba, después de todo, tan plenamente justificado.

## INGENIEROS E YRIGOYEN: LA REUNIÓN QUE NO FUE

¿Yrigoyen vestido de ruso bolchevique con un cuchillo entre los dientes? Así aparecía caracterizado en una caricatura publicada por La Vanguardia el 13 de febrero de 1921. Lo curioso es que el presidente “radical-bolchevique” tenía en el bolsillo izquierdo de su sobretodo un ejemplar de La Unión, otro de La Época, otro de Última Hora, y uno de... ¡La Montaña! ¿Se trataría de una referencia al antiguo periódico de Ingenieros? Posiblemente, porque en su mano derecha Yrigoyen sostenía un volumen (inexistente en la realidad) del Dr. Ingenieros titulado “Tratado de Maximalismo”. ¿Cuál fue el origen de esta asociación entre dos personajes que no se conocieron personalmente?

En el Fondo José Ingenieros, se encuentra una carpeta cuyo contenido fue luego publicado y comentado por Delia. El documento, manuscrito, de doce páginas y media de extensión, se titula: “Memorial sobre las orientaciones sociales del Presidente Yrigoyen (1919-1920)”. Ingenieros expresaba los motivos que lo llevaron a redactarlo: poco tiempo antes había sufrido dos episodios de hemoptisis y temía por su vida; tenía la voluntad de dar a conocer al público los hechos narrados, aunque esto de hecho no ocurrió hasta mucho después de su muerte<sup>9</sup>.

Según la versión de Ingenieros, en abril de 1919, luego de los eventos de la Semana Trágica, lo había contactado Adolfo López Prieto<sup>10</sup>, manifestándole que el presidente Yrigoyen deseaba reunirse con él a efectos de conversar sobre “las graves cuestiones obreras que se planteaban en el país”. Esa misma noche, continúa el relato de Ingenieros, Prieto y el ingeniero Manuel Claps<sup>11</sup> lo visitaron en su domicilio y le manifestaron que el motivo por el cual el presidente deseaba verlo era porque consideraba que “con mi influencia y mi consejo podría contribuir a buscar algunas soluciones de emergencia a los graves conflictos obreros existentes y a otros más graves que todo el mundo temía”. Resulta al menos curioso que el presidente buscara el consejo de la misma persona a la que su policía supuestamente perseguía. Lejos de aceptar el convite, sin embargo, Ingenieros expresó a Claps que cualquier intento de evitar la agitación popular sería ineficaz si no se basaba en la satisfacción de los “legítimos anhelos de justicia que inspiraban las reclamaciones obreras”. También le señaló que,

aunque carecía de influencia sobre las organizaciones obreras, resultaba evidente su “prestigio y autoridad moral entre todas las personas de ideas revolucionarias, como consecuencia de algunos escritos y conferencias en favor de la Revolución Rusa y de los ideales que ella sustentaba”.

Ingenieros exigió como prerequisite para aceptar reunirse con Yrigoyen una consulta previa con dirigentes de la Federación Obrera Sindicalista (FORA del IX Congreso) y del Partido Socialista. Frente a la insistencia de Claps respecto de los deseos del presidente, el psiquiatra dobló la apuesta y sugirió la reunión previa de un “concejo” de personas notables interesadas en el asunto, que estuvieran de acuerdo con el problema de fondo. Este concejo –que debía estar conformado por radicales que pensarán como el presidente, sindicalistas de la Federación Obrera, dirigentes del Partido Socialista y algunos técnicos que pudieran aportar su conocimiento– debía elaborar un plan de acción que sería sometido al presidente. Si este lo aprobaba, entonces Ingenieros aceptaría, por su parte, reunirse con él.

La propuesta fue aceptada en principio, excepto en lo que respecta a la inclusión de dirigentes socialistas en el concejo, ya que la gente cercana a Yrigoyen desconfiaba de sus intenciones. “Mi insistencia sobre este punto fue inútil”, concluía Ingenieros. La reunión del concejo tuvo lugar en el domicilio de Claps. En el documento, figuran solo algunos de los nombres de los participantes: el doctor Julio Arraga, dirigente de la Federación Obrera Sindicalista (convocado personalmente por el ministro de Guerra) y el señor Julio Bello de Rosario, en representación, junto con el dueño de casa, del pensamiento de Yrigoyen. Julio Arraga concurrió acompañado de otro miembro de la Federación Obrera: el joven médico [Emilio] Troise, futuro dirigente del Partido Comunista. Es de notar que la representación de la Federación Obrera estaba compuesta por dos “doctores”, es decir, no por obreros. “Por cuestiones de orden moral”, y a pedido específico de Ingenieros, también fueron invitados los educadores Leopoldo Herrera, de la Escuela Normalista de Paraná y redactor de La Prensa, y su antiguo amigo Pascual Guaglianone.

Julio Bello abrió la reunión enfatizando que Yrigoyen había expresado su voluntad decidida de llevar a cabo una generosa política de reformas sociales. Ingenieros respondió que conocía la voluntad obrerista del presidente y que su propósito al participar de las reuniones consistía, precisamente, “en instigarlo a emprender desde el gobierno las grandes reformas sociales que transformarían el régimen capitalista en un régimen socialista”. El “concejo” se reunió al menos

en dos oportunidades. Durante la segunda reunión, Ingenieros presentó un ambicioso programa de medidas que incluía, entre otras cosas, la igualdad civil de la mujer, una ley de salario mínimo, el establecimiento de una jornada semanal máxima, la implementación por ley de sistemas de retiro y seguro para los obreros, una ley del derecho al trabajo y a la vida “similar a la dictada en Uruguay”, representación sindical en el Concejo Directivo del Departamento Nacional de Trabajo, organización del abastecimiento de artículos de primera necesidad, revaluación de los bienes imponibles, establecimiento de un impuesto progresivo a la renta, limitación del precio de los arrendamientos rurales, expropiación gradual de latifundios al precio establecido para el pago de la contribución directa y la adjudicación enfitéutica de las tierras a colonos. La nueva precondición impuesta por Ingenieros para una reunión con Yrigoyen era la aceptación completa de este programa por parte del presidente.

Tal como lo había hecho en la carta de 1911 destinada a Roque Sáenz Peña, Ingenieros le hablaba al poder desde una posición de poder que, supuestamente, le otorgaba su lugar de intelectual. Las condiciones ciertamente habían cambiado. Ahora era el propio presidente el que convocaba al intelectual, y este se daba el lujo de imponer condiciones que significaban un programa de gobierno a todas luces inaceptable. El proyecto, como era de esperar, no prosperó. Pocos días después, López Prieto le dejaba saber que Yrigoyen consideraba inoportuno continuar con la iniciativa, al menos por el momento.

Aquí termina el documento principal. Sin embargo, hay en la carpeta un “apéndice” donde la historia continúa. En agosto o setiembre de 1920, una persona innombrada, cercana a Yrigoyen, volvió a insinuarle la conveniencia de conversar con el presidente sobre los mismos asuntos. Se trataba de otro momento de alta conflictividad social. Esta vez, la negativa de Ingenieros se debía a otras razones: “me limité a expresar que creía imprudente hablar con él [Yrigoyen], pues se sabría y sería en su exclusivo perjuicio, dada la atmósfera de ‘extremista’ que me habían formado clericales y conservadores”. Ahora, los motivos aducidos para evitar la entrevista deseada por Yrigoyen consistían en su propia representatividad (la de Ingenieros) y su concomitante temor a empañar la imagen del presidente. En ningún momento Ingenieros parece haber hecho mención a las supuestas persecuciones policiales que mencionaba en la correspondencia con su padre.

De estos hechos, si efectivamente ocurrieron tal como los narraba Ingenieros, siempre proclive a las exageraciones en lo que respecta a la centralidad de su persona, se pueden extraer al menos dos conclusiones. En primer lugar, el episodio con Yrigoyen puede verse como una imagen especular del conflicto que había tenido con Sáenz Peña casi una década antes. Si, en ese caso, Ingenieros se había sentido excluido de las posibilidades de ascenso dentro del Estado ofrecidas por la República Posible, ahora era el propio presidente el que se acercaba solicitando su consejo. En segundo lugar, en ambos casos Ingenieros le hablaba al poder desde una posición de ilusoria paridad. En 1911, no solamente redactó una carta insultante al presidente, sino que en *El hombre mediocre* lo ponía como el mejor ejemplo de lo que a su juicio representaba la dimensión más despreciable del género humano. En 1920, simplemente formuló un plan de gobierno de aceptación imposible como prerrequisito para una entrevista solicitada desde el poder mismo. En ambas situaciones, sin embargo, quedó patéticamente claro lo falaz de esta supuesta simetría entre el intelectual y el poder. Lo que no ofrece duda, sin embargo, es que la política volvía a ocupar un lugar central en la vida de Ingenieros, que se proyectaba una vez más como un personaje de ideas avanzadas, sobre todo a partir de la guerra y, particularmente, de la Revolución Soviética. A diferencia de los años de *La Montaña*, esta vez su militancia se llevaba a cabo por fuera de los partidos políticos y se legitimaba solamente en su condición de intelectual reconocido.

## INGENIEROS, ENTRE LA GRAN GUERRA Y LA REVOLUCIÓN SOVIÉTICA

En 1921 Ingenieros publicó en España un libro titulado *Los tiempos nuevos*. Se trataba de una compilación de artículos y conferencias sobre la Gran Guerra y la Revolución Soviética, varios de los cuales habían previamente visto la luz en *Revista de Filosofía* y en otros medios. Los diversos capítulos del volumen reflejan el cambio profundo ocurrido en su evaluación respecto de la naturaleza de la contienda internacional: de pensarla como el “suicidio de los bárbaros” en 1914 a conceptualizarla como una lucha de ideales. Además, si en 1917 apoyaba firmemente las propuestas del presidente norteamericano Woodrow Wilson, su desilusión llegaría muy poco después. Cabría preguntarse por qué Ingenieros decidió reunir en un solo volumen textos que reflejaban puntos de vista tan diversos acerca de los mismos temas. Existen motivos para creer que se trató de un genuino intento por mostrar las transformaciones de sus percepciones acerca de los fenómenos mundiales. En la “advertencia del autor”, él mismo señalaba estos cambios: explicitaba sus mudanzas de opinión respecto de Wilson cuando tuvieron lugar las “negociaciones mercantiles de los aliados, en Versalles, mientras el presidente Wilson renegaba de los principios con que había engañado a los espíritus independientes”. El tema en que las opiniones de Ingenieros habían permanecido constantes a partir de 1917 fue en lo que respecta a su evaluación de la Revolución Rusa: “Esa victoria de la revolución demuestra la inutilidad de la violencia contra las fuerzas morales”.

### ***La Guerra: del suicidio de los bárbaros a la desilusión de Versalles***

*Los tiempos nuevos comenzaba con un texto titulado “El suicidio de los bárbaros” que había sido publicado originalmente en Caras y Caretas en 1914. En este escrito coexisten una idea regeneracionista de la guerra con un ideal pacifista. Si, por un lado, la guerra ahogaría en sangre a la “casta feudal” que*



*durante cuatro siglos había sobrevivido “perpetuando tiranías”, por otro, el mundo nuevo que emergería de la contienda sería el de las “patrias morales que harán los maestros sin más arma que el abecedario”. Y esto ocurriría porque, como señalaba el autor al comienzo del texto, “la civilización feudal, imperante en las naciones bárbaras de Europa, ha resuelto suicidarse [...]”. Ingenieros escribía este artículo ubicado en su torre de marfil de intelectual, desinteresado completamente del desenlace concreto de la contienda, puesto que, ganara quien ganara en el campo de batalla, lo que se enterraría para siempre sería la vieja civilización europea, la que sería reemplazada por las jóvenes naciones que encarnaban el ideal nuevo. El antiguo materialista ahora centraba su atención en los “ideales” como motor de la historia. Ingenieros se mantenía lejos de los debates entre neutralistas (en general, pro-Triple Alianza) y aquellos (la mayoría de la intelectualidad local) que bregaban por las potencias aliadas. En su visión, a la Argentina, por su historia, le cabría un lugar fundamental en la posguerra: en el país, concluía Ingenieros, “los arquetipos de nuestra historia espiritual fueron tres maestrescuelas: Sarmiento, el pensador combativo; Ameghino, el sabio revelador; Almafuerte, el poeta apostólico”. Afuera del análisis quedaba, por lo tanto, el determinismo económico que había sostenido férreamente unos pocos años antes.*

En “Ideales viejos e ideales nuevos”, escrito en 1918, la percepción de Ingenieros respecto de la contienda era completamente diferente:

Como hablo mientras los ejércitos alemanes parecen victoriosos —en mayo de 1918—, considero un deber de lealtad repetir que mis simpatías [...] no pueden estar por el káiser que a toda hora habla en nombre del derecho divino e invoca para sus ejércitos la protección de Dios [...]; mis simpatías acompañan al presidente Wilson, que ha intervenido en la guerra en nombre del derecho y de la justicia [...]. Mis simpatías están con Francia, con Bélgica, con Italia, con Estados Unidos, porque esas naciones están más cerca de los ideales nuevos y más reñidas con los ideales viejos. Mis simpatías, en fin, están con la revolución rusa, ayer con la de Kerensky, hoy con la de Lenin y de Trotsky.

Atrás había quedado su admiración por el Imperio Alemán que había mostrado durante su primer viaje a Europa, y que se había basado exactamente en las

mismas razones (el impulso imperialista) que ahora motivaban su irritación. El cambio en la naturaleza de la contienda se había producido en 1917, cuando esta finalmente adquirió, a su juicio, un sentido moral. La Revolución Soviética “libró a Francia de la deshonrosa complicidad con una siniestra autocracia”, mientras que Wilson había tomado partido formulando un programa loable de principios democráticos. Al mismo tiempo, señalaba Ingenieros, todos los gobiernos de las naciones aliadas dieron participación a representantes de las “más radicales izquierdas democráticas”. Se trataba del comienzo de los “tiempos nuevos”. Sin embargo, su desilusión con Wilson no se hizo esperar. Los últimos textos incluidos en el libro señalan que el presidente yanqui era, en realidad, un títere en manos de los intereses económicos de su país, y que su ímpetu democratizador se había diluido rápidamente al terminar la contienda. Estados Unidos era ni más ni menos que una potencia imperialista.

Sin embargo, como enfatizaba Ingenieros, la verdadera guerra no se libraba en los campos de batalla que ensangrentaban Europa, puesto que no se trataba, en realidad, de una guerra entre naciones, sino entre ideales: se trataba de una “guerra de ideales nuevos contra ideales viejos, guerra de la humanidad joven contra la humanidad senil”. Estos ideales nuevos, que necesariamente triunfarían más allá de los resultados militares (aunque en realidad estaban supeditados al triunfo de los aliados), se materializarían en una serie de reformas sociales que incluían el establecimiento de nuevos regímenes tributarios, la desaparición de privilegios de clase, el ensanchamiento de los derechos de los trabajadores y el otorgamiento de capacidad política y civil a las mujeres, entre otras cosas. Algo parecido escribía Ingenieros a Salvatore en julio de 1918: “Es inútil decirte que espero lo que ya esperaba hace veinte años, y lo que tu esperabas hace ya cincuenta. Bienvenida sea la crisis, y después quedará algo mejor”<sup>12</sup>.

## INGENIEROS Y LA INTELLECTUALIDAD DE POSGUERRA

Cinco años después de la finalización de la contienda, en 1923, la flamante Sociedad de Las Naciones realizó una “Encuesta de Cooperación Intelectual” en la que se consultaba “a cierto número de personalidades eminentes del mundo de las ciencias, de las letras y de las artes, en cada país” sobre la vida intelectual después de la guerra<sup>13</sup>. Ingenieros fue uno de los consultados en nuestro país (no pude determinar quiénes fueron los otros, si es que los hubo) y publicó las preguntas junto con sus ácidas respuestas en Revista de Filosofía, adjuntando documentación que probaba la importancia de dicha encuesta (y, por lo tanto, la del propio encuestado). El tono de las respuestas condecía con la posición en la que intentaba ubicarse y que su participación en la consulta solo parecía confirmar: se trataba de un intelectual de renombre internacional que podía hablar de igual a igual con Henri Bergson y que, desde América Latina, podía dar lecciones de ética intelectual a una Europa recién salida de las llamas.

Sin embargo, Ingenieros comenzaba reconociendo el carácter epigonal de la cultura latinoamericana respecto de la europea. En consecuencia, señalaba que la vida intelectual había sufrido en el país como consecuencia de la guerra lo mismo que en Europa. Frente a esta situación, la solución propuesta por Ingenieros consistía en una “desmovilización del espíritu”. Desde la guerra, los países beligerantes habían movilizadado sus fuerzas intelectuales con fines propagandísticos y nacionalistas. Los intelectuales se habían vendido a la propaganda beligerante. También la Sociedad de las Naciones caía bajo su férula:

La misma Sociedad de las Naciones, bajo cuyo alto patrocinio realizará su encuesta la Comisión de Cooperación Intelectual, no nos parece un organismo de paz sino la transmutación del Supremo Consejo Aliado que actuó durante la guerra [...].

La respuesta a otra pregunta, referida a lo que podría hacerse para incentivar el progreso de la actividad intelectual, fue brutal: habría que esperar nada menos que la muerte de la generación existente, ya que la misma había tomado partido por la guerra; es decir, se trataba de esperar la desaparición “de los intelectuales que en 1914 tenían ya su personalidad hecha y se contagiaron del enloquecimiento general”. Esta caracterización incluía también a quien formulaba la encuesta, es decir, al propio Bergson, quien, precisamente en 1914, había sido elegido miembro de la Academia Francesa.

Finalmente, Ingenieros focalizaba en la situación argentina, para la que su diagnóstico no era mucho más positivo. La única producción valiosa de nuestro país se vinculaba a los estudios históricos y literarios, influenciados por “los métodos y criterios más acreditados en Francia y Alemania”. Si, por un lado, su ubicación en América Latina le posibilitaba pontificar sobre el negro futuro de la vida intelectual en Europa, por otro lado, en una tensión discursiva, no se cansaba de enfatizar que lo que de valor tuviera la producción intelectual en la Argentina se lo debía a la influencia europea.

Sobre la producción científica en el país, sostenía, “en la actualidad hay en el país un solo hombre de ciencia [fácilmente podemos imaginar a quién se estaba refiriendo] [...], algunas de cuyas producciones han sido ya traducidas en el viejo mundo”. Frente a este “verdadero científico”, Ingenieros mencionaba que había también “dos docenas de escritores científicos o literarios que han colaborado en revistas europeas, aunque la hospitalidad de estas ha sido tendenciosa, encaminadas a consolidar las ‘amistades’ nacidas o acentuadas durante la guerra”.

### ***Ingenieros y el grupo Clarté!***

En marzo de 1920 se publicaba en Revista de Filosofía una nota de Ingenieros titulada “Los ideales del grupo ¡Claridad!”. Ingenieros mostraba su entusiasmo por el colectivo de intelectuales franceses, ya que “sin coincidir con ninguna facción, secta o partido, el grupo ¡Claridad! se propone el acercamiento de todos los intelectuales que aman el Porvenir, el Trabajo y la Verdad”. En realidad, los vínculos de Ingenieros con el grupo creado después de la guerra por Henri

Barbusse, Anatole France y otros pareciera haber sido bastante estrecho a juzgar por la correspondencia. Esta agrupación de intelectuales pacifistas que se orientó cada vez más hacia el comunismo (aunque manteniendo relaciones tensas, al menos en los comienzos, con la Tercera Internacional) tenía como objetivo constituir una “internacional del pensamiento”, y para ello apelaron a intelectuales de diversas regiones del mundo; France y Barbusse hicieron circular un “Manifiesto a los intelectuales y estudiantes de América Latina”, que se publicó a lo largo del continente, desde México hasta la Argentina.

Por lo general, la recepción del mensaje de Clarté! en la región estuvo articulada con el surgimiento de los movimientos de reforma universitaria, y pronto comenzaron a proliferar revistas y emprendimientos editoriales llamados “¡Claridad!” en distintos países del continente. Víctor Raúl Haya de la Torre fue director de una revista Claridad en Perú, mientras que, en México, fue José Vasconcelos quien, desde la Secretaría de Educación Pública, se propuso difundir el mensaje del grupo francés. El número 3 de la revista El Maestro, publicación oficial de la Secretaría, incluyó el Manifiesto de Claridad. El objetivo de los franceses consistía en crear secciones locales en cada país que se unieran a otras, formando asociaciones de orden continental e internacional.

Ingenieros había sido contactado por Barbusse para organizar grupos Claridad en América Latina. Su correspondencia con brasileños y mexicanos muestra que se mantuvo activo en este sentido. Uno de los dirigentes del grupo en Francia, Marcel Fourrier (quien sería luego redactor del diario comunista L’Humanité), le agradecía la difusión del mensaje del grupo a nivel continental<sup>14</sup>. En algún momento, Ingenieros mismo le había pedido a Fourrier una carta de France para difundir, pero aquel le contestó que, dado el precario estado de salud del autor de El jardín de Epicuro, le resultaría imposible escribirla. En cambio, sugería pedirle a Barbusse que la redactara y que la firmara en conjunto con France<sup>15</sup>. La carta de Fourrier podría sugerir dos cosas importantes. En primer lugar, que el manifiesto de Clarté! que circuló en América Latina había sido, en realidad, el resultado de una iniciativa de Ingenieros. En segundo lugar, que, aunque firmada por Barbusse y France, estuvo en realidad escrito por el primero y France solo habría puesto su firma.

Ingenieros también mantuvo una correspondencia con el propio Barbusse. Este le señalaba en tono halagador que desde hacía tiempo se había hablado de él (de Ingenieros) en el grupo y que él mismo conocía y admiraba la orientación moral del argentino y su talento de escritor y filósofo<sup>16</sup>. Barbusse hacía referencias a

que Ingenieros había, en una carta anterior, expresado las dificultades que la creación de un grupo Clarté! sufriría en Buenos Aires, debido a la actitud del Partido Socialista (probablemente por la orientación procomunista del grupo, que chocaba con la del partido). El francés lo tranquilizaba: aunque el comunismo internacional resultaba, efectivamente, la fórmula que traducía más fielmente “las razones eternas” en los ámbitos morales y sociales, esta concordancia ideológica entre el grupo y la naciente Tercera Internacional no implicaba ningún tipo de sujeción a la misma, aunque buena parte de sus miembros se incorporarían luego al Partido Comunista Francés, incluyendo al propio Barbusse, que se uniría al PCF en 1923 y terminaría sus días radicado en la Unión Soviética.

En realidad, Ingenieros no parecía haber sido el primer contacto que Barbusse había establecido en la Argentina: en la misiva mencionaba que ya se había escrito con otros, en particular con Augusto Bunge<sup>17</sup>. Aparentemente, Ingenieros envió algún tipo de colaboración monetaria para la revista Clarté!, lo que fue agradecido por Barbusse en momentos en que la publicación se hallaba en crisis y a punto de culminar su primer período de existencia<sup>18</sup>. Parece claro que para principio de los años veinte, Ingenieros se había convertido en un referente importante en América Latina para intelectuales europeos de prestigio.

## LA REVOLUCIÓN SOVIÉTICA Y LOS IDEALES NUEVOS

En un principio, la Revolución Soviética había sido recibida con relativo beneplácito por intelectuales argentinos pertenecientes a las más diversas orientaciones ideológicas: desde Belisario Roldán hasta Rodolfo Moreno, desde Manuel Gálvez hasta Manuel Carlés (quien poco después lideraría la Liga Patriótica, organización profundamente anticomunista), pasando por el propio Leopoldo Lugones, todos ellos expresaron, con diversos matices, sus simpatías por el experimento que se abría en Rusia. Sin embargo, este entusiasmo inicial se fue apagando muy pronto y se transformó, en muchos casos, en abierta hostilidad. Ingenieros continuó, por el contrario, adhiriendo fervientemente a las políticas de los soviets (o, al menos, a su propia interpretación de las mismas). Revista de Filosofía, como se verá en el capítulo siguiente, mostró este entusiasmo de manera homogénea durante los años posteriores a 1917. Si algún evento a nivel internacional encarnaba los “ideales nuevos” por los que bregaba Ingenieros, este era la Revolución Soviética. Además, la Revolución tendría un efecto universal, porque sus ideales terminarían imponiéndose en el mundo: Rusia representaba la vanguardia de lo que sería el mundo de posguerra. Ingenieros volvía, de alguna forma, a retomar algunos de sus ideales de juventud. Ahora podía volver a criticar al Partido Socialista por su timidez y por el nulo entusiasmo mostrado por los desarrollos que tenían lugar en Rusia. Sin embargo, la posición desde la que se pronunciaba ahora era bien distinta a aquella que había ocupado en tiempos de La Montaña. Lo que autorizaba su palabra a partir de la segunda década del siglo era su posición de intelectual público independiente reconocido, y no su militancia en un partido político.

Había otra diferencia importante entre el Ingenieros socialista de los tiempos de La Montaña y el actual. Si antes la revolución había sido una necesidad originada en desarrollos sociales y materiales, ahora, aunque no ignoraba esas dimensiones, las mismas tenían un lugar muy subordinado en su pensamiento: la necesidad de cambio se generaría a partir de ideales y pensamiento. Ya no se trataba de relaciones sociales o de producción, sino de mundos morales en pugna. Como veremos en el capítulo próximo, esta transformación del pensamiento de Ingenieros también puede ser vista como resultado de los

“tiempos nuevos”.

Eran varios los aspectos de la Revolución Soviética que despertaron el entusiasmo de Ingenieros. En primer lugar, en su visión (o en la de los comentaristas en cuyos textos abrevaba), se trataba de una revolución pacífica: “comparando la revolución rusa con sus congéneres, ella se caracteriza hasta ahora por cierta dulzura de procedimientos, casi angelicales frente a los de la gloriosa Revolución Francesa, cuyos beneficios disfrutamos, sin recordar la mucha sangre que costó”, puntualizaba en “Significación histórica del movimiento maximalista”, texto incluido en Los tiempos nuevos. En segundo lugar, la Revolución Rusa no era vista como un desarrollo puntual, sino como parte de un proceso de transformaciones mucho más amplio y de muy largo plazo, que terminaría abarcando a todas las naciones. El tercer punto que enfatizaba Ingenieros era que el “maximalismo” adquiriría características bien diferenciadas en cada país donde se desencadenara: “las aspiraciones revolucionarias serán necesariamente distintas en cada país, en cada región, en cada municipio, adaptándose a su ambiente físico, a sus fuentes de producción, a su nivel de cultura y aun a la particular psicología de sus habitantes”. Ingenieros definía al “maximalismo” como la aspiración a realizar “el máximo de reformas posibles dentro de cada sociedad, teniendo en cuenta sus condiciones particulares”. Esto quería decir –y en esto Ingenieros coincidía con la mayoría de los que, en un primer momento, habían adherido a la Revolución de los Soviets– que no había peligro de que la experiencia rusa se reprodujera en nuestro país, donde las condiciones eran radicalmente diferentes. Volviendo a su matriz de pensamiento evolucionista (que aquí, más que nunca, pareciera adquirir un carácter más bien residual en su discurso), la simple selección natural haría que arraigaran los elementos útiles de la revolución y que desaparecieran los que resultaran nocivos.

En algunos de los textos de Ingenieros sobre la Revolución Soviética, esta perdía su carácter revolucionario y se convertía en un proceso de profundas reformas. “Enseñanzas económicas de la Revolución Rusa” (también incluido en Los tiempos nuevos y publicado previamente en Revista de Filosofía) comparaba la distribución de tierras llevada a cabo por los soviets con la ley de enfiteusis de Rivadavia y con las doctrinas de Henry George, que en ese momento se estaban volviendo populares entre algunos sectores progresistas, no marxistas, de la Argentina. Los soviets, según sostenía Ingenieros, que en esto seguía el libro del norteamericano Wilfred Humphries titulado El andamiaje de la Nueva Rusia, habían optado por el sano colectivismo, dejando de lado el comunismo.



Humphries había sido uno de los secretarios del YMCA (Asociación Cristiana de Jóvenes) en Rusia y, bajo la dirección de la Cruz Roja de los Estados Unidos, había organizado el asentamiento de refugiados serbios. Aparentemente, Ingenieros había enviado su propia traducción del libro de Humphries a Nicolás Repetto, quien, aparte de cuestionar su competencia como traductor, le señalaba que “una nueva lectura del trabajo del joven cristiano Humphris le permitirá a usted descubrir en las líneas y en las entrelíneas que, no obstante la apariencia contraria, todo él es una diatriba disimulada contra el régimen bolshevista”<sup>19</sup>. Repetto acusaba a Ingenieros de no entender el fundamento de la experiencia rusa. En este sentido, las opiniones de Repetto concordaban con las de un referente del catolicismo: el sacerdote (y futuro obispo) Gustavo Franceschi, conocido por sus ideas profundamente anticomunistas, quien criticaba a Ingenieros por no haber comprendido la verdadera naturaleza revolucionaria del maximalismo al enfatizar su aspecto supuestamente reformista:

Es falsa la definición que del maximalismo da el doctor José Ingenieros en su conferencia tan comentada sobre este tema, al decir que es “la aspiración a realizar el máximo de reformas posibles dentro de cada sociedad, teniendo en cuenta sus condiciones particulares”. En este caso, todos los partidos francamente progresistas, sin excluir a los que admiten la propiedad privada y la creen necesaria, serían maximalistas, ya que aspiran a realizar el máximo de reformas posibles<sup>20</sup>.

Otro punto relacionado a la Revolución maximalista que atraía a Ingenieros era el hecho de que allí se había desarrollado un experimento (o eso creía él) de democracia funcional. Si bien es cierto que Ingenieros había mostrado ambigüedades respecto del voto popular y la democracia, sus ideas respecto del parlamentarismo eran contundentes: se trataba de un sistema que solo podía llevar a la corrupción y a la ineficiencia. El parlamento, lejos de representar a la sociedad, constituía un organismo “parasitario y nocivo para el funcionamiento de las actividades sociales”. En cambio, nuestro autor había propuesto en diversas oportunidades el establecimiento de un sistema de representación funcional. Obviamente luego de la experiencia fascista, este tipo de sistema político quedaría asociado a la ultraderecha, pero hay que recordar que la Constitución de Weimar también incluía un sistema semejante y que otros

intelectuales de izquierda, tales como Alfredo Palacios, así como buena parte de los grupos reformistas universitarios, en algún momento habían estado de acuerdo con un cambio de sistema en ese sentido. Uno de los artículos incluidos en Los tiempos nuevos se titulaba, precisamente, “La democracia funcional en Rusia”. Allí, Ingenieros seguía y citaba extensamente al sociólogo belga, antiguo discípulo de Proudhon y luego promotor de la representación funcional, Gillaume De Greef (1842-1924). En la visión de este sociólogo, en la medida en que las diferentes “sociedades”, es decir, grupos de interés, se organizaran contractualmente, el Estado, tal como lo conocemos, devendría superfluo. Según Ingenieros, la expresión “política científica” se refería a la posibilidad de que los partidos representaran los intereses correspondientes a las diversas funciones sociales. La Revolución Soviética había adoptado, en la mirada de Ingenieros, un sistema funcional de representación. Ingenieros definía ahora al pueblo (siguiendo también en esto a De Greef) como “un conjunto de funciones sociales distintas”. Su idea de pueblo se contraponía con la de “masa”, por la cual continuaba expresando un profundo desprecio. Lo que Ingenieros veía y lo entusiasmaba de la Rusia soviética era la consolidación de un Estado tecnocrático que pudiera mediar en el conflicto social y ponerse al servicio de los trabajadores (Ingenieros se cuidaba en señalar que el Estado debía ponerse “al servicio” de los trabajadores y no ser el producto de la toma del poder por parte de estos, como bien ha señalado Tulio Halperin Donghi). Según el recuerdo de Ernesto Quesada, para Ingenieros Lenin era “un verdadero estadista y un aristócrata de temperamento, revestido con la capa de comunista plebeyo posiblemente porque al vulgo es menester engañarle como a un niño; pero admirábale como dirigía autocráticamente toda la revolución rusa, sin admitir contradicción alguna [...]”<sup>21</sup>. Era este el aspecto de la experiencia soviética que, a juicio de Quesada, más entusiasmaba a Ingenieros.

Había, sin embargo, una dimensión más local en el fervor que Ingenieros mostraba por la Revolución Soviética, si confiamos en la memoria de Quesada (quien la sostenía en los apuntes que tomaba religiosamente luego de cada conversación que consideraba relevante). Según el sociólogo, Ingenieros le habría dicho en alguna conversación:

Si preconizo teóricamente el advenimiento de un soviét, por poco probable que sea, es porque considero que sería eso la más vigorosa fricción de nuestro organismo nacional, para limpiarlo del enjambre de repugnantes parásitos

politicones de todas layas y colores. Para mí, se trata simplemente de un problema médico, y por eso insisto en la necesidad de emplear un parasitocida conveniente, para purificar el cuerpo social y extirpar a tanto gusano que se alimenta y crece con el jugo y substancia de dicho cuerpo, al cual vive asido.

Según la versión de los hechos que Ingenieros contaba a Salvatore, su adhesión a la revolución soviética (que, como vimos, en su mirada tenía más de reformista que de realmente revolucionaria) no solamente incrementó su visibilidad, sino que lo convirtió en objeto de persecuciones policiales que lo obligaron a cambiar de domicilio e incluso a abandonar la ciudad. En una carta del 10 de noviembre de 1918, Ingenieros informaba a Salvatore acerca de la actitud del Partido Socialista y la suya propia, frente a la Revolución:

Dentro del partido socialista, algunos intentan precipitar una agitación favorable al maximalismo; creo inútil decirte con cuanta simpatía les acompaño; si el partido no decide en uno o dos días, daré en un gran teatro una conferencia sobre el Significado histórico del Maximalismo<sup>22</sup>.

En otra misiva, esta vez fechada el 21 de diciembre, Ingenieros relataba que había finalmente dado su conferencia sobre el maximalismo en el Teatro Nuevo. Sostenía que habían asistido socialistas, anarquistas, liberales y amigos, y que el evento concluyó en un disturbio que causó grandes daños en el teatro. “Figúrate los diarios burgueses. Al día siguiente, el obispo de Córdoba publicó una pastoral contra el maximalismo, que leerás en mi revista”. Continuaba su carta señalando:

Puedes comprender mi situación personal. Al día siguiente de la conferencia me encontré con un pesquisa en cada esquina de mi casa; pero duró poco. [...] la conferencia fue reproducida en más de cien diarios y revistas, y se han hecho de ella ya más de quince reimpressiones en opúsculo por cuenta de círculos y asociaciones demagógicas [...]. Desde hace un mes no se habla sino de maximalismo [...] y de mí, a pesar mío<sup>23</sup>.

¿De qué trataba la conferencia que sería publicada en Revista de Filosofía y luego en Los tiempos nuevos y que, según él, le había causado tantos disgustos? En ella, una vez más, Ingenieros elogiaba el carácter relativamente pacífico de la revolución. La guerra y la revolución actuaban como los catalizadores de las transformaciones sociales que, antes o después, serían inevitables, y que tendrían como consecuencia una transformación institucional profunda en todos los países europeos, pero no solo allí. En lo que respecta al impacto de la Revolución en la Argentina, Ingenieros resultaba ambiguo. Por un lado, la situación del país no podía compararse con la de la Rusia de los zares. Pero, por otro lado, reconocía nuestro psiquiatra que “todos los movimientos políticos y sociales europeos han repercutido en América, en proporción exacta de ese grado de europeización que suele llamarse civilización”. Concluía Ingenieros: “en cada lugar y tiempo se realiza todo lo necesario y fracasa todo lo imposible; ¿no será absurdo cortar las alas, anticipadamente, a los idealistas que pidan lo más?”.

¿Cuáles fueron las consecuencias de esta conferencia? Para empezar, la misma fue pasada por alto (seguramente, no de manera inocente) por La Vanguardia. La Prensa, en cambio, publicó el 22 de noviembre una nota, “Conferencia sobre maximalismo”, en la que se anunciaba que esa misma noche, a las 8.30, el doctor José Ingenieros daría una conferencia patrocinada por la Federación de Asociaciones Culturales; el acto sería abierto por Roberto Giusti. Al día siguiente, tanto La Prensa como La Nación publicaron sendos relatos de lo ocurrido. Aunque Ingenieros había sido, sin dudas, el protagonista principal de los eventos, ninguno de los dos periódicos le atribuyó, ni siquiera de manera tangencial, la responsabilidad sobre los actos de violencia que –y en esto también coincidían los cronistas de ambos diarios– no pasaron a mayores, más allá de algunas “escenas de pugilato” y la destrucción de algunos elementos del teatro. Lo que quedaba claro de las crónicas es que la conferencia de Ingenieros había congregado una gran cantidad de público de orientaciones políticas bastante heterogéneas. El cronista de La Nación, por ejemplo, caracterizaba al público como “enorme y levantisco”:

Desde las ocho, las inmediaciones de las calles Corrientes y Paraná presentaban un aspecto inusitado con el ir y venir de los grupos simpatizantes y adversarios

al acto. Cuando se abrieron las puertas del teatro Nuevo, se precipitó la ola humana por el vestíbulo, invadió el patio de la platea, trepó a zancadas las escaleras que conducen al paraíso, astilló algunas puertas de los palcos y se apiñó en todos los sitios de la sala y el escenario<sup>24</sup>.

Según la versión de este periódico, Ingenieros fue interrumpido varias veces con aplausos. Al finalizar la primera parte de su discurso, flamearon banderas rojas en el teatro, “y algunos que no habían tenido la previsión de llevar sus pendones arrancaron las cortinas de los palcos”, agregaba el cronista.

Resulta interesante señalar que el reportero de La Nación distinguía entre aquellos concurrentes más violentos y los “sinceramente entusiastas”. En todo caso, el desorden no había sido responsabilidad de estos últimos, sino de la propia naturaleza del acto, ya que “había demasiados elementos encontrados en aquel abigarrado concurso”. Concluía la crónica señalando la corrección con la que se había comportado la policía, con la presencia del jefe, Dr. Casas, y del comisario Laguarda, entre otros altos funcionarios. Tanto La Nación como La Prensa incluyeron sumarios de la conferencia, sin comentarios. De ninguna de las dos notas emergía la imagen de Ingenieros como un agitador, ni se señalaba que el discurso hubiera contenido elementos que pudieran ser caracterizados de subversivos<sup>25</sup>.

Según podemos colegir de la lectura de los dos periódicos más importantes de la “prensa burguesa”, Ingenieros fue tratado con respeto por los mismos y en ningún caso se lo culpó de los desórdenes. En realidad, a pesar de que Ingenieros mencionara a su padre no solo las persecuciones que habría recibido por parte de la policía, sino también su estigmatización por parte de la gran prensa, los recortes de diarios que incluía en sus cartas para probarlo provenían de periódicos de clara orientación católica o de un diario “radical nacionalista” no identificado (o de La Vanguardia) y no de la “gran prensa burguesa”.

Nuevamente, no podemos establecer hasta qué punto su supuesta persecución no era producto de su imaginación.

## INGENIEROS Y LA REFORMA UNIVERSITARIA

[A]l fin el espíritu contenido estalló avasallador y fue para nosotros el 18. Era una época de fuego en que la lucha se agudizaba hasta la desesperación, en que hasta los más tímidos hablaban, se producían milagros de carácter y sabiduría, y se había formado el clima propicio a las grandes transformaciones. ¡Nos sentíamos gigantes y haciendo la historia!<sup>26</sup>

En julio de 1918, Ingenieros le escribía a su padre: “Aquí, la única novedad es la revolución de los estudiantes en la Universidad de Córdoba, consecuencia lógica de la reacción clerical. En Revista de Filosofía hallarás información exacta sobre los hechos y su origen”<sup>27</sup>. Acto seguido, continuaba la carta refiriéndose a otros temas. En noviembre, seguía informando a Salvatore sobre la política local y señalaba respecto a los avatares del movimiento estudiantil: “La agitación universitaria, terminó por imponer al gobierno una reforma verdaderamente anárquica, que pone la dirección, etc. en manos de los estudiantes. Será un bien, por ahora. Más no podrá durar [...]”<sup>28</sup>.

La Reforma no parece haber sido un tema central en la correspondencia de Ingenieros con su padre (tampoco lo había sido la guerra ni lo sería el ascenso del fascismo). Sin embargo, Ingenieros ocupó un lugar importante dentro del movimiento reformista, aunque probablemente menor al que él mismo haría (y probablemente quería) creer. Fue nombrado vicedecano de la Facultad de Filosofía reformada, pero no duró mucho en este cargo: en octubre de 1919 renunció a este puesto y al de profesor interino por divergencias con los concejeros estudiantiles reformistas. Este fue, tal vez, el último episodio de la compleja relación que Ingenieros mantuvo con la institución universitaria.

### ***La Reforma Universitaria***

El contexto constituido por la Primera Guerra Mundial, la Revolución Soviética y (a nivel local) por la elección de Hipólito Yrigoyen y la Reforma Universitaria de 1918 puede ser caracterizado como un “momento fuerte” en el proceso de politización y polarización de la sociedad –y, en particular, de la juventud– argentina. Durante esos años, se pusieron en cuestión certezas consagradas, se reformularon elementos del “sentido común”, al tiempo que los protagonistas salían en busca de marcos conceptuales (y faros intelectuales) que les permitieran dar cuenta de las cambiantes realidades que vivían. Vistos desde la perspectiva del presente, estas búsquedas de ideas y conceptos dieron lugar a combinaciones y sincretismos que hoy parecerían incongruentes y que, en muchos casos, terminaron por parecerlo a los propios actores, pero solo luego de un proceso a veces largo y penoso. Por otro lado, cada “momento fuerte” (hubo varios a lo largo del siglo XX) contribuyó primero a agrietar, y luego a terminar por hacer estallar, el “consenso liberal” del que habían participado las elites intelectuales argentinas desde mediados del siglo XIX y que permitía una “coexistencia pacífica”, muchas veces dentro mismo de las estructuras del Estado, de individuos que profesaban ideologías políticas antagónicas.

La Reforma Universitaria no puede ser entendida si no se hace referencia a la ampliación de los sectores medios, producto de la inmigración que se venía dando a partir de las últimas décadas del siglo XIX, proceso del que José Ingenieros y su familia fueron beneficiarios. Otro factor desencadenante fue la llegada al poder de la Unión Cívica Radical, partido que aglutinaba a buena parte de esos sectores.

Por distintos motivos –algunos de índole más gremial y otros más generales–, los estudiantes habían comenzado a movilizarse públicamente desde las últimas décadas del siglo XIX. Un tema importante en estas movilizaciones era el sistema de gobierno de las facultades que estaba en manos de “academias”, cuyos miembros eran vitalicios y, en muchos casos, ni siquiera pertenecían al cuerpo docente, sino que se trataba de personajes notables desde el punto de vista social. La separación entre universidad y sociedad –y el carácter excluyente de la primera– era otro problema que también preocupaba al ala más progresista del estudiantado. Hacia mediados de la década de 1910 ya existía un clima de efervescencia entre algunos sectores de los estudiantes que se iban reconociendo como un actor social con identidad propia. Estas movilizaciones se complementaron con un importante crecimiento de la actividad asociativa y la

publicación de revistas. José Ingenieros colaboró con varias de estas iniciativas.

La Universidad Nacional de Córdoba parecía haber quedado al margen de los atisbos reformistas que afectaban sobre todo a la Universidad de Buenos Aires (UBA) y, en menor medida, a la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Se trataba de una institución relativamente pequeña, que hacia mediados de la década del 10 contaba solo con unos ochocientos alumnos. El lugar que las universidades ocupaban en la producción y reproducción de elites estaba exacerbado en Córdoba y las autoridades se mostraban aún más reacias que las de otras universidades a cualquier tipo de reforma. A esto se sumaba la profunda influencia ejercida por la Iglesia católica no solo dentro de la universidad, sino en toda la sociedad cordobesa. Los estudiantes, sin embargo, tenían reclamos y, a lo largo de los años, la presión fue en aumento hasta que, a fines de 1917, se desencadenó el conflicto a partir de un hecho menor. Lo que los estudiantes demandaban era una reforma de estatutos como la que había tenido lugar en la UBA una década antes, limitando el papel cumplido por las academias en el gobierno de las facultades. La escalada del conflicto determinó la intervención de la universidad por parte del gobierno nacional, que veía con simpatía no disimulada las demandas y movilizaciones estudiantiles. El líder reformista Julio V. González (hijo de Joaquín V. González) describía al dirigente estudiantil Enrique Barros, quien parecía cómodamente instalado en la Casa de Gobierno, como un “consejero del ministro”. Esta cercanía entre el gobierno y el cuerpo de estudiantes provocó la reacción de Lugones, quien, por otro lado, apoyaba abiertamente el movimiento reformista. El 20 de agosto de 1918 le escribía a Deodoro Roca:

Un movimiento liberal cuyo resultado depende del PE es un movimiento gubernista cualquiera sea su aspecto exterior. Su propio éxito, si lo alcanza, no sabría quitarle semejante carácter. Y es lástima. [...]. Ahora todo se reduce a una nueva intervención y un nuevo rector que en vez de ser beato [...] resultará un pelmazo [...]. Ni crea que esto significa oposición al gobierno actual. Yo no hago política con ni contra ninguno, pues mi descreimiento de los políticos es total y ojalá no tengan ustedes que compartirlo a costa de algún amargo desengaño.

El conflicto pronto adquirió un matiz abiertamente anticlerical: los estudiantes



presentaban su lucha como un combate entre la ciencia y la teología. Mientras tanto, intelectuales y políticos entre los que se contaban Lugones, Juan B. Justo, Juan Zubiabur, Telémaco Susini (que en un momento fue nombrado interventor de la Universidad de Córdoba, aunque nunca llegó a asumir el puesto), Alfredo Palacios, Enrique Dickmann, Nicolás Repetto, Augusto Bunge, Antonio Di Tomasso, Juan Tamborini, Mario Bravo y el propio Ingenieros, entre muchos otros, hacían llegar a los estudiantes su adhesión y solidaridad.

El movimiento estudiantil se propagó rápidamente por todo el país y pronto adquirió proyecciones latinoamericanas. En 1918, se fundó una federación de estudiantes a nivel nacional: la FUA. Pronto se fueron delineando claramente dos tendencias que perdurarían dentro del movimiento reformista: mientras algunos sostenían que la reforma debía mantenerse limitada al terreno estrictamente universitario, otros proponían que los ideales de la reforma debían vincularse a cambios políticos, sociales y culturales más amplios. Estos últimos, además, promovían un acercamiento entre los estudiantes y los grupos proletarios en el marco de simpatías más o menos firmes por la Rusia soviética.

La vinculación entre la Reforma y un sentimiento latinoamericanista había aparecido con claridad desde el principio. El orden del día de la Federación Universitaria Cordobesa ya había expresado en 1918: “que el nuevo ciclo de civilización que se inicia, cuya sede radicará en América”. Conceptos semejantes expresaban sus pares porteños el mismo año. Con diversos matices, el latinoamericanismo se convirtió pronto en una de las banderas del movimiento de la Reforma. Ingenieros, por su parte, todavía estaba lejos de convertirse en el portavoz del latinoamericanismo, producto de su última transformación, que tuvo lugar en el lustro final de su vida. Otros, como Manuel Ugarte (quien también apoyó tempranamente la Reforma) o el propio Palacios, tenían ya una trayectoria forjada en el latinoamericanismo antiyanqui.

El período alrededor de la Reforma Universitaria fue un momento singular en la trayectoria de Ingenieros. En primer lugar, ya un hombre relativamente maduro (había cumplido cuarenta años en 1917), fue una de las figuras tutelares de la Reforma (aunque no la única y, probablemente, tampoco la más importante), a la que apoyó desde el comienzo, aunque con matices. Pero, en segundo lugar, las derivas ideológicas asociadas al movimiento (que a su vez fueron tributarias de procesos mucho más amplios producidos a nivel mundial) fueron tornando muchas de las ideas sostenidas por Ingenieros –en particular, su apego a los núcleos fundamentales del científicismo con tintes todavía positivistas– cada vez

más anacrónicas. Para los redactores de la revista Inicial, una de las tantas editadas por jóvenes reformistas, por ejemplo, Ingenieros había representado la “síntesis de todo lo que debe ser superado, de todo lo que debe ser perentoriamente desplazado, hasta sus últimos residuos, para asimilarlo como momento negativo de una evolución más alta”<sup>29</sup>. Aunque respetado por su integridad, Ingenieros pertenecía al pasado y poco podía ofrecer a la “Nueva Generación”. Miradas semejantes podemos encontrar en otra publicación reformista, Valoraciones, vinculada al grupo Renovación de la Universidad de la Plata, que tenía al médico y filósofo Alejandro Korn como su mentor principal (de hecho, Korn mismo se haría cargo de la dirección de la revista en 1924). En un comentario atribuido a Coroliano Alberini (cuya antipatía por la filosofía de Ingenieros era pública), pero que la revista parecía endosar, se señalaba:

Afanosos pues de actualismo mimético les pasa lo que a esas mujeres que en plena edad crítica no se resignan a ser cosa fósil, y se pintarrajean para satisfacer una vana ilusión de juventud. Es la misma tragedia ideológica del Dr. Ingenieros –si es que, tratándose de este señor, se puede hablar de tragedia– quien, semiconsciente de su inactualismo, anuncia, de cuando en cuando –es verdad que en los banquetes– que él no es positivista; y para dar la impresión de que es hombre actual, previa supresión de algunos capítulos del “Hombre mediocre”, donde exaltaba el valor de la aristocracia, se declara maximalista en nombre de la ciencia. Pero ya no engaña a nadie, todos conocen sus antiguos amores: se trata de una vieja positivista que para disimular sus arrugas las cubre con un poco de carmín bolchevique.

Desde luego, otros sectores del estudiantado local e internacional tenían miradas mucho más positivas sobre el autor de El hombre mediocre. Nuestro médico era consciente de los cambios de vientos ideológicos y de la obsolescencia creciente de la visión del mundo que venía sosteniendo desde su juventud. Desde la “crisis existencial” que había sufrido durante su segundo viaje a Europa, Ingenieros intentó compatibilizar su fe en la experiencia como única fuente de conocimiento con un “idealismo” y una metafísica basada en la experiencia más acorde con los tiempos, que discutiré en el capítulo siguiente.

El movimiento reformista había generado (aun antes de los episodios de

Córdoba) una importante cantidad de publicaciones periódicas que funcionaban, además, como espacios de sociabilidad. Estas revistas eran mucho más inclusivas de lo que las diferencias ideológicas de sus (de por sí heterogéneos) equipos editoriales podrían hacer suponer. Inicial y Valoraciones no solo publicaban avisos de Revista de Filosofía, sino que, además, en sus páginas se publicaban textos de autores que colaboraban activamente con la revista de Ingenieros, así como de algunos de sus discípulos más dilectos, tales como Aníbal Ponce (quien reseñaba libros para Valoraciones) o Gregorio Bermann. Ambos frecuentaban comidas y ágapes organizados por los grupos que publicaban ambas revistas<sup>30</sup>. Esto mostraría dos cosas: en primer lugar, que en la Argentina (o al menos en el Buenos Aires) existían todavía por esos años espacios de interacción para individuos que podían no coincidir (o aun estar en las antípodas) ideológicamente; y, en segundo lugar, que existía, a pesar de las diferencias, un cierto piso de ideas que marcaba una época, en el que todos coincidían: un universo de lo pensable y decible que podían compartir Aníbal Ponce con Homero Guglielmini, José Ingenieros con Alejandro Korn. Ingenieros colaboró activamente con buena parte de las publicaciones juveniles y estudiantiles, publicando artículos y notas de diversa índole.

En términos generales, podría decirse que el discurso de la Reforma podía vincularse con ideas expuestas por Ingenieros en al menos tres cuestiones: en primer lugar, en el “idealismo”, entendido no necesariamente como una corriente filosófica, sino como la persecución de un “ideal” en el sentido adoptado por Ingenieros, es decir, como una proyección de perfección hacia el futuro. En segundo lugar, el juvenilismo de Ingenieros fue muy bien recibido por los estudiantes. En tercer lugar, el anteúltimo viraje político de Ingenieros, en tanto apologeta de la Revolución Soviética, pensador progresista y crítico de la Europa en ruinas, también encajaba bien dentro de las ideas promovidas por el ala más progresista de los reformistas. La sostenida adhesión de Ingenieros a la experiencia rusa, en cambio, lo alejaría luego de algunos sectores reformistas más moderados.

Más adelante, el último giro de Ingenieros, su militancia latinoamericanista y antiyanqui, terminó de consolidar su alianza con los sectores reformistas y su posición como “maestro de la juventud”. Podría decirse que estos puntos del discurso de nuestro protagonista convergieron con lo que podría caracterizarse como un nuevo “sentido común”. Como señalaba Julio V. González:

Nosotros, para quienes la guerra fue un espectáculo apocalíptico donde se hundía el mundo capitalista; la revolución rusa, una gran esperanza de redención para los hombres; la causa aliada, el epílogo de un período de endeudamiento a los intereses extranjeros que enajenaban el alma nacional; el advenimiento popular, un aluvión multitudinario de iniciación democrática que liquidaba el pasado político argentino; nosotros, que nacíamos en medio de esta suerte de caos genésico, no podíamos, por nuestra parte, sino traducirlo en la enorme blasfemia de la Reforma Universitaria y en la vasta promesa de la Nueva Generación.

La centralidad de Ingenieros en el mundo político e intelectual, aunque innegable, tenía matices importantes. Ingenieros era respetado casi unánimemente, pero no necesariamente por las ideas que representaba. Si algunos de sus puntos de vista encajaban bien dentro de la Weltanschauung reformista, otras quedaban muy por fuera de ella. Por otro lado, algunos se preguntaban si el valor de la posición de Ingenieros tenía que ver con su rol de pionero y promotor, o, como sostendría Víctor Raúl Haya de la Torre, con el hecho de que había sabido acoplarse a una ola que estaba en marcha. Probablemente, podemos inferir, se trataba de una combinación de ambas.

## NOTAS

1 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.3 Doc. 117. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 31 de julio de 1916. Traducida por Delia. Los socialistas en general consideraban que el gobierno radical tenía un carácter clerical.

2 FJI A.6.2/SAA/8.4 Doc. 120. Carta de José Ingenieros a sus padres del 27 de diciembre de 1916. Traducida por Delia.

3 Señalaba Ingenieros: “Pondré a los niños en lugar seguro y tal vez evitaré que me apliquen las leyes sociales extraordinarias contra los extranjeros”. FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 26. Carta de Ingenieros a Salvatore del 23 de agosto de 1919. Delia recordaría que, a lo largo de su vida, la familia Ingenieros había vivido en las siguientes direcciones: Viamonte 763 (donde había nacido ella), Viamonte 743 (donde nacieron Amalia y Julio), Tucumán al 1600, Cuba al 1800, José Hernández 1955 y, finalmente, en la calle Cangallo, a una cuadra del templo masónico.

4 FJI A.6.2 SAA/8-4/10.2 Doc. 19. Carta de José Ingenieros a Salvatore, s/f. El original está incompleto, pero hay copia traducida por Delia.

5 Declaración de José Ingenieros ante la revista Vida Nuestra, febrero de 1919.

6 Ver, por ejemplo, FJI A.6.2 SAA/8.4/10-2 Doc. 5. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 14 de mayo de 1917. Traducida por Delia.

7 FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 19. Carta de José Ingenieros a Salvatore. Ver también FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 24.

8 FJI A-6-4 SAA/8-4/103 Doc. 3. Carta de Salvatore Ingenieros a José del 25 de noviembre de 1920.

9 Al final del texto hay una nota de Ingenieros en la que señalaba: “Habiendo sufrido el 2 de diciembre de 1919 una violenta hemoptisis, que podría repetirse con peligro de mi vida, he creído prudente escribir estos apuntes que pueden

servir a quien estudia algunos aspectos de la crisis social presente en nuestro país”. En efecto, en carta a su madre de principios de 1921, Ingenieros informaba que, “siendo la duda más afligente que la certeza, creo deber informarte que he sufrido con un año de intervalo, dos violentísimas hemoptisis de más de medio litro cada una; por suerte no fueron seguidas de ningún síntoma de carácter consuntivo”. FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 37. Carta de José Ingenieros a Marianna del 17 de febrero de 1921. Traducida por Delia.

10 López Prieto era un escritor muy cercano a Yrigoyen. Moriría en Grecia, donde oficiaba como cónsul nombrado por Yrigoyen.

11 Manuel Claps sería administrador de los FFCC del Estado durante la segunda presidencia de Yrigoyen.

12 FJI A 6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 19. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 11 de julio de 1918. Copiada y traducida por Delia.

13 “Encuesta de Cooperación Intelectual”, Revista de Filosofía, año VIII, n.º 4 (julio de 1923). La encuesta fue enviada por Henri Bergson, que era presidente de la Comisión de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones.

14 FJI A.6.1 SAA/8.4/3.3 Doc. 83. Carta de Marcel Fourier a José Ingenieros, s/f.

15 FJI A.6.1 SAA/8.4/3.3 Doc. 83. Carta de Marcel Fourier a José Ingenieros, s/f.

16 FJI A.6.1 SAA/8.4/1.3 Doc. 19. Carta de Henri Barbusse a José Ingenieros, s/f.

17 FJI A.6.1/SAA/8.4/1.3 Doc. 25. Carta de Henri Barbusse a José Ingenieros del 12 de noviembre de 1921.

18 FJI A.6.1/SAA/8.4/1.3 Doc. 27. Carta de Henri Barbusse a José Ingenieros del 23 de julio de 1921.

19 CeDInCI: Fondo Repetto/23 Hon-Hus. Carta de Nicolás Repetto a José Ingenieros del 28 de mayo de 1918.

20 Franceschi, Gustavo, La democracia y la Iglesia (Buenos Aires: Agencia

General de Librería y Publicaciones, 1918). Agradezco a Martín Castro por haberme facilitado el acceso a este documento.

21 Quesada, Ernesto, “La vocación de Ingenieros”, en Nosotros, número extraordinario..., op. cit., pp. 450-451.

22 FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 16. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 10 de noviembre de 1918. Copiada y traducida por Delia. Subrayado en el original.

23 La supuesta persecución policial a que estaba sometido Ingenieros le habría proporcionado la oportunidad para otra de sus bromas. Sergio Bagú cuenta que este, desde la ventana de la redacción de Nosotros, hacía extraños signos con fósforos encendidos para que sus perseguidores creyeran que se estaba comunicando con algún compañero de conspiración. Si esta anécdota (de la que Bagú, por su edad, no pudo haber sido testigo) fuera cierta, sería una indicación de que la vigilancia a la que supuestamente estaba sometido Ingenieros no era especialmente severa. Ver Bagú (1953), p. 172.

24 “Significación histórica del maximalismo. Una asamblea tumultuosa”, La Nación (23 de noviembre de 1918), p. 16, col 1.

25 “Significación histórica del maximalismo. Conferencia del Dr. José Ingenieros. Incidencias partidistas”, La Prensa (23 de noviembre de 1918), p. 5, col 7.

26 Bermann (1926), p. 20.

27 FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 19. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 11 de julio de 1918. Copiada y traducida por Delia.

28 FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 16. Carta de José Ingenieros a Salvatore del 10 de noviembre de 1918. Copiada y traducida por Delia.

29 Inicial. Revista de la Nueva Generación, año II, n.º 9 (enero de 1926), p. 172.

30 Ver, por ejemplo, Bermann, Gregorio, “La quimera intelectualista”, artículo publicado inmediatamente después de “Esquema Gnoseológico” de Alejandro Korn, en Valoraciones, año I, n.º III (abril de 1924). Respecto de la participación de Ponce en banquetes, Inicial señalaba que en el primer banquete organizado por el grupo que la editaba, Nicolás Coronado había ocupado su lugar, “al lado

del peñadito y distinguido Aníbal Ponce [quien para entonces ya era codirector de Revista de Filosofía]”. Al mismo evento había enviado su adhesión Korn Villafañe, quien también había sido criticado por la publicación.



## Capítulo VIII

### Ingenieros filósofo: entre el materialismo y el “idealismo”

En 1918, José Ingenieros fue incorporado a la Academia de la Facultad de Filosofía y Letras. Con esto lograba un reconocimiento que le había sido negado en el ámbito de la medicina. En carta fechada el 8 de junio de ese año solicitaba al presidente de la institución, con un tono irónico apenas velado, un aplazamiento de la ceremonia de su incorporación. El motivo aducido era que había preparado una disertación para leer en esa oportunidad, sin saber que el tema de la misma no lo elegía el nuevo miembro sino que debía, por reglamento, consistir en un elogio al académico en cuyo reemplazo había sido designado<sup>1</sup>. Sin embargo, este malentendido no le impidió enviar, junto con la carta, el discurso que tenía preparado y que luego sería publicado bajo el título de “Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía”. Según Gregorio Weinberg, este documento se trató del trabajo filosófico más sustancial de Ingenieros, cuya cultura filosófica era producto de lecturas de segunda mano, más que de la frecuentación a los clásicos<sup>2</sup>.

“Proposiciones” condensa en buena medida el pensamiento filosófico de su autor. Se trataba, en efecto, de diez proposiciones que eran desarrolladas a lo largo del escrito. La idea principal consistía en que la filosofía debía reducirse a una metafísica basada en la experiencia, es decir, a una metafísica a posteriori, cuya función consistiría en formular hipótesis sobre aquella porción de la realidad que estaba más allá de la experiencia (lo “inexperiencial” en el lenguaje usado por Ingenieros). Esta mirada tenía dos consecuencias claras. Por un lado, la metafísica debía, por necesidad, estar íntimamente ligada con la ciencia (sin confundirse con ella); pero, por el otro, los problemas propuestos por la misma no podían ser ni universales ni necesarios, puesto que estaban muy lejos de cualquier forma de conocimiento a-priori, que Ingenieros rechazaba de plano.

Estas ideas, que Ingenieros presentaba como novedades absolutas (“creo que en lo restante de este siglo, 500 o 10 [sic] personas contribuirán a la constitución de

la nueva metafísica que florecerá en el porvenir”; una de esas personas sería, obviamente, el propio Ingenieros), en realidad no eran ni tan novedosas ni tan originales. Ya en 1889, el filósofo francés Alfred Fouillée, muy leído por estas playas y cuya obra Ingenieros había frecuentado y citado desde su juventud, había escrito un libro titulado, justamente, *L’avenir de la métaphysique fondée sur l’expérience*. Aunque el enfoque de Ingenieros no coincidía exactamente con el del francés, resulta fácil reconocer, en la obra de este último, elementos que luego serían retomados por nuestro autor. La idea misma de construir una metafísica basada en la experiencia que sirviera para construir hipótesis sobre la dimensión de la realidad que quedaba por fuera de ella, y que constituiría las bases de un ideal, había aparecido delineada en la obra de Fouillée. La mayor diferencia entre las ideas de este y las de Ingenieros, sin embargo, se centraban en que mientras el francés buscaba verdades universales, Ingenieros no solo renunciaba a encontrarlas, sino que negaba validez a la posibilidad misma de su búsqueda.

Aunque “Proposiciones” difícilmente encaje dentro de las concepciones antipositivistas, la aceptación de una metafísica articulada con la ciencia abría caminos posibles de comunicación con aquellos que recusaban la herencia científicista. Este texto sería rescatado más tarde por algunos de quienes avanzaban la “reacción antipositivista” (incluyendo el propio Alejandro Korn y su discípulo, Francisco Romero) como uno de los primeros textos filosóficos producidos en la Argentina que iba en esa dirección<sup>3</sup>.

Ingenieros había rechazado desde su juventud el concepto de lo “incognoscible” formulado por Herbert Spencer, precisamente por su carácter metafísico. Sin embargo, ahora admitía, siguiendo al positivista italiano Roberto Ardigò, que la dimensión inexperiencial de la realidad tenía un carácter perenne, puesto que siempre habría partes del universo que serían inaccesibles a la experiencia, aunque esto pudiera cambiar con el avance de los conocimientos científicos. Nuestro psiquiatra sostenía que, así como la extensión de lo “inexperiencial” iría cambiando con el tiempo, también lo harían las bases del ideal, definido aquí como “un hipotético arquetipo de perfección abstraído de la experiencia, por un doble proceso: eliminación de las imperfecciones particulares y síntesis de las perfecciones generales”, que se fundaba en condiciones históricas y sociales.

Ingenieros puntualizaba (y en esto sí se pueden detectar los indicios de una cierta originalidad metodológica) que las doctrinas de los filósofos y las ideas en general resultaban incomprensibles si no se tenían en cuenta muy seriamente los

sistemas de creencias, las aspiraciones comunes de la época y del medio social en que aquellas se desarrollaron. Más adelante, en su trabajo sobre el filósofo francés Émile Boutroux, Ingenieros profundizaría esta suerte de “historia cultural, social e intelectual de los intelectuales y las ideas”, al mostrar que Boutroux y sus ideas filosóficas eran, en buena medida, producto del momento histórico (particularmente político y social, pero también universitario) en que el filósofo había vivido. Decía Ingenieros en una nota al pie de su trabajo sobre el francés:

Entendemos que las ideas de un filósofo no se comprenden leyendo y releendo sus libros si a ello no se agrega el estudio del medio político y de las circunstancias personales en que fueron escritos. En tiempos de Lutero, el libro Ciencia y religión habría llevado a Boutroux a los quemaderos del Santo Oficio; en 1908 fue una fuente de reconciliación entre la República anticlerical y el catolicismo en Roma.

“Proposiciones” incluía también una pequeña viñeta autobiográfica en la que nuestro autor pasaba revista a su propia trayectoria intelectual. Comenzaba definiendo su situación actual (1918) como el final de su carrera universitaria y así trazaba el itinerario que lo llevó a la filosofía:

En la Universidad he cursado simultáneamente dos carreras, que me permitieron adquirir nociones de ciencias físico-naturales y de ciencias médico-biológicas; vocacionalmente cultivé las ciencias sociales y no fui indiferente a las letras. Especialicé luego mis estudios en patología nerviosa y mental, vinculándome a su enseñanza en la Facultad de Medicina (1900-1905); pasé, naturalmente, a la cátedra de psicología en la Facultad de Filosofía y Letras (1904-1911), extendiendo mis programas a la ética, la lógica y la estética, que siempre consideré como “ciencias psicológicas”. Desde 1911 he procurado entender la historia de la filosofía; sólo ahora, en 1918 me atrevo a emitir una opinión sobre asuntos filosóficos.

Nótese que, en esta versión de su trayectoria, la sólida formación científica que exhibía contrastaba con un cierto diletantismo en lo que respecta a las ciencias sociales y a las humanidades (“cultivé las ciencias sociales”, “no fui indiferente a las letras”), diletantismo que se puso en evidencia de manera clara en lo que respecta a su interés por la filosofía. Solo desde 1911 había “procurado entender la historia de la filosofía”, y siete años más tarde se atrevía a “emitir una opinión sobre asuntos filosóficos”; opinión que de hecho no era tal, sino más bien la certeza de que estaba formulando las bases de la filosofía de los siglos XX y XXI.

Existen buenos motivos para creer que esta autopresentación como un “aficionado” de la filosofía, formulada en un momento en que la disciplina estaba inmersa en un proceso de profesionalización y en el que él mismo estaba siendo incorporado a la academia, distaba de ser ingenua. Si bien Ingenieros había considerado siempre que la universidad constituía el ámbito natural para el desarrollo de la ciencia, no pensaba lo mismo en lo que se refería a la filosofía. Buena parte de sus críticas a los filósofos, que iban desde Kant hasta Boutroux, se basaba, precisamente, en que habían quedado prisioneros del sistema universitario que, por definición, resultaba esclerosante para el pensamiento filosófico. Así, “la doctrina de Kant” (que Ingenieros rechazaba por su a-priorismo) era caracterizada como “adecuada a la precavida burocracia universitaria que no se compromete por creencias firmes ni se juega por principios arriesgados”. Al filósofo francés, por otro lado, le faltaba originalidad y fecundidad, pero, no obstante, se destacaba dentro de la “mediocridad general a que había descendido la filosofía universitaria”. El diletantismo exhibido en “Proposiciones” resultaba, por lo tanto, compatible con sus ideas más generales respecto de las condiciones de posibilidad para la producción de pensamiento filosófico.

La incorporación de Ingenieros a la Academia de Filosofía y Letras era la culminación de un proceso que había comenzado años antes. Cuando dejó la Argentina en 1911, había ya hecho saber que abandonaría la ciencia, concebida a la vez como un ámbito demasiado estrecho como para desarrollar sus inquietudes intelectuales y como un límite a sus posibilidades de ascenso social. En Heidelberg había seguido cursos de filosofía, y en 1915, ya de vuelta al país, Ingenieros fundaba el Seminario de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras al cual asistiría uno de sus futuros discípulos y colaboradores: Gregorio Bermann.

Las primeras aproximaciones a la filosofía escritas por Ingenieros –más allá de referencias a temas filosóficos existentes en otros textos suyos, particularmente en Principios de psicología– consistieron en trabajos de naturaleza más bien histórica y pueden ser vistos como complementarios de las tesis propuestas en Evolución de las ideas argentinas. Durante su segunda estadía en Europa, por ejemplo, escribió un artículo acerca del desarrollo de la filosofía en España (que luego sería publicado en Revista de Filosofía y en otras partes) que puede leerse, en cierta medida, como una imagen especular de sus ideas sobre la evolución de las ideas en la Argentina.

En “La cultura filosófica en España”, Ingenieros trazaba la historia de la filosofía española desde los visigodos hasta el presente en que fue escrito. Se trataba de un texto basado fundamentalmente en manuales y libros generales de filosofía, en particular en las obras de Marcelino Menéndez y Pelayo y en la Historia de la filosofía española de Adolfo Bonilla y San Martín. Al igual que haría con las ideas en la Argentina, en este escrito, Ingenieros trazaba, a partir de pares dicotómicos (España/Europa; libertad de pensamiento/Inquisición, escolasticismo/pensamiento liberal; ciencias naturales/ “ciencias del papel”), líneas en la historia del pensamiento filosófico español.

El punto culminante del pensamiento peninsular se había producido en lo que podríamos caracterizar como el “momento Averroes-Maimónides-Alfonso X”. Castilla se presentaba, sobre todo a partir del reinado de los Reyes Católicos, como una teocracia al servicio del fanatismo religioso. En España, señalaba Ingenieros, sobraban archivos y faltaban laboratorios. Las causas principales de la decadencia intelectual (y no solo intelectual) española se resumían así: unitarismo en lo político, la presencia de la Inquisición en lo cultural, la expulsión de las comunidades judías y árabes, el parasitismo colonial, el nacionalismo antieuropeo y el imperialismo teocrático. Estas tendencias oscurantistas sufrieron una corta reversión durante el reinado de Carlos III, cuando se inició una lucha por el renacimiento científico y filosófico, lucha que se proyectaba hasta el presente y que era “siempre vencida por la Iglesia contra los heraldos de una España Nueva”. Las ideas del monarca ilustrado habían sido derrotadas en España, pero, sin embargo, habían triunfado en la Argentina y se habían prolongado en el pensamiento de Mayo y de la Generación del 37 hasta el presente.

Ingenieros era consciente de que su cientificismo se estaba tornando rápidamente anacrónico en el mundo convulsionado por la Gran Guerra. La llegada y rápida difusión del neokantismo, de las nuevas corrientes neoespiritualistas y, sobre todo, el enorme éxito de las conferencias que José Ortega y Gasset pronunciara en Buenos Aires en 1916 mostraban que los vientos del pensamiento filosófico soplaban claramente desde otra dirección: comenzaba la “reacción antipositivista” introducida en nuestro país por profesores extranjeros tales como Felix Krueger, Wilhelm Keiper (quien fuera rector del Instituto Superior del Profesorado) o el propio Ortega y Gasset. Resulta interesante constatar que, el mismo año en que Ingenieros publicaba sus “Proposiciones”, Alejandro Korn hacía lo propio con su “Incipit Vita Nova”, texto en el cual daba por terminado el ciclo del positivismo en la Argentina, señalando la existencia de una nueva sensibilidad filosófica que apuntaba hacia otro norte. En este texto, Korn señalaba como uno de los límites infranqueables del pensamiento positivista el hecho que, al suprimir la noción de libertad, lo que se eliminaba era “condición sine qua non de toda ética [...] ;ante la imposibilidad de fundar una ética, se acaba por declararla superflua!”. Korn reconocía en nuestro psiquiatra a quien “en primer lugar, luchó por elevar el concepto positivista, más con el vigor de su talento que con el flojo sucedáneo del dogmatismo cientificista, que al fin no pasa de ser un Positivismo con ribetes”. Cabe destacar que ambos pensadores estaban unidos por una amistad personal<sup>4</sup>.

## INGENIEROS MORALISTA

Korn tenía un punto en su crítica. Al igual que otros miembros de su generación, Ingenieros encontró un límite para la formulación de una ética fundada (o compatible) en el cientificismo que había sostenido. La reducción de los actos de voluntad práctica a meros epifenómenos de la biología tenía como consecuencia una negación de la especificidad del hecho moral. Esto forzó a algunos de los intelectuales de la época (en particular a nuestro psiquiatra, pero también a Carlos Octavio Bunge y a su hermano Augusto) a realizar algunas contorsiones intelectuales que les permitiría, sin abandonar del todo los fundamentos del evolucionismo científicista, generar una ética pretendidamente viable. Las limitaciones de este proyecto también quedaron bastante pronto en evidencia<sup>5</sup>.

### *La moral y los dogmas*

Ingenieros intentaba (y en algún punto lo logró) proyectarse como un moralista-pedagogo y, al respecto, pueden delinearse dos líneas discursivas. En primer lugar, conviene mencionar los textos más propiamente “filosóficos”, eruditos, tales como *Hacia una moral sin dogmas: un estudio contextualizado sobre las ideas de Ralph Waldo Emerson* originado en un curso dictado para la cátedra de ética de Rodolfo Rivarola (Ingenieros era suplente) en la Facultad de Filosofía y Letras durante 1917 y publicado ese mismo año. Las obras de Emerson habían constituido una de las lecturas de su juventud: “es el más citado por los místicos anarquistas, y recuerdo que en mi adolescencia fue el primero que leí, inducido por un condiscípulo ácrata”. Sin embargo, fue probablemente durante su viaje a Nueva Inglaterra (discutido en el capítulo siguiente) donde pudo ponerse en contacto directo con el mundo de Emerson.

La otra línea discursiva que desarrolló Ingenieros sobre la moral fue de índole más claramente pedagógica y estaba destinada a otro tipo de público: los

jóvenes. En esta línea iba la porción de sus escritos que probablemente fueran más recordadas en el futuro junto con *El hombre mediocre*: me refiero a sus “sermones laicos” publicados en revistas estudiantiles y populares, en particular en *Caras y Caretas*, entre 1918 y 1923 y luego compilados en un libro póstumo titulado *Las fuerzas morales*.

### ***Hacia una moral sin dogmas. Emerson y la Argentina***

*Hacia una moral sin dogmas* comenzaba con una invocación, que era a la vez una caracterización, a los lectores a los que estaba dirigido:

Sois antidogmáticos y os apruebo: he compartido siempre, como todo hombre que estudia incesantemente, vuestra actitud antidogmática. Todo lo que sabemos, todo lo que anhelamos, puede ser superado por hombres que estudien más y que sientan mejor. Adherir a un dogma, como acostumbran los ignorantes y los holgazanes, implica negar la posibilidad de perfeccionamientos infinitos.

El texto parte de tres preguntas claves, que ya habían preocupado a otros pensadores argentinos, entre ellos a Bunge y a Quesada:

¿Pueden los hombres vivir en tensión hacia una moralidad cada vez menos imperfecta sin más brújula que los ideales naturalmente derivados de la experiencia social? ¿La humanidad podrá renovar indefinidamente sus aspiraciones éticas con independencia de todo imperativo dogmático? ¿La extinción progresiva del temor a las sanciones sobrenaturales eximirá a los hombres del cumplimiento severo de sus deberes sociales?

Con estas preguntas, Ingenieros estaba siguiendo, aunque sea parcialmente, la



estela dejada en el siglo anterior por el filósofo francés Jean-Marie Guyau (hijastro de Fouillée), quien, en su *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction* (1884), libro citado por Ingenieros desde su juventud, proponía que:

Nuestro libro, pues, puede ser considerado como un ensayo para determinar el alcance, la extensión y también los límites de una moral exclusivamente científica. Su valor, por consiguiente, puede subsistir con independencia de las opiniones que se tengan sobre el fondo absoluto y metafísico de la moralidad.

Lo que Ingenieros se preguntaba era cómo podría construirse una moral que no dependiera ni del temor a sanciones sobrenaturales, ni de la existencia de un “imperativo categórico” de tipo kantiano, ni de ninguna concepción a-priori. Estas nociones eran perfectamente compatibles con las sostenidas por la masonería, y las ideas de Ralph Waldo Emerson le podían proporcionar una pista en este sentido.

Como ocurría con sus análisis de las obras de otros pensadores, Ingenieros sostenía que para entender las ideas de Emerson resultaba indispensable comprender el contexto social, cultural y político en el que se habían desarrollado y, por eso, se detenía en la historia del puritanismo y del unitarismo en Nueva Inglaterra, así como en sus antecedentes de la vieja Inglaterra. Las iglesias angloamericanas, y en particular el unitarismo, habían resultado de una importancia crucial en el proyecto de formular una moral no basada en ningún tipo de dogma, puesto que:

[E]llas ofrecen un ambiente de educación moral intensiva a muchos hombres que no creen en dogma alguno religioso y que aislados están expuestos a caer en el diletantismo, en el escepticismo o en el pesimismo moral; por el funesto hábito de asociar su moralidad a su religión abandonada, están expuestos a aflojar los resortes de su conducta privada y cívica, confundiendo la buena tolerancia doctrinal de todas las ideas con la detestable tolerancia práctica de todos los vicios.

Estas iglesias cumplían, en la visión de Ingenieros, un papel semejante al de la masonería: disciplinar en libertad.

Aunque *Hacia una moral sin dogmas* se presentaba como un análisis de la moral a partir de las ideas de Emerson, lo cierto es que nuestro autor tenía en mente a la Argentina. El pensamiento de Emerson podía constituirse en un modelo, pero a la vez en parte de un linaje mayor que incluía a otros pensadores más locales. Ingenieros establecía paralelos entre Emerson y Echeverría, así como entre el Club de los Trascendentales y la Generación del 37. Ambos reconocían influencias de los saint-simonianos y de Fourier. Por otro lado, Ingenieros también incluía largas citas de Viajes de Sarmiento en las que el sanjuanino mostraba su admiración por Emerson con cuyas ideas se había familiarizado a través de su amigo Horace Mann.

### ***Ingenieros y la moral pedagógica: Las fuerzas morales***

La naturaleza de *Las fuerzas morales*, libro publicado póstumamente, es bien distinta de la de *Hacia una moral sin dogmas*. Su destinatario y su propósito estaba delineados desde el comienzo: “Si este libro pudiera estimular a los jóvenes a descubrir los [ideales] propios, quedarían satisfechos los anhelos del autor, que siempre estuvo a la vanguardia de la suya y espera tener la dicha de morir antes de envejecer”. Los “sermones laicos” que lo componían habían sido escritos entre 1918 y 1923, “quinquenio generador de un nuevo espíritu en nuestra América Latina”. Este nuevo espíritu, del que el libro de Ingenieros intentaba dar cuenta, estaba definido por el universo abierto por la postguerra, la Revolución Soviética, la Reforma Universitaria y también, en lo que respecta personalmente a Ingenieros, por el surgimiento de su figura como un promotor del latinoamericanismo antiimperialista. Y es en esto último sobre lo que el libro ponía énfasis. El texto terminaba con un llamado a la unidad latinoamericana contra la amenaza yanqui. Los agentes de esa unidad serían, desde luego, los jóvenes pertenecientes a la “Nueva Generación”:

Una ilustrada minoría de la nueva generación cree que los pueblos de nuestra

América latina están predestinados a confederarse en una misma nacionalidad continental [...] creyendo que si no llegara a cumplirse tal destino sería inevitable su colonización por el poderoso imperialismo que desde hace cien años acecha.

En Las fuerzas morales, Ingenieros abandonaba de manera casi explícita su determinismo. En los “nuevos tiempos” que el propio Ingenieros se empeñaba en propugnar, el determinismo biologicista había quedado completamente anticuado y, sobre todo, inadecuado e incompatible con el juvenilismo que destilaban ahora sus textos. Las fuerzas morales puede ser leído casi como una celebración de la voluntad. Escuchemos (o más bien, leamos) a su autor al respecto: No basta en la vida pensar un ideal: hay que aplicar todo el esfuerzo a su realización. Cada ser humano es cómplice de su propio destino [...]. No debemos maldecir la fatalidad para justificar nuestra pereza”. Y más explícitamente, “toda creación es fruto de la libre iniciativa y llega a su término sostenida por el sentimiento de independencia [...]. La libre iniciativa permite adelantarse a los demás.

Atrás había quedado la centralidad de la lucha por la vida. Ahora lo que se exaltaba era la armonía social, basada en la solidaridad y en hombres “inclinados a simpatizar con los demás”. Si Ingenieros seguía hablando sobre la “lucha por la vida”, esta noción parecía tener un carácter más bien residual en su discurso y no constituía ya el centro de su argumentación.

## REVISTA DE FILOSOFÍA: UN NUEVO EMPRENDIMIENTO EDITORIAL Y CULTURAL

En enero de 1915, coincidiendo casi exactamente con el lanzamiento de la colección “La Cultura Argentina”, vio la luz el primer número de otro emprendimiento editorial que Ingenieros inauguraba luego de su segundo viaje a Europa: Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación, que se publicaría sin interrupción hasta 1929. Al igual que con Archivos, el título mismo de la revista daba cuenta de la amplitud de sus ambiciones intelectuales. Cada número de la revista, que aparecía con una frecuencia bimestral, tenía una extensión de entre 150 y 200 páginas. Su precio de tapa (2\$ m/n el número suelto, 10 \$ m/n la suscripción anual), sin ser extremadamente barata, resultaba accesible y comparable al de algunas publicaciones periódicas de índole más popular. La revista publicaba artículos, documentos y reseñas bibliográficas (la mayoría de estos últimos provenían de la pluma de Ingenieros y luego de Aníbal Ponce). En algunos casos, las reseñas consistían simplemente en reproducciones, sin comentarios, de las publicaciones que se suponía que se reseñaban y que se trataban, en muchas ocasiones, de textos del propio Ingenieros. Las propuestas de la revista aparecían explicitadas en la nota incluida en su contratapa: Revista de Filosofía “estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de las diversas especializaciones científicas”. El objetivo principal era imprimir unidad al “naciente pensamiento argentino”. El proyecto estrictamente filosófico era el propuesto por el director: la construcción de una filosofía de base científica.

El artículo con el que Ingenieros abrió el primer número de la revista, intitulado “Para una filosofía argentina”, era programático. En la reflexión de los grandes problemas que excedían a la experiencia, señalaba Ingenieros, las razas viejas iban pasando la antorcha a las razas más jóvenes. En el momento actual, el lenguaje filosófico pasaba por los Estados Unidos, y sus representantes más destacados eran su admirado Ralph Waldo Emerson y, más recientemente, William James. Sin embargo, continuaba Ingenieros:

Hay también una raza en formación, distinta de ella, en esta América. Su más robusto núcleo cultural es la Argentina. Cuando haya perfilado su personalidad, ¿por qué no dará algún “sentido nuevo” al pensamiento humano? En nuestra raza no han arraigado gérmenes seniles; sus manos están libres para, en la hora oportuna, así la antorcha de la cultura venidera.

Cuando surgiera un verdadero filósofo argentino (e Ingenieros obviamente se candidateaba para este papel), también emergería “algo nuevo y autóctono: la ‘argentinidad’”. En un giro renaniano, señalaba que la ventaja, respecto de las “razas viejas”, era que la Argentina, precisamente por su juventud, no tendría que tomarse “el trabajo de olvidar: lucha agotadora para los que viven del recuerdo”. Recordemos que para Renan, la construcción de las naciones se basaba en la memoria, pero también en el olvido. En un mundo en guerra, donde las “razas viejas” se suicidaban, el futuro se ubicaba de este lado del Atlántico. Sin embargo, como señalaría Gregorio Bermann años después, este objetivo nacionalista no volvió a aparecer (al menos explícitamente) en la revista, así como la idea de crear una filosofía nacional tampoco estaría presente en las “Proposiciones”. A lo largo de la vida de Revista, Ingenieros parecía más interesado en convertirla en portavoz de saberes universales y de causas particulares –aunque de proyección transnacional–, como la Revolución Soviética, la Reforma Universitaria o, más adelante, el latinoamericanismo antiimperialista.

*Revista de Filosofía enfatizaba (y en esto sí se diferenciaba claramente de la experiencia previa de Archivos) que era el producto de una “iniciativa desinteresada, emprendida sin el concurso de ninguna institución o sociedad, no cuenta el editor con subvenciones del Estado ni con la publicación de anuncios comerciales”. Recordemos que Archivos se había convertido en el órgano oficial del Instituto de Criminología, que dirigía el propio Ingenieros. Si en los tiempos de Archivos, su director buscaba construirse para sí un lugar en la creciente burocracia estatal como portador de saberes de Estado, en 1915 se posicionaba como un intelectual público, una suerte de francotirador independiente del Estado y de cualquier interés externo a su proyecto cultural. La publicación de Revista de Filosofía constituyó una de las facetas más visibles de este penúltimo recicle de la figura de Ingenieros.*

Aunque en un primer momento la publicación aparecía como portavoz del

biologicismo que había sostenido Ingenieros, muy rápidamente fue abriendo sus páginas (a veces de manera crítica, otras no) a otras corrientes de pensamiento. A pesar de que la visita de Ortega y Gasset a la Argentina apenas fue mencionada (y no se reprodujeron sus conferencias), la revista publicaba, por otro lado, reseñas muy elogiosas a obras de Eugenio D'Ors, con quien Ingenieros mantuvo correspondencia y una relación cordial, al menos hasta cierto momento. Volveré sobre esto más adelante. Revista de Filosofía también publicó artículos de Alejandro Korn, quien se encontraba, desde el punto de vista del pensamiento filosófico, en las antípodas de Ingenieros. En 1922, Ingenieros le hacía saber al venezolano Alberto Zérega Fombona que publicaría gustoso textos suyos a pesar de las enormes diferencias filosóficas y políticas que los separaban (Zerena Fombona era partidario del neoespiritualismo francés y, políticamente, cercano a Charles Maurras) ya que, en Revista de Filosofía,

[E]scriben idealistas, positivistas, espiritualistas, escépticos y teósofos, pero principalmente educacionistas; con esto deseo recordarle que la revista no es particularmente adicta a ninguna de esas viejas escuelas y sólo aspira a despertar el gusto por actividades mentales que no se limiten al campo de la ciencia estricta, ni al de la simple imaginación literaria.

Tal como había ocurrido con Archivos, Revista de Filosofía fue adquiriendo prestigio, sobre todo a nivel local, y son innumerables las cartas de distinguidos intelectuales (entre ellos Víctor Mercante, Ernesto Quesada y otros) enviando o prometiendo (aunque no siempre cumplían) artículos para su publicación.

En Revista de Filosofía, Ingenieros se reservaba un lugar central como lo había hecho en Archivos. Salvo contadísimas excepciones, todos los números se cerraban con un artículo del director que, por lo general, era el más extenso. En algunas oportunidades, Ingenieros publicaba más de un artículo por número debido, seguramente, a la escasez de otro tipo de material, y al hecho de que esta revista, así como lo había sido Archivos, también estaba concebida como una vidriera de exposición para sus ideas y personalidad. Algunos futuros capítulos de Evolución de las ideas argentinas, así como buena parte de lo que luego sería su Tratado del amor, sus artículos sobre la Unión Soviética que se publicarían en Los tiempos nuevos y algunos de los sermones laicos que luego formarían parte

de Las fuerzas morales, aparecieron primero como artículos en Revista de Filosofía, lo que no impedía que, de manera más o menos simultánea, algunos de ellos fueran publicados también en otras revistas que iban de Nosotros a Caras y Caretas o La novela semanal. La revista Inicial señalaba al respecto con ironía:

Deseamos saber por qué el doctor Ingenieros reedita en estos números las conocidas versiones de sus clases de la Facultad de Letras, ya publicadas más apropiadamente en las publicaciones semanales. “El que gana su comida, bueno es que en silencio coma”, aconsejaba el viejo Vizcacha”<sup>6</sup>.

Pero la centralidad que Ingenieros se reservaba en Revista de Filosofía también se ponía de manifiesto en la publicación de artículos y notas laudatorias dirigidas directamente a su persona, a veces de manera directa y explícita y otras de forma, así como en la estrategia que ya había puesto en práctica en su emprendimiento editorial anterior: quedarse con la última palabra en debates y polémicas que él mismo iniciaba, algunas veces sin conocimiento del contendiente. Cuando en 1925, Ingenieros fue invitado a participar en el homenaje que se le rendiría a Charcot en París por el centenario de su nacimiento, la revista convirtió el homenaje al francés en uno a su director:

Razones por demás evidentes nos impiden comentar, con la expansión que quisiéramos, este homenaje rendido a la más vigorosa personalidad de la Argentina de hoy. [...] Ingenieros comenzó por las severas disciplinas de la neurología, la serie ruidosa de sus triunfos. Admirable analista de las amusias, nadie podía llevar de mejor modo esta embajada que nos honra a todos.

Hasta 1918, la presencia en las páginas de Revista de Filosofía de artículos sobre temas vinculados al presente inmediato era más bien escasa (aunque de ninguna manera puede decirse que la coyuntura hubiera estado ausente). Sin embargo, la situación cambió a partir de la Reforma Universitaria y de la Revolución Soviética. El número de enero de 1919 introducía una nueva sección titulada “Problemas de la hora presente”. En ella se publicó un artículo de Moisés Kantor

(uno de los fundadores del Partido Comunista Argentino y profesor de la Universidad de La Plata) y una nota del obispo de Córdoba titulada “La revolución social que nos amenaza”, precedido de una nota editorial en la que se señalaba:

En este párrafo y en otros, el Ilustrísimo Señor Obispo hace referencia a la manifestación realizada en Córdoba por más de veinte mil personas, el día 3 de Noviembre, para protestar contra la tentativa de homicidio perpetrada por algunos jóvenes católicos sobre la persona del señor Enrique F. Barros, presidente de la Federación de Estudiantes que promovió la reforma universitaria. Para conservar su carácter documental a la pieza del Ilustrísimo Señor Obispo, nos abstenemos de alterar sus formas gramaticales, reproduciendo el texto publicado en el diario Los Principios, Noviembre 24 de 1918.

Recordemos que Ingenieros había sugerido a su padre que la carta del Obispo estaba vinculada de alguna manera con su persona, cosa que, desde luego, no era así. En esta nueva sección se publicaron textos sobre la Semana Trágica, en los que se culpaba de los hechos acaecidos a la represión policial y al mal manejo de la situación por parte del gobierno, y otros sobre la reacción antisemita, de autoría de Bianchi, Giusti, Lugones e Ingenieros, tomados casi todos ellos de la revista Nosotros. Resultaría imposible realizar un análisis exhaustivo de los contenidos de Revista de Filosofía en el contexto de este libro. Sin embargo, en lo que sigue, centraré mi atención en algunos de los problemas abordados por la misma, que considero relevantes y que reflejan el pensamiento de su director.

## **Revista de Filosofía y universidad**

La universidad fue uno de los temas tratados de manera recurrente por Revista de Filosofía, aun antes del movimiento de la Reforma. La mayoría de los artículos sobre esta cuestión hacían referencia a la necesidad de que la universidad asumiera una función social. En un artículo publicado en el número



de noviembre de 1915, por ejemplo, el Dr. Gregorio Aráoz Alfaro sostenía que resultaba imperioso que la “noción de interés social” gobernara la dirección que habría de imprimirse al estudio de todas las disciplinas: es decir, resultaba necesario poner a los alumnos en contacto con las necesidades y aspiraciones sociales. Aráoz Alfaro también señalaba la necesidad de fomentar la armonía y la solidaridad social entre los universitarios y los sectores populares. Sin embargo, el médico dejaba claro (y en esto casi todos los articulistas, incluyendo el propio Ingenieros, estarían de acuerdo) que el objetivo principal de las universidades consistía en formar una elite dirigente.

Pocos números después, Ingenieros publicaba una extensa y positiva reseña del libro *La universidad social* de Rodolfo Rivarola, en el que el autor exponía su ideal de universidad, estrechamente vinculada a las necesidades sociales: la universidad era concebida como una “función social del Estado” y debía promover una “ciencia para la vida” y, especialmente, para la “vida social”. Ingenieros (el reseñador) coincidía con estos puntos de Rivarola. La caracterización de la universidad como un órgano del Estado que, por lo tanto, debía ser sensible a las necesidades sociales parecía haberse convertido en un marco compartido dentro (y fuera) de la revista o, más bien –como sostendría el jurista cordobés Raúl Orgaz en 1922–, en un “lugar común”, según el cual la ciencia debía estar al servicio del bienestar general.

Pero fue la Reforma Universitaria la que atrajo la atención de *Revista de Filosofía*, que pronto se convirtió en un órgano de difusión de documentos y proclamas emanados de este movimiento. La primera noticia sobre la Reforma apareció en el número de mayo de 1918. En la sección de análisis de libros y revistas se reproducía el telegrama enviado el 4 de abril de 1918 por el Comité pro-Reforma Universitaria de Córdoba al ministro de Instrucción Pública. A partir de ese momento, casi todos los números de la revista contendrían referencias al movimiento estudiantil, por lo general reproduciendo (muchas veces sin comentarios) discursos o documentos. En el número de noviembre de 1918, por ejemplo, se incluían los textos de todas las reformas del Estatuto Universitario, comenzando por la Ley de 1885. También se reproducían discursos de dirigentes estudiantiles y artículos de líderes del movimiento, incluyendo uno de más de setenta páginas de extensión escrito por Julio V. González.

## Revista de Filosofía y la Gran Guerra

En la sección de “análisis de libros y revistas” del número de mayo de 1917, se reproducía parte de un artículo de Leopoldo Lugones titulado “Neutralidad imposible”, que había sido publicado previamente en La Nación. El texto estaba precedido de un comentario elogioso de Ingenieros. Lugones había escrito, señalaba el director de Revista de Filosofía, “una página en bronce, perenne y sonora: tiene los caracteres de una pieza histórica”. Al igual que Lugones, Ingenieros se declaraba enemigo de los despotismos y los dogmatismos, y amante de la justicia y la democracia, tal como estaban representadas por las revoluciones francesa y norteamericana, por los gobiernos de Francia de las últimas décadas, y también por la revolución social rusa y las declaraciones del presidente Wilson. Aun después de haber completado su giro a la derecha, Lugones seguiría proclamándose admirador de los Estados Unidos. Lugones e Ingenieros, en ese momento particular, coincidían en que la posibilidad de desinteresarse de la contienda invocando sentimientos pacifistas y humanitarios se había tornado imposible frente al espectáculo de barbarie desencadenado.

Sin embargo, Ingenieros (que ya había escrito y cambiado de opinión sobre la guerra, como vimos) se sintió obligado, en tanto director de la revista, a incluir una justificación tanto por la reproducción del texto de Lugones como por su nota precedente:

Aunque ajena por su misma índole a los sucesos de la actualidad, cuyo valor se aminora contemplando el ritmo secular de la civilización humana, la Revista de Filosofía –espectadora serena frente a las pasiones callejeras encendidas por los periodistas y aprovechadas por los políticos– cree, sin embargo, encontrarse ante un caso de excepción necesaria y consigna en sus páginas los fragmentos esenciales del admirable artículo de Lugones, reflejo inequívoco de la conciencia argentina en este momento de su historia.

Pocos meses después, en enero de 1918, se publicó otro documento sobre la guerra o, más bien, sobre la posición de algunos intelectuales argentinos

progresistas acerca de la misma. En esta oportunidad se trató de un texto redactado por el “Comité Nacional de la Juventud” entre cuyos firmantes había quienes ya hacía rato que peinaban canas, tales como Osvaldo Magnasco, Joaquín V. González y otros un poco más jóvenes, como Alfredo Palacios y el propio Lugones. Se trataba de una propuesta formulada a efectos de presionar al gobierno para que rompiera relaciones diplomáticas con Alemania no solamente por los agravios infligidos a los intereses argentinos (el hundimiento de un buque argentino por parte de un U-Boot alemán), “sino principalmente en razón de las seguridades que corresponden a la nación y de la conducta y propósitos del gobierno imperial en la guerra, violatorios de los principios esenciales de la civilización”. En esta oportunidad, nuevamente, la dirección de Revista de Filosofía se vio en la necesidad de justificar la inclusión del documento entre sus páginas:

Por las mismas razones de filosofía política expresadas hace varios meses – adhiriendo al artículo de Leopoldo Lugones “Neutralidad imposible”, reproducido en la REVISTA DE FILOSOFÍA. Nos apartamos, por segunda vez, del programa apolítico e inactual propio de esta REVISTA, reproduciendo el despacho aprobado y el informe en que se exponen sus legítimos fundamentos.

Lo curioso es que estas no eran las primeras intervenciones aparecidas en Revista sobre la guerra. Ya en el segundo número, de marzo de 1915, se había publicado un artículo del periodista de origen italiano Emilio Zuccarini sobre el tema. El argumento de Zuccarini era que la agresividad del imperio alemán derivaba del idealismo filosófico, sobre todo en su versión hegeliana: “La cultura alemana”, señalaba Zuccarini, “al sobrepasar el campo de la experimentación o al abandonar el terreno de las ciencias puras, se ha vuelto idealista”. Si Hegel había sido el mesías de las corrientes idealistas alemanas del siglo XIX, ahora ese papel recaía en Guillermo II. Frente al idealismo hegeliano, el periodista oponía el positivismo comteano.

Más revelador aún resultaba otro texto incluido en el mismo número de la revista en el que Ingenieros, siguiendo los argumentos que había presentado en “El suicidio de los bárbaros”, llamaba a los “hombres de ideales modernos” a “desinteresarse de este conflicto en que no pugnan la Cultura y el Trabajo contra

las fuerzas reaccionarias, sino un militarismo contra otro, una hegemonía contra otra, un viejo régimen contra otro viejo régimen”. Resulta difícil mantener que Revista de Filosofía se mantuviera al margen de la gran contienda hasta el final de la misma, cuando en el mismo número de 1915 aparecieron dos textos referidos a ella. Y estas notas no fueron las últimas publicadas en Revista hasta la reproducción del artículo de Lugones. En efecto, en el número siguiente al mencionado, se publicaba una reseña firmada por Pedro Escasán del folleto de Ernesto Quesada titulado “El ‘peligro alemán’ en Sud América”, donde este autor, conocido por sus simpatías progermanas, intentaba probar que, en realidad, la percepción de que existía tal peligro era producto de la propaganda aliada, y que el verdadero peligro para la Argentina estaba representado por Inglaterra y no por el Reich alemán.

Las páginas de Revista de Filosofía resultaban bastante inclusivas para miradas pro-aliadas y también progermánicas. En su artículo titulado “La bio-filosofía de la guerra y William Mackenzie”, el antropólogo José Imbelloni sostenía en 1916 que la guerra era un fenómeno natural. Pero Imbelloni iba más allá: “La proposición, que hoy mucho se ha repetido, ‘que la guerra nos ha sumergido en la barbarie’ no es otra cosa que un vano y superficial ‘lugar común’”. Precisamente el argumento de que la guerra había sumido a la humanidad en la barbarie había estado en el centro del argumento de “El suicidio de los bárbaros” de Ingenieros.



## Foto 16: José Ingenieros en 1916

Resulta evidente que la guerra, aunque no recibió una atención privilegiada por parte de Revista de Filosofía, tampoco estuvo ausente de sus páginas, que se mostraban hospitalarias hacia textos que respondían a las más variadas tendencias. ¿Por qué motivo, entonces, el director se vio en la necesidad de hacer las salvedades que vimos cuando introdujo el texto de Lugones y el documento de los “jóvenes”? Una respuesta posible estaría dada por el hecho de que la publicación de la nota de Lugones efectivamente representó un quiebre, pero no tanto en la política editorial de la revista, sino en las opiniones de su director respecto del conflicto internacional. Si en 1914 había sostenido que los hombres de ideales debían mantenerse al margen de la contienda, luego del ingreso de los Estados Unidos en la misma (y, supongo, que de su viaje a ese país al que me referiré en el capítulo siguiente), su posición se transformó rápidamente (aunque este cambio de punto de vista tampoco sería definitivo). En realidad, lo que Ingenieros se veía forzado a justificar en las páginas de la revista tenía más que ver con la evolución de sus propias posiciones que con el abandono de una supuesta indiferencia de la publicación respecto de la guerra.

### **Revista de Filosofía y la Revolución Soviética**

*Revista de Filosofía se convirtió en un entusiasta órgano de difusión de los desarrollos de la Revolución Soviética y, en este sentido, se insertó dentro de una red que incluía revistas tales como Cuasimodo (1919-1921), Insurrexit (1920-1921), Revista de Oriente (1925-1926) y otras que articulaban zonas del campo intelectual argentino que, con diferentes matices, apoyaron la experiencia rusa. Las simpatías por el maximalismo ruso (que cada colaborador de la revista definía de maneras no necesariamente iguales entre sí) continuaron de manera homogénea a partir de 1918. Quien iba a asumir pronto el papel de portavoz de la revolución en la revista de Ingenieros fue Arturo Orzábal Quintana, un joven recién graduado en derecho internacional en la Sorbona, perteneciente a la generación de discípulos que se conformó alrededor de*

*Ingenieros a partir de la Reforma Universitaria. En 1920, Orzábal le escribía a Ingenieros que, a partir de una conversación que habían tenido unos días antes, se había convertido en “un discípulo ferviente, hasta tal punto y en forma tan intensa que en la actualidad estoy meditando acerca del medio práctico de consagrar todas mis energías a la gran causa revolucionaria”. Terminaba saludando a Ingenieros como “el primero y más autorizado guía intelectual de la revolución en nuestra patria”<sup>7</sup>. Orzábal Quintana sería, además, muy activo en el boletín Renovación de la Unión Latinoamericana (a los que me referiré en el capítulo siguiente) y uno de los jóvenes dirigentes del latinoamericanismo antiimperialista en nuestro país. Aunque nunca se afilió formalmente al comunismo, en 1925 creó y presidió hasta el año siguiente la Asociación de Amigos de la URSS y, en Revista de Filosofía, escribió numerosos artículos sobre distintos aspectos de la Revolución Soviética.*

Basado en fuentes de segunda mano, en este caso en el libro *The Crisis in Russia* de Arthur Ransome, el joven abogado sostenía, en un artículo titulado “La situación actual de Rusia”, que la crisis económica que vivía la Unión Soviética era parte de una crisis más general que afectaba a Europa y de ninguna manera podía atribuirse a las políticas del régimen bolchevique. En otro artículo publicado poco después mantenía que “no hay exageración alguna en afirmar que, actualmente, no existe un solo gobierno cuya situación política esté más firmemente arraigada en el decidido consentimiento del pueblo que el gobierno soviético de Rusia”. Julio V. González, por su parte, puntualizaba, luego de citar Las consecuencias económicas de la paz de Lord Keynes, que la Revolución Soviética tenía “un sentido universal y místico y no termina con la realización de los postulados marxistas porque ahorna y se arraiga en la propia naturaleza humana; he aquí la más alta y quizá la verdadera significación de la revolución rusa”. Revista de Filosofía publicó, además, diversas notas sobre distintos aspectos de las políticas llevadas a cabo en la Rusia soviética, prestando particular atención a las reformas educativas introducidas por el comisario de Instrucción soviético Anatoli Lunacharsky.

Si en 1918 Revista de Filosofía compartía su admiración por la experiencia soviética con medios e intelectuales de las más diversas orientaciones ideológicas, para 1924 la situación era muy otra y su adhesión al régimen soviético la posicionaba claramente dentro del espectro ideológico. Lo que en un principio había sido concebido como una empresa propiamente cultural y pluralista fue transformándose, sobre todo a partir de la incorporación de los jóvenes colaboradores, en una publicación con una clara identidad política que

seguía las orientaciones de su director.

## **Revista de Filosofía y el latinoamericanismo**

Un tema que apareció en la revista, aunque más tardíamente, fue el antiimperialismo latinoamericanista. Como le dedicaré un capítulo entero a esta cuestión no voy a profundizarlo aquí. La primera mención al tema coincidió con lo que se ha considerado el momento en que Ingenieros se convirtió en portavoz del latinoamericanismo: se trató de la reproducción del discurso que este pronunció con motivo de la visita de José Vasconcelos a nuestro país. Hasta entonces la problemática latinoamericana había estado completamente ausente de las páginas de Revista de Filosofía.

A partir de ese momento, Revista de Filosofía siguió publicando regularmente notas, artículos y documentos sobre la “cuestión latinoamericana” y, en particular, sobre México. Según Pablo Yankelevich, el gobierno mexicano, ansioso por legitimar su propia revolución a nivel internacional, surtía a Revista de Filosofía con información y textos que eran publicados inmediatamente. Un ejemplo de esto podría ser la nota de Carlos Trejo Lerdo de Tejada –ministro mexicano en la Argentina y amigo de Ingenieros– sobre la “Evolución educacional en México”, entre muchos otros. Luego de 1920, Orzábal Quintana también estaría a cargo de publicar numerosos artículos sobre el latinoamericanismo.

## **Revista de Filosofía y la filosofía**

*Revista de Filosofía estuvo abierta a miradas sobre la filosofía que resultaban bien diferentes de las que sostenía Ingenieros. Ya en 1917, se incluyó un artículo de Alejandro Korn titulado “Corrientes de la filosofía contemporánea”. En una sección de la nota que parecía estar destinada al propio Ingenieros, Korn puntualizaba: “Es la sublevación de los esclavos de la exactitud que descubren*



*el peso de sus cadenas, la estrechez de sus encierros y, rebeldes, intentan formarse una concepción amplia sobre la totalidad de lo existente”. Este no fue el único artículo de Korn publicado en Revista de Filosofía. En mayo de 1925 publicó una nota titulada “Croce” en la que elogiaba la obra del filósofo e historiador italiano. Korn esperaba que la obra de Croce “contribuya en nuestro país a animar y profundizar la enseñanza de las disciplinas filosóficas”. Ya veremos lo que Ingenieros pensaba de Benedetto Croce y de Giovanni Gentile.*

Las corrientes intelectuales opuestas (o alternativas) al cientificismo no estaban solo representadas por Korn en Revista de Filosofía. El catalán Eugenio D’Ors también fue objeto de reseñas, algunas más positivas que otras, pero todas respetuosas. En 1921 se publicaba el elogioso discurso de bienvenida a D’Ors que visitaba el país, pronunciado por Deodoro Roca. También se reprodujeron textos del catalán publicados previamente en diarios locales y, en el número de enero de 1922, la conferencia titulada “Belleza y verdad” pronunciada en la Universidad de Córdoba. Allí, D’Ors sostenía que la filosofía debía estar asociada al saber científico pero que, al mismo tiempo, era superior a este. Este aspecto del pensamiento de D’Ors era rescatado por Saúl Taborda en su discurso de despedida pronunciado el 2 de noviembre de 1921, y publicado en Revista de Filosofía. D’Ors se había constituido en uno de los referentes intelectuales más importantes para algunos grupos reformistas. Recordemos que entre 1917 y 1921 funcionó en la Argentina un “Colegio Novecentista” que pretendía ser una suerte de réplica local del “Seminario de Filosofía” que por entonces dirigía D’Ors en Barcelona.

Si el catalán encontraba mayor hospitalidad en las páginas de Revista de Filosofía que Ortega y Gasset, esto no se debía a afinidades de tipo filosóficas, sino más bien a sintonías de tipo políticas. En paralelo a su proyecto nacionalista catalán, D’Ors también apoyaba a la Revolución Rusa desde una posición cercana a la de Ingenieros, al tiempo que proponía un discurso de fuertes tintes juvenilistas. Estas eran las afinidades que sustentaban sus vínculos personales con Ingenieros, quien luego se vería desilusionado por las derivas políticas del catalán. De hecho, usando su seudónimo (o más bien el heterónimo) de Julio Barreda Lynch, que lo impersonaba como un joven estudiante de ideas filosóficas idealistas, es decir, opuestas a las que él mismo sostenía, Ingenieros se sinceraba en 1923 al enterarse de que D’Ors había ingresado en las filas del cacique político español Juan de la Cierva y Peñafiel. Se había auspiciado la venida del catalán a Córdoba (Ingenieros de hecho, no la había impulsado, pero

sí facilitado) “no porque fuera más o menos filósofo, sino porque le creíamos sinceramente izquierdista y revolucionario”. Por otro lado, y casi al mismo tiempo, Gregorio Bermann (uno de los discípulos más fieles de Ingenieros por entonces) publicaba en *Nosotros* una feroz crítica a la filosofía del pensador catalán.

Conviene aquí hacer un pequeño paréntesis para señalar que la relación epistolar entre el director de *Revista de Filosofía* y D’Ors había comenzado en 1920, cuando este último ya había recibido y aceptado la invitación de la Universidad de Córdoba para visitar la Argentina e intentaba establecer vínculos con intelectuales locales, más allá del círculo de “novecentistas”. Ambos intelectuales habían estado intercambiando publicaciones desde tiempo atrás. D’Ors en particular se decía lector de *Revista de Filosofía*. Comenzaba su carta diciendo:

Por carta de José Gabriel [López Buisán, un firme seguidor de D’Ors en la Argentina] me he enterado más especialmente de las simpatías que usted ha tenido la generosidad de manifestar entorno de algunos incidentes de vida política de Barcelona [se refería, seguramente, a su “defenestración”], que me conciernen. Ya, por otra parte, había visto en la *Revista* la reproducción del artículo de Maetzú, la de algunos comentarios al viaje de Bertrand Russell y, más que nada, la producción original de usted, que bien indicaba de qué lado de la barricada se había colocado en las luchas de nuestros días<sup>8</sup>.

Aunque D’Ors e Ingenieros habían convenido verse en Buenos Aires, este encuentro no se materializó. Sin embargo, la correspondencia siguió y la carta que Ingenieros le envió el 25 de agosto de 1921<sup>9</sup> en respuesta a una anterior del catalán revela matices y grietas que ya comenzaban a vislumbrarse en la relación entre ambos (en su carta, D’Ors había expresado la necesidad de despejar un “disenso teórico”). Luego de manifestar su placer por la presencia de D’Ors en Argentina y de señalar que ya había solicitado el discurso de bienvenida pronunciado por Roca y tres notas bibliográficas para ser publicadas en *Revista de Filosofía*, Ingenieros se disculpaba por no haber podido encontrarse con su corresponsal como habían planeado. Una oportunidad en que podrían haberse visto hubiera sido el banquete que se le había obsequiado a D’Ors en la editorial

de la revista *Nosotros*, que *Ingenieros* frecuentaba. Pero si no había asistido al homenaje, señalaba *Ingenieros* amargamente, fue porque los organizadores ni siquiera le habían insinuado una invitación<sup>10</sup>. Aunque los novecentistas y reformistas antipositivistas compartían espacios de sociabilidad y publicaciones con *Ingenieros* (entre otros, la propia revista *Nosotros*), quedaba claro que las aguas estaban divididas. *Ingenieros* señalaba, además, que su presencia en el banquete hubiera podido perjudicar al homenajeado, ya que se estaba viviendo un momento de “reacción liguista, radical y católica” que ponía presión en la vida universitaria. Pero lo cierto es que no lo habían invitado.

*Ingenieros* se mostraba sorprendido de que D’Ors pensara (como lo había manifestado en su carta anterior) que alguna diferencia ideológica (D’Ors había mencionado “disensos teóricos”, *Ingenieros* hablaba de “diferencias ideológicas”) podía separarlos, ya que se declaraba absolutamente de acuerdo con las orientaciones filosóficas y culturales de su corresponsal. Sin embargo, se ofrecía guiar a D’Ors para evitar que este se vinculara con gente que se ubicaba en el polo ideológico opuesto. “Lo probable es que en Buenos Aires –al revés que en Córdoba– se hayan comedido a admirarle personas que en España serían enemigos militantes de Ud. y de sus ideas [...]. Se trata de pequeñeces que han invertido en Buenos Aires y La Plata el sentido inicial de la reforma estudiantil de Córdoba. Invertido, exactamente”. Con sus intentos de articular ciencia y ética, D’Ors resultaba un pensador atractivo para los jóvenes reformistas en busca de ideas inspiradoras. Los Cuadernos del Colegio Novecentistas se presentaban como la contracara de *Revista de Filosofía*. Fue en esa revista donde Korn reprodujo su “*Incipit Vita Nova*”, originariamente publicado en la revista *Atenea*. En sus páginas, algunos textos de *Ingenieros* recibirían feroces críticas. Sin embargo, como en otros casos, *Ingenieros* y los jóvenes novecentistas compartían diversos espacios de sociabilidad.

### ***Benedetto Croce y Giovanni Gentile en Revista de Filosofía***

En el universo filosófico de *Ingenieros* había dos enemigos declarados: el neokantismo y el idealismo, ya sea en su vertiente bergsoniana o en la encarnada por los filósofos italianos Benedetto Croce y Giovanni Gentile (este último sería ministro de educación de Mussolini y reconocido como el “más fascista de los

ministros”). En algunos casos, los ataques de Ingenieros eran directos (cuando se refería a los kantianos o a los seguidores de Bergson). En otros, nuestro psiquiatra apelaba a su heterónimo Julio Barreda Lynch. Barreda Lynch era el “opuesto” de Ingenieros en varias dimensiones. En primer lugar, el doble apellido remitía a una prosapia social de la cual el director de Revista de Filosofía era perfectamente consciente de que carecía. Barreda Lynch era un “joven estudiante” o “recién graduado”. Pero, además, Barreda Lynch, al contrario que Ingenieros, era un firme adherente al idealismo filosófico. O casi... porque en realidad, la estrategia puesta de manifiesto por Ingenieros era mostrar la profunda desilusión de Barreda Lynch no con el idealismo en sí, sino con los filósofos idealistas a los que acusaba, precisamente, de haber traicionado la causa. El problema de los idealistas era su debilidad moral.

En el número correspondiente a marzo de 1923 de Revista de Filosofía, Barreda Lynch publicaba un artículo titulado “Croce y Gentile, fariseos del idealismo”. En él, el autor se declaraba idealista convencido y, a la vez, desilusionado por las derivas políticas de sus “exmaestros” Croce y Gentile. La crítica fundamental que les hacía a los filósofos italianos era su acercamiento al catolicismo. Pero había más: en realidad, Croce no era un verdadero idealista, sino más bien un criptopositivista: “La casi totalidad de sus ideas podrían haber sido enunciadas por un positivista de igual talento que el suyo, sin más diferencia que amparar bajo el positivismo lo que Croce pone bajo los auspicios del idealismo, que así viene a resultar más verbal que esencial”. Croce, sostenía Barreda Lynch, había perdido su filo filosófico al entregarse al poder: senador del reino “por designación agena (sic) al sufragio popular, ¿Tanta importancia no había limado las garras del ya no tan joven polemista?”. Los católicos lo habían utilizado y luego, cuando no lo necesitaron más, se deshicieron de él. Tanto Croce, cuando ocupó brevemente la cartera de educación durante el último gobierno de Giovanni Giolitti, como Gentile, durante el primer gobierno fascista, introdujeron la educación religiosa: Gentile, en particular, quería convertir a la religión en la base de la educación pública italiana. Al hacer esto, abdicaba “sin reservas de su idealismo filosófico” y se ponía “prácticamente al servicio de la política educacional de la Santa Sede”.

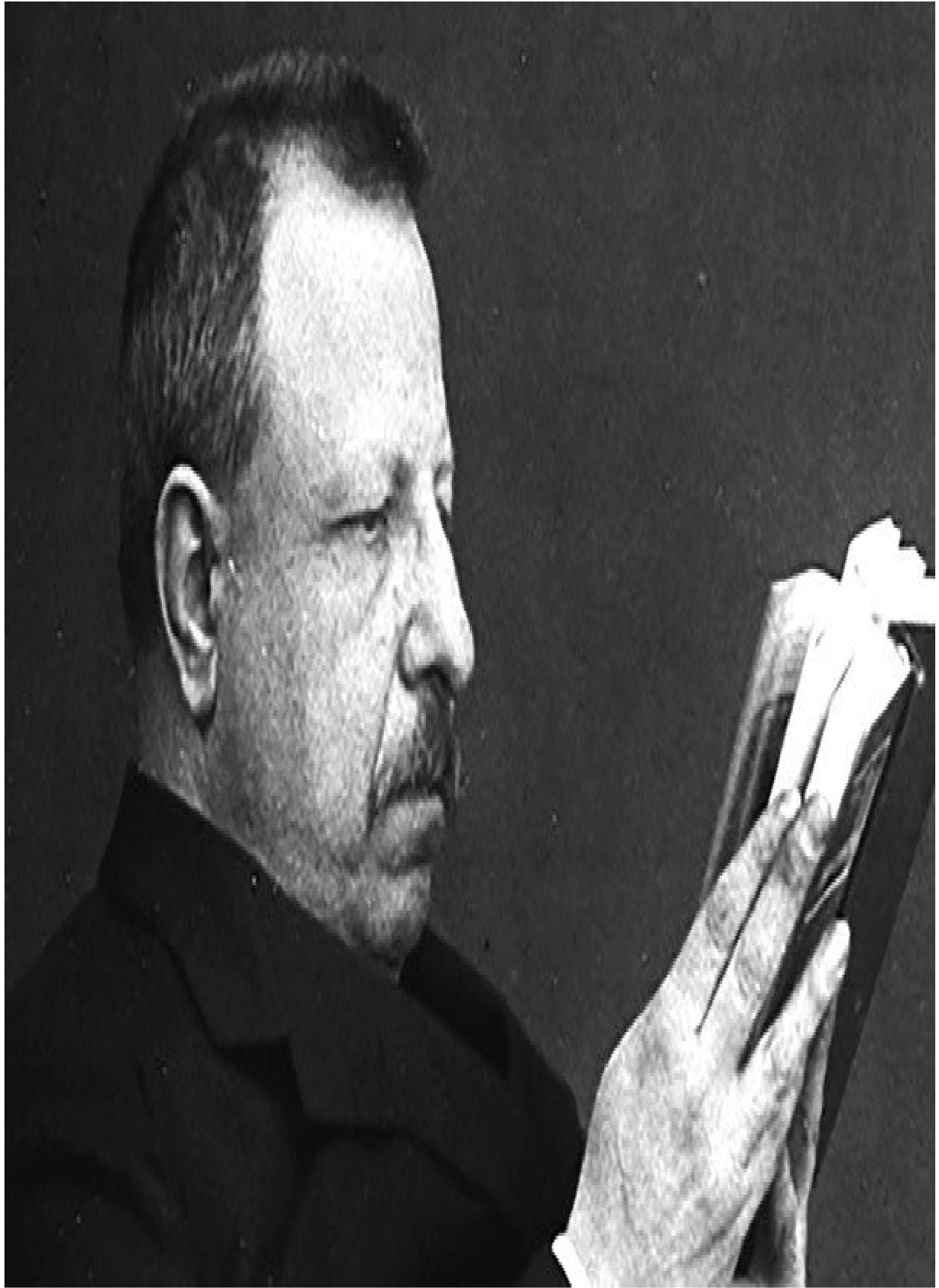
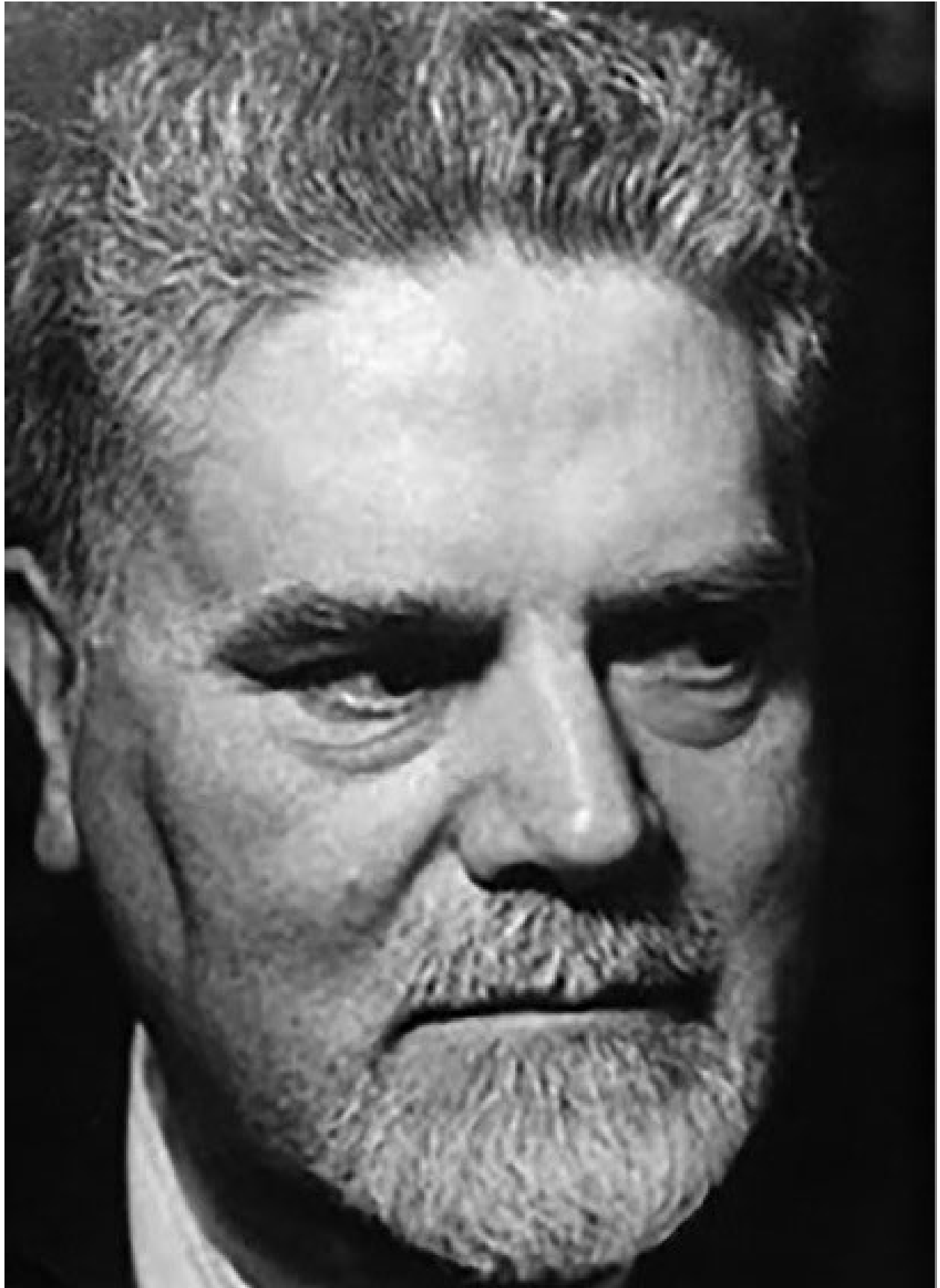


Foto 17: Benedetto Croce (1866-1952)

En el número siguiente de la revista se publicaba una secuela de la nota de Barreda Lynch. Emilio Zuccarini, amigo de Ingenieros, publicaba un comentario sobre el artículo de Barreda Lynch titulado “Algo más sobre Croce y Gentile”. En él, Zuccarini realizaba una curiosa operación. Señalaba que la nota de Barreda Lynch no constituía en realidad una crítica al idealismo:

Me parece, más que otra cosa, el desahogo de un discípulo del idealismo que ha sufrido inesperadamente un desengaño [...]. En la conclusión está contenido el equívoco que constituye el espinazo de la crítica de Barreda Lynch; consiste el equívoco en no atacar de frente la filosofía idealista de Croce y Gentile, sino en juzgarla a través de la crítica neo-escolástica del padre Chiocchetti.



## Foto 18: Giovanni Gentile (1875-1944)

Por lo tanto, Zuccarini criticaba a Barreda Lynch por no ir al fondo de la cuestión, es decir, por no atacar al idealismo en general. Recordemos que Zuccarini había publicado un artículo en la misma revista asociando el idealismo hegeliano a la agresión militarista alemana. Zuccarini concluía que el idealismo del “espíritu puro” y de la “inmanencia” continuaba siendo “la firme fe de Barreda Lynch”. La nota de Zuccarini era, por lo tanto, a la vez una crítica al idealismo de Croce y de Gentile, y a Barreda Lynch por no haber sido consistente en su crítica.

Resulta improbable que Zuccarini, colaborador de Revista de Filosofía y amigo personal de Ingenieros, no estuviera al tanto de la verdadera identidad de Barreda Lynch. La nota del periodista italiano, por lo tanto, debe ser leída como una doble crítica al idealismo de Croce y Gentile escrita en complicidad con Ingenieros-Barreda Lynch: por un lado, señalaba que había sido precisamente la ideología idealista la que llevó a los filósofos italianos a lo que los llevó (como el hegelianismo había llevado al Kaiser a donde lo había llevado); pero, por otro lado, “criticaba” a Barreda Lynch por no haber percibido la dimensión real (y los peligros) del idealismo. Ambos, Ingenieros y Zuccarini, utilizaban a Barreda Lynch en su crítica feroz contra el idealismo no ya considerada en cuanto corriente del pensamiento filosófico (o, al menos, no solamente), sino por su dimensión más propiamente política.

Cabría preguntarse a quién o a quiénes estaban dirigidas estas notas. Aunque Ingenieros seguía siendo un personaje admirado por la juventud reformista, que ya para ese entonces mostraba importantes grietas internas, lo cierto es que sus ideas, sobre todo su adhesión al cientificismo, eran percibidas por la mayoría de los jóvenes, fuertemente influenciados por las corrientes neokantianas, neoespiritualistas e idealistas, como un anacronismo. En este contexto, para mantener su vigencia, Ingenieros probablemente no se veía ahora en condiciones de atacar frontalmente estas formas de pensamiento como sí lo había hecho durante la década anterior. Por otro lado, su nuevo “idealismo”, aunque de “base empírica” como no se cansaba de repetir, y su “metafísica de la experiencia”, miradas a cierta distancia, podían confundirse con el idealismo que combatía y con la “antigua metafísica” que despreciaba pero que era la sostenida por otros



“maestros”. Atacar al idealismo en sus bases filosóficas constituía una operación arriesgada para alguien que quería catapultarse como “maestro de la juventud” y que era visto como tal por lo que sus textos tenían, precisamente (como es el caso de *El hombre mediocre*, o sus “sermones laicos”), de “idealista”. Barreda Lynch, por otra parte, le permitía una vía paralela de crítica al idealismo porque, como señalaba Zuccarini, esta no estaba dirigida a las bases filosóficas del mismo, sino a sus consecuencias políticas. El idealismo, aun encarnado en dos de sus cultores más influyentes, conducía al catolicismo retrógrado. Y para reforzar el mensaje es probable que, en este caso, haya reclutado los servicios de su amigo Zuccarini, que fue quien puso el dedo en la llaga sobre la “ingenuidad” de Barreda Lynch al no darse cuenta de que lo que criticaba era, precisamente, la consecuencia natural del idealismo.

Sin embargo, el episodio con Croce y Gentile no terminó con la nota de Zuccarini. En el número siguiente de la revista, de julio de 1923, se publicó una “Réplica de Benito Croce a Julio Barreda Lynch”. El pedagogo Víctor Mercante (con quien Ingenieros mantenía una relación amistosa y de colaboración) se había entrevistado con Croce durante un viaje a Italia. Esta entrevista fue publicada en *La Prensa* y reproducida en *Revista de Filosofía*. El filósofo italiano le dedicó algunas (pocas) líneas de la entrevista a rectificar “algunas opiniones vertidas por nuestro amigo Julio Barreda Lynch en el urticante estudio que [...] publicara en el número correspondiente a marzo de la *Revista de Filosofía*”. La dirección de la revista señalaba que: “gustosos reproducimos las palabras de Croce como un pequeño homenaje a los respetos debidos al insigne literato y en la espera también –¿por qué no decirlo?– de escuchar la contrarréplica de Barreda Lynch que, presumimos, desde ya, briosos de sinceridad y de juvenil indiscreción”. A continuación, se reproducía el artículo de *La Prensa*, sin indicar la fecha de su publicación.

A lo largo de la entrevista, Mercante mostraba su admiración incondicional por Croce, quien señalaba: “Acaba de llegarme la *Revista de Filosofía*, en la que se me juzga, a través de un opúsculo, de una manera fantástica. Viví siempre alejado de la política, realizando una vida de estudio y de escritor [...]”. El filósofo italiano continuaba puntualizando que “me sorprende que en Buenos Aires se me crea un abjurado, aun reciente mi polémica con Gentile, acerca de la enseñanza religiosa en las escuelas, a la que, como presidente del Consejo Superior de Enseñanza, opuse mis convicciones”. Sin embargo, continuaba Croce, consideraba que debía haber educación religiosa, ya que:

La edad del niño es la edad de la fe. ¿Puede la razón asumir la responsabilidad de abrir los caminos sin caer en la crítica o producir en su espíritu ese estado anárquico no solamente estéril, sino peligroso para la conservación de los valores adquiridos?

Esta es toda la referencia que Croce hizo de la nota de Barreda Lynch. Sin embargo, la reproducción del artículo le permitió a Ingenieros abordar dos cuestiones: en primer lugar, enfatizar que Croce leía Revista de Filosofía y, en segundo lugar, que el filósofo italiano mencionaba (aunque sea escuetamente) a Barreda Lynch y que le preocupaba lo que se pensara de él (de Croce) en Buenos Aires.

Al presentar la respuesta de Croce, la dirección de Revista de Filosofía había expresado su esperanza de que Barreda Lynch contestara la respuesta del italiano con su “briosa sinceridad” y “juvenil indiscreción” y, desde luego, el joven sincero e indiscreto no se hizo rogar. En el número de setiembre de 1923, el ahora “doctor” Julio Barreda Lynch publicó un artículo cuyo título, “La política inmoral de Croce y Gentile”, no deja duda sobre su contenido. La nota comenzaba diciendo que:

Nunca sospechamos que nuestro estudio sobre “Croce y Gentile, fariseos de idealismo”, publicado en marzo del presente año, en la Revista de Filosofía, había de provocar entre los filósofos italianos tantos y tan diversos comentarios como nos informan las revistas de allá y algún diario de acá. El profesor Gentile ha entrado en cólera y el divo Croce nos ha contestado, para defenderse más bien que para rectificarnos.

No pude determinar exactamente cuántos y cuán diversos fueron los comentarios que había generado el artículo original de Barreda Lynch, ni tampoco cómo este se enteró de la “cólera de Gentile” quien, como ministro de Educación del gobierno fascista, probablemente tenía cosas más importantes de qué preocuparse. El “algún diario de acá” mencionado por Barreda Lynch,

probablemente se refiriera a la nota aparecida en La Prensa. Concretamente, solo mencionaba como reacción en la Argentina el artículo de Zuccharini aparecido en la misma revista y, en Italia, sin reproducirla, una nota aparecida en Rivista di Filosofia Neo-Scolastica dirigida por el padre Agostino Gemelli. Se trataba de una breve nota en la sección de noticias de la Rivista, escrita en tono irónico, en que decía textualmente:

Croce y Gentile, fariseos del idealismo es el título de un divertido artículo que ocupa cuarenta y ocho páginas del número de marzo de la Revista de Filosofía, que se publica en Buenos Aires. El autor, Julio Barreda Lynch, con una desenvoltura sorprendente y con una mentalidad anacronísticamente positivista, liquida con juicio sumario la historia de estos últimos decenios de la filosofía italiana, de Spaventa al P. Chicchetti, para concluir en un tirón político contra el fariseísmo práctico de Croce y Gentile porque, aunque adversarios de los neoescolásticos y por lo tanto de la religión católica, favorecieron y quisieron la enseñanza religiosa en la escuela<sup>11</sup>.

El texto de Barreda Lynch terminaba con un llamado a renovar la filosofía, pero ahora según las líneas planteadas por Ingenieros. Luego de volver a proclamar su confianza en el idealismo filosófico, concluía:

Y nos parece que si esa confianza tuviera que debilitarse por el estudio y la reflexión, no sería para volver atrás y buscar en el viejo positivismo la solución de los problemas metafísicos que exceden a las posibilidades de los métodos científicos, sino para superar el idealismo y el positivismo, el espiritualismo y el realismo, en busca de nuevas doctrinas que satisfagan mejor que las precedentes la eterna inquietud humana de encontrar hipótesis legítimas que expliquen los problemas inaccesibles a la experiencia.

Más allá de las intervenciones y las boutades de Barreda Lynch, Revista de Filosofía publicó otros artículos de quienes sinceramente defendían las líneas de pensamiento que Ingenieros denostaba. El número de noviembre de 1922, por

ejemplo, incluía en su sección bibliográfica una nota sobre el “Ensayo sobre la filosofía de Giovanni Gentile” de Jacinto Cúccaro, un joven estudiante que rondaba los círculos antipositivistas y que, además, había publicado en la revista Verbum una reseña muy crítica a las “Proposiciones” de Ingenieros. La reseña publicada en Revista de Filosofía consistía en la reproducción de un fragmento del texto de Cúccaro. Sin embargo, la misma estaba precedida de un párrafo sin firma en el que se señalaba que “digno de particular elogio es el trabajo en que el autor estudia la obra de Gentile, demostrando aptitudes y versación poco comunes en nuestros medios universitarios”. El texto original de Cúccaro comenzaba elogiando al idealismo (esta vez sin dejo de ironía).

Como otros emprendimientos editoriales de Ingenieros, Revista de Filosofía le servía simultáneamente como un instrumento para forjarse un lugar central en el campo intelectual en desarrollo y como vidriera no solo para sus ideas, sino también de la imagen que iba elaborando de sí mismo. Respecto de esto último, podría decirse que la única constante era la centralidad que Ingenieros se atribuía en esta empresa, como en otras. La revista fue publicada durante un período de transición en la vida de Ingenieros y daba cuenta de las numerosas transformaciones que fue sufriendo su pensamiento, preocupaciones e identidad a lo largo del período. Revista de Filosofía se convirtió en portavoz de todo esto y, en la etapa que se abrió con la década de 1920, del latinoamericanismo del cual Ingenieros intentaría convertirse en campeón a nivel continental. Este es el tema del próximo capítulo.

## NOTAS

1 En una carta a su padre, del 11 de julio de 1918, Ingenieros señalaba: “Creo que te habrá llegado mi discurso de recepción en la Academia, que no me permitieron pronunciar, como por otra parte ya me esperaba [...]”. FJI A.6.SAA/8.4/10.2 Doc. 19. Transcripta y traducida por Delia.

2 Weinberg (1962).

3 En “El porvenir de la filosofía”, un comentario al texto de Ingenieros, diría Korn: “En efecto Ingenieros tiene el arrojo de decirnos que la filosofía es metafísica y que no podemos prescindir de hacerla. Con ello se desliga de toda contaminación positivista”.

4 Tanto Ingenieros como Korn, al menos hasta que este abandonara la dirección del Hospital Melchor Romero, vivían de la medicina y dedicaban sus ratos libres a la reflexión filosófica. Todavía en 1913, Korn le escribía a Ingenieros: “Tengo de un lado las cuentas del hospital, del otro un expediente por homicidio y en la cabeza la clase del día, el devenir de Hegel”. Carta de Alejandro Korn a José Ingenieros, cit. en Domínguez Rubio (2017).

5 Dotti (1990), p. 67.

6 Sección “Libros y Revistas”, Inicial, año I, n.º 4 (enero de 1924), p. 69. Esto no impedía que Revista de Filosofía anunciara sus números en las páginas de Inicial.

7 FJI A.6.1 SAA/8.4/6.2 Doc. 76. Carta de Arturo Orzábal Quintana a José Ingenieros del 22 de marzo de 1920. Más adelante, Orzábal asociaría a Ingenieros en un negocio de venta de lino que terminó en desastre. Orzábal confesaba que no podía devolver a Ingenieros el dinero que este había invertido. Finalmente, parece que las relaciones se recompusieron hacia mediados de 1925.

8 FJI A.6.1 SAA/8.4/3.1 Doc. 93. Carta de Eugenio D’Ors a José Ingenieros del 19 de octubre de 1920.

9 Se trata de la única carta de Ingenieros que se encuentra en el archivo de D'Ors. Agradezco a Natalia Bustelo por haberme facilitado el acceso a la misma.

10 El banquete fue organizado por la revista Nosotros y tuvo como oradores a Alejandro Korn, Manuel Gálvez y Héctor Ripa Alberdi (en representación del Colegio Novecentista).

11 Rivista di Filosofia Neo-Scolastica, vol. 15, n.º 2/3 (marzo-junio de 1923), p. 223. Esta publicación había dado noticia de la aparición de Revista de Filosofía en 1915, caracterizando la publicación de Ingenieros como una “manifestazione tardiva del positivismo grossolano che l’America ha importato dall’Italia e dalla Francia”. Rivista di Filosofia Neo-Scolastica, vol. 7, n.º 2 (abril de 1915), p. 238.

## Capítulo IX

### El último Ingenieros. Del panamericanismo a la Unión Latinoamericana

Los viajes internacionales representaron momentos críticos en la vida de Ingenieros. Fue su último viaje a Europa en 1925, que terminaría en México, el que lo consagró, a meses de su muerte, como un líder del latinoamericanismo antiimperialista. Pero para entender este último reciclaje de nuestro personaje, conviene retrotraerse a un viaje anterior, ocurrido una década antes, que le había permitido visitar, aunque brevemente, otros países de la región.

El tercer viaje internacional de Ingenieros (si descartamos su breve viaje a Uruguay de 1901), de finales de 1915, tuvo como destino a los Estados Unidos, adonde fue invitado por la Fundación Carnegie para participar en el II Congreso Científico Panamericano. Este viaje, realizado en barco por el Pacífico (debido a los peligros de la guerra), le dio la oportunidad de visitar, durante las escalas de la navegación, otros países latinoamericanos como Perú, Panamá y Cuba. Hay que destacar que, stricto-sensu, Ingenieros no formaba parte de la delegación oficial argentina, que había sido nombrada por decreto del presidente provisional de Senado en ejercicio del Poder Ejecutivo, Benito Villanueva. Según Ernesto Quesada, presidente de la delegación oficial y miembro del comité organizador del congreso, los invitados por la Carnegie habían sido elegidos “entre los que estaban alejados de sus gobiernos respectivos pero que, por sus méritos, habría sido verdadera lástima que no concurrieran”. Aparentemente, había sido el propio Quesada quien había sugerido el nombre de Ingenieros a la fundación<sup>1</sup>.

El Congreso Científico Panamericano se trataba de la secuela de una serie de congresos científicos que se venían llevando a cabo desde finales del siglo XIX y que habían comenzado siendo “Latinoamericanos”: el primero había tenido lugar en Buenos Aires en 1898, organizado por la Sociedad Científica Argentina. A partir del organizado en Santiago de Chile en 1908, donde por primera vez se invitó a representantes de los Estados Unidos, los congresos pasaron a ser “panamericanos”. En un principio, los participantes de estos congresos

representaban a sociedades científicas, profesionales, o asistían de forma independiente, sin ostentar representación alguna. Sin embargo, a partir del congreso de Río de Janeiro de 1905, la representación se fue “oficializando” y los Estados adquirieron mayor predominancia en la organización de los encuentros, hasta que, en el de Washington, fueron los representantes oficiales de los distintos países los únicos que pudieron votar las resoluciones.

A pesar de su denominación como “científico” y de la retórica oficial, el congreso de Washington tuvo, como señalarían Ingenieros y Quesada, objetivos eminentemente políticos, y esto también era reconocido por los propios científicos estadounidenses que mostraron poco entusiasmo por el evento. En su libro *El nuevo panamericanismo*, que fungió también como reporte oficial, Quesada presentó una gran cantidad de recortes de periódicos norteamericanos – aparte de reportes de sus propias conversaciones con políticos e intelectuales– en los que se mostraba que el interés que despertaba el congreso en el país anfitrión tenía más que ver con la difusión del panamericanismo wilsoniano que con el contenido concreto de las deliberaciones del mismo.



## INGENIEROS EN LOS ESTADOS UNIDOS

A pesar de la invitación de la Fundación Carnagie, parece claro que la obra de Ingenieros no era del todo conocida en los Estados Unidos. Todavía dos años después del evento, un profesor de medicina de la Universidad de Pennsylvania le señalaba que la Sociedad Americana de Medicina Tropical lo había presentado como candidato a miembro de la misma, debido a sus contribuciones a la disciplina, en la cual Ingenieros jamás se había interesado, al menos hasta donde pude determinar. Por otro lado, Ingenieros fue invitado a participar en la sección IV de congreso, la vinculada a Instrucción Pública, a efectos de que hablara sobre educación superior, y no en la sección VIII dedicada a la salud pública donde había subsecciones focalizadas en psiquiatría y psicología, en las cuales otros psiquiatras argentinos, tales como el paraguayo-argentino Fernando Gorriti y Ricardo Sarmiento Laspiur, presentaron trabajos sobre temas de la especialidad.

El congreso estuvo orquestado como una muestra del poderío de los Estados Unidos y esto se puso de manifiesto en la pompa con la que los delegados fueron agasajados. Los eventos oficiales comenzaron el 27 de diciembre de 1915 en Washington e incluyeron, aparte de las actividades propiamente académicas, una agotadora agenda de cenas, almuerzos, excursiones e invitaciones de todo tipo. Los líderes de las delegaciones eran homenajeados de manera particular con invitaciones privadas, pero había también actividades para todos los miembros de las delegaciones y sus familias (en esa oportunidad, Ingenieros viajó acompañado por Eva), que iban desde cenas privadas con millonarios y políticos hasta exhibiciones de aviación, pasando por banquetes ofrecidos nada menos que por el presidente Woodrow Wilson en persona y su secretario de Estado<sup>2</sup>. Muchas veces, las actividades sociales (que se prolongaron hasta el 8 de enero) se superponían entre sí. El propio Quesada se quejaba de lo cansador que resultaba responder a todos los agasajos que se le ofrecían, aparte de participar en las múltiples actividades del congreso que también se desarrollaban de manera simultánea en locaciones distantes, lo que lo obligaba a desplazarse continuamente.

Para Ingenieros, su participación en este congreso debe haber constituido una

experiencia completamente nueva, sobre todo si la comparamos con las relativas (y no tan relativas) condiciones de pobreza en las que había realizado sus viajes anteriores. El frenesí de actividades en el que se vio envuelto lo hicieron olvidar (o al menos de eso se quejaba su padre) a su familia de Italia, aunque seguramente la guerra retrasaba y complicaba las comunicaciones intercontinentales<sup>3</sup>.

Desde el principio, resultaba claro que el personaje importante de la delegación argentina era Quesada, quien fue invitado a volver unos meses más tarde como profesor visitante a las universidades de Harvard y Columbia. Por otro lado, Quesada poseía algo que Ingenieros era consciente de carecer: capital social. Quesada había tenido una densa red de relaciones en los Estados Unidos, algunas de las cuales provenían de su juventud, cuando su padre había sido ministro argentino en Washington. Aunque Ingenieros tuvo una participación relativamente marginal en el Congreso –solo presentó una ponencia; la mayoría de los participantes presentaban dos o incluso más–, lo cierto es que este viaje constituyó su entrada al gran mundo de la diplomacia cultural internacional, mientras que su viaje a Francia y México de 1925 sería, como veremos luego, su culminación.

## EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA LATINA Y EL PANAMERICANISMO

### *Ingenieros y América Latina*

Aunque algunas veces se había ocupado del tema, no puede decirse que los avatares de América Latina hubieran estado en el centro de los intereses de Ingenieros hasta el último lustro de su vida. Su mirada anterior sobre el continente oscilaba entre el arielismo y el desprecio. En 1913, por ejemplo, se había visto envuelto en una polémica con el venezolano Rufino Blanco Fombona acerca de las figuras de Bolívar y San Martín. Blanco Fombona había criticado referencias supuestamente despectivas hechas por Ingenieros a Simón Bolívar en Sociología argentina. El argentino respondió con una nota publicada en la revista Hispania en octubre de 1913, en la que señalaba que “podemos ser americanistas sin idolatrar a Bolívar y San Martín; podemos ser patriotas sin desconocer que nuestros respectivos historiadores han consagrado ampulosas leyendas, cuya óptima inspiración no es incompatible con el error”. Terminaba el texto con una profesión de fe latinoamericanista –todavía no aparecía, sin embargo, nada parecido a la dimensión antiimperialista– con tonos de reminiscencias arelianas:

Pongamos nuestro ideal americano en el advenimiento de una vigorosa cultura neo-latina. Cifremos nuestra común grandeza en una sinergia de aspiraciones y trabajemos juntos por la unidad moral de nuestra América. Esa es la base previa de una posible confederación política que nos prepare para recoger, dentro de un siglo, la antorcha de la civilización, ya temblorosa, en manos de la Europa envejecida. Una gran patria es la convergencia de sus mejores hijos hacia un gran ideal.

Un par de años después, Ingenieros ya era reconocido como una celebridad en la región. En los países latinoamericanos que visitó durante su viaje a los Estados Unidos, Ingenieros era reconocido como un intelectual público de prestigio, sociólogo y, sobre todo, como el autor de *El hombre mediocre*, más que como científico. Durante este tiempo se había encargado de construir una red de relaciones con intelectuales destacados de la región, incluyendo algunos de la talla de Alfonso Reyes. A su llegada a Cuba, por ejemplo, lo esperaban en el puerto de La Habana una gran cantidad de periodistas e intelectuales de prestigio. Recordaría luego Ernesto Quesada:

En Habana [...], le prodigaron fiestas y alegría, como si no supieran en qué santuario ponerlo: en el acto improvisaron, en horas, una recepción solemne en el teatro y a tambor batiente este se encontró cuajado, de bote a bote, con una densísima concurrencia de jóvenes y viejos; todos le aplaudían delirantes, y lo hacían con una franqueza y un entusiasmo tales, que realmente era un placer ver cuán festejado resultaba nuestro compatriota.

*El Herald de Cuba publicó en la primera página de su edición del 9 de diciembre de 1915 una nota de varias páginas que incluía fotografías de todos los miembros de la delegación argentina y también un retrato particular de Ingenieros, titulada: “A las diez y media de la mañana de hoy, ha pisado nuestras playas el eminente publicista José Ingenieros”. Aunque Ingenieros era caracterizado como “médico alienista y antropólogo”, era su faceta de intelectual público la que más atraía a los cubanos. Para el editorialista de El Día de La Habana, que firmaba con el pseudónimo de “Jacobo el Saltarín” (12 de diciembre de 1915), Ingenieros era un “preclaro literato y filósofo”. El psiquiatra argentino era parangonado con Sarmiento y caracterizado como “pensador maravilloso, en cuya cabeza, después de haber iluminado a su generación, no blanquea una sola cana”. El cronista hacía la siguiente descripción física de nuestro personaje: “Es alto, de ojos azules, de mostachos enhiestos, ‘la color –como la de Cervantes– antes blanca que morena’, con algo de felino en los carrillos y en las miradas, algo agresivo que delata en él, a primera vista, el formidable gladiador mental”. Jacobo el Saltarín se asombraba de no haber encontrado en las muñecas del médico argentino la gran cantidad de pulseras que el poeta Luis Lagos le había indicado que*

*Ingenieros siempre llevaba puestas a efectos de enfatizar su excentricidad.*

Como tantos otros, el cronista de El Día de La Habana destacaba la simpatía del autor de El hombre mediocre, así como su postura descontracturada: “Nada de frases doctorales y lentas, nada de posturas de dómine”. En la entrevista, Ingenieros mencionó la importancia del panamericanismo, sobre todo en momentos de guerra en Europa. Aunque se mostraba cauto acerca del monopolio de la palabra “América” por parte de los Estados Unidos, reconocía, al mismo tiempo, el efecto beneficioso que los Estados Unidos ejercían sobre el resto del continente: “En ellos está el más alto ejemplo, la más completa escuela para el soldado de la civilización futura, para el ciudadano del Estado presente”. Cuando el periodista cubano le preguntó sobre los problemas más serios que debía enfrentar América Latina, Ingenieros respondió, volviendo a sus antiguas ideas sobre la superioridad de la raza blanca: “que el problema esencial de Sud América es borrar la terrible herencia colonial e hispano indígena, asimilando las modernas ideas y progresos de la civilización blanca europea”. Ingenieros señalaba el contraste entre la América hispana y la anglosajona que se ponía de manifiesto sobre todo en la zona del Canal de Panamá:

Vi allí [en la zona del Canal de Panamá] con los trajes sucios y las mangas remangadas, como trabajaban los ingenieros más célebres de los Estados Unidos. Aquel es el pueblo de los hombres de lucha al que corresponderá la palma del adelanto mundial dentro de diez o veinte años [...]. Nosotros, los pueblos de sangre española, no tenemos noción de lo que es el verdadero trabajo; es más, aún creemos, como los señores medioevales, que es indigno de las personas finas, siendo así, ¡que el hombre que trabaja es el único que merece vivir!

Algo parecido, aunque en un tono más crudo –y enfatizando aún más la dimensión racial sobre la cultura–, había escrito en una carta personal a su amigo Félix Icasate Larios:

Toda la América “latina” del Pacífico está poblada por indios, chinos y japoneses; la América “central” por negros y zambos. Estoy horrorizado. Todo esto no tiene remedio, ni lo tendrá durante varios siglos. Son regiones

inhabitables para la raza blanca [...]. Me parece que aquí solo podrá vivir la variedad negra o india de la humanidad. Con estos sentimientos voy a llegar al Congreso Pan-Americano<sup>4</sup>.

También El Fígaro de La Habana se hacía eco de los homenajes a Ingenieros y el propio director del periódico, el diplomático “independentista” Carlos de Velasco, fue en persona a darle la bienvenida arriba del barco. Aunque Velasco (con quien Ingenieros luego intercambiaría correspondencia y textos) no lo conocía personalmente, señalaba que:

Vínculos ideales y una honda simpatía intelectual me ligaban ya a él –que es honra de su patria y del Continente nuestro–, figura prócer cuyo nombre, universalmente conocido y respetado tanto en el campo científico como en el literario, me era familiar por sus obras, por su hermosa vida de acción constante y de trabajo fecundo.

Es tal vez con poca exageración que Quesada señalaba que, por entonces (y extendía esto hasta el momento en que escribía, es decir, hasta poco después de la muerte de Ingenieros), Ingenieros, “más allá de las fronteras, era ‘el argentino’ del momento en la vida intelectual latinoamericana de aquellos años”. Pero lo que más lo asombraba era que la popularidad de Ingenieros excedía ampliamente a los círculos letrados.

Sin embargo, la propia figura de Ingenieros, y en particular sus ideas raciales, también despertaron irritación, sobre todo en países en los que, como es el caso del Perú, la cuestión indígena era debatida entre intelectuales a partir del surgimiento, todavía incipiente, de las corrientes indigenistas. Aunque Ingenieros cultivó relaciones con destacados (o futuros destacados) peruanos tales como Víctor Raúl Haya de la Torre, Manuel Seoane y José Carlos Mariátegui, quien escribiría un elogioso obituario en 1925 (y también colaboraría en Revista de Filosofía), lo cierto es que no todos los peruanos tenían una imagen positiva del médico argentino.

Ingenieros ya había cultivado relaciones con intelectuales peruanos durante sus

viajes a Europa. En su segundo viaje, había conocido al escritor Francisco García Calderón (hijo del antiguo presidente del Perú del mismo nombre), en cuya Revista de América, editada en París, había publicado adelantos de El hombre mediocre y otros textos. Sin embargo, no resulta clara la influencia real que Ingenieros y su pensamiento ejercieron entre los intelectuales de ese país. Así, mientras Osmar González sostiene que Ingenieros fue el único intelectual latinoamericano capaz de ejercer su influencia tanto en la generación peruana del 900 como en la del Centenario, Ricardo Melgar Bao relativiza el ascendiente que el argentino pudiera haber tenido sobre la intelectualidad peruana y señala, en cambio, la irritación que producían sus exabruptos racistas<sup>5</sup>. El escritor Abraham Valdelomar, quien lo entrevistó a su llegada a Lima para el diario La Crónica, por ejemplo, presentaba una imagen del médico argentino bastante diferente de la difundida por los periódicos cubanos. El peruano trataba a Ingenieros de pedante y poseur. Sin embargo, lo que probablemente más irritó al entrevistador fue la evaluación que el argentino hizo de la cultura peruana<sup>6</sup>. Cuando Valdelomar le preguntó si creía posible ensayar géneros literarios basados en la cultura de los incas, Ingenieros respondió: “La literatura es un medio, pero no un fin. Ustedes necesitan caminos y ferrocarriles, como en la Argentina. Yo creo que la civilización de un pueblo se conoce en el color”; y luego aclaró: “El pueblo que tenga todos sus ciudadanos blancos será el más civilizado”. En caso de que no quedara suficientemente claro su punto de vista, concluía Ingenieros: “Hay que eliminar de todos nuestros pueblos el factor indio. Es necesario reemplazarlos por gente blanca, por cerebros nuevos”.

Años más tarde, cuando un grupo de estudiantes peruanos exiliados que se habían proclamado admiradores suyo –entre los cuales estaban Eudocio Ravines, Luis Heysen, Enrique Cornejo, Oscar Herrera y Manuel Seoane– fue a visitarlo a su domicilio en Buenos Aires, la desilusión (e irritación) fue inmediata. El intelectual argentino, haciendo referencia a las costumbres de los indígenas, les dijo: “papel higiénico quiere decir servicios higiénicos, quiere decir limpieza y salud, disminución de la mortalidad infantil, es decir, civilización, hombre blanco”. Cuando uno de los estudiantes le preguntó “¿Y qué cree que falta a mi país?”, Ingenieros contestó sin dudarle “¡Raza blanca!”<sup>7</sup>.

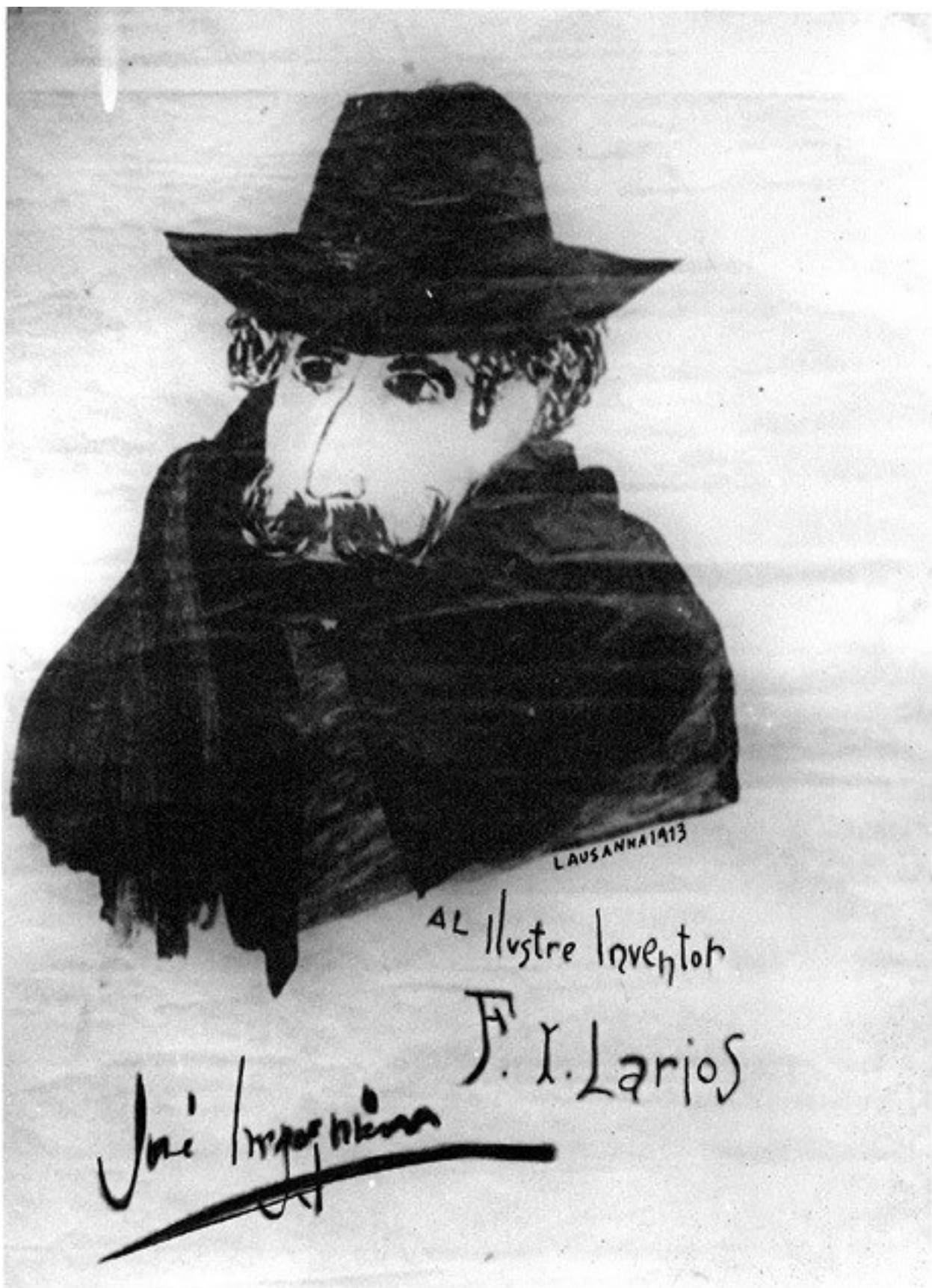
## ESTADOS UNIDOS: EL DESLUMBRAMIENTO “SARMIENTINO”

Para Ingenieros, como para Sarmiento más de medio siglo antes, Estados Unidos constituyó un descubrimiento. Allí encontró un país dinámico y pujante con una fuerte cultura liberal que contrastaba con la de la Europa en llamas. Es posible que su fugaz admiración por Wilson y sus primeros cambios de idea respecto de la Gran Guerra tuvieran que ver con las impresiones recogidas durante este viaje. Desde Boston le escribía a su amigo Icasate Larrios (quien recibía el apodo de “inventor” y, en alguna oportunidad, el más explícito de “gran cogedor”) que su viaje al país del norte le había permitido aprender “con frecuencia cosas que en Europa no se podían sospechar”<sup>8</sup>. Y, más adelante en la misma carta, le señalaba que: “Las instituciones de cultura, de solidaridad social, de ética, tienen un desarrollo que de lejos no se sospecha”. También despertaban su admiración la presencia de “numerosas iglesias, nuevas” en las que se aceptaba, sin dogmatismos, a Darwin y a Spencer, y en las que probablemente Ingenieros identificaba rasgos compatibles con la tradición masónica en la cual había crecido, tradición que en la zona de Nueva Inglaterra era (y es) prominente. En Boston encontraba a cada paso “mil recuerdos de Mann, Channing, Emerson y Longfellow (todos unitarios, fundadores de esa iglesia), los amigos y maestros de Sarmiento”.

Esta admiración sarmientina por los Estados Unidos sería todavía más explícita en una nota titulada “Las razas en América y las ideas sociológicas de Sarmiento” que publicó en la revista Cuba Contemporánea en enero de 1916. Allí sostenía una mirada sobre los Estados Unidos que contradecía no solamente las ideas que venía difundiendo Manuel Ugarte, sino también el punto de vista planteado tres lustros antes por José Enrique Rodó en Ariel. Luego de reproducir la conocida frase de Sarmiento (a la que Ingenieros adscribía), “no detengamos a los Estados Unidos en su marcha; es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos”, nuestro médico concluía: “Sí. Seamos como ellos, una raza nueva desprendida del tronco caucásico, plasmada en una naturaleza fecunda y generosa, capaz de alentar grandes ideales de porvenir y de marcar una etapa en la historia futura de la civilización humana”. Su viaje a los



Estados Unidos también le permitió reafirmar sus prejuicios contra la población de origen africana. En este sentido, su visión no había cambiado mucho desde su crónica acerca de la población negra en Cabo Verde, publicada en el diario La Nación durante su primer viaje a Europa.



LAUSANNA 1913

AL Ilustre Invention

F. X. Larios

Jose Invernacion

Foto 15: Retrato de Félix Icasate Larios realizado por José Ingenieros.

Cortesía CeDInCI

El texto que Ingenieros leyó en el congreso apareció en Revista de Filosofía en 1916 bajo el título de “La filosofía científica y la organización de las universidades”. En él, adelantaba algunos puntos de vista generales sobre el papel que debían cumplir las universidades. Según su perspectiva, las universidades existentes en su tiempo no llenaban adecuadamente su función, y esto se debía a dos motivos fundamentales. En primer lugar, la arquitectura de sus programas de estudio no concordaba con los resultados de la ciencia moderna. Pero, en segundo lugar, la finalidad de sus aplicaciones no estaba adaptada a las sociedades en que funcionaban. Para decirlo en las palabras del propio Ingenieros, el problema principal de las universidades era que “en general, la enseñanza en las Universidades no se ajusta a los modernos sistemas de ideas generales; y que, en particular, cada Universidad no desempeña las funciones más necesarias en su propia sociedad”. Las universidades se habían convertido en escuelas profesionales que habían liquidado las viejas instituciones de origen medieval, pero sin haber creado otras nuevas dignas de ese nombre. La puesta al día de las universidades implicaba “poner la experiencia como fundamento de la investigación y de la enseñanza, extender la aplicación de los métodos científicos, aumentar la utilidad social de los estudios universitarios”. Ingenieros proponía la democratización de la cultura, que “no debía entenderse como un lujo para entretener ociosos, sino como un instrumento capaz de aumentar el bienestar de los hombres sobre el planeta que habitan”. La conclusión que Ingenieros extraía de su propuesta era, por un lado, la necesidad de “exclaustrar” a las universidades acercándolas al pueblo y, por otro lado, la importancia de separar las escuelas profesionales de los estudios doctorales. Las ideas expresadas en este texto caerían bien entre los reformistas argentinos dos años más tarde. Como vimos, este no sería el único texto de Ingenieros originado en su viaje al país del norte; su permanencia en los Estados Unidos lo incentivó a profundizar en el pensamiento de Ralph Waldo Emerson, cuyas ideas (o al menos la lectura que Ingenieros hacía de las mismas) le permitieron refinar sus concepciones éticas.

De sus experiencias en este viaje, Ingenieros no extrajo ninguna de las

conclusiones críticas sobre el imperialismo estadounidense que constituiría el eje de su pensamiento en el último tramo de su vida. De hecho, todavía en esa época, Ingenieros veía al imperialismo casi como una consecuencia necesaria del desarrollo del capitalismo y de la lucha por la supervivencia de los pueblos. Sin embargo, Ingenieros se convertiría en uno de los críticos más acérrimos del panamericanismo unos pocos años más tarde.

## EL LATINOAMERICANISMO Y LA UNIÓN LATINOAMERICANA

Aunque sus simpatías posteriores por la Revolución Soviética habían caído bien entre los sectores más progresistas de la intelectualidad latinoamericana y, en particular, entre las elites revolucionarias mexicanas, probablemente un punto de inflexión en el “latinoamericanismo” de Ingenieros se produjo en 1921. Ese año, en medio de una nutrida correspondencia que mantenía con intelectuales europeos y latinoamericanos, recibió una carta con membrete de la Cámara de Diputados de México firmada por Felipe Carrillo Puerto. En ese momento, México ocupaba un lugar central en el pensamiento latinoamericanista, debido a su aún inconclusa experiencia revolucionaria y a la resistencia que oponía al imperialismo del norte. Como señalara Pablo Yankelevich, “frente a la orfandad de paradigmas que puso al descubierto la guerra europea, la experiencia mexicana emergerá como modelo de reconstrucción política y cultural”<sup>9</sup>.

El líder socialista Yucateco se había sentido interpelado por los textos que el argentino había escrito acerca de la guerra y, sobre todo, acerca de la experiencia soviética, los que circulaban en México y otros países de la región. En su carta, Carrillo se ubicaba en una posición discipular respecto del médico argentino:

Asimismo, le ruego que con el objeto de dar mayor fuerza y desarrollo a las ideas nuevas, se sirva enviarme una carta expresando en ella la bondad de los nuevos principios y la dirección que deben tomar para asegurar su pronto y definitivo triunfo<sup>10</sup>.

Continuaba Carrillo: “Mucho agradezco la gentil promesa de poner su nombre y su pluma al servicio de mi Patria en caso de ser esta atacada por los capitalistas yanquis”<sup>11</sup>. En una carta que Ingenieros envió a Carrillo en agosto de 1922 y que fuera publicada en el periódico yucateca Eco Peninsular, el argentino reconocía que había leído los informes enviados por su corresponsal, pero que le resultaba difícil coordinar esa información con la recibida por “múltiples letrados

mexicanos” con los que mantenía correspondencia. “Felizmente tuve la oportunidad, al fin, de tratar al simpático y perspicaz amigo [Antonio] Mediz Bolio [a cargo de la legación diplomática mexicana en Buenos Aires] [...] y él me ha dado la clave de muchos pequeños enigmas”<sup>12</sup>. La relación epistolar entre Ingenieros y Carrillo Puerto era manifiestamente asimétrica, porque Ingenieros asumía el carácter de “maestro” y Carrillo Puerto el de discípulo. Este le enviaba informes y solicitaba consejos, en algunos casos sobre temas puntuales sobre los que los conocimientos de Ingenieros eran superficiales o nulos. En junio de 1923, Carrillo enviaba un reporte “para informarle del desarrollo de nuestros asuntos en los últimos días”, y lo hacía “con el deseo de que Ud. me honre haciendo las observaciones que su ingenio juzgue debidas”<sup>13</sup>. Ese mismo año, Carrillo invitaba a Ingenieros a México. Le señalaba, seguramente con cierta exageración, que:

El nombre y la personalidad de Ud. son ya tan conocidos de todos los elementos afiliados al Partido Socialista del Sureste que hasta en los pueblos más pequeños y más lejanos se le tiene la devoción que al mejor y más honroso amigo. Por esto, se ha ido formando en el espíritu de la colectividad el deseo sincero de conocerle personalmente y de que esté entre nosotros unos días al menos. Es un gran deseo colectivo que rima maravillosamente con el mío, también de poderle dar un estrechísimo abrazo cuerpo a cuerpo<sup>14</sup>.

Las respuestas de Ingenieros estaban por lo general escritas en un tono paternalista y condescendiente. Carrillo Puerto se quejaba constantemente que muchas de sus cartas quedaban sin respuesta, mientras que el propio Ingenieros, en su obituario al yucateca, reconocía haber perdido las primeras cartas de Carrillo. Por esa época, Ingenieros estaba inserto en una densa red de corresponsales latinoamericanos y europeos, y no resulta claro el lugar que Carrillo Puerto ocupaba en su jerarquía personal de relaciones internacionales.

Cuando Carrillo fue elegido gobernador de Yucatán, Ingenieros asumió el rol de consejero de Estado informal: le recomendaba hacer una política de difusión de sus obras, al tiempo que sostenía la necesidad de indemnizar adecuadamente a los propietarios cuyas tierras fueran expropiadas. Por otro lado, también aconsejaba al mexicano que reemplazase el sistema representativo por uno de

tipo funcionalista, propuesta que entusiasmó a Carrillo<sup>15</sup>. Frente a “todas las calumnias desatadas a diario contra el Partido Socialista del Sureste”, las opiniones de “un hombre de ciencia incansable, una de las figuras más respetadas en el mundo civilizado”, escribía Carrillo en la prensa yucateca, sin duda serviría como contrapeso para la propaganda en contra<sup>16</sup>.

Sin embargo, el entusiasmo de Ingenieros por los sucesos mexicanos parecía seguir siendo limitado. Durante esos años, Ingenieros recibió invitaciones para visitar el país por parte del propio Carrillo y, más adelante, del mismo presidente Álvaro Obregón, interesado en atraer figuras latinoamericanas de prestigio a su país. A diferencia de Alfredo Palacios, Ingenieros no se dignó a aceptar estas invitaciones. Solo había pisado otros países latinoamericanos como escalas obligadas en su viaje a los Estados Unidos, y ya vimos la impresión que le causaron. La correspondencia entre Ingenieros y Carrillo continuó hasta la muerte de este último en manos de las tropas delahuertistas. Luego del fusilamiento del yucateca, Ingenieros escribió una larga nota necrológica, “En memoria de Carrillo Puerto”, que fue publicada en *Nosotros*. Allí, enfatizaba el papel discipular que había tenido el mexicano respecto suyo. Esta nota circuló profusamente en México, en parte gracias al líder sindical y político Luis Napoleón Morones, con quien Ingenieros también mantuvo correspondencia. Esta circulación de cartas y notas habría ensanchado aún más su red de contactos y corresponsales mexicanos y su prestigio en ese país.

Pero fue el discurso que Ingenieros pronunció en el banquete obsequiado por un grupo de escritores argentinos a José Vasconcelos el 11 de octubre de 1922, con motivo de su visita a Buenos Aires, el que definitivamente selló su lugar como líder y promotor de la causa del latinoamericanismo y de la unidad de los países del subcontinente frente al peligro representado por el imperialismo yanqui<sup>17</sup>. Ya en su correspondencia con Carrillo le había recomendado que México desplegara “una propaganda metódica e ilustrada”, a efectos de “ir preparando una confederación de países latinoamericanos capaz de enfrentar a los imperialismos europeo y yanqui, cuyo peligro para nuestra autonomía sería ingenuo olvidar”<sup>18</sup>. Habían quedado atrás, muy atrás, los tiempos en los que Ingenieros participaba en congresos panamericanos. Sus opiniones sobre los Estados Unidos habían cambiado drásticamente.

Vasconcelos había escrito a Ingenieros por primera vez en 1921. En una carta de agosto de ese año, le señalaba la importancia que sus trabajos sobre la Revolución Soviética habían adquirido entre la elite revolucionaria mexicana:

Desde hace tiempo deseaba comunicarme con Ud. pues sus últimos libros nos están sirviendo mucho para ayudarnos en nuestros trabajos [...]. Me parece inútil decirle que su personalidad es aquí sumamente estimada y conocida desde hace años, pero especialmente sus últimos libros son tan gustados que inmediatamente se agotan en las librerías. En el número próximo de EL MAESTRO publicaremos algo de su libro Los tiempos nuevos [...]. Los gremios obreros, los estudiantes, los intelectuales, todos deseamos mucho verlo por acá<sup>19</sup>.

En su discurso de bienvenida al mexicano, Ingenieros pronunció nuevamente las palabras justas en el momento adecuado. Quien un lustro antes había hecho gala de su panamericanismo, sostenía ahora que: “no somos, no queremos ser, no podríamos seguir siendo panamericanistas”. Ingenieros comenzaba su disertación elogiando la gran renovación política, ideológica y social que había sufrido México en los últimos años, la cual, si era desconocida (aun por el propio Ingenieros), se debía a la tendenciosa información difundida por las agencias telegráficas norteamericanas. Quedaba así planteada desde el primer momento la identidad del enemigo: los Estados Unidos. Sin embargo, en un tono que continuaba siendo sarmientino, Ingenieros recordaba que

No es burlándose de los norteamericanos, ni injuriándolos, ni mofándose de ellos, como se pueden plantear y resolver los problemas que hoy son vitales para América Latina. El peligro de Estados Unidos no proviene de su inferioridad sino de su superioridad; es temible porque es grande, rico y emprendedor. Lo que nos interesa es saber si hay posibilidad de equilibrar su poderío, en la medida necesaria para salvar nuestra independencia política y la soberanía de nuestras nacionalidades.

La Doctrina Monroe, pensada originalmente como garantía de la independencia política de los países de América frente a las pretensiones de las potencias europeas, se había convertido, dentro y fuera de la Sociedad de las Naciones, en un arma para conquistas imperialistas. Desde el fin de la Gran Guerra, los Estados Unidos habían dejado de ser un modelo para convertirse en un peligro, y



este peligro, sostenía Ingenieros, no se detendría en Panamá ni iba a limitarse a conquistas militares. El endeudamiento y la dominación financiera se habían convertido en instrumentos tan eficaces para instaurar una dominación imperialista como lo eran los destacamentos de marines. El capitalismo norteamericano intentaba captar las fuentes de riqueza locales y asegurarse su control y su derecho de intervención.

Ingenieros, ya posicionado en esta época como un intelectual público habilitado para hablar de temas diversos de la realidad, se ubicaba más allá de la política, como portavoz de valores universales:

Y bien, señores: sea cual fuere la ideología que profesemos en materia política, sean cuales fueren nuestras concepciones sobre el régimen económico más conveniente para aumentar la justicia social de nuestros pueblos, sentimos vigoroso y pujante el amor a la libre nacionalidad cuando pensamos en el peligro de perderla, ante la amenaza de un imperialismo extranjero.

Al mismo tiempo, volvía sobre otros temas que lo preocupaban superponiéndoles, ahora, una mirada latinoamericanista en la que México, con su “revolución aun incompleta”, podía servir como modelo. La gesta mexicana se trataría, una vez más, del triunfo de las “fuerzas morales” para la formulación de ideales de una generación que los ha sobrepuesto a los “apetitos”. “Fuerzas morales”, “generación”, “ideales”, se habían transformado en el pensamiento de Ingenieros en conceptos polisemánticos que servían para explicar y darle sentido tanto a la Revolución Soviética como a la Reforma Universitaria o a la Revolución Mexicana, de la que elogiaba sus grandes logros, pero señalaba su falta de unidad conceptual y doctrinaria. Las fuerzas morales serían también la base del “capital invencible que aún puede poner su freno en el mundo de la inmoralidad de los capitalismos imperialistas”.

Ingenieros propuso la creación de una Unión Latinoamericana para enfrentar, unidos, al imperialismo del norte que se imponía con las armas en los países chicos, y con la diplomacia del dólar en aquellos más grandes que, como la Argentina, ya no podían sentirse a salvo ni protegidos por la distancia. La unión, que no podría estar promovida por los gobiernos, todos ellos deudores de los

yanquis: debía ser realizada por los pueblos a partir de la fusión de las fuerzas morales. Los intelectuales debían dirigirse a los pueblos “y formar en ellos una nueva conciencia nacional, ensanchando el concepto y el sentimiento de patria, haciéndola continental”. Para Ingenieros, el agente activo continuaba siendo la elite de intelectuales; los pueblos debían ser esclarecidos por medio de la gestión de intelectuales representativos. Las propuestas concretas de Ingenieros al respecto consistían en: creación de un Alto Tribunal Latino Americano para resolver problemas pendientes entre los países; establecimiento de un Supremo Consejo Económico para regular la cooperación en la producción y el intercambio; resistencia colectiva frente a todo lo que implicara intervención de potencias extranjeras; extinción gradual de los empréstitos. Todo esto debía ser coronado por un “generoso programa de renovación política, ética y social, cuyas grandes líneas se dibujan en la obra constructiva de la nueva generación mexicana, con las variantes necesarias en cada región o nacionalidad”.

El texto de este discurso circuló rápidamente a lo largo y ancho de la región y fue reproducido total o parcialmente en numerosos periódicos de diferentes países o como panfleto. También circuló entre grupos hispanos de los Estados Unidos. En los países de América Latina fue recibido con general beneplácito, porque Ingenieros venía a decir de una manera clara lo que muchos querían escuchar y, de hecho, ya estaban escuchando por boca de una variedad de intelectuales de la región<sup>20</sup>. En este sentido, el programa de Ingenieros tenía poco de innovador. En los Estados Unidos, aun entre grupos progresistas de hispanos, la recepción fue menos benévola<sup>21</sup>.

Los vínculos que Ingenieros estableció con mexicanos se fueron haciendo cada vez más estrechos. En un contexto en que el gobierno mexicano promovía el envío de misiones diplomáticas formales o informales para que recorrieran América Latina en busca de apoyos, a efectos de contrarrestar las informaciones sesgadas que transmitían las agencias de noticias y el gobierno de los Estados Unidos, Ingenieros, por el lugar prominente que ocupaba dentro del campo intelectual en la Argentina, pero también por poseer un instrumento privilegiado para la difusión de ideas y propaganda, publicaciones periódicas, se fue convirtiendo en una figura clave a la cual los mexicanos se acercaban. La embajada mexicana en Argentina comenzó a proveer material para su publicación en Revista de Filosofía donde, a partir de la década de 1920, comenzaron a aparecer numerosos artículos sobre México y la obra de gobierno de Obregón y Calles.

## ***La institucionalización del latinoamericanismo de Ingenieros***

Fue a partir de estas inquietudes latinoamericanas que Ingenieros hizo nuevamente lo que solía hacer cuando un tema le interesaba: crear una revista. En 1923, fundó junto con Gabriel Moreau, estudiante de medicina, Aníbal Ponce, quien se había convertido ya en su colaborador más cercano, y Arturo Orzábal Quintana, la revista Renovación. Boletín Mensual de Ideas, Libros y Revistas de la América Latina. Más adelante se le cambiaría el subtítulo por Órgano de la Unión Latino-Americana. Se trataba de una de las tantas revistas creadas por esos años en distintos países latinoamericanos para promover visiones reformistas sobre la sociedad y, en palabras de Alexandra Pita González, constituyó, junto con Repertorio Americano de Joaquín García Monge y otras publicaciones semejantes, un componente de una “red intelectual transnacional preocupada por dotar a América Latina de herramientas teóricas que fundamentaran en el plano de lo imaginario su existencia”<sup>22</sup>. Renovación implicó un quiebre definitivo con el paradigma del darwinismo social sostenido por Ingenieros desde su juventud.

Moreau figuraba como director del boletín (y lo sería hasta su prematura muerte en 1926), aunque, en realidad, era Ingenieros quien escribía buena parte de las notas editoriales y otros textos centrales, con su nombre verdadero o bajo el seudónimo de Barreda Lynch.

A pesar de sus constantes penurias económicas, Renovación tuvo una circulación en América Latina que iba mucho más allá del escueto número de ejemplares que salían a la calle, ya que sus artículos eran reproducidos en otros medios y servían como correa de transmisión para las palabras de Ingenieros. Aparentemente, la revista se sostenía con los (por otro lado, bastante magros, cuando existían del todo) beneficios obtenidos por la publicación de la colección “La Cultura Argentina”.

Las ideas que promovía el boletín estaban centradas en la crítica al capital extranjero, al panamericanismo y a las oligarquías nativas, al tiempo que aplaudía el desarrollo de la Reforma Universitaria a lo largo de la región, así como también la actuación de las juventudes, todo esto mezclado con una visión

corporativista de la sociedad que impulsaba la representación de tipo funcional y el cooperativismo de productores. Al mismo tiempo que resaltaba los valores espirituales por encima de los materiales, advertía a los jóvenes que no debían adherir al fascismo, por su carácter totalitario, ni al comunismo, debido a que este último no era aplicable a las condiciones de América Latina. El carácter heterogéneo y aun confuso de las propuestas de la publicación fue reconocido en el propio programa presentado en el primer número de Renovación bajo el título “¿Qué somos?”: “Hemos entrado a la vida en tiempos nuevos y queremos construir nuestra propia ideología, cuyas líneas generales conocemos, aunque no podamos definir sus formas precisas”. Sin embargo, uno de los ejes de la prédica de Renovación fue la unidad latinoamericana fundada en la de los pueblos, debidamente esclarecidos por una élite intelectual.

Fue a partir de Renovación que, en marzo de 1925, con la asistencia de los directores de Nosotros, Revista de Filosofía, Renovación, Valoraciones, El Universitario e Inicial, aparte del decano de la Facultad de Derecho de La Plata (Alfredo Palacios), se creó la Unión Latinoamericana (ULA), que luego sería presidida por este último. La creación de la ULA debe ser vista en el contexto del establecimiento de numerosas organizaciones que bregaban por la unidad regional a lo largo y ancho del continente. El propio Palacios había participado en la constitución de una “Alianza Iberoamericana” durante su visita a México en 1923<sup>23</sup>. En esa oportunidad se había comprometido a crear filiales de este organismo en Argentina, Bolivia y Perú. Esta, como otras organizaciones (incluida la propia ULA) tendrían una vida efímera, y su acción, más de retórico que de resultados concretos.

La creación de la ULA no fue mencionada por los grandes periódicos, excepto, desde luego, por la revista Nosotros. En julio de 1925, Orzábal Quintana informaba a Ingenieros que la Unión contaba con cien adherentes hasta ese momento. También señalaba que existían tensiones dentro de la organización. Le comentaba que cuando propuso un acto público de solidaridad a México, el mismo fue vetado por Palacios, quien sostenía que lo mejor era hacer una declaración y esperar para el acto público. Orzábal concluía al respecto:

Por segunda vez Palacios actuó como freno, pues ya en mayo le había propuesto que hiciéramos un acto público para inaugurar la ULA, y él lo sabotó diciendo que no se comprometía a hablar él, y que era mejor limitarnos a declaraciones

que se publicaran en los diarios<sup>24</sup>.

Pero los problemas no acababan ahí. La ULA había programado algunas conferencias radiales que se emitirían en “Radio Cultura” y en el que participaría un grupo heterogéneo de conferencistas compuesto por el propio Orzábal, Carlos Sánchez Viamonte, Julio Barcos, Adolfo Korn Villafañe, Alfredo Palacios, Alfredo Bianchi y otros<sup>25</sup>. Según reportaba Orzábal, solo se había podido emitir un programa porque su propia disertación sobre la “organización de la defensa continental” había irritado a círculos oficiales, y el ministro de Marina (que tenía a su cargo la regulación de la radiotelefonía) había ordenado el levantamiento del ciclo bajo amenaza de clausurar la estación, por encargo del propio presidente, Marcelo T. de Alvear.

A pesar de los intentos por darle una proyección internacional (o al menos regional) a la ULA, las programadas secciones que se crearían de diversos países no terminaron de materializarse. Ni siquiera llegó a conformarse una sección mexicana, a pesar de la visita de Ingenieros a ese país. Dos años después de su creación y luego de la muerte de Ingenieros, Orzábal Quintana le escribía a Manuel Ugarte:

Después de haber organizado hace dos años, de acuerdo con Ingenieros, la “Unión Latino-Americana”, y de haber trabajado sin descanso por la institución hasta comienzos de 1926, abandoné toda participación activa en ella ante la imposibilidad de colaborar eficazmente con Palacios. Desde entonces la U.L.A. lleva una vida vegetativa que hace de ella un verdadero “bluff” [...]<sup>26</sup>.

## EL LATINOAMERICANISMO DE INGENIEROS ENTRE PARÍS Y MÉXICO

Ingenieros emprendió su último viaje a Europa en 1925 como invitado a la celebración del centenario del nacimiento de Jean Martin Charcot, es decir que viajó como especialista a un evento de carácter científico-conmemorativo<sup>27</sup>. Quisiera en este punto destacar dos cuestiones acerca de este viaje. En primer lugar, como ya vimos, el mismo tuvo lugar en medio de un conflicto de pareja con su esposa. A esto se sumaba un cansancio generalizado, como se lo expresara a Ernesto Quesada en una visita que le realizara a este último antes de la partida; probablemente, para entonces (pocos meses antes de su muerte) su salud ya estaba resentida. En segundo lugar, Ingenieros viajaba a Europa por primera vez en condiciones diferentes de las de semipobreza que habían marcado sus dos viajes previos. Desde París, informaba a su esposa que por fin estaba en condiciones de caminar, descubrir y disfrutar de la ciudad y que, por primera vez, había podido visitar el Louvre y ver La Gioconda, así como otras atracciones. Como Ingenieros tenía previsto extender la estadía en Europa y prolongar así por un tiempo prudencial su separación de Eva, había planeado, luego del homenaje a Charcot, continuar su periplo por Italia en compañía de su amigo Eusebio Gómez.

Sin embargo, un hecho inesperado, ocurrido a muchos kilómetros de distancia, lo obligó a cambiar completamente de planes, y lo que comenzó siendo un viaje académico que le proporcionaba una excusa para hacer un poco de turismo y, al mismo tiempo, tomar aire respecto de su vida doméstica, cambió completamente de naturaleza.

El 12 de junio de 1925 el secretario de Estado de los Estados Unidos, Frank Kellogg, en el contexto de una disputa entre su país y México originada en la aplicación de una cláusula constitucional de este último país que impedía a los extranjeros poseer tierras en territorio mexicano, emitió una declaración sobre el tema que fue interpretada como una muestra más de la insolencia y la prepotencia yanqui para con los países latinoamericanos. Ingenieros, quien acababa de fundar en Buenos Aires la Unión Latinoamericana, reunió en torno suyo a un grupo de distinguidos intelectuales y estudiantes latinoamericanos y españoles que se hallaban en París. Con ellos organizó un acto público de

desagravio y un Comité de Solidaridad con México. Cabe destacar que Ingenieros ya era bien conocido entre la comunidad de estudiantes latinoamericanos en París. Una nota de Vicente Martínez Cuitiño de setiembre de 1924 le informaba que “Las federaciones universitarias pro-Sociedad de las Naciones, con residencia en París, por proposición del joven uruguayo doctor Quijano, gran amigo mío y admirador tuyo te ha nombrado maestro de América o algo así”<sup>28</sup>.

La nota de invitación al acto de desagravio, además de Ingenieros, la firmaban, entre otros, Manuel Ugarte, Hugo D. Barbagelata, Carlos Quijano, Antonio Miró Quesada, Alberto Zérega Fombona, Alcides Argueda y Miguel A. Asturias. En los afiches preparados para la convocatoria –aparentemente financiada por la legación mexicana en París, según señala Pablo Yankelevich–<sup>29</sup>, el nombre de Ingenieros figuraba primero en una lista de oradores que incluía a Ugarte, Miguel de Unamuno, Eduardo Ortega y Gasset (hermano mayor de José), José Vasconcelos, Miguel Ángel Asturias, Victor Raúl Haya de la Torre y otras luminarias presentes y futuras. Aparentemente, los estudiantes solicitaron que Ingenieros presidiera el acto, pero este habría respondido: “Aquí está don Miguel de Unamuno, y donde está don Miguel de Unamuno está siempre la presidencia”<sup>30</sup>.

El evento y, sobre todo, el discurso pronunciado por Ingenieros, adquirieron una proyección internacional y convirtieron al argentino en el centro de atención de diplomáticos, estudiantes e intelectuales. Por otro lado, el acto de desagravio en sí, como señaló Carlos Quijano en su discurso, trascendía el conflicto entre México y los Estados Unidos, y se vinculaba a temas más amplios como el antimonroismo y, sobre todo, el antipanamericanismo. El joven Miguel Ángel Asturias introdujo una reflexión sobre la dimensión étnica. Para el escritor guatemalteco y futuro ganador del Premio Nobel:

[...] Al indio lo mismo le da que lo oprima, como lo oprime, un Señor terrateniente que habla español, como que mañana sea un Señor rubio que hable inglés. Para el indio ambos idiomas son extraños, y, además, no siendo propietario ni de un palmo de tierra, no se le puede pedir que defienda lo que no tiene [...].

Haya de la Torre, por su parte, prefirió hablar en nombre de su generación “perseguida, heroica y cansada de palabras inútiles”, pero señalaba que el chovinismo de cada país de América Latina era funcional al imperialismo y que, por lo tanto, era necesaria la integración de los países de la región.

El discurso de Ingenieros fue el último y de lejos el más extenso (duró más de dos horas, y por eso no fue publicado en su totalidad), y abarcó una amplia gama de temas. Comenzó comparando al “cazador de elefantes” Theodore Roosevelt con el “catedrático” Woodrow Wilson, recordando las expectativas que él (Ingenieros) había puesto en este último, expectativas que se habían visto defraudadas, ya que “cuando vi el desembarco en Veracruz, me convencí de que eran idénticas la política del catedrático y la del cazador”. Recordemos, sin embargo, que la ocupación de Veracruz por parte del ejército de los Estados Unidos había ocurrido en 1914 y que aún bastante después de ese episodio (al cual Ingenieros no se había referido en su momento) siguió expresando su admiración por el país del norte y por su presidente. Estados Unidos imponía su imperialismo, señalaba ahora Ingenieros, sobre todo en países grandes y geográficamente alejados, forzando la toma de empréstitos.

En este discurso, Ingenieros se dio el lujo de elogiar a su antiguo enemigo, Roque Sáenz Peña, muerto hacía ya una década: “En el Congreso de Derecho Internacional, el delegado argentino Dr. Roque Sáenz Peña, opuso el concepto de América para los norteamericanos el de ‘América para la Humanidad’”. También rescató la postura neutralista de Hipólito Yrigoyen durante la Gran Guerra, aunque destacó que “nunca fui partidario ni amigo” del líder radical. Concluía su discurso señalando que “en América hemos sufrido de un nacionalismo de barrio, de un nacionalismo provinciano, que cultivan los Estados Unidos para evitar la creación de pueblos grandes que puedan hacerse respetar”.

El éxito obtenido por Ingenieros en París fue completamente inesperado, como lo confesaba a Eva en una carta del 15 de junio en la que destilaba desprecio apenas disimulado por algunos de sus interlocutores: “se ha corrido la voz de mi presencia aquí entre los sudamericanos y he tenido toda la mañana un ‘consultorio’ de diplomáticos, escritores y poetas tropicales. He tenido que recibir en mi dormitorio, lo que me ha hecho sentir una vez más la disparidad entre mi rango y mi situación”<sup>31</sup>. Pocos días después, el 18 de junio le comunicaba a Eva que: “Sobre el pucho y con la gente que se presentó he formado un Comité Latino Americano [...]. En la semana próxima celebraremos una gran asamblea de adhesión a los principios de la Unión Latino Americana y



a la declaración mexicana. En fin, un programita de garufa para ocho días”. Y más adelante, en la misma misiva: “Lo que he conseguido en dos días, de improviso y sin conocer a nadie, es increíble”. Tres días más tarde, volvía sobre el tema en otra carta: “Aquí las cosas se me han dado vuelta favorablemente y he entrado en un período de actividad inesperado. Las circunstancias me han puesto en una posición de mesías de los latinoamericanos. Es cosa de cuento de hadas”. Al mismo tiempo, en otro de sus típicos ataques de hiperactividad, consideraba la posibilidad de “dejar organizada una Federación Universitaria y un Comité de intelectuales permanente, además del Comité de Solidaridad que ya funciona [...] con el concurso de Unamuno, Vasconcelos, Ugarte, [Eduardo] Ortega y Gasset, Haya de la Torre, etc., que la casualidad me ha permitido reunir aquí”<sup>32</sup>. Al mismo tiempo, le escribía a Aníbal Ponce el 21 de junio: “Inesperadamente, desde hace quince días, he entrado en un período de actividad vertiginosa [...]. Yo me he limitado a decir que no me junto con nadie para hablar, sino para hacer”<sup>33</sup>.

Cuando Ingenieros finalmente decidió aceptar una invitación formulada por el presidente de México para visitar ese país (una vez más, como había sido el caso con su relación con Roca, dejaba claro que no aceptaría que se le pagara el pasaje), el viaje estuvo a punto de verse frustrado por una actitud poco clara por parte de la legación mexicana en París, que Ingenieros consideró irrespetuosa<sup>34</sup>. Sin embargo, el presidente Plutarco Elías Calles lo terminó convenciéndolo de que realizara el viaje, luego de las disculpas correspondientes.

## INGENIEROS EN MÉXICO: DE LA EXPECTATIVA AL DESENCANTO

Hasta aquí hemos visto a Ingenieros como un latinoamericanista triunfal, cuyas obras circulaban a lo largo y ancho del subcontinente, que en la década de 1920 fue proclamado varias veces “maestro de la juventud”, y cuya apoteosis se produjo poco antes de su muerte, con su viaje triunfal a México donde fue recibido con honores de Estado por el presidente Calles en persona, con quien inauguró una estatua en homenaje al fusilado Carrillo Puerto<sup>35</sup>. Pero, como sucede a lo largo de toda su trayectoria, los aspectos “diurnos” de la misma esconden los aspectos “nocturnos”, menos claros, menos triunfales y, por lo tanto, menos visibles.

Su llegada a la ciudad de México, que era esperada con mucho interés, no fue, sin embargo, afortunada. Ingenieros se mostró desde el primer momento despreciativo y arrogante con la prensa local. Al bajar del tren que lo traía desde Veracruz, Ingenieros no solamente se quejó del acoso de los fotógrafos, sino que tuvo un ríspido intercambio con periodistas que intentaban entrevistarle: “nada nuevo podría decirles que no lo haya tocado en mis libros. Soy sincero, en ellos podrán encontrar lo que pienso acerca de México [...] copien de mis libros o inventen una entrevista, después de todo bien duchos en esta clase de manejos están Uds. de seguro”.

La prensa local no escondió su enojo con el psiquiatra argentino, a quien bautizaron como “distinguido neurótico”. Así titulaba el diario El Universal una nota sobre el ilustre visitante el 8 de agosto de 1925: “La fruta del camino gustó al Sr Ingenieros. Las explosiones de magnesio, en cambio, le disgustaron extraordinariamente. ¿Qué quieren que diga? Que lean mis libros si quieren saber lo que pienso”. Un periodista del diario El Excelsior, enfurecido por la actitud del argentino, publicó una nota manifestando, “de seguro las conferencias que impartirá [Ingenieros] serán sobre los desequilibrios del sistema nervioso, las inconveniencias del vegetarianismo [Ingenieros se había quejado frente a los periodistas de que solo había comido fruta desde su llegada], y las influencias peligrosas de las exageradas alturas en los hombres mediocres”.

Sin embargo, los problemas no se limitaron al conflicto con la prensa. En

realidad, Ingenieros (así como otros visitantes ilustres que coincidieron de casualidad con él en la visita, como fue el caso del psicólogo Pierre Janet) no parecía dispuesto a cumplir con las expectativas que sobre él se habían depositado. Un periódico obrero de Yucatán, por ejemplo, publicó una nota en la que se señalaba que:

En tanto corren los días nuestros visitantes son agasajados por particulares o bien por las autoridades sin que el pueblo obrero encuentre ventaja en la visita [...] del señor Ingenieros no nos ha llegado aún la noticia de que haya dicho o hecho algo como no sea visitar a “altos personajes de la administración gubernamental”<sup>36</sup>.

Por el contrario, en una visita llevada a cabo unos años antes, Palacios se había entrevistado con dirigentes de la Federación de Estudiantes de México, líderes obreros, había visitado escuelas, etc., aparte de las consabidas visitas al presidente, ministros y políticos. La estadía de Ingenieros fue más corta de lo esperado: solo duró quince días. Durante ese tiempo, nuestro psiquiatra inauguró junto con Calles y el gabinete gubernamental un monumento a Carrillo Puerto, pero el rectorado de la Universidad suspendió el ciclo de conferencias programadas aduciendo “cuestiones de enfermedad”, que bien podrían haber sido ciertas, considerando que le quedaban pocos meses de vida. Como sea, Ingenieros se las arregló para defraudar buena parte de las expectativas que su viaje había generado.

El “giro latinoamericano” fue el último reciclaje de Ingenieros. En este caso, a diferencia de otros, nuestro psiquiatra se montó en una ola ya existente en la que, a juzgar por sus repetidos exabruptos, parecía no confiar demasiado. El líder del latinoamericanismo antiyanqui (que solo algunos años antes había sido un panamericanista convencido) no tenía empachos en mostrar su desprecio (tanto en privado como en público) por aquellos a quienes se había propuesto tutelar.

A pesar de que su pensamiento había sufrido importantes transformaciones desde los tiempos en que consideraba al imperialismo como un fenómeno necesario y beneficioso, ciertos núcleos duros del mismo, asociados a su adhesión al evolucionismo más radical y a sus consecuencias racistas, permanecían

constantes. En todo caso, una vez más, Ingenieros nos mostraba los límites de lo posible en los ámbitos en los que había decidido actuar.

## NOTAS

1 Buena parte de la información para esta sección fue obtenida en el archivo de Ernesto Quesada, en el IAI.

2 Aparentemente, ni siquiera el presidente Wilson se habría salvado de caer víctima de una de las bromas de Ingenieros. Cuando la delegación fue recibida por el presidente de los Estados Unidos, Ingenieros se habría presentado como “Benito Villanoivas”, según el recuerdo de Carlos Octavio Bunge. Ver “José Ingenieros y el humorismo activo”, Caras y Caretas, 2 de octubre de 1926.

3 En febrero de 1916, Salvatore le escribió una carta a Félix Icasate Larios pidiéndole noticias de su hijo José, que se hallaba en los Estados Unidos y que aparentemente hacía tiempo que no les escribía a sus padres. Salvatore señalaba que la falta de noticias no lo inquietaría “conociendo el carácter de José [...] a no ser por la pobre mi señora que, como toda buena madre, vive soñando siempre con sus hijos y los nietos”. Salvatore se atrevía a molestar a Icasate Larios porque este era el amigo más fiel de José, y porque “no me cabe la menor duda de que Ud. nunca jamás en la vida dio motivos a su querida mamá de vivir intranquila por falta de noticias [...] una simple postal”. FJI A.6.3 SAA/8-4/10.1 Doc. 26 Carta de Salvatore (firma Salvador) a Félix Icasate Larios del 4 de febrero de 1916.

4 FJI A.6.2 SAA/8.4/9.3 Doc. 110. Carta de José Ingenieros a Félix Icasate Larios desde el Canal de Panamá, s/f (1915).

5 González, Osmar, “Del Novecientos al Centenario. La influencia de José Ingenieros en dos generaciones en el Perú”; y Melgar Bao, Ricardo, “José Ingenieros en el imaginario intelectual y político peruano. Más allá de la recepción aprista”. Ambos artículos aparecieron en Políticas de la Memoria, 13 (verano 2012-2013).

6 Valdelomar, Abraham, “Una hora con un hombre célebre. Cómo es José Ingenieros”, La Crónica, 26 de noviembre de 1916, p. 41. Reproducido en

Políticas de la Memoria, 13 (verano 2012-2013), pp. 94-95.

7 Melgar Bao, “José Ingenieros”, p. 34.

8 FJI A.2/SAA/8.4/9.3 Doc. 111. Carta de José Ingenieros a Félix Icasate Larios del 2 de febrero de 1916.

9 Yankelevich, “Las redes intelectuales de la solidaridad latinoamericana. José Ingenieros y Alfredo Palacios frente a la Revolución Mexicana”, Revista Mexicana de Sociología, 58 (4) (octubre-diciembre de 1996), pp. 127-149.

10 FJI A.6.1/SAA/8.4/2.1 Doc. 82. Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros del 13 de abril de 1921.

11 Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros del 10 de octubre de 1921, citada por Yankelevich, Pablo, “José Ingenieros y la Revolución Mexicana”, Políticas de la Memoria, 13 (verano 2012-2013), p. 121. Entre los corresponsales de Ingenieros en México, Yankelevich menciona a Adalberto Tejada, gobernador progresista de Veracruz; al escritor Genaro Estrada, el historiador Alfonso Teja Zabre, el político y diplomático Rafael Nieto, y Aron Sáenz, futuro canciller durante la presidencia de Calles. El presidente Álvaro Obregón también se carteaba con Ingenieros y le informó personalmente del traslado del diplomático Carlos Trejo Lerdo de Tejada de Santiago de Chile a Buenos Aires. “Ibid.”, p. 126.

12 “Interesantísima carta del doctor don José Ingenieros al Líder Obrero, Felipe Carrillo Puerto, fechada el 1.º de junio de 1922”. Reproducida en Eco Peninsular, 9 de agosto de 1922.

13 FJI A.6.1/SAA/8.4/2.1 Doc. 92. Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros del 15 de junio de 1923.

14 Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros del 1.º de abril de 1923. Reproducida en D’Amato (2015), p. 129.

15 FJI A.6.1/SAA/8.4/2.1 Doc. 83. Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros, s/f.

16 El Popular, Mérida. Cit. en Yankelevich, “Las redes”, p. 136.

17 En febrero de 1923, Carrillo Puerto le escribía acerca de este discurso –que ya había circulado en México– que “el discurso de Ud. ha sido uno de los mejores motivos de entusiasmo que en los últimos días he sentido [...] constituye una saludable y oportuna llamada a la raza, con el prestigio de ser hecha esta llamada por una de sus más altas cumbres cerebrales”. FJI A.6.1/SAA/8.4/2.1 Doc. 89. Carta de Felipe Carrillo Puerto a José Ingenieros del 9 de febrero de 1923.

18 Carta de José Ingenieros a Felipe Carrillo Puerto del 1.º de julio de 1922. Cit. en Yankelevich, “Las redes”, p. 135.

19 FJI A.6.1/SAA/8.4/8.2 Doc. 12. Carta de José Vasconcelos a José Ingenieros del 29 de agosto de 1921.

20 Solo para mencionar unos pocos ejemplos, el discurso fue recibido con una nota positiva aparecida en Repertorio Americano el 26 de febrero de 1923: “Una idea de José Ingenieros”. La misma nota apareció un día después en El Tiempo de Panamá y en El Trabajo de San José de Cúcuta en Colombia. También aparecieron comentarios en la prensa brasileña: ver, por ejemplo: Prazeres, Otto, “União Latino-americana” en Brasil-Ferrocarril, 3 de mayo de 1923. El artículo comienza caracterizando a Ingenieros como “uma das glorias contemporâneas da mentalidade sul-americana”. También aparecieron numerosas notas en Puerto Rico y Cuba.

21 Ver, por ejemplo, Orts González, Juan, “Carta abierta al Dr. José Ingenieros”, La Nueva Democracia (Nueva York), vol. IV, n.º 2 (febrero de 1923).

22 Pita González (2009), p. 25.

23 Palacios también había establecido una relación epistolar regular con Carrillo Puerto, a quien había visitado en Yucatán durante su viaje a México de 1923. Martín Bergel menciona, entre otras instituciones creadas entre 1924 y 1925, aparte de la ULA, la “Liga Antiimperialista de las Américas”, dirigida por Julio Mella y Diego Rivera; la “Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos”, impulsada por Quijano desde París y, por supuesto, APRA. Ver Bergel, Martín, “América Latina, pero desde abajo. Prácticas y representaciones intelectuales de un ciclo histórico latinoamericanista, 1898-1936”, Cuadernos de Historia, n.º 36 (junio de 2012), pp. 7-36. Manuel Seoane dirigía la célula APRISTA de Buenos Aires y, además, era secretario de ULA.

24 FJI A.6.1 SAA/8.4/6.2 Doc. 81. Carta de Arturo Orzábal Quintana a José Ingenieros del 1.º de julio de 1925. Subrayado en el original.

25 Julio Barcos, antiguo anarquista luego devenido en radical, le había escrito en 1920: “Ayer fui su crítico acerbo, hoy soy su mejor admirador y no vacilaría en convertirme a mi regreso al país en uno de los auxiliares de su estado mayor, si como abrigo la esperanza, Ud. considera apreciable y eficaz mi esfuerzo en tal sentido”. FJI A.6.1/SAA/8.4/1.3 Doc. 28. Carta de Julio Barcos a José Ingenieros del 2 de octubre de 1920.

26 Carta de Arturo Orzábal Quintana a Manuel Ugarte del 26 de abril de 1927. AGN. Archivo Manuel Ugarte, T V; fs. 43-44.

27 En un principio, Ingenieros había declinado la invitación debido al mal estado de salud de su madre; pero la muerte de esta en abril de 1925 lo inclinó a emprender el viaje. Se embarcó el 2 de mayo.

28 FJI A.6.1 SAA/8.4/5.4 Doc. 44. Tarjeta postal de Vicente Martínez Cuitiño a José Ingenieros del 15 de setiembre de 1924. Subrayado en el original.

29 Yankelevich, Pablo, “Las redes intelectuales de la solidaridad latinoamericana. José Ingenieros y Alfredo Palacios frente a la Revolución Mexicana”, Revista Mexicana de Sociología, 58 (4) (octubre-diciembre de 1996), pp. 127-149.

30 Estos datos están recogidos de un texto a máquina firmado por el pintor cubano Armando Maribona (uno de los organizadores del acto) y Rolando Martel. FJI A.6.1/SAA/8.4/5.4.

31 FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 62. Carta de José Ingenieros a Eva del 15 de junio de 1925. Énfasis mío.

32 FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 63. Carta de José Ingenieros a Eva del 18 de junio de 1925.

33 Cit. por Agosti, Héctor P., “Aníbal Ponce. Memoria y presencia” en Ponce, Aníbal, Obras completas (Buenos Aires: Cartago, 1974), vol. I, pp. 52.

34 FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 53. Borrador de telegrama de José Ingenieros a Plutarco Elías Calles donde se lee: “Conducta extraña desatenta Legación y



Consulado México en París me inducen a suspender mi viaje a ese suponiendo que puede ser inoportuno. De todas maneras, reciba su excelencia mi agradecimiento por honrosa invitación. José Ingenieros”.

35 Ingenieros y Calles había intercambiado telegramas y comunicaciones desde 1924 al menos. Ese año, el argentino felicitaba al mexicano por su toma de posesión de la presidencia y recibía un telegrama de agradecimiento. Lo mismo con el aniversario de la independencia. Ver FJI A.6.1 SAA/8.4/2.1, Doc. 24 y Doc. 25.

36 “La intelectualidad se conmueve. Janet, Ingenieros, Sux, Tobin”, Pro-Patria. Órganos de la C. Sindicalista de obreros y campesinos (22 de agosto de 1925).

## Capítulo X

### La muerte de José Ingenieros y después...

En sus últimos años de vida, Ingenieros podría haber pensado que, finalmente, “había llegado” donde se había propuesto llegar a lo largo de buena parte de su trayectoria vital en términos de reconocimiento y prestigio. Su obra era ampliamente conocida, leída y comentada no solo en la Argentina, sino a lo largo y ancho del continente. Hacia principios de la década del 20 se comenzaron a escribir libros acerca de su pensamiento. Ya no se trataba de un científico célebre cuyos textos eran reseñados, sino de un “pensador” cuyas ideas merecían algún tipo de exégesis e interpretación. En 1921, por ejemplo, el médico y escritor ecuatoriano Julio Endara publicaba un libro titulado José Ingenieros y el porvenir de la filosofía, mientras en Cuba se escribían volúmenes sobre su obra psicológica<sup>1</sup>. Como vimos, también había devenido en un referente latinoamericano para intelectuales europeos de renombre.

La fama de Ingenieros estaba muy lejos de verse limitada a los círculos letrados, y se extendía ampliamente por fuera de ellos, particularmente entre los jóvenes. Ingenieros se había convertido en una figura pública y popular. Entre finales de la década de 1910 el año de su muerte, nuestro médico recibía regularmente numerosa correspondencia de jóvenes y no tan jóvenes que le solicitaban consejos acerca de las cuestiones más diversas. En una carta de 1918, por ejemplo, una joven de veintidós años lo consultaba por un problema de amor y se dirigía a él porque “conoce el espíritu humano”<sup>2</sup>, mientras que la futura escritora y educadora Herminia Brumana, con apenas veinte años de edad, le pedía consejo acerca de la mejor forma de publicar sus escritos, mientras intentaba seducirlo informándole acerca de su belleza física (“Para propaganda sirve mi figura –soy buena moza”)<sup>3</sup>. En el otro extremo, el propio presidente Yrigoyen se había acercado a él en busca de su opinión y asesoramiento, como ya vimos.

Hacia principios de los años 20, también comenzaron a tener lugar homenajes más o menos populares hacia su persona. En 1921, por ejemplo, se creó en

Rosario una biblioteca que llevaba su nombre. Como él mismo le habría dicho a Quesada, en Argentina lo que vendía era su nombre más que el contenido de sus libros, y su fama dependía directamente de su productividad: “lanzo libro tras libro, lo que no deja enfriar el entusiasmo”. El dibujante Pelele señalaba algo similar luego de la muerte de Ingenieros: “El Ingenieros persona continúa desplazando la obra de Ingenieros”<sup>4</sup>. El nombre Ingenieros se había convertido en una trade mark.

Por otra parte, Ingenieros podía considerarse exitoso también en lo que se refería a su capacidad de integrarse en los espacios de sociabilidad de la elite. Al momento de su muerte era miembro de la Sociedad Rural Argentina, del Jockey Club, de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires y del Club Belgrano. Habían quedado muy atrás los tiempos en que el “compatriota de D’Annunzio” no era bienvenido en el Jockey. Aunque no podía considerarse rico, su actividad profesional, los derechos de autor de sus libros y, probablemente, los aportes de la familia Rutenberg le aseguraba una holgura económica suficiente como para poder enviar a su familia (junto con el personal doméstico) durante tres meses de vacaciones a Mar del Plata. Ingenieros, como buen padre de familia burgués, solo se reunía con ellos los fines de semana o cuando su consultorio lo permitía. Sin embargo, como veremos enseguida, las distancias entre sus expectativas de “rango” y su realidad seguían provocándole ansiedades cada vez más profundas.

Ingenieros siempre había sostenido que le sentía más miedo a la vejez que a la muerte, y el 31 de octubre de 1925 se cumplió su deseo tantas veces expresado de morir joven: no había alcanzado el medio siglo de vida. A lo largo de su vida, se había jactado de poseer una salud de hierro. En la nota que Mundo Estudiantil le realizó en 1915 –aquella en la que había hecho alarde de su placer por la domesticidad–, había señalado también que: “personas conozco que dicen admirar mi talento; las más de ellas podrían hacer lo que yo hago, con solo poseer mi prodigiosa salud física y mental, y mis hábitos de trabajo”. Ingenieros contaba con que “la máquina” –es decir, su cuerpo y su mente– siguiera funcionando sin sobresaltos por dos décadas más, a fin de poder completar sus numerosos proyectos. Diez años más tarde, sostenía en una nota realizada por Caras y Caretas, realizada poco antes de su último viaje, que “jamás he estado enfermo; nunca he sentido la menor molestia. Cuando yo caiga en cama, será para no levantarme más”. A lo largo de su vida, al menos según el testimonio de su hija Delia, Ingenieros solo había sufrido una intervención quirúrgica en los cornetes en 1911 por problemas respiratorios que no pudieron ser del todo solucionados por la cirugía. Su “salud de hierro”, asociada a su imagen de self-

made man, era parte de la representación que nuestro psiquiatra se esforzaba por construirse para sí.

Como ocurría en otros aspectos de la vida de Ingenieros, sin embargo, este alarde de salud inquebrantable constituía la dimensión “diurna” de su vida. Había también otra “nocturna”, que lo muestra como alguien que, desde joven, había vivido obsesionado por la inminencia de la muerte. Por otro lado, hay indicios que permiten inferir que su estado de salud general era menos perfecto de lo que quería hacer creer. Para empezar, como él mismo reconocía en 1915, sus hábitos de trabajo distaban de ser saludables. Aunque no bebía alcohol, Ingenieros era un fumador compulsivo. Si creemos en sus propias palabras, dormía muy pocas horas, ya que durante el día se ocupaba de sus actividades más lucrativas (o no tanto, como era el caso de sus siempre deficitarios proyectos editoriales) y, por las noches, de su producción intelectual. Este ritmo de vida difícilmente pudiera ser sostenible en el largo plazo e indudablemente tuvo efectos negativos sobre su salud: sufría de fuertes jaquecas periódicas y, sobre el final de la década de 1910, como ya se mencionó, tuvo dos episodios serios de expectoración de sangre (en un caso, según le comentaba a su madre, había expectorado más de medio litro). El 17 de febrero de 1921 le escribía a ella, más de un año después del último de estos episodios:

Comprenderás ahora por qué, hace ya dos años, escribí a papá que había hecho testamento. Las últimas palabras de mi volumen *La Revolución* quedan así explicadas, como así también la referencia en el prefacio de *La locura en la Argentina*, escrita apresuradamente después de la segunda hemoptisis. No pudiendo cerrar el consultorio y retirarme algunos años a un clima de montaña, como los médicos me aconsejan [...] he fijado mi domicilio en Belgrano, donde no faltan ni aire ni sol [...]. La causa de todo es el excesivo trabajo de seis años, verdaderamente sobrehumano, en el consultorio por la tarde, y en mi mesa de trabajo por la noche, hasta el alba<sup>5</sup>.

Ingenieros atribuía sus problemas graves de salud a su trabajo “sobrehumano” que, precisamente, era posible llevar a cabo debido a su supuesta salud de hierro.

A pesar del ritmo de hiperactividad frenética que Ingenieros mantuvo hasta el

final de su vida, algunos de los que lo vieron antes de su último viaje (que, como vimos, estuvo signado por problemas de pareja y crisis en su vida doméstica), entre ellos Ernesto Quesada, señalaron que nuestro médico había expresado signos de cansancio y cierta desazón por el fracaso económico de sus empresas editoriales, en particular de la colección “La Cultura Argentina”. Ernesto Mario Barreda, quien lo entrevistó para Caras y Caretas en 1925, recordaría luego de la muerte de Ingenieros que, durante el encuentro, este le había mostrado unas píldoras, diciendo que, en caso de enfermedad, no dudaría en tomar una de ellas que lo llevaría a la muerte inmediatamente<sup>6</sup>. Esta revelación estuvo, probablemente, vinculada a la versión que circuló luego de la muerte de Ingenieros en el sentido de que se habría suicidado, lo que forzó a la familia a exhibir el cadáver semidesnudo a la prensa, a efectos de desmentirlo<sup>7</sup>.

Lo cierto es que, antes de partir hacia Europa, aunque parecía gozar de un buen estado de salud general, Ingenieros había mostrado signos de agotamiento. Eva le había señalado a Barreda, frente a una pregunta de este acerca de si su marido tenía algún viaje programado, que ella consideraba que debía realizarlo pronto porque la vida pasaba rápido. Probablemente, como se vio, tenía también otros motivos para querer separarse por un tiempo de su marido. Sin embargo, ya durante el viaje, Ingenieros comenzó a manifestar preocupaciones por su salud e indicios de estar sufriendo una depresión. A Francisco de Veyga le escribía desde La Habana (camino a México) el 5 de agosto: “Ya me quedan pocas cartas en la mano y muy tentado estuve de irme a barajas; pero seguiré la jugada un rato más, por mi mujer y mis hijos, aunque ya con más resignación que interés”<sup>8</sup>. “Irse a barajas” puede ser interpretado como fantasías suicidas. De Veyga recordaría también que Ingenieros se había quejado desde La Habana de problemas estomacales.

A pesar de estos inconvenientes, Aníbal Ponce recordaba que Ingenieros volvió de México con entusiasmo y proyectos: tenía intenciones de completar Las fuerzas morales, el último volumen de La evolución de las ideas argentinas, retocar el Tratado del amor, comenzar a redactar unos Principios de metafísica y un texto sobre genética de las sensaciones. Sin embargo, ya antes de su viaje a Europa, Ingenieros había donado toda su biblioteca a la Sociedad Luz, vinculada al Partido Socialista. Qué lo motivó a esto es imposible de saber, pero tal vez se debiera a la conciencia de que el tiempo que le quedaba de vida era poco<sup>9</sup>. Por otro lado, su amigo, el crítico teatral Nicolás Coronado, se llevó una impresión bien diferente de la de Ponce. Recordaba el estado de desazón en que había encontrado a Ingenieros pocos días después de su regreso de México. Este le

habría dicho, según Coronado le contó a Delia en 1954:

Estoy muy amargado. Todas mis luchas han sido inútiles; en cualquier otra parte del mundo gozaría de mayor consideración que aquí. No se me respeta. He fracasado en mi proyecto de hacer una gran editorial, por la suba del papel [...]. Escribo libros para cincuenta personas<sup>10</sup>.

Frente a las protestas de su amigo, Ingenieros habría insistido: “[...] he fracasado en mi propósito de hacer lo que quiero. Solo quiero vivir para escribir la Metafísica de la experiencia [...]” y, volviendo a su obsesión de siempre, es decir, el dinero y la discrepancia entre sus expectativas y su “rango”, agregaba: “[...] comprendes que yo no debería tener preocupaciones económicas, y puse grandes esperanzas en la editorial. El trabajo del consultorio me mata y me desagrada”. El antiguo simulador se negaba ahora la posibilidad de serlo: “yo podría hacer mucho dinero fingiendo aplicar tratamientos raros [...]. La gente se sugestiona. Pero no puedo hacer esa simulación que me volvería millonario. Yo necesito un Rolls Royce o un revolver Colt”<sup>11</sup>. Es decir, las opciones que vislumbraba Ingenieros eran por entonces el éxito económico o la muerte (el suicidio). Resulta imposible determinar hasta qué punto los recuerdos de Coronado, narrados tres décadas después de los hechos, se mantenían fieles a lo que había efectivamente ocurrido. Lo cierto es que, recogiendo los distintos testimonios, pareciera que, cuando volvió de México, Ingenieros estaba pasando por algún tipo de crisis depresiva vinculada, por un lado, a su terror a la vejez y, por el otro, a posibles problemas de salud y a cierta intuición sobre la cercanía de la muerte. Coronado no abonaba la tesis del suicidio, pero, sin embargo, sostuvo que Ingenieros se dejó morir y que sufría de una intensa depresión.

La enfermedad que finalmente condujo a Ingenieros a la muerte comenzó de manera inesperada. Según el testimonio de su amigo Alberto Pezzi:

La enfermedad de Pepe Ingenieros comenzó con una hinchazón en la frente que lo obligaba a ponerse la galera hacia atrás. Se sonaba la nariz continuamente hasta la pérdida de sangre [...]. Para poder ir una noche al teatro con nuestras esposas, debió tomar antes muchas aspirinas<sup>12</sup>.

Varios de sus amigos más íntimos comenzaron a preocuparse por su salud. Además, Ingenieros mostraba una profunda desconfianza por sus colegas médicos y se negaba a hacerse revisar, según recordarían Aníbal Ponce y Francisco de Veyga. “Consideraba a la enfermedad como una humillación y tenía por la ciencia de los colegas un escepticismo bondadoso”, señalaba Ponce.

Finalmente, Pezzi logró convencer a su amigo de que realizara una consulta con el prestigioso cirujano Carlos Robertson Lavalle. El paciente conservaba su buen humor: en la sala de espera, vio a su amigo Eduardo Maglione, presidente del Club Belgrano, y lo convenció de que entraran a la consulta juntos: “hablaré como si el enfermo fuera Maglione”, dice Pezzi que dijo Ingenieros. Ante los síntomas del paciente, Robertson Lavalle recomendó (siempre según el testimonio de Pezzi) la realización de estudios radiológicos y otra consulta con el Dr. Eliseo Segura, un reconocido otorrinolaringólogo. Ingenieros se negó con el argumento de que: “ya les di mucho que ganar a los radiólogos. Además, si me saco la radiografía, a lo mejor Segura me quiere operar, y los que se operan en estas condiciones quedan locos o idiotas”. Muchos años más tarde, en 1940, Robertson Lavalle le diría a su entonces alumna en la Facultad de Medicina, Amalia Ingenieros, que en realidad no había otorgado demasiada importancia a los síntomas de su padre, pensando que se trataba de una sinusitis frontal.

El estado de Ingenieros pareció mejorar, pero a los pocos días se deterioró muy rápidamente. El 30 de octubre a la noche, se encontraban junto a él su viejo amigo Francisco de Veyga y su discípulo, amigo y vecino Aníbal Ponce, quien lo acompañó hasta el final. De Veyga sospechó de inmediato la presencia de una meningitis. Recordaba:

Le hicimos presente a la señora la necesidad de practicarle un examen serio, venciendo las resistencias que él oponía a toda intervención médica extraña. A las 11 de la noche intervino también el doctor Eusebio Gómez y procuramos la presencia del doctor Miguel Ángel Marini. A esa hora el estado de Ingenieros era ya alarmante. La enfermedad evolucionó tan rápidamente que el doctor Marini notó en seguida una meningitis grave.

Ya era el final, pero sus amigos todavía esperaban que Ingenieros los sorprendiera con alguna de sus bromas habituales. Como parte de un examen neurológico, Marini le mostró un dedo al paciente y le preguntó cuántos veía. Ingenieros respondió que uno. Era el número correcto, pero Eusebio Gómez reflexionó: “Si no añadió alguna chiscada fuerte como es su costumbre, es porque Ingenieros se muere”. La muerte ocurrió efectivamente a las 6.50 de la mañana del 31 de octubre de 1925. Sobre su escritorio, se encontró el manuscrito de *Las fuerzas morales*, en cuyo prólogo se lee:

Cada generación renueva sus ideales. Si este libro pudiera estimular a los jóvenes a descubrir los propios, quedarían satisfechos los anhelos del autor, que siempre estuvo en la vanguardia de la suya y espera tener la dicha de morir antes de envejecer.

La reacción de Eva y de Delia frente a la muerte de Ingenieros desconcertó a Amalia, o por lo menos eso es lo que ella recordaría décadas más tarde. Aparentemente, Delia habría dicho:

Para que se hubiera quedado loco, es mejor que haya muerto. Yo [Amalia] pensé que Delia era un monstruo por decir tales cosas, pero ahora pienso que se las había oído decir a mamá. Cuando mamá nos anunció su muerte, en ese momento no lloraba, cosa que me extrañó mucho<sup>13</sup>.

Esta supuesta indiferencia de Delia puede tener explicaciones. Aunque ella dedicó buena parte de su vida a cuidar (y construir) la memoria de su padre, los recuerdos que tenía de su relación con él –y de él como padre– resultaban bastante ambiguos. Ingenieros gastaba algunas de sus típicas bromas a sus hijos pequeños y estas no siempre eran bien recibidas. Delia, además, lo recordaba como a alguien insensible a la miseria ajena. Por otra parte, aunque el mantenimiento de la disciplina familiar estaba a cargo de Eva, Ingenieros parece haber sido particularmente severo con su único hijo varón, Julio.



El cadáver de Ingenieros fue embalsamado por el Dr. Isaac Prini a un costo de seis mil pesos (el otro médico interviniente, el Dr. Emilio Flores, decidió renunciar a sus honorarios en homenaje al muerto ilustre) y, poco después, a pedido del propio Ingenieros, fue cremado en el Cementerio de la Chacarita. Desde fines del siglo XIX la masonería había sido muy activa en promover la cremación de cadáveres; Ingenieros había registrado su nombre en una asociación destinada a este fin. El servicio fúnebre con carruaje, lacayo, dos berlinas y veinte carruajes para asistentes costó mil cuatrocientos pesos. Al morir, José Ingenieros dejó un patrimonio valuado en 146.771 pesos, según la tasación judicial.



## Foto 19: Máscara mortuoria de José Ingenieros

Cortesía de CeDInCI

La muerte de Ingenieros fue reportada en más de ochenta diarios en el país y en el extranjero. La Vanguardia le dedicó una nota de dos columnas en la primera página en la que se resaltaba su integridad moral, a pesar de su eclecticismo y sus contradicciones doctrinarias<sup>14</sup>. La Nación, La Prensa, Crítica y muchos otros periódicos dedicaron páginas al ilustre muerto durante varios días. Los homenajes, tanto oficiales como privados, se multiplicaron rápidamente. Los oficiales incluyeron minutos de silencio en su memoria tanto en el Senado como en la Cámara de Diputados de la Nación. Por otro lado, la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires anunció que se haría cargo del mantenimiento del monumento esculpido por el escultor Troiano Troiani que se erigiría en el Cementerio de la Chacarita y que sería costeadado por sus amigos.

El día de su sepelio, hubo una extensa lista de oradores. Entre muchos otros, hablaron su antiguo amigo y entonces ministro de Justicia e Instrucción Pública, Antonio Sagarna, en representación de sus amigos; Alejandro Korn, por la Facultad de Filosofía y Letras, Nerio Rojas (hermano de Ricardo), en representación de la Universidad de Buenos Aires, así como el ministro de México, Carlos Trejo y Lerdo de Tejada. La Facultad de Medicina, diversos centros de estudiantes y otras instituciones vinculadas al mundo académico, así como varias asociaciones culturales, también multiplicaron los homenajes que se repetirían a lo largo de los años. Asimismo, se honró la memoria de Ingenieros en otros países de América Latina<sup>15</sup>. Mientras tanto, en su número de febrero de 1926, la revista Inter-America publicaba un artículo de dos páginas del periodista y ensayista cubano Alberto Lamar Schweyer (con quien Ingenieros había mantenido una relación epistolar) sobre la contribución de Ingenieros al pensamiento americano<sup>16</sup>.

También en el país se llevaron a cabo numerosísimos actos en su memoria. Ya el 3 de noviembre (es decir, a pocos días de su fallecimiento), Crítica informaba a sus lectores que las sociedades vecinales de Villa Adelina habían remitido una nota a la Dirección General de Ferrocarriles solicitando el cambio de nombre de la estación de aquella localidad por el de José Ingenieros. Un año más tarde, el

23 de diciembre de 1926, se realizó un acto conmemorativo en Pergamino que congregó a dos mil personas. Paralelamente, los vecinos del partido de Vicente López también solicitaban que se impusiera el nombre de Ingenieros a una calle que lo lleva hasta el día de hoy; en noviembre se creaba en Santa Fe una Biblioteca José Ingenieros y, un año más tarde, se sumaba a las asociaciones que honraban su memoria una “Asociación José Ingenieros” ubicada en la calle Bartolomé Mitre 2430. Luego habría una localidad “José Ingenieros” en el Partido de Tres de Febrero, además de escuelas, calles...



INGENIERUS

INGENIERO  
1884-1964  
INGENIERO DE PROFESION  
INGENIERO DE OFICIO  
INGENIERO DE OFICIO  
INGENIERO DE OFICIO  
INGENIERO DE OFICIO

Foto 20: Monumento de homenaje a José Ingenieros en la puerta del crematorio del Cementerio de Chacarita

Sin embargo, la trayectoria póstuma de Ingenieros tampoco estuvo exenta de claroscuros. Como a lo largo de su vida, también después de su muerte es posible seguir ambos caminos: el “diurno” y el “nocturno”. El monumento de Troiani, un modesto monolito con una placa de bronce con su retrato, era considerado “provisorio”, puesto que estaba prevista la erección de otro de características grandiosas. No necesito decir que este último jamás fue inaugurado y el monumento de Troiani es el que existe hasta el día de hoy en la puerta del crematorio del Cementerio de Chacarita. Por otro lado, aunque a lo largo de los años, amigos y representantes de diversas asociaciones culturales y científicas se siguieron reuniendo alrededor de su tumba en los aniversarios de su fallecimiento, no resulta claro cuán numerosas resultaban estas concentraciones. En el primer aniversario, la convocatoria tuvo un carácter particular porque fue en esa ocasión cuando se inauguró el monumento de Troiani. Aunque La Nación, La Prensa y La Razón hablaban de una “concurcencia numerosa” (lo que parecía más una fórmula que un reflejo de la realidad), Crítica señalaba que el acto “resultó pobrísimo y apenas se vieron algunas personas de escasa valía intelectual. La juventud estudiosa, protegida por el talento del maestro, no formó parte en el grupo reducido de amigos que inauguraron el mausuleo (sic). El homenaje se realizó entre una frialdad y una indiferencia inconcebible”<sup>17</sup>. Mientras el diario de Botana lamentaba la escasa concurrencia al homenaje, La Fronda la celebraba: “El público no respondió a la invitación y exhortaciones de los organizadores de la póstuma ceremonia”<sup>18</sup>. El diario de la derecha no le perdonaba al autor de El hombre mediocre sus simpatías con la Revolución Soviética.

¿Cuál era el Ingenieros que quedó en la memoria que sobre él se fue construyendo? Sin duda, no el científico, a pesar de que muchos de los homenajes que se llevarían a cabo a lo largo de los años fueron organizados (aunque cada vez con menos frecuencia) por instituciones vinculadas a la ciencia. Existía un consenso más o menos generalizado, aun entre sus discípulos más cercanos, de que buena parte de las ideas científicas de Ingenieros habían

quedado obsoletas. Tampoco su filosofía fue lo más perdurable de su pensamiento. Desde luego, esto lo manifestaban con mayor claridad aquellos que se ubicaban dentro de corrientes filosóficas que rechazaban el legado del muerto. En el número especial de *Nosotros* publicado en homenaje a Ingenieros en 1926, la evaluación de Homero Guglielmini fue brutal. En un tono que distaba mucho del esperado en un homenaje como el que se intentaba brindar a la memoria del muerto ilustre, sostenía:

Ingenieros ha prestado un servicio inestimable a la cultura del país, y particularmente a las nuevas generaciones: es autor de la síntesis más orgánica y sistemática que haya sido hecha entre nosotros de todo lo que hoy debe ser relegado y superado, y encarna en su personalidad la posición precisamente antagónica a la que el novel pensamiento asume<sup>19</sup>.

Guglielmini había publicado opiniones semejantes durante la vida de Ingenieros. Quesada, por su parte, sostenía que “Cierto es que el transcurso del tiempo es posible [que] haga palidecer no poca parte de sus escritos, y probable es que se practique con ellos más tarde una selección adecuada”<sup>20</sup>. Otro amigo de la juventud, Roberto J. Payró, decía de Ingenieros: “[...] me parecía un exaltado, poco apto para la fría investigación científica, y más bien un demolidor que constructor [...]”<sup>21</sup>. Pero aún Alberto Palcos, uno de sus discípulos más directos, veía en Ingenieros al representante de una era de transición entre el polígrafo y el especialista<sup>22</sup>. Pelele consideraba que no había sido en el campo de la psiquiatría “donde haya dejado su huella más profunda”<sup>23</sup>. Gregorio Bermann, otro de sus colaboradores más cercanos, por su parte, rescataba en 1929 la influencia que sobre él había ejercido la filosofía de Ingenieros (junto con la de Alejandro Korn), pero señalaba, a la vez, que “el tiempo, implacable, podrá devorar mucha de su labor”; *Histeria y sugestión* “ya había nacido vieja” a juicio de Bermann, mientras que *Criminología* le parecía fallada en sus fundamentos, al tiempo que criticaba *Principios de psicología* por haber olvidado el inconsciente. Por entonces, Bermann se estaba acercando al psicoanálisis convirtiéndose luego en uno de sus tempranos difusores en la Argentina. Bermann negaba, en general, originalidad a la obra de su antiguo y admirado maestro<sup>24</sup>.

Pero sería probablemente Arturo Orzábal Quintana el que expresó con mayor

claridad el lugar de Ingenieros en el imaginario social: “Su noble actitud de estos últimos años, frente a los acontecimientos mundiales, le conquistó más popularidad y simpatía, entre los jóvenes, que todas sus producciones científicas y literarias”<sup>25</sup>. Décadas más tarde, como es de esperar, esta valoración negativa de la obra de Ingenieros se profundizaría. En 1955 José P. Barreiro consideraba que el “verdadero Ingenieros” no era en científico sino el militante reformista y antiimperialista, mientras que su biógrafo, Sergio Bagú, rescataba de su obra solamente la historia social y de las ideas; el resto había sido superado<sup>26</sup>.

Sin duda, si hubo una obra por la cual Ingenieros sería recordado, esta fue *El hombre mediocre*. A pesar de su carácter fuertemente elitista y de su tono pomposo, el libro se sigue leyendo hasta el día de hoy. Yo mismo, al dictar un seminario sobre Ingenieros en la Universidad Nacional de Tres de Febrero en 2017, me sorprendí al saber que la mayoría de los alumnos lo habían leído (y apreciado). El Ingenieros que perduró es el moralista, el maestro de la juventud, el intelectual y, en algunos ambientes, el promotor de un supuesto pensamiento progresista nacional.

Desde la izquierda, el Partido Comunista lo exaltó y se apropió tanto de su figura, como de la de su discípulo y colaborador, Aníbal Ponce, aunque ninguno de los dos jamás perteneció al partido (Ponce puede ser caracterizado con más precisión que Ingenieros como un “compañero de ruta”). Ponce pasó a encarnar el mito del intelectual militante marxista, perseguido por el Estado y obligado a exiliarse<sup>27</sup>. Héctor P. Agosti se ocupó de editar sus obras completas y, en 1970, crearía y presidiría la Asociación Amigos de Aníbal Ponce.

¿Qué encontraron los comunistas argentinos en la figura de Ingenieros que pudiera resultar atractivo, más allá de que fuera el mentor intelectual de Ponce? Para contestar a esta pregunta, hay que comprender el lugar que la versión liberal de la historia ocupó en el imaginario de los comunistas locales al menos hasta la Guerra Fría, sobre todo a partir del cambio de orientación que se dio en 1935, cuando, ante la amenaza del fascismo, el VII congreso de la Internacional Comunista cambió la estrategia de “clase contra clase” por una de “frente popular”, que promovía la alianza de los partidos comunistas locales con partidos progresistas “burgueses”. Este fenómeno se articuló, en el caso específico de la Argentina, con las derivas del golpe de Estado de 1930, que resultó en la persecución del Partido Comunista y de otros sectores progresistas del espectro político. Los avances de una derecha católica, antiliberal y nacionalista, otorgaron más fuerza a una lucha llevada a cabo en nombre de la



libertad y la cultura.

En 1935, Aníbal Ponce fundó la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), a efectos de contrarrestar el avance de las derechas a nivel cultural. En 1937, la asociación contaría con dos mil socios. La AIAPE fue rápidamente hegemonizada por intelectuales comunistas o simpatizantes, incluyendo a Emilio Troise y Gregorio Bermann, aunque era notoria también la presencia de intelectuales liberales. En 1937, se fundó otra organización cultural antifascista: el Comité contra el Racismo y el Antisemitismo. De manera semejante a la AIAPE, esta asociación también sería liderada por comunistas como Troise, pero en su seno albergaría a intelectuales liberales y progresistas y, al igual que AIAPE, también filió sus posiciones en la tradición liberal del país. Aunque no hubo una mirada monolítica sobre el pasado dentro del Partido, lo cierto es que se dio una revalorización de la tradición liberal como contrapartida de los gobiernos “fascistizantes” surgidos a partir de 1930. Como señala Ricardo Pasolini, la articulación entre tradición liberal y comunismo fue una experiencia compartida por una generación de intelectuales comunistas que maduraron alrededor de 1935<sup>28</sup>.

El componente “liberal” de la cultura comunista tuvo mayor significación en Argentina que en otros países de la región, particularmente entre aquellos intelectuales que se proyectaban por fuera del partido y a quienes, como es el caso de Agosti, era posible encontrar publicando textos en ámbitos consagrados del establishment cultural. Por otro lado, el rescate y apropiación de la tradición liberal permitió al Partido Comunista forjarse una genealogía aceptable y compartida con otras fuerzas progresistas, en momentos en que la derecha nacionalista se decantaba hacia una versión del pasado asociada al revisionismo histórico. Esto se potenció cuando, luego de 1941, la URSS pasó a formar parte de las potencias aliadas en la guerra contra el fascismo. Durante esos años se llevaron a cabo los primeros intentos de elaboración seria de una versión de la historia local por parte de historiadores del partido. La estrategia de Frente Popular también cambió el estatuto de los intelectuales, quienes, a partir de la lucha cultural antifascista, pasaron a ocupar un lugar mucho más prominente que en el pasado.

José Ingenieros, con su temprano y continuo apoyo a la Revolución Soviética y su ferviente adhesión al liberalismo y al cientificismo, encajaba bien en el lugar de un “faro cultural” que resultaba compatible con las nuevas orientaciones del comunismo en los años 30. Era concebido como una especie de “mediador”, que

articulaba la tradición liberal argentina con una perspectiva de izquierda, prosoviética, aunque su interpretación de la experiencia rusa era difícilmente compatible con la sostenida por la Tercera Internacional. La noción de Ingenieros, retomada por Ponce, de que los ideales de la Revolución Soviética culminaban de alguna manera los que, en nuestras costas, habían promovido la Revolución de Mayo, era funcional a la idea de desarrollo histórico que promovían los comunistas. La ventaja adicional era, precisamente, que ni Ingenieros ni Ponce pertenecían al partido, hecho que le proporcionaba a sus ideas una dimensión de universalidad mayor.

Si la lucha del comunismo era entendida como un combate entre la civilización y la barbarie fascista, la noción de Ingenieros de que la Revolución Soviética constituía un avance de la civilización de proporciones universales contra las fuerzas retrógradas encajaba bien en el imaginario que intentaba construir el Partido Comunista. Por otro lado, hay que señalar que muchos comunistas (y compañeros de ruta) que luego adquirirían prominencia como cuadros políticos y, sobre todo, culturales dentro del partido habían sido colaboradores estrechos de Ingenieros. Aníbal Ponce, Gregorio Bermann, Ernesto Giudice, Emilio Troise, todos ellos habían estado, en algún momento, cerca del autor de *El hombre mediocre*.

Pero fue seguramente el propio Agosti quien consagró la figura de Ingenieros dentro de la tradición comunista con su libro *José Ingenieros. Ciudadano de la Juventud*, escrito entre 1942 y 1944 y publicado en 1945. Agosti rescataba al Ingenieros tardío, repolitizado y, a la vez, portador de la tradición liberal. En él convergían dos linajes: el de la Primera Internacional (por el lado de su padre) y el de lo mejor de la generación del 80 encarnado por Sarmiento, quien había sido uno de los guías intelectuales de Ingenieros y estaba en vías de serlo también para los comunistas argentinos. Aunque Agosti caracterizaba a Ingenieros como “europeísta hasta la médula”, también señalaba que el médico había practicado un “argentinismo exasperado”. El producto de esta combinación había sido *La evolución de las ideas argentinas*, texto que Agosti caracterizaba como “su canto de amor a la Argentina”, en el que se combinaba un análisis pormenorizado de las influencias extranjeras con un énfasis puesto en las especificidades propias del país en formación. Ingenieros había comprendido que solo por el camino del análisis de lo nacional podía arribarse a una conceptualización de lo universal.

A pesar de su desconocimiento del materialismo dialéctico y de su debilidad teórica en general (“la fe socialista de Ingenieros era más un sentimiento que un

conocimiento”, diría Agosti en su libro), Ingenieros venía a encarnar las virtudes que Agosti y otros como él esperaban de alguien cuya figura pudiera ser apropiada para conformar una genealogía para la intelectualidad comunista local: se trataba de un liberal progresista, científicista, comprometido con la gesta soviética, que pensaba la Argentina desde la Argentina y que, como lo haría Ponce, había articulado los “ideales de Mayo” con los de la Rusia revolucionaria. Como señalaba Agosti,

Ingenieros era un liberal, un liberal avanzado que procuraba iluminar con las luces de los nuevos acontecimientos el liberalismo primordial de sus bienamados del 80. Por ello es posible descubrir estos desencuentros entre su fervor socialista y los modos que propiciaba para tornarlo viable en tierras de América.

Sin embargo, Agosti criticaba las limitaciones del componente antiyanqui existente en el antiimperialismo sostenido por el último Ingenieros, lo cual no debe sorprender en un libro que citaba a Stalin como autoridad teórica, puesto que, en el momento de la escritura del libro, los Estados Unidos y la URSS eran aliados en la guerra contra el fascismo y el nazismo.

Demasiado joven para haber participado de la Reforma Universitaria, Agosti, nacido en 1911, había pertenecido, sin embargo, a la segunda generación de estudiantes que se había socializado con los textos de Ingenieros. Como él mismo recordaba, en la escuela:

De memoria nos repetíamos largas tiradas de La moral de Ulises y en esa urticante disección de los hipócritas aprendíamos a reírnos de los genios de entrecasa, golillas coloniales trepados a la cátedra va a saberse por qué absurdas distorsiones del presupuesto.

Más adelante, reconocía Agosti, había aparecido otra generación de marxistas en América Latina, mejor educada que Ingenieros en los principios de la dialéctica materialista. El cubano Julio Antonio Mella y el peruano José Carlos Mariátegui,

entre otros, relegaron a Ingenieros al rango de representante de una era anterior. Sin embargo, la figura del autor de *El hombre mediocre* adquiriría, en la mirada de Agosti, otro carácter, ya que “trasponía hacia el futuro el fondo liberal de nuestra historia”.

Así concluía lo que podría haber sido la última transformación (esta vez post-mortem) sufrida por José Ingenieros. Pero tal vez no haya sido la última. En 2014, la recientemente creada “Secretaría Estratégica de Coordinación del Pensamiento Nacional”, de corta vida, lo incluía como un eslabón más en la cadena de pensadores “nacionales” cuyas ideas el nuevo organismo se proponía rescatar. Empero, a pesar de las apropiaciones sufridas por la memoria de Ingenieros, tal vez convenga recordar que, como se lamentaba Delia en la conclusión de una biografía de su padre que nunca se publicó:

Hay una tumba de Pepe, donde una urna guarda sus cenizas y donde [...] se pueden enredar, en su recuerdo, algunas flores. Los amigos le erigieron un modesto monolito gris, donde luce su retrato sobre una placa de bronce. Unas matas de pasto y algunos arbustos lo rodean y sirven de paseo y de alimento a hormigas e insectos que aún viven y que andan ajetreados de un lado para otro. Los paseantes se detienen a veces ante la tumba, alguna viejecilla enternecida deja en ella una flor, y asegura que conoció a Ingenieros, o a Pepe, o al doctor que la curó [...] Pero, claro, de su persona, no queda nada<sup>29</sup>.

Recientemente, en una calurosa tarde de diciembre, visité el descuidado memorial de Ingenieros en el Cementerio de la Chacarita. Todavía está en pie el modesto monumento de Troiani y algunas antiguas placas puestas en su homenaje por asociaciones diversas. Algún visitante piadoso (¿alguna de las “viejecillas enternecidas” de las que habla Delia?) había dejado un crucifijo al pie del monumento que honra la memoria del masón, ateo y anticlerical.

## NOTAS

1 González Vélez, José, Resumen sintético y brevísimo del sistema de psicología (método genético) de José Ingenieros (Habana, 1923).

2 FJI A.6.1 SAA/8.4/7.1 Doc. 22. Carta de Sonia Raskolnicoff a José Ingenieros del 22 de setiembre de 1918.

3 FJI A.6.1 SAA/8.4/1.4 Doc. 24. Carta de Herminia Brumana a José Ingenieros del 11 de setiembre de 1920.

4 “José Ingeniero (sic), Ingenieros, apunte de Pelele”, La Argentina, 31 de octubre de 1926.

5 FJI A.6.2 SAA/8.4/10.2 Doc. 37. Carta de José Ingenieros a Marianna del 17 de febrero de 1921. Traducida por Delia. Los textos a los que se refiere son: el prólogo a la Evolución de las ideas argentinas, donde dice: “La muerte es segura [...] y todo hombre tiene la obligación de comunicar a otros los conocimientos que cree útiles”. Y el prólogo de La locura en la Argentina, donde señalaba: “he reunido unos cuantos datos y publicaciones que llegaron a mis manos acerca de locos, alienistas y asilos de la Argentina; constituyen una verdadera historia de la psiquiatría en el país. Pensando que con mi muerte se perderían [...]. Me he decidido a ordenarlos en esta monografía [...]”.

6 Barreda, Ernesto Mario, “José Ingenieros. Una entrevista y una carta”, Nosotros, número extraordinario..., op. cit., p. 516.

7 En la década de 1980, Delia Ingenieros escribió un artículo para la revista Todo es Historia con el propósito de desvirtuar las versiones acerca del suicidio de su padre.

8 Cit. por Delia Kamia (Delia Ingenieros de Rothschild), “Sobre la muerte de José Ingenieros”. Texto a máquina en el acervo del FJI.

9 Sergio Bagú sostiene que Ingenieros tenía por costumbre donar sus libros cada

vez que cambiaban sus intereses intelectuales. Aparentemente, ya lo habría hecho antes de su primer viaje a Europa. Ver Bagú (1953), p. 213.

10 FJI 3.6.1 Carpeta con entrevistas llevadas a cabo por Delia y recuerdos propios.

11 Delia recuerda que Ingenieros le habría dicho a su cuñada Elena antes de su último viaje que su destino era “O un Packard o un Colt (fortuna o muerte)”. FJI Carpeta 3.5.1: “Vida de Pepe”. Se trataría del borrador de una biografía de Ingenieros que Delia estaba preparando.

12 Ibid.

13 Ibid.

14 La Vanguardia, 1.º de noviembre de 1925.

15 Cultura. Revista de Difusión Literaria de Artes y Ciencias, año III, n.º 21 (Manzanillo, Cuba, 20 de noviembre de 1925). Reproducía una nota de El Mundo, de La Habana.

16 Lamar Schweyer, Alberto, “José Ingenieros: his Contribution to American Thought”, Inter-America, vol. IX, n.º 3 (febrero de 1926).

17 “Se rindió hoy homenaje a Ingenieros”, Crítica, 31 de octubre de 1926.

18 “La declinación de un ‘maestro’”, La Fronda, 1.º de noviembre de 1926.

19 Guglielmini, Homero, “Ingenieros y la nueva generación”, Nosotros, número extraordinario..., op. cit., p. 606.

20 Quesada, Ernesto, “La vocación de Ingenieros”, Nosotros, número extraordinario..., op. cit., p. 467.

21 Payró, Roberto J., “Recuerdos”, Nosotros, número extraordinario..., op. cit., p. 470.

22 Crítica, 30 de octubre de 1926.

23 Ver nota 5.

24 Bermann, Gregorio, “La obra científica de Ingenieros”. Discurso inaugural correspondiente a su designación como profesor titular de la cátedra de medicina legal y toxicomanía de la Universidad de Córdoba, La Semana Médica, XXXVI (29) (18 de julio de 1929).

25 Orzábal Quintana, Arturo, “Los ideales políticos de Ingenieros”, Nosotros, número extraordinario..., op. cit., p. 632.

26 Barreiro, José P., “Ingenieros, el animador”; Bagú, Sergio, “Revaloración de José Ingenieros”; ambos en Cursos y Conferencias. Homenaje en el trigésimo aniversario de la muerte de Ingenieros, vol. XLVII, n.º 271 (diciembre de 1955).

27 Aníbal Ponce fue exonerado de sus cargos docentes en el Instituto Superior del Profesorado en 1936, y optó por exiliarse en México, donde murió en 1938 en un accidente automovilístico.

28 Pasolini (2013), p. 11.

29 FJI. Carpeta 3.5.1: “Vida de Pepe”.

## Coda. El Pepe Ingenieros y yo

No se vive impunemente más de diez años con un personaje, aunque lleve siete siglos de muerto.

Jacques Le Goff

Durante los últimos seis años conviví con el Pepe Ingenieros. A lo largo de este tiempo, me sedujo, lo admiré, lo amé y lo odié. En algunos momentos me agotó la paciencia con su pose permanente y su “fumistería” (para usar una palabra de su tiempo). Mi admiración por su inteligencia alternaba con mi desprecio por su carácter de “chantapufi porteño”. Aprendí a no tomarlo demasiado en serio, a descubrir sus originalidades, pero también el resultado de sus lecturas apresuradas y a medio digerir, sus “préstamos”, que a veces lo acercaban peligrosamente al plagio, y su avidez por publicar que, en muchas oportunidades, conspiraba contra el rigor de sus textos.

Llegué a creer que el Pepe y yo habíamos establecido una relación íntima; que, de alguna manera, nos habíamos hecho amigos. Me imaginé más de una vez paseando con él por las calles de Buenos Aires (o, mejor todavía, de París), hablando (y discutiendo) de sociología, de psicología, de mujeres, de política; en fin, de las cosas de que hablan dos amigos que comparten inquietudes intelectuales y de las otras. Mi relación con Pepe me permitió, además, reflexionar sobre otros temas que me interesan: la construcción de saberes de Estado y, sobre todo, las cambiantes relaciones entre intelectuales y poder político en un país como la Argentina. Seguirlo a lo largo de su trayectoria me reveló las posibilidades y los límites de este tipo de relación y la naturaleza siempre ilusoria de cualquier forma de simetría entre el príncipe y el filósofo, entre el saber y el poder.

Creí que había llegado a comprender la personalidad del Pepe Ingenieros mejor que aquellos que lo habían conocido personalmente. Después de todo, yo había podido hacer lo que ninguno de sus contemporáneos hubiera siquiera soñado:



buceé en su correspondencia personal, en lo que le contaba a su novia –que luego sería su esposa–, a su amante chilena, a sus padres, a sus hijos y a sus amigos. Leí lo que escribió, lo que otros pensaban de lo que él escribía, y lo que él pensaba (o decía pensar) sobre lo que los otros pensaban de él. Pude sumergirme en sus problemas de pareja, en los conflictivos (siempre los son) vínculos con sus padres, en sus seguridades y en sus inseguridades.

El primer problema, sin embargo, surgió cuando me di cuenta de una obviedad que, tal vez por serlo –y también seguramente por mi entusiasmo–, se me había escapado casi por completo: el Pepe Ingenieros y yo no podíamos ser amigos por el simple hecho de que, para cuando yo estaba escribiendo este libro, él llevaba más de noventa años de muerto. Desde luego, no me estoy refiriendo (o, mejor dicho, no solamente) a la cuestión banal de la imposibilidad física de conocernos personalmente, sino a algo más profundo, pero no por eso menos obvio: Ingenieros y yo pertenecemos a mundos diferentes y si, por algún milagro, él resucitara y pudiera tenerlo a mi lado, como fantaseé más de una vez, difícilmente podríamos entendernos directamente sin realizar un esfuerzo considerable. Es que el universo de lo pensable y lo decible en que su vida se desarrollaba era radicalmente distinto del mío. Alguien dijo alguna vez que el pasado es un país extraño donde las cosas se hacían de manera diferente<sup>1</sup>; creo que todos los que nos dedicamos al oficio de historiar y, con más razón, los que cometemos la imprudencia de ponernos a escribir biografías, corremos el serio riesgo de olvidar esto, que debería ser el fundamento de cualquier aproximación a nuestro objeto. Yo creía que entendía mucho, pero en algún momento me di cuenta de que, en realidad, no entendía casi nada.

Tuve que hacer un esfuerzo muy grande para reconocer la distancia que me separaba de Ingenieros y de su mundo, es decir, para reconocerlo como un otro, antes de poder entrar en diálogo con él. Me di cuenta de que tenía que reconstruir la alteridad necesaria para poder convertir a mi biografiado en objeto de estudio. Este fue un procedimiento difícil y penoso para un biógrafo inexperto como yo y, tal vez, esto contribuya a explicar la cantidad de años que le terminé dedicando a este proyecto que me iba atrapando cada vez más. Necesité darme cuenta de que Ingenieros y yo (y nuestros respectivos mundos) éramos profundamente distintos para poder, a partir de esta diferencia, intentar comprenderlo, pero por un camino diferente del que había creído posible en un principio; un camino sin duda más tortuoso, pero también más interesante: se trataba de un camino lleno de mediaciones y de obstáculos. Comprendí (tarde, tal vez) que para acercarse productivamente al pasado hay que empezar por

“desaprender”; “saber demasiado” puede resultar (y en general resulta) peligroso<sup>2</sup>.

Una de las mediaciones que se interponían en mi relación con Ingenieros fue, precisamente, el archivo. Encontrarme con un repositorio como el Fondo José Ingenieros alojado en el CeDInCI, al que me había acercado en un principio con la simple intención de satisfacer mi voyeurismo intelectual, sin la menor idea de lo que encontraría ahí –y mucho menos de lo que podría hacer con él–, me hizo sentir como un chico goloso en una fábrica de chocolates. Ahí estaba todo lo que yo podía soñar y más también, y yo quería verlo todo. Lo confieso: jamás había trabajado con un archivo personal de estas dimensiones y riqueza, y la experiencia generó en mí una variedad de sentimientos y emociones contradictorios. Al principio creí haber localizado allí una llave mágica que me abriría las puertas del pasado y de la vida interior de mi personaje. Me entusiasmé con la posibilidad de escribir una “historia total” de Ingenieros, que abarcara todos los aspectos de su compleja personalidad. Felizmente, abandoné pronto esta idea tan absurda como imposible. Lo que tardé más en darme cuenta es que el archivo, al tiempo que la posibilitaba, constituía también un dispositivo que mediatizaba mi relación con el sujeto/objeto de mi investigación. Entre los múltiples motivos que impidieron mi “amistad” con Ingenieros, uno de ellos (y no el menor) fue que entre él y yo se interponía un archivo que ninguno de los dos habíamos organizado como tal. El archivo era el puente que posibilitaba mi relación con él: mi única forma de acceso a su vida; pero era un puente plagado de trampas y de advertencias que había que descifrar a cada paso.

La historia no se puede escribir sin archivos: son la materia prima básica con la que trabajamos; la arcilla a partir de la cual modelamos nuestra narrativa. Pero lejos de ser una solución mágica como uno estaría tentado de creer, los archivos también abren un mundo de problemas y esto ocurre, paradójicamente, en mayor medida cuanto más “completos” sean. Sumergirnos en un archivo como el de Ingenieros resulta una experiencia similar a la de sumergirse en el mar: de golpe perdemos nuestra orientación y nos encontramos en un mundo diferente y otro.

A lo largo de la historia de mi relación con el archivo de Ingenieros me enfrenté con numerosos problemas. El primero fue que en algún momento olvidé que el mundo definido por el archivo era solo uno de los posibles y no el universo entero. Un archivo está construido a partir de lo que contiene, pero también a partir de las ausencias, de lo que no incluye y de lo que excluye. Los archivos son sonidos, pero también son silencios; los archivos son textos que hay que

descifrar y cada uno lo hace como puede, con las herramientas intelectuales que posee. El Fondo José Ingenieros contiene más de diez mil documentos a partir de los cuales intenté construir una imagen del personaje Ingenieros y de su mundo; pero ¿qué pasa con todo lo que el archivo excluye?<sup>3</sup> Un archivo es un repositorio que contiene el material que logró sobrevivir a la desidia y la destrucción y que múltiples personas (en este caso, incluyendo el biografiado, pero de ninguna manera solo él) decidieron que valía la pena conservar por diferentes motivos, a veces contradictorios. Un archivo personal que, por definición, está construido alrededor de un personaje, nos puede hacer olvidar que, fuera de este, hay un mundo en el cual tal vez el biografiado ocupe un lugar mucho más periférico de lo que los documentos nos pueden inducir a creer. Tardé en darme cuenta de que, de alguna manera, debía “desingenierizar” mi biografía de Ingenieros.

Segundo problema: ¿Cómo se organiza un archivo? ¿Quién lo hace? Cuando Ingenieros ordenaba (o no) sus papeles, ¿estaba pensando en el futuro “archivo Ingenieros”? Y si lo estaba, ¿qué imagen de sí mismo quería dejarnos? Varias veces Ingenieros le pidió a su padre que guardara las cartas que le enviaba, pensando en una posible biografía futura o autobiografía. Sabemos que un archivo es una construcción, un artefacto que pasa por muchas manos antes de llegar al público. En este caso, se trataba de las de Eva Rutenberg y, sobre todo, de las de Delia Ingenieros, que se hizo cargo de preservar la memoria de su padre, pero también de otras manos más o menos anónimas. Hay que agradecerles a quienes tuvieron a su cargo la preservación de este fondo documental el criterio ecuménico que utilizaron para incluir la documentación. No debe haber resultado fácil para una hija encontrarse con las cartas que su padre le escribía simultáneamente a su esposa y a su amante y, menos todavía, para una esposa tropezarse con estas últimas. Sin embargo, como no podía ser de otra manera, tanto ellas como los y las archivistas que organizaron, catalogaron y pusieron el archivo en valor y a disposición del público utilizaron criterios de organización que, por definición, también lo son de inclusión y exclusión; todo archivo se construye a partir de un sistema de jerarquías internas. El documento que se encuentra en una carpeta no está en otra y esto, inevitablemente, proporciona claves que condicionan la lectura e interpretación del material. Son las trampas del archivo...

En fin, alguien dijo que escribir una biografía es una manera de revivir a un muerto, trayéndolo al presente, a nuestro presente; pero también es una manera de retornarlo definitivamente al mundo de los muertos, de terminar de enterrarlo, reconociendo el universo de alteridad que nos separa de él y del pasado en que

vivió, es decir, de su presente. Tal vez sea por eso que, mientras escribo estas líneas finales, sienta una tristeza que no sentí al terminar otros libros. ¿Será el comienzo de un proceso de duelo? Llegó, finalmente, la hora de despedirme del Dr. José Ingenieros: ¡Chau, Pepe!

## NOTAS

[1 Me refiero a la novela The Go-Between de L.P. Hartley.](#)

[2 Farge \(1989\), p. 90.](#)

[3 Sobre los avatares del archivo de Ingenieros, ver Tarcus y Petra \(2011\).](#)

## Agradecimientos

Son tantas las personas e instituciones a las que quisiera expresar mi agradecimiento que temo olvidar a alguna de ellas. Para comenzar, agradezco a Fernando Fagnani, que ha mostrado una paciencia casi infinita con la escritura de este libro que se fue prolongando en el tiempo, y una confianza que espero sea justificada. Su atenta lectura me sirvió para mejorarlo (espero) considerablemente. Lo mismo a Gustavo Paz y Mirta Lobato, quienes dirigen la colección donde este libro es publicado. La pérdida, tan lamentada como inesperada, de Juan Suriano, que codirigía con Gustavo la colección hasta su fallecimiento, se produjo en medio de la escritura.

La investigación que llevó a este libro se realizó fundamentalmente en el CeDInCI, donde se encuentra alojado el Fondo José Ingenieros. Mi agradecimiento a esta institución donde me hicieron sentir como en casa y, sobre todo, a su director, Horacio Tarcus, y a Eugenia Sik son infinitos. También agradezco a Virginia Castro, a Laura Fernández Cordero y a los otros amigos y amigas del CeDInCI por su buena onda. Lo mismo al personal del archivo de Ricardo Rojas. Un agradecimiento profundo a las autoridades de la Gran Logia Argentina y, en particular, al Dr. Dévrig Mòlles, director del archivo y la biblioteca, por haberme dado acceso al riquísimo repositorio documental de la Logia, y por compartir conmigo sus conocimientos sobre la masonería. Lo mismo a Mariano Ruperthuz, de Chile, quien, además, me proporcionó artículos escritos por Ingenieros en revistas masónicas chilenas.

Dos estadias de tres meses en Berlín, una como visitante en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Freie Universität en 2018, y otra (en 2019) como Mercator Fellow en la misma institución me proporcionaron condiciones de trabajo únicas e inmejorables. Mil gracias a mi gran amigo Stefan Rinke y también a Ingrid Simson y a mis amigos de Berlín y alrededores Nadia Zysman, Michael Goebel, Felix Pankonin y Lukas Böckmann. También quiero agradecer enormemente al personal del Iberoamerikanisches Institut de Berlín, en particular a su directora, Barbara Göbel, y a Peter Birle. Una sección de este trabajo fue expuesta en el seminario dirigido por Peter. Mi agradecimiento se extiende también a los participantes. La presencia en Berlín de Cecilia Benedetti

y Claudia Hilb en 2018, y de Antonio Ibarra, Inés Dussel y familia, así como de Fernando Vidal en 2019, contribuyó a transformar mis meses allí en experiencias maravillosas. Nunca olvidaré los “Mole di mare” en casa de Antonio e Inés.

Más cerca geográficamente, debo agradecer al CONICET por un PIP y a la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica por un PICT (aunque los fondos de ambos subsidios llegaran tarde y con cuentagotas), que financiaron parcialmente la investigación que culminó en este libro. La Secretaría de Investigaciones de la Universidad Nacional de Tres de Febrero también contribuyó financieramente a la realización de la investigación. Mi agradecimiento va, sobre todo, a su director, el Dr. Pablo Jacovkis. También agradezco a mis alumnos de diversos seminarios que di en Untref sobre José Ingenieros y temas cercanos. Un agradecimiento especial a mi amigo Samuel (“el Schmuel”) Amaral, que ha logrado a lo largo de los años crear un clima y condiciones de trabajo inmejorables en el programa de Historia de Untref bajo su dirección. También agradezco a Moira Mackinnon y a su “seminario de los martes” donde expuse partes de lo que iba a ser este libro y a Roy Hora, los organizadores y participantes del seminario de discusión del Departamento de Historia de la Universidad de San Andrés que también me dieron la oportunidad de discutir partes del trabajo.

Varias personas me ayudaron con la investigación. Agradezco a Julieta Lenarduzzi, Nicolás Mato, a Nicolás Rotnitzky y a Amilcar Carro por su colaboración en la recolección de fuentes. Piroska Csúri (como siempre) y Alejandra Mailhe leyeron y comentaron borradores de algunos capítulos con su inteligencia habitual. Mis queridos amigos Joel Horowitz y Carlos Herrera leyeron el manuscrito completo e hicieron invalorable comentarios y sugerencias que espero haber incorporado. En una cuidadosa lectura, Pablo Weinstock encontró numerosos errores en lo que yo creía que era una versión casi final (y que no lo era). Con Paula Bruno conversamos mucho sobre Ingenieros, Groussac y el género biográfico. Espero que algo de eso se refleje acá. Natalia Bustelo me proporcionó mucha información sobre la Reforma Universitaria y sobre Eugenio D’Ors. Muchas gracias a ella y también a Martín Castro, que me facilitó un documento de Gustavo Franceschi en el que mencionaba a Ingenieros. También agradezco a José Carlos Chiaramonte por sus consejos y por facilitarme documentos sobre la llegada de los Ingenieros a Montevideo. Una conversación con Lila Caimari me iluminó sobre el papel del correo en la circulación de ideas hacia finales del siglo XIX. Gracias, Lila.

Para terminar, “last but not least”, quiero agradecer a mi hijo Pascuel, que me recuerda, a pesar de la distancia geográfica que nos separa, que no todo está perdido, y a Graciela (“Potapía”) Garone, mi compañera, que con mucho amor ha soportado mis impredecibles cambios de humor y, con resignación, mis interminables monólogos sobre Ingenieros, la escritura biográfica y otros temas que están muy lejos de sus intereses, mucho más terrenales. Diego Barreyra me enseñó que se pueden hacer amigos nuevos a una edad en la que Ingenieros llevaba más de una década de muerto. A todos ellos, ¡salud! Y también quiero agradecer, para terminar, a algunos otros amigos muertos hace siglos: Henry Purcell, François Couperin, Jaques-Martin Hotetterre, Marin Marais, Michel de la Barre, Claudio Monteverdi y muchos otros. Sin su música el mundo sería peor y nada de lo que escribo hubiera sido posible.



## Bibliografía seleccionada

Agosti, Héctor Pablo. 1945. José Ingenieros, ciudadano de la Juventud. Buenos Aires: Futuro.

Altamirano, Carlos (ed.). 2010. Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX. Buenos Aires: Katz.

Altamirano, Carlos y Jorge Myers (eds.). 2008. Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada: de la conquista al modernismo. Buenos Aires: Katz.

Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo. 1997. Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia. Buenos Aires: Ariel.

Angenot, Marc. 2010. El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible. Buenos Aires: Siglo XXI.

Avé-Lallemant, Germán. 2008. Antología, 1835-1910. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

Ávila, Natalia. 2017. Universitarios y cultura de izquierda en la Argentina de los años ‘20. La trayectoria intelectual de Arturo Orzábal Quintana. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Bagú, Sergio. 1963. Vida de José Ingenieros. Biblioteca de América. Buenos Aires: Eudeba.

———. 1953. Vida ejemplar de José Ingenieros. Buenos Aires: El Ateneo.

Bergel, Martín. 2012. “América Latina, pero desde abajo. Prácticas y representaciones intelectuales de un ciclo histórico latinoamericanista, 1898-1936”. Cuadernos de Historia, 36, pp. 7-36 (junio).

Bermann, Gregorio. 1955. “La Reforma Universitaria”. 1a ed. Revista Del Mar Dulce, suplemento 2. Buenos Aires: Revista Mar Dulce.

———. 1926. “José Ingenieros: su vida y su obra”. *Revista de Filosofía: Cultura, Ciencias, Educación*, año XII, n.º 1 (enero). Buenos Aires: La Cultura Argentina.

———. 1926. *José Ingenieros: el civilizador, el filósofo, el moralista, lo que le debe nuestra generación*. Buenos Aires: M. Gleizer.

Biagini, Hugo E. (ed.). 1985. *El movimiento positivista argentino*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Biagini, Hugo E., Arturo y Andrés Roig (eds.). 2006. *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Tomo II, obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*. Buenos Aires: Biblos.

Botalha, Claudio. 2012-2013. “José Ingenieros y los socialistas brasileños del pasaje del siglo XIX al XX”. *Políticas de la Memoria*, 13.

Bourdieu, Pierre. 1994. “L’illusion biographique”, en Bourdieu. *Raisons pratiques. Sur la théorie de l’action*. París: Éditions de Seuil.

Bourdieu Pierre y Wacquant Loïc. 1996. *An Invitation to reflexive sociology*. Cambridge: Polity.

Bruno, Paula (ed.). 2014. *Visitas culturales en la Argentina: (1898-1936)*. Buenos Aires: Biblos.

———. (ed.). 2014. *Sociabilidades y vida cultural: Buenos Aires, 1860-1930*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Bruno, Paula y Mariano Plotkin. 2018. “Entre el bufete y el laboratorio. Paul Groussac y José Ingenieros en una polémica de 1903”. *Revista de Historia de América*, 154 (julio), pp. 11-36.

Buchbinder, Pablo. 1997. *Historia de La Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires*. 1a ed. Buenos Aires: Eudeba.

Bunge, Carlos Octavio. 1918. *Nuestra América: (Ensayo de Psicología Social)*. 6a ed. corr. La Cultura Argentina. Buenos Aires: Vaccaro.

Bustelo, Natalia. 2014. “La Reforma Universitaria desde sus grupos y revistas. Una reconstrucción de los proyectos y las disputas del movimiento estudiantil

porteño de las primeras décadas del siglo (1914-1928)”. Tesis de doctorado. Universidad Nacional de La Plata.

Caimari, Lila M. 2004. *Apenas un delincuente: crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Camba, Julio. 1970. *El destierro*. Madrid: Magisterio.

Cárdenas, Eduardo José y Carlos M. Payá. 1995. *La familia de Octavio Bunge. Tomo I*. Buenos Aires: Sudamericana.

Cattaruzza, Alejandro. 2008. “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)”. *A contra corriente. Una Revista de Historia Social y Literatura de América Latina*, 5 (2), pp. 169-195.

Cesano, José Daniel y Jorge Alberto Núñez. 2014. *Visiones de la criminología argentina (1903-1924): una aproximación historiográfica*. Córdoba: Brujas.

Colombi, Beatriz. 2004. *Viaje intelectual: migraciones y desplazamientos en América Latina, 1880-1915*. Rosario: Beatriz Viterbo.

Ciria, Alberto y Horacio Sanguinetti. 2006. *La Reforma Universitaria (1918-2006)*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.

Compagnon, Olivier. 2014. *América Latina y la Gran Guerra: el adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*. Buenos Aires: Crítica.

Creazo, Judita. 2007. *El positivismo criminológico italiano en la Argentina*. Buenos Aires: EDIAL.

Cúneo, Dardo (ed.). 1976. *La Reforma Universitaria: (1918-1930)*. Biblioteca Ayacucho 39. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

D’Amato, José Luis. 2015. *Memoria en movimiento. Etnohistoria latinoamericana. Reencuentro con las experiencias revolucionarias de José Ingenieros, Felipe Carrillo Puerto y otros*. Yucatán: Gobierno del Estado de Yucatán.

Darío, Rubén. 2012. *Autobiografía de Rubén Darío*. Barcelona: Red Ediciones S.L.

———. 1919. España Contemporánea. Obras completas 19. Madrid: Editorial “Mundo latino.”

Degiovanni, Fernando. 2007. Los textos de la patria: nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina. 1a ed. Ensayos Críticos 37. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo.

Devés V., Eduardo. 2000. Del Ariel de Rodó a La CEPAL (1900-1950). El pensamiento latinoamericano en el siglo XX: entre la modernización y la identidad. Santiago de Chile: Biblos; Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Devoto, Fernando. 2008. Historia de los italianos en la Argentina. 2a ed. Colección La Argentina Plural. Buenos Aires: Biblos.

———. 2002. Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Argentina.

Dezalay, Yves y Bryant G. Garth. 2002. The Internationalization of Palace Wars: Lawyers, Economists, and the Contest to Transform Latin American States. The Chicago Series in Law and Society. Chicago: University of Chicago Press.

Di Stefano, Roberto y José A. Zanca (eds.). 2016. Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (Siglos XIX y XX). Colección Bitácora Argentina. Buenos Aires: Imago Mundi.

Dosse, François. 2007. La apuesta biográfica: Escribir una vida. Traducido por Josep Aguado y Concha Miñana. València: Universitat de València.

Domínguez Rubio, Lucas. 2017. “Filosofía e historia en las primeras historias de las ideas argentinas. La discusión historiográfica entre José Ingenieros y Alejandro Korn”. Prismas. Revista de Historia Intelectual, 21, pp. 75-94.

Dotti, Jorge. (1992). La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina, desde el romanticismo hasta el treinta. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

——— (1990). Las vetas del texto. Una lectura filosófica de Alberdi, los positivistas, Juan B. Justo. Buenos Aires: Puntosur.

Drago, Luis María. 1888. Los hombres de presa. 2a ed. Buenos Aires: Félix Lajouane.

Endara, Julio. 1922. José Ingenieros y el porvenir de la filosofía. 2a ed. Buenos Aires: Agencia General de Librería.

Farge, Arlette. 1989. Le goût de l'archive. París: Éditions du Seuil.

Fernández, Cristina Beatriz. 2014. José Ingenieros y las escrituras de la vida: del caso clínico a la biografía ejemplar. 1a ed. Serie Símbolos. Mar del Plata: Eudem.

———. 2012. Hojas al pasar: las crónicas europeas de José Ingenieros. Córdoba: Buena Vista.

———. 2012. José Ingenieros y los saberes modernos. Córdoba: Alción.

Fernández Cordero, Laura. 2017. Amor y anarquismo: experiencias pioneras que pensaron y ejercieron la libertad sexual. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Argentina.

Ferrás, Graciela. 2017. Ricardo Rojas: nacionalismo, inmigración y democracia. Buenos Aires: Eudeba.

Ferreira de Cassone, Florencia (ed.). 2008. Memoria y autobiografía en Iberoamérica. Buenos Aires: Dunken.

Fouillée, Alfred. 1889. L'avenir de la métaphysique fondée sur l'expérience. París: Félix Alcan.

Funes, Patricia. 2006. Salvar la nación: intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Galasso, Norberto. 2014. Manuel Ugarte. Buenos Aires: Eudeba.

Galfione, María Carla. 2015. "Filosofía y literatura en el Centenario. Caminos con dirección inversa". Andamios, 12 (27), pp. 11-31 (enero-abril).

———. 2014. "Un reloj por un escudo. Diálogo epistolar entre José Ingenieros y Ricardo Rojas (1912-1914). Anuario de Filosofía Argentina y Americana, 31,

pp. 63-86.

Gálvez, Manuel. 2002. *Recuerdos de la vida literaria*. Buenos Aires: Taurus.

Gómez, Eusebio. 2011. *La mala vida en Buenos Aires*. Colección Los Raros, n.º 38. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

Gómez Carrillo. 1900. *Almas y cerebros*. París: Garnier.

González Bernaldo de Quirós, Pilar. 1999. *Civilité et politique aux origines de la nation argentine: les sociabilités à Buenos Aires 1829-1862*. Série Internationale (Université de Paris I, Panthéon Sorbonne) 58. París: Publications de la Sorbonne.

González Leandri, Ricardo, Pilar González-Bernaldo, y Juan Suriano. 2010. *La temprana cuestión social: la ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

González, Osmar. 2012-2013. “Del Novecientos al Centenario. La influencia de José Ingenieros en dos generaciones en el Perú”. *Políticas de la Memoria*, 13.

Graciano, Osvaldo. 2008. *Entre la torre de marfil y el compromiso político: intelectuales de izquierda en la Argentina, 1918-1955*. Colección Convergencia. Entre Memoria y Sociedad. Bernal, Pcia. de Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Graff Zivin, Erin. 2006. “Diagnósticos modernistas de Max Nordau: Darío, Ingenieros y Silva leen al médico judío”. *Estudios*, 14 (28) (julio-diciembre), pp. 171-186.

Guyau, Jean-Marie. s/f. *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction*. Edición Kindle.

Halperin Donghi, Tulio. 2000. *Vida y muerte de la República Verdadera*. Biblioteca Del Pensamiento Argentino 4. Buenos Aires: Planeta.

———. 1987. *El espejo de la historia: problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas*. Colección Historia y Cultura. Buenos Aires: Sudamericana.

Hello, Ernest. 1872. *L'homme*. París: Victor Palmé.

Herrera, Carlos. 2015. “El socialismo argentino frente a Enrico Ferri”. Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda, III (6) (marzo), pp. 73-93.

Ingenieros, José. 1961. Obras completas. Buenos Aires: Mar Océano.

———. 1927. Páginas científicas del Dr. José Ingenieros. Buenos Aires: Editorial Pablo Ingegneros y Cía.

———. 1924. “Por la humanidad futura”. Revista Masónica de Chile, I (5) (marzo), pp. 159-160.

———. 1919. La moral de Ulises. Cuadernos Mensuales de Letras y Ciencias, Tomo 1, n.º 2. Buenos Aires: Ediciones Selectas América.

———. 1915. Die Bildung Einer Argentinischen Rasse. Buenos Aires: Verlag des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins in Buenos Aires.

———. 1913. El hombre mediocre. Madrid: Renacimiento.

———. 1913. Sociología argentina. 2a ed. Biblioteca Científico-Filosófica. Madrid: Daniel Jorro.

Ingegneros, José. 1911. La defensa social. Buenos Aires: Talleres gráficos de la Penitenciaría Nacional.

———. 1910. El delito y la pena ante la filosofía biológica. Buenos Aires: Talleres gráficos de la Penitenciaría Nacional.

———. 1906. La législation du travail dans la République Argentine. París: Cornély.

Ingenieros, José. 1905. Histeria y sugestión: estudios de psicología clínica. 2a ed. Valencia: F. Sempere.

Ingegneros, José. 1898. Cuestión argentino-chilena. La mentira patriótica. El militarismo y la guerra. Buenos Aires: Librería obrera.

———. 1898. “Las cuestiones internacionales. Ante el positivismo i el socialismo. Carta abierta a Juan Enrique Lagarrigue”. La Verdad. Publicación masónica autorizada por la Gran Lojia de Chile, II (45) (1.º de octubre), pp. 330-332.

———. 1895. ¿Qué es el socialismo? Buenos Aires: Imprenta industrial.

Ingenieros, José y Aníbal Ponce (eds.). 1999. Revista de Filosofía: Cultura, Ciencias, Educación: 1915-1929. Ideología Argentina. Editado por Luis Rossi. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Ingenieros, José y Leopoldo Lugones (eds.). 1996. La Montaña: Periódico Socialista Revolucionario: 1897. Ideología Argentina (Universidad Nacional de Quilmes). Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Ingegnieros, Salvatore y José Ingegnieros. 1929. Historia, apuntes, fines y objeto de la Masonería. Buenos Aires: Editorial Pablo Ingegnieros y Cía.

Ingenieros, José. [s.f.]. La personalidad intelectual del maestro José M. Ramos Mejía: su vida y su obra. Apuntes y anécdotas. Buenos Aires: Pablo Ingegnieros.

Kamia, Delia. 1968. La Syringa. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Letras.

———. 1957. Entre Yrigoyen e Ingenieros: Un episodio de la historia argentina contemporánea. Buenos Aires: Meridión.

Korn, Alejandro. 1922. “La libertad creadora”. En Obras. Ensayos Filosóficos, apuntes filosóficos. Vol. 1. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1938, pp. 11-62.

———. 1918. “Incipit Vita Nova”. En Obras. Ensayos Filosóficos, apuntes filosóficos. Vol. 1. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1938, pp. 5-10.

Labastié de Reinhardt, María Rosa. 1975. “Una polémica poco conocida. Germán Avé-Lallemant-José Ingenieros (1895-1896)”. Nuestra Historia. Revista de Historia de Occidente, VIII (14) (abril), pp. 86-102.

Lancelotti, M.A. 1914. La criminalidad en Buenos Aires. Al margen de la estadística (1887-1912). Buenos Aires: Valerio Abeledo Editor.

Lappas, Alcibíades. 1966. La Masonería argentina a través de sus hombres. 2a ed. Buenos Aires: s. n.

Le Bon, Gustave. 1905. Psychologie des foules. 10a ed. París: F. Alcan.



Le Dantec, Félix Alexandre. 1912. *Contre la métaphysique: questions de méthode*. Bibliothèque de Philosophie Contemporaine. París: F. Alcan.

———. 1908. *Elementos de filosofía biológica*. Traducción de Mariano Potó. Biblioteca Científica Filosófica. Madrid: Daniel Jorro.

Leguizamón, Martiniano. 1916. *La cinta colorada. Notas y perfiles*. Buenos Aires.

Lehmann-Nitsche, Robert. 1917. *Folklore argentino*. Santos Vega. Edición especial del tomo XXII del Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba. Buenos Aires: Coni hermanos.

Losada, Leandro. 2008. *La alta sociedad en la Buenos Aires de la “Belle Époque”: sociabilidad, estilos de vida e identidades*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina.

Ludmer, Josefina. 1985. *La sartén por el mango*. Puerto Rico: Ediciones El Huracán.

Lugones, Leopoldo. 2012. *El payador*. 1a ed. Serie de Los Dos Siglos. Ensayo 10. Buenos Aires: Eudeba.

———. 1917. *Mi beligerancia*. Buenos Aires: Otero y García.

Mailhe, Alejandra (ed.). 2016. *Archivos de Psiquiatría y Criminología (1902-1913). Concepciones de la alteridad social y del sujeto femenino*. La Plata: Biblioteca Orbis Tertius.

———. 2014. “El archivo de Archivos: un latinoamericanismo eurocéntrico en la psiquiatría y la criminología de principios del siglo XX”. *Varia Historia*, 30 (54), pp. 655-678 (setiembre-diciembre).

———. 2013. “El laberinto de la soledad del genio o las paradojas de El hombre mediocre”. *Varia Historia*, 29 (49), pp. 197-216 (enero-abril).

Masini, Pier Carlo (ed.). 2013. *Epistolario inedito dell’Internazionale: le carte della Commissione Di Corrispondenza dall’Archivio della Federazione Internazionale dei Lavoratori, 1872-1874*. 1a ed. Studi Storici. Milán: Zero in condotta.

Mazo, Gabriel del. 1941. Ingenieros y el movimiento continental de los estudiantes. La Plata, s/d.

Melgar Bao, Ricardo. 2012-2013. “José Ingenieros en el imaginario intelectual y político peruano: más allá de la recepción aprista”. Políticas de la Memoria, 13.

Mollès, Dévrig. 2015. La Invención de la Masonería: revolución cultural, religión, ciencia y exilios. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

———. 2012. “Triangle atlantique et triangle latin: l’Amérique Latine et le système-monde maçonnique (1717-1921). Éléments pour une histoire des opinions publiques internationales”. Tesis de doctorado. Université de Strasbourg.

Molloy, Sylvia. 2012. Poses de fin de siglo: desbordes del género en la modernidad. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

Monner Sanz, José María. 1976. Breves recuerdos de un largo pretérito. Buenos Aires: Emecé.

Moraga Valle, Fabio. 2015. “El resplandor en el abismo: el movimiento Clarté y el pacifismo en América Latina (1918-1941)”. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, 42 (2), pp. 127-159.

Mouchet, Enrique y Alberto Palcos. 1926. La obra psicológica de José Ingenieros. Humanidades, tomo XII. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora “Coni.”

Moyano Gacitúa, Cornelio. 1898. Curso de ciencia criminal y derecho penal argentino. Buenos Aires: s/d.

Nordau, Max. 1895. Degeneration. Nueva York: Appleton and Company.

Nosotros. Número especial dedicado a José Ingenieros. Año XIX (199) (diciembre de 1925).

Nouzeilles, Gabriela. 2000. “La plaga imaginaria: histeria, semiosis corporal y disciplina”. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, 26 (52), pp. 173-191.

———. 2000. Ficciones somáticas: naturalismo, nacionalismo y políticas médicas

del cuerpo (Argentina 1880-1910). Rosario: Beatriz Viterbo.

Novoa, Adriana, y Alex Levine. 2010. *From Man to Ape: Darwinism in Argentina, 1870-1920*. Chicago: University of Chicago Press.

Oddone, Jacinto. 1934. *Historia del socialismo argentino*. Buenos Aires: Talleres Gráficos "La Vanguardia."

Oved, Iaákov. 1978. *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. Caminos de Liberación 14. México: Siglo XXI.

Palacios, Alfredo L. 1961. *Nuestra América y el imperialismo*. Buenos Aires: Palestra.

Pasolini, Ricardo. 2013. *Los marxistas liberales: antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana.

Petra, Adriana. 2017. *Intelectuales y cultura comunista: Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Pick, Daniel. 1993. *Faces of Degeneration: A European Disorder, c.1848-c.1918*. Nueva York: Cambridge University Press.

Pita González, Alexandra. 2017. "Panamericanismo y nación. La perspectiva de Samuel G. Inman". *Anuario IEHS*, 32 (1), pp. 135-154.

—— (ed.). 2016. *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entreguerra*. Colima: Universidad de Colima; Miguel Ángel Porrúa.

——. 2010. *Intelectuales y antiimperialismo: entre la teoría y la práctica*. Colima: Universidad de Colima.

——. 2009. *La Unión Latino Americana y el boletín Renovación: redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*. México: El Colegio de México.

Plotkin, Mariano Ben. 2016. "José Ingenieros, El hombre mediocre, and the Possibilities and limits of Social Integration in Turn of the Century Argentina". *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History*. Nueva York: Oxford

University Press.

Plotkin, Mariano Ben y Mariano Rupertuz Honorato. 2017. *Estimado Doctor Freud: Una historia cultural del psicoanálisis en América Latina*. Buenos Aires: Edhasa.

Plotkin, Mariano Ben y Eduardo A. Zimmermann (eds.). 2012. *Los saberes Del Estado*. Buenos Aires: Edhasa.

*Políticas de la Memoria. 2012-2013. José Ingenieros y sus mundos, 13 (verano)*

Ponce, Aníbal. 1953. *José Ingenieros: su vida y su obra; educación y lucha de clases*. 3a ed. Buenos Aires: J. Héctor Matera.

Portantiero, Juan Carlos. 1978. *Estudiantes y política en América latina: el proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*. México: Siglo XXI.

Quereilhac, Soledad. 2018. “Radiografías en la Pampa. Fantasías sobre rayos x y radiación en la Argentina de entresiglos”. En Caravaca, Jimena; Claudia Daniel y Mariano Plotkin, eds. *Saberes desbordados. Historias de diálogos entre conocimiento científico y sentido común (Argentina, siglos XIX y XX)*. Libro digital: [www.saberesdesbordados.com](http://www.saberesdesbordados.com). Buenos Aires: IDES.

———. 2015. *Cuando la ciencia despertaba fantasías. Prensa, literatura y ocultismo en la Argentina de entresiglos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

———. 2014. “Sociedades espiritistas y teosóficas entre el cenáculo y las promesas de una ciencia futura (1880-1910)”. En Bruno, Paula. *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Quesada, Ernesto. 1926. *La vocación de ingenieros*. Buenos Aires.

———. 1916. *El nuevo panamericanismo y el Congreso Científico de Washington*. Buenos Aires: Talleres gráficos del Ministerio de Agricultura de la Nación.

Quinta, Hugo. 2017. “Pietro Gori, o anarquismo e o movimento operário argentino (1898-1902)”. *Revista Escrita da Historia*, año IV, vol. 4 (8) (julio-diciembre).

Ramos, Julio. 2001. *Divergent Modernities: Culture and Politics in 19th Century Latin America*. Durham: Duke University Press.

Ramos Mejía, José María. 1977. *Las multitudes argentinas: estudio de psicología colectiva*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

———. 1955. *Los simuladores del talento*. *El Pensamiento Argentino*. Buenos Aires: Tor.

———. 1893. *Estudios clínicos sobre las enfermedades nerviosas y mentales*. Buenos Aires: Félix Lajouane.

Repetto, Nicolás. 1956. *Mi paso por la política: (De Roca a Yrigoyen)*. Buenos Aires: Santiago Rueda.

Rey Castelao, Ofelia y Pablo Cowen (eds.). 2017. *Familias del viejo y el nuevo mundo*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

Rinke, Stefan H. 2017. *Latin America and the First World War*. Nueva York: Cambridge University Press.

Rock, David. 1977. *El radicalismo argentino, 1890-1930*. Buenos Aires: Amorrortu.

Rodó, José Enrique. 1919. *Ariel*. Madrid: [s.n.].

Rojas, Ricardo. 2017. *Cartas de Europa*. Ed. facsimilar. Classic Reprint Series. Londres: Forgotten Books.

———. 1922. *La restauración nacionalista: crítica de la educación argentina y bases para una reforma en el estudio de las humanidades modernas*. 2a ed. Buenos Aires: Librería “La Facultad”, J. Roldán.

———. 1912. *Blasón de plata: meditaciones y evocaciones de Ricardo Rojas sobre el abolengo de los argentinos*. Buenos Aires: Martín García.

Romero, Francisco. 1950. “Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina”. *Cuadernos Americanos*, año IX; XLXI (1) (enero-febrero).

Rotker, Susana. 2005. La invención de la crónica. México: Fondo de Cultura Económica: Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano.

Sáenz Quesada, María. 2014. Roque: Sáenz Peña: el presidente que forjó la democracia moderna. Buenos Aires: Sudamericana.

Salessi, Jorge. 1995. Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina. (Buenos Aires: 1871-1914). Rosario: Beatriz Viterbo.

Sarlo, Beatriz. 1985. El imperio de los sentimientos: narraciones de circulación periódica en la Argentina, 1917-1927. Buenos Aires: Catálogos.

Sarmiento, Domingo Faustino. 1981. Viajes. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Scarzanella, Eugenia. 2015. Ni gringos ni indios: inmigración, criminalidad y racismo en la Argentina, 1890-1940. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Solari, Juan Antonio. 1976. José Ingenieros en las jornadas fundadoras del Partido Socialista. Avellaneda: Editora La Vanguardia.

Soler, Ricaurte. 1968. El positivismo argentino: pensamiento filosófico y sociológico. Buenos Aires: Paidós.

Stecher, Pablo von. 2017. La palabra médica en la Argentina (1890-1910): enfermos, simuladores y parias. Villa María, Córdoba, Argentina: Editorial Universitaria Villa María.

Stepan, Nancy. 1991. The Hour of Eugenics: Race, Gender, and Nation in Latin America. Ithaca: Cornell University Press.

Suriano, Juan (ed.) 2004. La cuestión social en Argentina, 1870-1943. 2a ed. Buenos Aires: La Colmena.

Tarcus, Horacio. 2020. Los exiliados románticos socialistas y masones en la formación de la Argentina moderna (1853-1880). II Alejo Peyret y Serafín Álvarez. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

———. 2009-2011. “Espigando la correspondencia de José Ingenieros.

Modernismo y socialismo fin-de-siècle”. Políticas de la Memoria, 10-11-12, pp. 101-12.

———. 2007. Diccionario biográfico de la izquierda argentina: de los anarquistas a la “nueva izquierda”, 1870-1976. Buenos Aires: Emecé.

———. 2007. Marx en la Argentina: sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos. Buenos Aires: Siglo XXI.

Tarcus, Horacio y Petra, Adriana. 2011. Fondo de archivo José Ingenieros: guía y catálogo. San Martín: Unsam Edita-CeDInCI.

Tato, María Inés. 2004. Viento de fronda: liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932. Buenos Aires: Siglo XXI.

Terán, Oscar. 2000. Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): derivas de la “cultura científica”. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

———. (ed.). 1986. José Ingenieros: pensar la nación. Buenos Aires: Alianza.

———. (ed.). 1979. Antimperialismo y nación. México: Siglo XXI.

Tortorella, Roberto Luis. 2005. “Las brechas del discurso. Positivismo y reforma moral en El hombre mediocre de José Ingenieros”. Estudios Sociales, 29 (segundo semestre), pp. 109-135.

Veyga, Francisco de. 1910. Los lunfardos. Psicología de los delincuentes profesionales. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Penitenciaría.

Vallejo, Mauro. 2021. Nerviosos y neuróticos en Buenos Aires (1880-1900). Entre médicos, boticarios y mercaderes. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.

Vezzetti, Hugo. 1996. Aventuras de Freud en el país de los argentinos: De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière. Buenos Aires: Paidós.

———. (ed.). 1988. El nacimiento de la psicología en la Argentina: pensamiento psicológico y positivismo. Buenos Aires: Puntosur.

———. 1985. La locura en la Argentina. Buenos Aires: Paidós.

Williams, Raymond. 1977. *Marxism and Literature. Marxist Introductions.* Oxford: Oxford University Press.

Weinberg, Gregorio. 1962. “De las ideas filosóficas y éticas de José Ingenieros”. En *Ingenieros, José, Obras completas.* Buenos Aires: Ediciones Mar Océano. Vol. VII.

Weinberg, Liliana. 2010. *Estrategias del pensar.* México: UNAM.

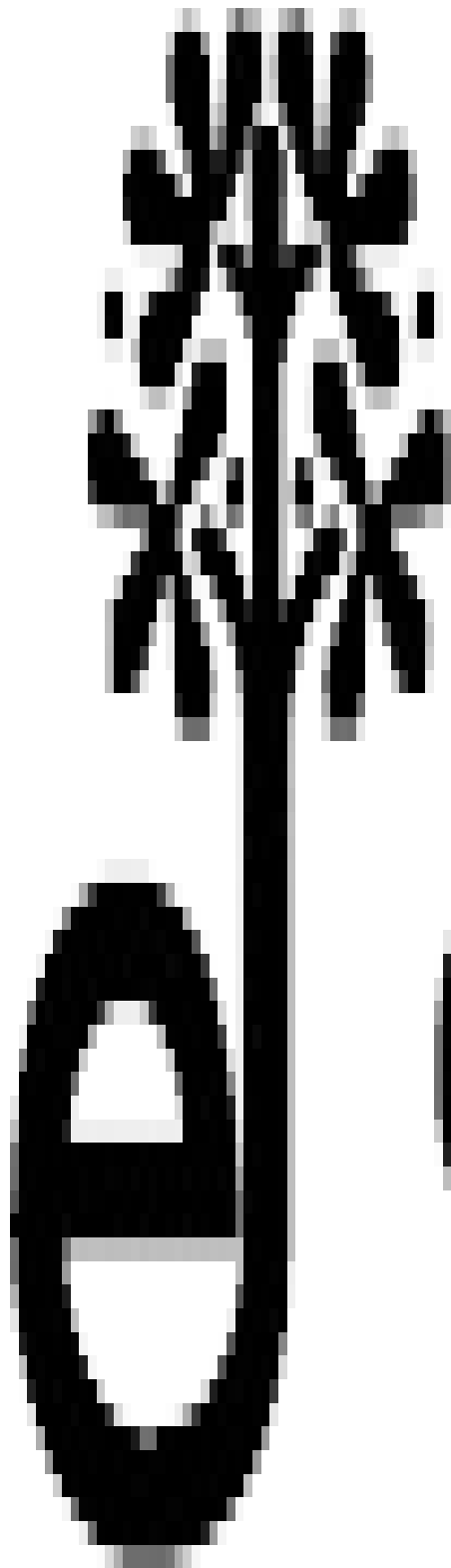
Yankelevich, Pablo. 2012-2013. “José Ingenieros y la Revolución Mexicana”. *Políticas de la Memoria*, 13.

———. 1996. “Las redes intelectuales de la solidaridad latinoamericana. José Ingenieros y Alfredo Palacios frente a la Revolución Mexicana”. *Revista Mexicana de Sociología*, 58 (4), pp. 127-149 (octubre-diciembre).

Zimmermann, Eduardo A. 1995. *Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina, 1890-1916.* Buenos Aires: Sudamericana-Universidad de San Andrés.



**Mariano Ben Plotkin se doctoró en historia en la Universidad de California, Berkeley. Actualmente es investigador principal del CONICET y Profesor en la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Ha publicado y compilado numerosos libros y artículos sobre temas vinculados a la historia del psicoanálisis, entre ellos: Freud in the Pampas (Stanford U.P, 2001), libro que fue traducido al español (2003) y al francés (2010); Argentina on the Couch (University of New Mexico Press, 2003); y en colaboración con Joy Damousi, Transnational Unconscious (Palgrave Macmillan, 2009) y Psychoanalysis and Politics (Oxford U.P. 2012). En Edhasa se han publicado Los saberes del Estado (2012), en coautoría con Eduardo Zimmermann, y Estimado Doctor Freud (2017), en coautoría con Mariano Ruperthuz Honorato. Dirige el grupo de investigación sobre historia de los saberes psi en el IDES y fue editor de la revista on line CulturasPsi/PsyCultures ([www.culturapsi.org](http://www.culturapsi.org)).**



edhoso